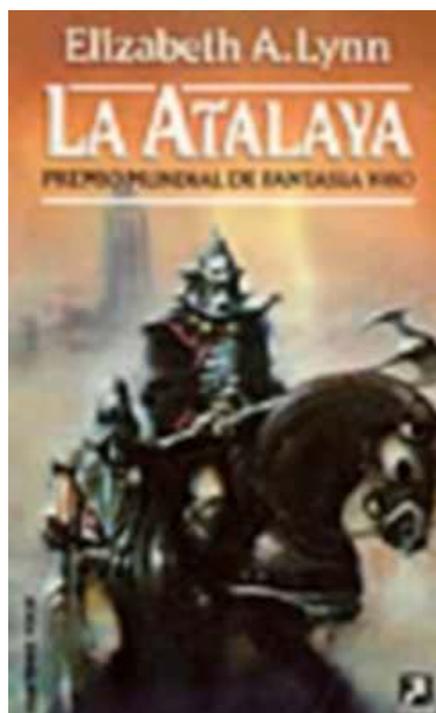


# LA ATALAYA



**Elizabeth A. Lynn**



**Elizabeth A. Lynn**

Título original: Watchtower  
Traducción: Albert Solé  
© 1980 by Elizabeth A. Lynn  
© 1987 Ediciones Martínez Roca  
Gran vía 774 - Barcelona  
ISBN 84-270-1142-3  
R5 11/02

*Para RWS que lo vio empezar*

El país de Arun es un lugar ficticio, y su gente, su cultura y sus costumbres se parecen sólo de un modo inconsciente a la gente y las historias de nuestro mundo, con una excepción. El arte de los chearis, tal como es descrito, se parece en ciertos aspectos al arte marcial japonés del aikido, creado por el Maestro Morihei Uyeshiba. Tal imitación es deliberada. Los escritores deben escribir sobre aquello que conocen. En gratitud por ese conocimiento, la autora desea expresar respetuosamente su agradecimiento a sus profesores.

La Fortaleza de Tornor agonizaba entre las llamas.

Ryke tenía el rostro manchado de hollín y las muñecas en carne viva, allí donde se las había desgarrado luchando con sus cadenas. Le dolía la cabeza. No estaba muy seguro de lo que había visto suceder y lo que no. Estaba tendido en el patio interior. Podía ver alzarse una humareda procedente del muro exterior, allí donde los zapadores de Col Istor habían abierto una brecha, derrumbándolo. Olía también el humo de un incendio más próximo. Detrás de él, en el gran salón, algo estaba ardiendo.

Athor, el señor de la Fortaleza, había muerto, su larga barba ensangrentada a causa de las heridas que había recibido. Ryke le había visto caer y en la confusión del combate había esperado ver como el castillo de Tornor, su torre y sus murallas, vacilaban y, estremecidas, caían con él... Pero no había sucedido así. Los muros seguían ahí. Todos los hombres del turno de guardia de Ryke habían muerto. Yacían delante de las puertas que habían muerto defendiendo, helados entre la nieve impasible. Ryke se imaginó a las mujeres de la aldea acudiendo en primavera para desenterrar los cuerpos de sus esposos e hijos de entre la tierra deshelada.

Se le iba la cabeza. Se hizo un ovillo sobre la piedra, preguntándose cuántos hombres de Tornor quedaban aún con vida, y qué planeaba hacer con ellos Col Istor... y con él. Había esperado morir, junto con los hombres de su turno. Seguía esperando morir. No lo deseaba, pero era muy duro hacer acopio de la suficiente fuerza de voluntad para seguir vivo con Athor muerto, el equilibrio roto y el orden de las cosas destruido. Se preguntó si Col Istor le había hecho llevar al interior, encadenándole allí, para convertirle en un ejemplo. Sintió la aspereza de la piedra bajo su mejilla. Se estremeció. En algún lugar de la gran Fortaleza cuadrada oyó el cacareo de las gallinas y las voces de las mujeres que intentaban reunirías. El invierno acababa de empezar, dos semanas antes, y aún no se había acostumbrado al frío. La segunda gran nevada había terminado esa noche. No, pensó confundido, la nieve se detuvo hace dos noches...

Cayó en un sueño inquieto y turbado por los escalofríos. Despertó intentando rodar sobre un costado. Alguien le había dado una patada en las costillas.

Levantó la mirada. Col Istor se inclinaba sobre él, encuadrado por el azulado cielo invernal: barba y cabellera negras, la faz gruesa y morena de un hombre del sur.

—Acabamos de apagar el fuego —le dijo afablemente a Ryke, como si estuviese hablando con un amigo y no con un enemigo vencido y encadenado—. Esos locos prefirieron prenderle fuego a la cocina antes que rendirse. —Se puso en cuclillas a su lado. Llevaba cota de malla y una gran espada. Su casco de acero tenía el aspecto de una marmita vieja. Olía a cenizas—. ¿Has tenido el calor suficiente?

—¡Demasiado! —dijo alguien bruscamente a sus espaldas.

—¡Cállate!

Era ancho de hombros y de constitución robusta. Sus oscuros ojos inspeccionaron a Ryke como si el comandante de la guardia fuese una cabra a punto de ser degollada.

—Peleas bien —dijo—. No has sufrido mucho daño, ¿verdad? Ninguna herida, salvo ese golpe en la cabeza. Te salvó la vida. Ningún hueso roto. Eres joven. Has salido mejor librado que tu señor.

Ryke se incorporó lentamente. Pensó en la posibilidad de golpearle con la cadena que le rodeaba las manos, pero sus brazos no tenían la fuerza necesaria como para levantar los pesados grilletes de hierro.

—Athor está muerto. Col Istor rió brevemente.

—No me refiero al viejo —contestó—. Hablo del joven, del príncipe.

—¿Errel?

Ryke parpadeó. Los ojos le escocían a causa del humo. No había dormido en dos días y tenía la cabeza pesada. Recogió un puñado de nieve y se frotó el rostro, intentando pensar. Errel, el único hijo y heredero de Athor, estaba de caza cuando Col y sus soldados aparecieron ante la Fortaleza, cinco días antes. No había regresado. Athor y los comandantes habían supuesto que se encontraba a salvo. Esa había sido la ferviente esperanza de Ryke.

—Está fuera de tu alcance —dijo.

—Está con nosotros —dijo Col Istor. Se puso en pie, haciéndole un gesto al hombre que se hallaba detrás de él—. Levántale.

El hombre avanzó y, a la fuerza, hizo incorporarse a Ryke. Tenía las manos grandes y toscas. Ryke se apoyó contra el muro hasta que las piernas dejaron de temblarle. Col le observaba sin demasiado interés. No parecía un jefe de guerreros. Todo el mundo sabía que la guerra negaba siempre del norte. Nacía en la roca y se iba endureciendo a través de la incesante contienda, interrumpida ahora por una tregua, entre Aran y las tierras que se hallaban aún más al norte, Anhard-sobre-la-montaña. Athor de Tornor, que se mantenía en guardia ante cualquier signo de los incursores de Anhard, no había hecho caso de los rumores que llegaron a la Fortaleza a través de los mercaderes del sur acerca de un capitán de mercenarios surgido de las pacíficas granjas de Aran, los brillantes y dorados campos de trigo del Galbareth. Y sin embargo, este hombre le había presentado combate en pleno invierno a Tornor, avezada en la guerra, y había vencido.

—Tráele —ordenó Col.

Cruzaron el recinto interno hasta la puerta. A Ryke le costaba mantener el equilibrio sobre la nieve resbaladiza. El viento frío le revivió un poco. El ejército de Col se movía por doquier bajo la brillante luz del sol, limpiando el castillo. Había una hilera de cadáveres apilada contra un muro. La mayoría llevaban aún arreos de guerra, pero uno vestía el delantal de cuero de un cocinero. Era imposible decir de cual de ellos se trataba.

Ryke cayó una vez. Aguardaron hasta que logró ponerse nuevamente en pie, y siguieron andando.

Atravesaron la sala de guardia del recinto interno, pasando bajo los dientes de hierro del rastrillo. Los guardias se pusieron firmes. Varios de ellos llevaban restos del botín de la Fortaleza de Zilia, la que estaba más al este de todas las Fortalezas, a tres días de caballo de Tornor, marcados con su emblema, una hoguera. Ryke ignoraba qué había sido de Ocel, señor de ese castillo, y de su familia. Tenía una gran familia. Probablemente, estaban muertos. Había otro enjambre de guardias en el recinto externo, entre los muros. Uno de ellos llevaba un puñado de flechas ya usadas. Las sostenía por el extremo emplumado, con lo que acabaría desequilibrando las saetas. Los hombres del sur no sabían nada del tiro con arco. Ryke se preguntó si la Fortaleza habría podido resistir más de haber contado con más flechas. Los armeros de la Fortaleza la habían mantenido bien provista de flechas de caza. Pero desde que se había acordado la tregua, la fabricación de flechas de guerra había cesado prácticamente.

Decidió que eso no habría importado.

Los estandartes de Athor ondeaban al viento por encima de los muros, una estrella roja de ocho puntas en campo blanco. Mientras Ryke miraba, una pequeña figura oscura trepó por el asta y cortó la bandera, haciéndola caer. Ryke apartó la vista, consciente de que Col estaba observándole. Los grilletes le lastimaban las muñecas. Caminaron a lo largo del muro sur. La jaula de los perros, bañada por el sol, se hallaba al pie de la Atalaya. Athor la había construido para su perra loba y los cachorros. Consistía en un recinto de estacas con una lona dándole sombra. Ahora no había perros en ella. Errel yacía sobre la piedra manchada de excrementos, cubierto por una manta sucia. Tenía el rostro azul de frío, con un corte junto a la boca. Sus ojos estaban cerrados. Sólo el firme subir y bajar de su pecho le dijo a Ryke que seguía con vida.

—No tiene muy buen aspecto —dijo el hombre del que Ryke ignoraba el nombre.

—Mis hombres le encontraron en el camino del oeste, dirigiéndose hacia la Fortaleza de las Nubes —dijo Col Istor—. Mató a cuatro de ellos con ese gran arco suyo. Pero ya le han bajado los humos con el látigo.

Ryke deseó rodear con sus manos el grueso cuello de Col.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Col Istor osciló sobre las puntas de sus pies, con una alegre sonrisa en el rostro. Vestía cuero repujado con un jubón de cota de malla por encima. El viento movía los faldones de lino de la túnica que asomaba por debajo del cuero. La malla parecía ligera y fuerte, tan buena como cualquiera de las fabricadas por los herreros del norte.

—Podría matarle —dijo—. O convertirle en criado. Un cuidador de cerdos. O podría mantenerle con vida, cargado de cadenas.

—¿Qué es lo que quieres, ladrón? —dijo Ryke. El otro hombre le cruzó el rostro de una bofetada. El golpe hizo caer a Ryke contra el muro. La cabeza le daba vueltas, perforada por saetas luminosas. Tragó saliva, conteniendo el vértigo, y logró seguir en pie.

—Held, déjale —dijo Col Istor.

El hombre así llamado retrocedió, obediente. Col miró al cielo.

—Ha despejado —dijo—. ¿Nevará luego? Primero habían estado hablando de Errel, ahora hablaban del tiempo: no tenía ningún sentido.

—¿Qué...?

—Limítate a responderme —dijo el jefe de guerreros.

Puso la mano izquierda sobre la vaina de su espada, no como una amenaza sino levemente, como si el contacto de la espada le hiciese sentirse más cómodo. La vaina de cuero estaba adornada con metal repujado. La espada era probablemente de acero de Tezeran, el mejor que había.

—Dentro de otros cuatro o cinco días. Antes, si el viento muda hacia el este.

—Tendremos que obtener alimentos de la aldea, pero no quiero matar de hambre a la gente para dar de comer al ejército. ¿Qué tipo de almacenes tenía Athor?

—Los almacenes están llenos de grano y buey en salazón —dijo Ryke. Se chupó el interior de la mejilla, notando el sabor de la sangre. El golpe de Held le había abierto la carne—. Puede que no sea suficiente. Athor había hecho sus previsiones para alimentar a doscientos hombres, más la servidumbre. Vosotros sois más.

Intentó mantener el tono de voz inexpresivo, pero no lo consiguió del todo.

—Molesto, ¿no? —dijo Col.

Los hombres estaban izando su estandarte sobre el muro: una espada roja sobre fondo negro. Held llevaba la enseña a la derecha de su jubón.

—Mírame, Ryke —ordenó.

Ryke le miró a los ojos. Aquel hombre estaba lleno de fuerza.

—Eso está mejor. El ejército puede pasar con poca comida, si es necesario. ¿Es buena el agua del río?

Se refería al Rurian, el río que bajaba de las montañas al oeste de la Fortaleza. Después de que se le uniesen otros cursos de agua más pequeños, se ensanchaba a medida que corría hacia el sur, y Ryke había oído que desembocaba sin más interrupciones en el mar. Junto a Tornor trazaba una curva tal que casi rozaba el muro del castillo; era la fuente principal de agua de la Fortaleza.

—Es agua de nieve; es pura —dijo Ryke—. ¿Qué es todo esto?

—Me has preguntado lo que quería —dijo Col Istor—. Te quiero a ti. Conoces la Fortaleza, las aldeas, el clima y las necesidades del país. Quiero tus servicios. A cambio de tu lealtad, tu joven príncipe seguirá ahí, vivo, y se le dará de comer.

Los dos hombres se volvieron y contemplaron a Errel a través de las estacas que formaban la empalizada de madera.

Ryke intentó preguntarse qué habría hecho Athor. Pero Athor estaba tan muerto como una res sacrificada y no podía hablar.

—Supón que digo que no —contestó. Col Istor sonrió.

—Entonces, puedes quedarte mirando hasta que a Held se le rompan las manos.

Lo dijo en un tono normal, lo bastante alto como para que lo oyese Errel si es que era capaz de oír algo. El príncipe no se movió. Ryke observó cómo su pecho subía y bajaba. Debían de haberle golpeado también en la cabeza. Un hombre puede morir a causa de un golpe en la cabeza. Un hombre puede morir de frío.

—¿Cuántos comandantes de la guardia tienes? —preguntó.

—Tres —dijo Col.

—Dejémoslo en cuatro. Col se tiró de la barba.

—Cuatro —dijo lentamente.

A su lado, Held se agitó levemente pero no dijo nada.

—Saca a Errel de la jaula —dijo Ryke.

Col le hizo un gesto de asentimiento a Held. Éste abrió la puerta de la jaula. Cogiendo a Errel por los pies, arrastró su larga figura hasta el exterior. Ryke hincó una rodilla en el suelo. Estuvo a punto de caerse; logró mantener el equilibrio y extendió las manos. Unos cuantos soldados de negras barbas, llenos de curiosidad, hicieron un alto en sus tareas para mirar. Col se inclinó hacia adelante y rodeó las manos de Ryke con las suyas. Ryke se lamió los labios. No le prestaría a Col Istor el juramento que había hecho, a los quince años, al señor por derecho de Tornor.

—Te serviré con lealtad —dijo—, en tanto que Errel no sea molestado y no se le cause daño alguno.

Fue suficiente. Col retrocedió para dejarle poner en pie.

—Bien —dijo. Se volvió hacia Held—. Llévale al cirujano.

Held les hizo una seña a dos de los soldados que estaban mirando. Se acercaron a ellos; uno cogió a Errel por los hombros y otro le agarró por los pies, que le colgaban inertes.

—Diles a Gam y Onran que escojan hombres para formar un cuarto turno de guardia —añadió—. Tú también.

Held asintió con renuencia, pero Col hizo caso omiso de ello. Se volvió nuevamente hacia Ryke, diciendo:

—Ven. Haremos que el herrero rompa esas cadenas.

Cuando Ryke salió del herrero Col le estaba esperando. Fueron andando hacia los cuarteles.

—Tienes un turno como el de los demás; eso dejará cada uno en cien hombres.

—¿Con cuántos viniste?

—Quinientos. Dejamos cincuenta para mantener la Fortaleza de Zilia y perdimos cincuenta en el combate.

Ryke disimuló el placer que le causaba la noticia de que Tornor hubiese hecho perder cincuenta hombres a Col. Tendría que apartar tales ideas de su mente; ahora era uno de los hombres de Col.

—Esta noche —prosiguió—, durante la cena, haré pública la nueva disposición de las guardias. Los hombres deben permanecer ocupados y en buena forma. Dentro de uno o dos meses, cuando haya pasado lo peor de las nevadas, enviaremos partidas para hostigar la Fortaleza de las Nubes. Cuando llegue el momento de combatir, no podrán resistirnos.

La Fortaleza de las Nubes estaba gobernada por Berent el Tuerto, que había perdido un ojo a causa de una piedra despedida de una coz por un caballo desbocado en la última de las guerras de Anhard, nueve años antes. Ryke se preguntó cómo se había enterado Col de que la Fortaleza de las Nubes estaba debilitada. Puede que entre sus tropas hubiese hombres del norte —traidores, dijo su mente, y él se obligó a olvidar esa idea—, capaces de contarle ese tipo de cosas.

—Y después de la Fortaleza de las Nubes, ¿la de Pel? —preguntó.

—Sí. Ésa será la más dura. Más que lo fue ésta. Sironen no es ningún estúpido. Me estará esperando.

Entraron en el patio. A pesar de la nieve había hombres entrenándose con cuchillos, espadas y hachas: ahora, los hombres de Col. Cada una de las Fortalezas de los pasos de montaña, cada aldea grande, cada ciudad del sur a lo largo del Rurian, hasta Kendra-en-el-Delta, tenía un patio. Cada muchacho, desde que llegaba a los trece años de edad, cruzaba cada día sus puertas para entrenarse. Sin dicho entrenamiento, Arun habría sido vencida tiempo ha por Anhard. Ryke había oído que desde la tregua el entrenamiento en los patios del sur se había relajado bastante. A los granjeros les era fácil ablandarse. Eran las Fortalezas las que soportaban lo más arduo de la guerra.

Frenaron un poco el paso para observar a los hombres que, enzarzados en combate, giraban uno alrededor del otro. En tiempos cada patio había tenido un Maestro de patio, un hombre de indiscutida habilidad en la guerra cuya responsabilidad era enseñar a los muchachos y cuidar de los entrenamientos, supervisándolos. En Tornor la costumbre había sido abandonada. Col examinó el patio de un extremo al otro. Sus vivaces ojos no dejaban que nada se le escapase. Los dos hombres que estaban más cerca de ellos se atacaban con espadas de madera.

—Una guardia muy torpe —murmuró Col. Lanzó un grito hacia el hombre más cercano, el cual lo devolvió sin volverse, sosteniendo un poco más alto el escudo. Col miró hacia el herrero.

—Yo hacía esas cosas —dijo.

—¿Eras herrero?

—Sí. También lo era mi padre, y su padre antes que él. Vivíamos en la aldea de Iste. ¿Has oído hablar de ella? —Ryke negó con la cabeza—. Es tan pequeña como un alfiler, y está cerca del lago Aruna, en el Gran Camino del Sur. Yo solía contemplar a los señores de las Fortalezas ir y venir a caballo de las montañas a Kendra-en-el-Delta, y deseaba estar con ellos, sintiendo celos de cada uno de los caballeros que iban en sus comitivas. De la aldea tomé prestado mi nombre. Eso, y la vieja hacha de guerra de mi padre, fueron las dos cosas que me llevé al irme de casa. —Metió los pulgares en el cinturón—. Puede que los hombres te causen problemas, ya que eres del norte y, hasta hace muy poco, fuiste un enemigo. Haz lo que tengas que hacer para mantener la disciplina.

Y yo estaré vigilando para ver cómo los manejas, iba implícito en su tono. Volvió a grandes zancadas hacia los espaciosos cuarteles de piedra.

—Ya deberían estar reunidos —dijo.

Ryke, que había vivido diez años en el edificio y conocía cada una de las grietas de sus muros, le siguió.

Había un centenar de hombres en la esquina suroeste de los cuarteles, la esquina fría, la más alejada de las chimeneas de la cocina. Se pusieron en pie al entrar su jefe. El aroma del tocino frito llenaba la estancia, filtrándose desde la cocina. A Ryke se le hizo la boca agua. Sintió que él era el extranjero. Cabellos rubios, tez clara, más alto que los demás, destacaba entre ellos como un zorro rojo en la nieve. Los hombres le observaban con cautela y cierto resquemor. Se preguntó qué les habría contado Held.

—Éste es Ryke, antes comandante de la Fortaleza —dijo Col—. Estará al mando de este turno. Su autoridad es igual a la de cualquier otro comandante. —Se balanceó sobre las puntas de los pies, contemplando a los soldados silenciosos—. ¿Queda eso claro? —Hubo un gruñido de asentimiento—. Nada más.

Se volvió hacia la escalera. Al marcharse, le dirigió a Ryke una sonrisa llena de dientes amarillentos.

Ryke cruzó los brazos. Los hombres estaban esperando a que hablase. La luz del sol formaba pequeños cuadrados entre los apagados colores de los tapices que colgaban de los muros. La grasa de los velones había vuelto casi irreconocibles sus escenas de hombres guerreando. Sobre el panel más próximo, los arqueros apuntaban sus flechas

hacia los incursores de Anhard. El tajo de una espada indicaba el lugar donde algún soldado de la Fortaleza, embotado por el alcohol, había atacado a los guerreros de Anhard en el muro. Bajo las formas puntiagudas de sus cascos, los rostros eran meros manchones informes. Ryke examinó a los soldados vivos que se alineaban delante de los soldados pintados. Hacía tan poco que habían sido sus enemigos... Dispersos entre los rostros morenos vio caras de hombres del norte. No les conocía; eran, supuso, hombres de la Fortaleza de Zilia a los que Col había comprado, amenazado o atraído para que entrasen a su servicio. Sin duda, uno de ellos le había contado a Col quién era Ryke.

Recorrió la hilera de camastros de paja hasta llegar al más cercano a la pared.

—Dormiré aquí —dijo, y tiró al suelo los fardos que había sobre él. Un pelirrojo de aspecto desgarrado salió de entre las filas de hombres—. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Ryke.

Aquél era el líder no oficial del grupo.

—Vargo —dijo el pelirrojo.

Tenía pecas en el rostro y en el dorso de las manos. La vaina vacía de un hacha le colgaba de la cadera izquierda. Se enfrentó sin pestañear a la mirada de Ryke.

—La cama que has cogido es la mía —manifestó. Ryke señaló con el dedo el camastro de al lado.

—No, la tuya es ésa. Eres el segundo de la guardia.

Un murmullo de interés y sorpresa se alzó entre los soldados que les observaban. Vargo se lamió los labios, claramente desconcertado al habersele quitado de pronto la causa para pelear.

—Col anunciará una nueva disposición de las guardias durante la cena. Concentraos aquí antes para una revisión de las armas. Tenéis toda la tarde para pulir vuestros arreos. Veré lo que puedo hacer para conseguir algunas mantas más. Vargo, tú quédate; el resto podéis marcharos.

Se dispersaron lentamente en dirección de la puerta o de sus camastros, formando grupos para hablar. Tomó asiento sobre el camastro. Vargo hizo lo mismo.

—Tú les conoces —prosiguió Ryke—. Háblame de ellos: de cuáles son los perezosos, y de los que buscan problemas.

Antes de la cena Ryke ordenó a Vargo que hiciese formar a los hombres fuera del cuartel, en el patio. Los pinches y las mujeres de la cocina atisbaban, llenos de curiosidad, a través de las ventanas. Los hombres del recinto de guardia se volvieron a mirar. Ryke caminó lentamente a lo largo de la columna, examinando las armas y los ojos de los hombres. Uno de ellos encorvaba los hombros, sin poner la mano en la empuñadura de la espada; sus arreos de cuero estaban llenos de grasa. Se llamaba Ephrem; Vargo le había advertido a Ryke de que podía causar problemas. Miró a Ryke. Era ancho de hombros y tenía los ojos oscuros, con el cuerpo achaparrado de un buey.

—Estabas en el barracón con los demás —dijo Ryke—. Oíste las órdenes.

El hombre miró a un lado y a otro.

—Tenía trabajo.

Toda su postura era un desafío a Ryke para que reaccionase.

Ryke dio un paso hacia atrás. Ephrem aflojó los músculos. Se le relajaron los hombros. Ryke giró en redondo y le golpeó en el lado izquierdo de la mandíbula. Debajo del guante llevaba un perno de hierro que había cogido en la herrería. La cabeza de Ephrem emitió un crujido audible. Su cuerpo voló dos codos por el aire y aterrizó, flácido como un pellejo vacío, sobre el frío suelo del patio.

Ryke siguió andando. Tardó muy poco en completar la revista. Ephrem seguía desmayado.

—Tú y tú —señaló Ryke al azar—. Llévadle a la cama.

Los hombres señalados apartaron rápidamente a Ephrem de la fila. De la cocina llegaron burlas dirigidas al hombre inconsciente. Los demás permanecieron en posición

de firmes. Ryke dejó que esperasen, tanteando su temperamento igual que un hombre puede hacerlo con un caballo recién domado. Algunos se volvieron para ver cómo Ephrem era introducido en el barracón. Esperó a que se dieran la vuelta y le mirasen. El silencio era absoluto. En algún lugar, dentro de los muros, un perro lanzó un aullido solitario. Ryke se preguntó si sería alguno de los perros lobo de Athor, buscando a su amo e incapaz de encontrarlo. —Romped filas —dijo.

Col anunció los turnos antes de que empezase la cena.

Ryke compartió la mesa con Col y los demás comandantes. Su mesa estaba instalada bajo el espacio, ahora vacío, del que había colgado el estandarte de guerra de Athor. Los hombres estaban sentados en mesas muy largas, tres en total, que nacían de la pequeña mesa de cabecera como las tres púas de un tenedor. Los hombres de Ryke tenían el turno de la mañana, desde el amanecer hasta el mediodía. Los soldados seguían aún excitados por la victoria. Col había dicho que el ejército podía pasar con poco, pero esta noche, la primera que pasaban en el castillo que tanto les había costado tomar, no les estaba haciendo ayunar precisamente. Los pinches se apartaban tambaleándose de las ventanas que daban a la cocina con enormes bandejas de comida: lonjas de tocino frito, cabra, dos corderos enteros cogidos de la aldea, pan, queso, salsas, patatas, vino. Los hombres hacían brindis por Col, por los comandantes, por ellos mismos. Bebían en recuerdo de sus muertos. No hablaban de los doscientos muertos de Athor, enterrados ahora en zanjas angostas fuera de los muros exteriores.

Ryke no se unió a los brindis.

Los demás comandantes le observaban. Onran sin expresión; el viejo Gañí, el comandante de la caballería, con cara de diversión; Held con ceñuda desconfianza. Si Col lo vio, no dijo nada al respecto. En el extremo del salón, sobre las ventanas que daban a la cocina, colgaban picas, hachas, jabalinas, espadas, cascos, escudos con dibujos hechos de plata y oro, despojos cobrados a lo largo de los años sobre los incursores de Anhard que habían cruzado las montañas para conseguir botín y se habían encontrado con que el botín eran ellos. Algunos estaban oscurecidos por el óxido. Ryke recordó la incursión, nueve años antes, en la que Athor de Tornor había matado al jefe de los saqueadores. Había sucedido en el verano de su octavo año de edad. Ryke llevaba siempre un recuerdo de esa guerra, un cuchillo para desollar de Anhard. Lo había cogido del cadáver de un hombre al que había matado. Lo tenía en una vaina, en su bota derecha.

A lo largo de los muros laterales del salón colgaban tapices que ilustraban la construcción de la Fortaleza. Mostraban albañiles y maestros carpinteros con sus herramientas, hombres que transportaban piedras desde una cantera, obreros cavando el pozo de los cimientos, aún más piedras flotando río abajo sobre una almadía, por el Rurian lleno a rebosar a causa de las nieves. Ryke contempló los tapices descoloridos para no verse obligado a contemplar a los hombres del sur en el momento de su triunfo. La estancia estaba caliente y llena de humo. Cuando las bandejas se hubieron vaciado, Col se puso en pie. Los hombres le vitorearon. Con un rugido, les hizo callar.

—Lucháis bien y estoy orgulloso de vosotros —dijo. Ellos aporrearon las mesas—. ¡Basta! Veinticinco hombres de cada turno volverán a la Fortaleza de Zilia, para sostenerla contra toda rebelión. Partiréis mañana. Llevaos las provisiones que os hagan falta de las cocinas; dejaréis en paz las aldeas mientras viajéis. Los que se queden aquí se prepararán para el invierno. Tengo entendido que a este malvado país le quedan aún dos o tres meses de frío que pasar. Nos mantendremos calientes barriendo la nieve y haciendo incursiones en las fronteras de la Fortaleza de las Nubes. —Los hombres gritaron—. Callaos. No vamos a ablandarnos por el hecho de que debamos permanecer encerrados. Pero tampoco vamos a aburrirnos. Viviremos como señores. Traeremos mujeres de la aldea. —Eso también les gustó—. Me han dicho que hay toda un ala de

apuestos para mujeres en el ala oeste, así que ya podéis dejar de pelearos por las de la cocina. Y al igual que las grandes mansiones de Kendra-en-el-Delta, la Fortaleza de Tornor tendrá un cheari. —Ryke frunció el ceño. Era una palabra que no conocía, procedente de la vieja lengua del sur—. Es nuevo en el juego, pero aprenderá de prisa.

Ryke se inclinó hacia Gam.

—¿Qué es un cheari?

—Quiere decir un bufón, un payaso —contestó el maestro de caballerías.

Ryke asintió. Había oído que era costumbre del sur, especialmente en las grandes mansiones de la ciudad, cubrir a un muchacho de pintura y plumas y obligarle a que hiciese juegos de manos y chanzas para ganarse la comida. Volvió a reclinarsse en su asiento. Estaba muy cansado y el humo y el ruido empezaban a producirle dolor de cabeza. Por debajo de la mesa, una cálida cabeza se apretó contra su rodilla. Notó unas orejas sedosas y una suave capa de pelo. El perro le olfateó la palma de la mano. Pensó que sería uno de los perros lobo de Athor. Le dio de comer al animal los restos de su plato.

Preocupado, apenas se enteró del momento en que el bufón apareció en la puerta de la cocina y empezó a dar volteretas delante de las mesas. El bufón era demasiado alto para ser un muchacho, y bastante torpe. Le habían vestido con unos calzones adornados con terciopelo rojo, pero llevaba el pecho desnudo y los pies descalzos. Alguien le arrojó un gran hueso. Fingiendo ser un perro, lo sostuvo entre los dientes y empezó a correr a cuatro patas.

—¡Buen chico! —dijo Col.

El bufón ladró. Riendo, los hombres le arrojaron restos de comida. El joven los fue recogiendo. Trotando como un animal, agitando una ramita de sauce como si fuese un rabo, se acercó a la mesa de cabecera. Ryke vio que no era ningún muchacho sino un hombre, delgado, musculoso y lleno de moretones. Tenía la cara pintada de azul. El hombre pasó a su lado trotando como un perro y Ryke vio que era Errel, No pudo creerlo. Miró a Col Istor. El jefe de guerreros sonreía, como ante una broma bien ejecutada. Tembloroso, Ryke se puso en pie.

Col se incorporó. Hel le imitó.

—Tu juramento, comandante —dijo Col—. Está vivo y no se le ha hecho daño. Siéntate.

Alrededor de ellos el ruido y los gritos eran cada vez más fuertes. Ninguno de los que así se divertían había notado aún que algo iba mal. Col Istor le miró con dureza.

—¡Siéntate!

Ryke se sentó. No podía respirar. La cabeza estaba a punto de estallarle de dolor. Esperó que los muros de granito se estremeciesen y se agrietasen, pero nada de eso sucedió... Los labios de Col se movían. Ryke clavó la mirada en las figuras tejidas sobre las paredes. El sabor de la comida era como ceniza en su boca. No podía oír nada, nada salvo el rugido que llenaba su cráneo.

## 2

Cuatro meses después de la muerte de Athor, el norte (exceptuando la Fortaleza de Pel) yacía bajo la férrea presa de Col Istor y del invierno.

Ryke se dirigía a caballo desde la Fortaleza hacia la aldea en la que había nacido. Cada tres semanas, aproximadamente, hacía ese viaje actuando como agente y emisario de Col. Llevaba su capa de montar hecha de pieles, y botas recubiertas de piel, además de pantalones de cuero y unos calzones de lana. El suelo estaba cubierto de nieve caída hacía tiempo. Crujía; los cascos del caballo dejaban en ella señales bien delimitadas. Entre la Fortaleza y el pueblo se hallaba una extensión de terreno rocoso sin cultivar. En

verano la hierba crecía entre los peñascos, y los niños de la Fortaleza llevaban allí al rebaño de cabras lecheras del castillo para que paciese, mientras que ellos recogían los pétalos de las margaritas azules. En tiempos el pueblo había cubierto ese espacio, unido a la Fortaleza por muros de piedra, pero el pueblo había crecido. Los muros habían sido derribados para construir con ellos. Ahora sólo quedaban restos de las casas originales. Visto desde el castillo, el campo parecía una superficie granulosa, con un dibujo allí donde habían estado las viejas calles. Pero, de cerca, el dibujo se convertía en una imagen confusa y carente de sentido.

Los almacenes de Athor no habían resultado suficientes para alimentar a trescientos hombres, sin contar a los criados, las mujeres y los caballos. Col tuvo que requisar alimentos de la aldea. Mantuvo su palabra de no matar de hambre a la aldea para alimentar al ejército pero, por ley y por costumbre, un porcentaje de la cosecha y los rebaños de la aldea pertenecían a la Fortaleza y podían ser reclamados por el señor de la Fortaleza en cualquier momento. Ryke llevaba las peticiones en su cinturón: tantos cerdos, tantos corderos, tal cantidad de grano, todo para ser entregado en el plazo de una semana en Tornor, suponiendo que el clima lo permitiese. A cambio de esto los hombres de la Fortaleza cazaban las cabras salvajes y mantenían los rebaños a salvo de comadreas, lobos, zorros y gatos monteses. Los hombres del sur cazaban con picas y hondas, no con arcos. Una semana antes los hombres del turno de Gañí habían seguido el rastro de un jabalí hacia el sur, pero lo habían perdido para decepción del jefe de cocineros. También él era del sur y nunca había tenido ocasión de guisar un jabalí.

Las peticiones con sus signos grabados (una hoz para el grano, un cuerno para las cabras) y las muescas para indicar el número de fanegas y animales que se necesitaba resonaban entre sí al golpear con la cadera de Ryke. El mismo Col había hecho las tallas. Le había hecho llevar a Ryke a la gente de la aldea el mensaje de que Errel vivía.

—Diles que su buena salud depende de que ellos cooperen —dijo—. No quiero que hagan ninguna estupidez, como planear una rebelión.

Y se había balanceado sobre las puntas de los pies, sonriendo. Ryke no se había tomado la molestia de hacerle notar que una aldea compuesta en su mayor parte de ancianos, mujeres, muchachos y niños mal podía planear una rebelión a mediados del invierno.

Entró en las calles angostas y familiares. Subían y bajaban siguiendo los contornos del terreno. Desde la colina pudo distinguir el río. Había mujeres con capas y capuchones de lana acuclilladas en las orillas, pescando a través de agujeros excavados en el hielo. Cabalgó hasta la casa de Sterret, el alcalde, para dejar allí las peticiones. Cuando entró en la aldea propiamente dicha los perros se reunieron en masa para ladrarle. Un chillido femenino les hizo callar. Se les veían las costillas y estaban flacos como lobos. Azuzó su caballo contra ellos para hacer que se dispersasen. La perra loba de Athor, que parecía haberle adoptado, le había seguido hasta la poterna, gimoteando y queriendo acompañarle, pero él había dicho a los guardias que no la dejaran salir. Se alegró de haberlo hecho; los perros de la aldea habrían reconocido su olor como el de una extraña y la habrían despedazado.

Sterret fabricaba ruedas de carro; sus hijos habían aprendido el oficio de él. (Uno de ellos había viajado hasta el sur, a Kendra-en-el-Delta; el viejo tenía noticias de él una vez al año, en verano.) Su casa era más grande que algunas de las otras, construida de piedra gris con una auténtica chimenea, hornos y el techo cubierto de tejas. De los bordes del tejado colgaban los carámbanos. Se hallaba en el centro del pueblo, al lado del mercado. Los niños, sin dejarse intimidar por el frío, corrieron por las calles precediendo al caballo de Ryke, sus claras voces gritando todo el camino hasta llegar a la puerta de Sterret. Ryke recordaba cómo había jugado al escondite entrando y saliendo de los umbrales de esas casas hasta que las mejillas se le quedaban insensibles y los dedos de los pies, dentro de las botas de piel de cordero, se volvían rígidos y azulados.

Sterret salió a la puerta para recibir las varillas llenas de muescas, acompañado por el más joven de sus hijos. Andaba ayudándose con un bastón; había servido en las guerras de Anhard y le habían herido en la cadera. La contera metálica del bastón iba dejando nítidos agujeros en el suelo, como si los hubiese hecho un carpintero con un punzón. Pasó el dedo pulgar por las tallas.

—Se hará —dijo—. ¿Cómo se encuentra el príncipe? Se abrió una contraventana. El aroma de las salchichas con especias se esparcía desde la cocina. Una mujer se asomó a mirar.

—Errel se encuentra bien —dijo Ryke.

—Dile que no le olvidamos —habló el muchacho, con los ojos encendidos de emoción.

—Se lo diré.

—Ven —dijo Sterret, dirigiéndose al más joven de los dos hijos que le quedaban.

Había tenido seis. Puso una mano en el hombro del muchacho. Usando al niño como apoyo, el fabricante de ruedas entró cojeando en la casa. La contraventana se cerró.

En los extremos de la aldea las casas se iban haciendo más pequeñas y pobres. Pocas tenían chimenea. En vez de tejas, tenían el techo de cañizo. Ryke desmontó ante una sencilla vivienda de piedra. El humo brotaba de un agujero en el tejado. Ató las riendas en un anillo de hierro clavado en una piedra. La puerta se abrió. Su madre, vestida de lana, apareció en el umbral. Él se inclinó para besarle la mejilla. Su hermana menor atisbaba por detrás de la puerta. Pudo oler el aroma de las gachas de avena. Sacudiendo su capa para quitarle la nieve, Ryke aguardó a que su madre le invitase a entrar.

Ella le hizo sentar a la mesa y le dio de comer: pastel de centeno, cerveza agria. Iba del hogar a la mesa y de ésta al hogar, encorvándose, con el lento paso de una mujer que ha engendrado doce hijos y perdido a siete de ellos. Cuatro habían muerto antes de que naciese Ryke. Alargó los pies hacia el ruego. La nieve fluía de sus botas y se perdía siseando entre las llamas.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí. ¿Y tú?

Ella le dio un pastel de centeno a la niña, fingiendo no haberle oído. Tenía una cabellera larga y frondosa, de color gris, y la llevaba recogida en trenzas anudadas, como correspondía a una mujer casada. Las trenzas le caían por la espalda, asomando por debajo de la tela marrón de su capucha. Tenía una vaga idea de cuál era su edad; estaba entre los cuarenta y cinco y los cincuenta. Parecía más vieja de lo que aparentaría un hombre de su edad. En las montañas las mujeres siempre envejecían más de prisa que los hombres.

—Tose —dijo la niña, agarrándose firmemente al delantal de su madre.

—No es nada —dijo su madre—. Cogí un resfriado.

Ryke frunció el ceño. Su padre había muerto de un enfriamiento contraído en el verano después de nadar en el río, un mal modo de morir para un soldado. Había sido uno de los segundos del turno de Athor y vivía dentro de la Fortaleza la mayor parte del año.

—¿Has ido a la curandera?

Ella arrugó los labios de ese modo que le decía que no iba a hablar más del asunto. Tozuda como el invierno, dijo una vez su padre refiriéndose a ella. Alargó la mano para coger sus agujas de tejer.

—En primavera Kepi empezará de aprendiz con la curandera.

Kepi era otra hermana suya, la mediana.

—¿Cuántos años tienes ahora?

—Nueve.

—Eso está bien.

Las aldeas de la montaña valoraban mucho a sus curanderas. La curandera actual de la aldea era una anciana llamada Otha. Unos ocho años antes había tenido una

aprendiza, pero la muchacha se escapó y ella se negó a aceptar otra, preocupando con ello mucho a la aldea.

—¿Cómo se encuentra Evion?

Evion era el mayor de los muchachos, exceptuando a Ryke. Tenía trece años. En una época más feliz habría estado en Tornor, protegido por su hermano mayor, como ayudante de herrero, pinche o mozo de establo.

—Está bien. Se pasa todo el día con los hombres. Le veo muy poco.

Movía los labios entre palabra y palabra; estaba contando los puntos. Esperó a que terminase la cuenta.

—¿Y Becke?

Becke era la hermana mayor, diecinueve años. Tenía dos hijos. Su hombre había muerto bajo el muro de Tornor, la cabeza partida en dos por un hacha del sur como si fuese un pedazo de madera seca para el fuego. Había perdido el tercer hijo en un aborto. Su madre no decía nada. Por dos veces él había intentado hablar con Becke, pero ella se había encerrado en su casa, negándose a verle.

—¿Y tú, pequeña? —le dijo en broma, dando un tirón de trenzas a su hermana menor.

Ella lanzó un chillido y, riendo, buscó la seguridad de las faldas maternas. Tenía siete años.

Cuando remontó el camino vio a un grupo de muchachos que le miraban desde el refugio ofrecido por el ancho umbral de la casa del carretero. Cuando vieron que él les miraba volvieron la cabeza. No conocía a ninguno de ellos. Vestían gruesas pieles de oveja, vueltas del revés para protegerse del frío. Se preguntó si acaso le odiaban porque seguía vivo. Estaba vivo por Errel, por Tornor. Apretó las riendas en sus manos enguantadas e hizo un gesto de saludo hacia los muchachos. No era culpa suya que sus padres y hermanos estuviesen muertos.

Se le quedaron mirando con los pétreos ojos de las figuras de los tapices. Uno de ellos arrojó una roca..., no hacia Ryke, sino hacia lo alto. Trazó una espiral en el cielo y volvió a caer lentamente. Aterrizó sobre un tejado, haciendo resonar las tejas cubiertas de hielo. Los muchachos echaron a correr. Ryke hizo que el caballo apretase el paso hacia Tornor. Como reclinadas contra las colinas vestidas de blanco, las casas de la aldea se apoyaban unas en otras pareciendo buscar calor. Los perros ladraban. El juramento que le había hecho a Athor y el que le había prestado a Col Istor le roían el corazón.

Cuatro días después de su visita a la aldea, descubrió que era lo que su madre no había querido decirle sobre su hermana.

Sus hombres tenían el último turno, del mediodía a la puesta de sol. Ryke estaba haciendo la ronda de sus puestos de guardia. El patio resonaba con el ruido de los martillos: los hombres estaban construyendo otra mesa y dos bancos más. Las astillas de la madera rebotaban sobre la piedras. El cielo estaba claro, pero el sol se había ocultado ya detrás de los muros, y el muro interior se hallaba en sombras. Dos muchachos entraron corriendo en el gran salón, uno llevando en los brazos un montón de palos, el otro un pegajoso puñado de antorchas, con las puntas embreadas. Perdido en sus pensamientos (una ensoñación, acerca de un verano en el que había ido a caballo con su padre a la granja de un primo en el mismo borde del Galbareth; recordaba el zumbido del viento sobre la planicie; su padre le había subido a sus hombros para que Ryke, el niño, pudiese ver el océano de trigo que se iba volviendo purpúreo con el ocaso), llegó hasta la escalera de la Atalaya y casi derribó a una mujer. Logró cogerla por el codo, musitando una disculpa. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza con un prendedor hecho con una espina de pescado, siguiendo la moda del sur, pero la manera en que se movía y su porte le eran familiares. Iba vestida de lana azul. El perfil de su mandíbula era idéntico al de él. Ella apartó los ojos y trató de pasar de largo. Él le puso la mano en el hombro.

—¿Becke?

Su respuesta, pronunciada con una voz átona, le llegó desde la penumbra.

—Soy yo.

No iba vestida como una sirvienta.

—¿Qué eres...?

—Ahora soy una mujer de la Fortaleza —dijo con desafío.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Tres semanas.

Sintió que se revolvía bajo su mano. La soltó. Sólo podía distinguir sus ojos, como chispas entre la penumbra: marrón claro, avellana, como los suyos.

—¿Dónde están los niños?

—Con Ana.

Ana era su vecina. El esposo de Ana era el carretero.

No sabía qué decirle. No la conocía muy bien. Cuando él abandonó la aldea para vivir en la Fortaleza ella tenía ocho años y, desde entonces, sólo la había visto en el verano y durante las cosechas. Había sido una niña de temperamento difícil. A veces eran amigos; más a menudo, se peleaban. Deseaba decir: ¿Qué pensaría Jebe de esto? Pero Jebe era su hombre, y estaba muerto; si Jebe hubiese estado vivo ella no se encontraría aquí.

No era ninguna vergüenza ser una mujer de la Fortaleza, especialmente en el caso de una viuda y, sobre todo, en tiempos de guerra, cuando había pocos hombres en los pueblos. Si daba a luz un niño, le adoptarían en la aldea hasta que fuese lo bastante mayor como para que la Fortaleza le reclamase. La madre de Errel había sido una mujer de la Fortaleza.

Becke era joven todavía, bonita y con la tez sana.

—¿Por qué no me dijiste que estabas aquí? —dijo.

—No quería verte —respondió ella.

Le hablaba con frialdad. Olía a madre selva. Ryke supuso que llevaba una guirnalda o una bolsita con las flores secas entretrejida en el pelo. Alguien encendió una luz en la Atalaya.

—Déjame pasar, hermano —añadió—. Me están esperando.

Él se apartó para cederle el paso. Sintió el roce de su falda en las piernas. Ella subió por la escalera de la Atalaya y él inclinó la cabeza. Le avergonzaba imaginar a su hermana en el lecho de Col. Se preguntó por qué Col no había usado eso para atormentarle. Sólo podía deberse a que no lo sabía. Ni siquiera podía enfadarse. Las mujeres tenían que sobrevivir. Becke servía a los hombres del sur, exactamente igual que él. Tendría que quitárselo de la mente, tal como había aprendido a hacer con tantas otras cosas.

Él y Errel habían convenido un medio para encontrarse; la señal era una prenda, que pasaba de uno a otro como un mensaje amoroso, transportada por una moza de la cocina bien dispuesta hacia él.

Se encontraron en el muro de la Fortaleza, por encima del gran salón, hombro con hombro como si fuesen dos hombres de un turno, encogidos, intentando cobijarse de los remolinos de nieve. Errel le preguntó cómo iban las cosas en la aldea y Ryke se lo contó. El rostro del príncipe estaba flaco, y parecía hambriento. Hizo las preguntas que habría hecho Athor. Ryke recordaba a Errel el cazador, Errel el arquero, Errel mirándole detrás de Athor, joven y de aspecto grave, cuando Ryke se arrodilló y le juró vasallaje a su padre... Ahora comía lo que podía conseguir de los despojos de la mesa y de los cocineros. Ryke apoyó los codos en el muro. Muy adentro, allí donde la escondía, ardía la rabia. Le daba calor. Habló con tono mesurado de corderos y cerdos, imaginando en su mente aquel instante privilegiado en que sus manos se cerrarían alrededor del cuello de Col Istor.

—Sterret siempre pregunta por vos. Los aldeanos no olvidan a quién deben lealtad en primer lugar. Las mejillas de Errel se ruborizaron.

—Por su propio bien, espero que no le ofrezcan resistencia a Col —dijo.

—No lo hacen.

—Me alegra oírlo. ¿Guardan los hombres de Col el pacto de caza?

—Tres de los hombres de Onran cobraron un lobo ayer.

—Eso es bueno —dijo el señor de Tornor.

Llevaba una vieja capa ribeteada de piel, unas botas manchadas que le quedaban demasiado grandes, y carecía de guantes. No tenía el aspecto de un soldado. Col le había dejado bien claro a Ryke que no quería que se viesen, y aquél era el cuarto de tales encuentros que Ryke había osado planear en bastantes meses.

—¿Os encontráis bien, príncipe? —preguntó Ryke. Errel rió brevemente.

—¿Hace falta que lo preguntes? Me encuentro lo bastante bien como para dar volteretas cada noche en el salón y ganarme la cena. ¿Para qué he de encontrarme bien?

—¿Os dejaría Col trabajar en los establos..., jugar a que sois un mozo de cuadra..., si se lo suplicaseis?

—Le gustaría verme suplicándole. Pero dudo que consintiese en dejarme trocar mi ramita de bufón por un cepillo de alambre. Esta bufonada le gusta demasiado.

Ryke no conseguía entender cómo el príncipe podía reír. Se preguntó qué habría pensado Athor si supiese que su hijo seguía vivo, haciendo piruetas para ganarse la cena y conservar la vida, igual que un perro al que se entrena para sentarse sobre sus cuartos traseros y fingir que habla. Athor se habría enfurecido. Las iras de Athor eran famosas. Pero Athor estaba muerto. Errel se envolvió mejor los hombros con la capa. No llevaba barba, y se le había desollado el rostro con la pintura que Col le obligaba a usar.

—Había pensado algo... —dijo Ryke.

—Cuéntamelo.

Ryke examinó el muro hasta donde le permitía ver el manto de nieve. No había nadie. Por debajo de ellos, en el recinto interno, una muchacha temblorosa y de pelo pajizo apretaba el paso hacia la cocina. Llevaba un cuenco de bronce. Sus pies descalzos iban dejando huellas sobre la película de nieve.

—Escondí un fardo con pieles en un rincón del establo, donde ni siquiera el viejo Gam pudiese encontrarlo —dijo Ryke—. Si podéis llegar hasta allí...

Errel observó el oeste y el tormentoso crepúsculo, con las manos sobre la piedra helada de los contrafuertes.

—Ése no es el modo —dijo.

—¿Queréis decir que no deseáis escapar? Las palabras resonaron a lo largo de la muralla.

—Más bajo —dijo Errel—. El viento puede amainar. Escucharon en silencio. No se acercó nadie. El príncipe dijo:

—Sueño con escapar. Pero aunque cometa las locuras que se esperan de un bufón, no he enloquecido. Ése no es el modo de hacerlo. Eso te dejaría aquí para enfrentarte a la furia de Col. No prestaré mi acuerdo a ningún plan que te ponga en peligro.

—Un hombre puede moverse con más rapidez que dos...

—No. No quiero oír más al respecto. —Le volvió la espalda a un repentino soplo de viento para encararse con Ryke, con los ojos como dos pedazos de hielo azul—. Los juramentos atan a las dos partes, Ryke.

Ryke inclinó la cabeza.

—Sí, príncipe.

El viento cesó. En la repentina calma oyeron unos pasos que se aproximaban. Era el centinela. Se apretaron contra las piedras y el centinela pasó a su lado, envuelto en pieles, sin verles. Ryke no habló hasta que le fue imposible oír los pasos.

—¿Os han dicho algo las Cartas, príncipe?

A petición de Errel, había robado de los antiguos aposentos del príncipe su baraja de las Cartas de la Fortuna. La magia hacía sentirse incómodo a Ryke. No le gustaba creer que el futuro podía existir en pequeño, en símbolos, encerrado en un puñado de figuras pintadas. Pero Errel sabía usar las Cartas.

—Supón que digo que sí —respondió Errel—. Careces de fe en las Cartas.

—En lo concerniente a encontrar un camino para salir de aquí —dijo Ryke—, confiaría en cualquier tipo de magia existente, incluso en las Cartas.

Caminaron hacia el sur. De la ventana de la Atalaya brotaba una tenue claridad, medio ahogada por la nieve que caía. Col estaba allí. Ryke sintió que le invadía la amargura.

—Cuando no están presentes —dijo Errel—, no es sabio hablar de las Cartas. Son antiguas y poderosas y, como casi todas las cosas ancianas, les disgusta que se hable de ellas cuando no están presentes para escuchar.

Por encima del soplo del viento, oyeron una voz poderosa que gritaba, llena de ira.

—Held, haciendo la ronda —dijo Ryke.

—¿Sabes cómo le llaman en la cocina? —dijo Errel—. El perro de Col.

Ryke se preguntó qué pensaría Col Istor de las Cartas.

—Últimamente os hace acudir con gran frecuencia —dijo, removiendo en la fuente de su amargura al igual que un perro husmea su herida.

—Eso hace que los hombres se olviden de las raciones escasas.

—Sironen le detendrá —dijo Ryke—. Sironen le detendrá cuando vaya a conquistar la Fortaleza de Pel.

—Miau.

A Ryke el sonido le hizo dar un salto como si fuese un caballo asustadizo. Asomando entre las pieles de la capa de Errel, aparecía la cabeza anaranjada de una gatita.

—¿Qué...?

—La encontré congelándose en la escalera. La llevaré a la cocina, para que se quede allí.

—Miau —dijo la gatita.

Empezó a ronronear estruendosamente. Como en respuesta al leve sonido, un ronco bufar se alzó más allá del muro del castillo, una especie de gimoteo iracundo.

—Un gato montes —dijo Errel, con el interés de un cazador en su tono—. No suelen acercarse tanto.

—Estará hambriento.

Alargaron el cuello hacia el oeste, mientras el gato empezaba nuevamente a lamentarse.

—Mira —señaló Errel.

Era un jinete, no, dos, surgiendo de entre las rocas grises que ocultaban el extremo del sendero sur. Aquel sendero llevaba a la Fortaleza de las Nubes, a la de Pel, y continuaba hasta finalizar en las Grandes Montañas que marcaban la frontera occidental de Arun. No había Fortalezas a la sombra de esos picachos. No eran necesarias. Las montañas se alzaban coronadas de hielo, oscuras y lisas como un muro vertical.

—Mensajeros —dijo Ryke.

—Ya les veo —asintió Errel—. Es raro. No es muy corriente que alguien del clan verde viaje hasta tan al norte. La última vez que lo hicieron fue para ayudar a que se firmase la paz de Anhard.

—Siguen a la guerra —dijo Ryke.

Forzando los ojos hacia la lejanía gris, logró distinguir a duras penas la bandera que llevaban los jinetes. La bandera verde era para los heraldos, los mensajeros o para indicar una tregua. Se oyó un grito debajo del muro. Los hombres se congregaron en la poterna.

—Sí.

La gatita maulló de nuevo y el Bufón la acarició, distraído, con los ojos clavados en las pequeñas figuras que cabalgaban hacia el castillo.

—Tengo que irme —dijo Ryke—. Me andarán buscando.

—Sí. Vete.

Ryke frunció el ceño. Por orden de Col, a su cheari le estaban prohibidas las murallas. Si el centinela le encontraba, las cosas se pondrían feas para Errel.

—No deberíais quedaros aquí —dijo.

—Lo sé —contestó Errel—. Iré por la escalera del norte. Adelántate.

Ryke le dejó. Se preguntó qué mensaje podría estar viajando hacia Tornor en mitad del invierno, y de dónde provendría. No sería ninguna amenaza, nadie advertía de que fuese a empezar una guerra. Podía ser una oferta, una alianza (¿de la Fortaleza de las Nubes?), una petición...

Acudió a su mente una imagen de las Cartas, tal como la había visto al deslizarse éstas entre los largos dedos de Errel: una figura ataviada con capa y capuchón verdes, montando un alazán al galope bajo un cielo azul oscuro. La Carta correspondía al mensajero. Sus botas resonaron sobre la piedra resbaladiza. Llegó a la escalera del norte y se apresuró a bajar por ella hasta el humeante calor del gran salón. Oyó pronunciar su nombre.

—Aquí estoy —dijo—. ¿Quién quiere verme?

—Col te llama —dijo Vargo—. ¿Qué es todo este revuelo?

—No lo sé.

Sus hombres le rodearon. Pudo oler la cerveza en sus alientos.

—¿Vamos a atacar de nuevo la Fortaleza de las Nubes?

—No lo sé.

Se quitó la nieve de la capa. Volvió a ceñírsela y cruzó el salón para salir al recinto interno. El viento estaba amainando. Se subió la capucha y avanzó hacia la escalera de caracol de la Atalaya.

La Fortaleza de Tornor era como la madriguera de un topo, un amasijo de escaleras y corredores. El castillo original, como el linaje de los señores de Tornor, se remontaba a doscientos años atrás, y las murallas externas e internas, los cuarteles y el gran salón estaban contruidos aún con la vieja piedra, el tosco y oscuro granito salido de las montañas. Pero los aposentos, los almacenes, el establo, el patio, la herrería, el molino y la cocina habían sido añadidos y rehechos tantas veces que adivinar las dimensiones originales del patio interior era casi imposible. Morven, el padre de Athor, había añadido a los aposentos un recinto para hacer la colada, y Athor había reparado el molino que dominaba el Rurian, justo debajo de la Fortaleza, haciéndolo más grande. Los aposentos estaban ahora vacíos, a excepción del que ocupaba Col y de las idas y venidas de las mujeres de la Fortaleza. Los hombres dormían en los cuarteles, los criados en la cocina y los cocineros en cuartitos situados en los almacenes. Ryke no sabía cuál de los señores de Tornor había construido la Atalaya. La leyenda decía que su construcción había sido ordenada «para que pudiese ver a los incursores de Anhard antes de que sus reyes diesen la orden de atacar». Era cierto que sólo había ventanas hacia el norte. Hacia el este, el oeste y el sur la torre permanecía ciega. Quizá a causa de eso, quizá por otras razones, había dejado de utilizarse. Athor había hablado a veces de condenar su entrada o, incluso, de hacerla derribar.

Pero a Col le gustaba. Había decidido celebrar en ella todos sus consejos y había ordenado que la dejaran inmaculada, limpiándola, encalándola y volviendo a colocar los paneles de las ventanas. Eran nuevos, de color amarillo, y tenían una armazón de hierro que podía abrirse. Ryke subió lentamente. La larga escalinata estaba mal iluminada y se hacía pesada de subir. Por fin, llegó a lo alto de la escalera. Oyó voces; la más alta, la de Col. Parecía complacido por algo. El aura de su placer fluía por la escalera como una aguda ráfaga de viento. Un paje, situado ante la puerta, le hizo una reverencia y le franqueó el paso. Ryke entró en el cuarto de la torre.

Los otros tres comandantes ya se encontraban allí. Ryke les hizo un gesto de saludo y se inclinó ante Col.

—Ryke —dijo el jefe—. Mi cuarto comandante de la guardia.

Los dientes asomaban a través de su negra barba. En honor de los visitantes, llevaba una túnica de fina lana púrpura y un ceñidor de terciopelo azul en vez de sus habituales atuendos de cuero y lino. Extendió una mano hacia los mensajeros. Ellos vestían gruesas pieles adecuadas para viajar. Estaban vueltos de espaldas al fuego. Los ribetes de lana de las pieles brillaban con un fulgor verdoso, la señal de cuál era su posición y de que eran neutrales.

—Norres. Sorren.

Ryke asintió. Dos rostros delgados e imberbes le contemplaron, como sopesándole. Son muchachos, pensó, y luego examinó más atentamente su talla, su corpulencia y el modo en que se movían y se quedaban inmóviles, el hombro izquierdo de Norres tocando casi el derecho de Sorren, y cómo largas dagas colgaban de sus caderas, bien al alcance de la mano. No eran muchachos. Recordó algo. Un mercader sureño de piel morena, en verano, siguiendo el curso del río con una carga de sedas y especias, se había detenido en Tornor y había permanecido despierto hasta bien entrada la noche, jugando a los dados con la guardia, largo tiempo después de que Athor se hubiese retirado a su lecho. El mercader les había contado historias. (No le habían servido de mucho. Perdió tres rondas a los dados y pagó con una buena pieza de tela y una docena de plumas de pavo real antes de abandonar el juego, disgustado.) Les contó historias sobre el famoso capitán Ewan Med, y cómo Raven Batto se había puesto fuera de la ley.

Cuando ya no pudo dejar boquiabiertos a sus oyentes con las historias de la ciudad, les habló sobre los mensajeros. El clan verde, así les llamaba. Llevaban documentos que no podían ser confiados a ninguna otra persona. Era imposible sobornarles. Nunca hacían de espías. Los hombres del norte, sonriendo, le aseguraron que lo sabían todo acerca de los mensajeros. Habían sido ellos quienes llevaron los términos de la tregua de Anhard y Arun. Molesto, el mercader les contó entre susurros la historia de un hombre que intentó sobornar a dos mensajeros para que transmitiesen una mentira. Le despellejaron, y clavaron su piel en la puerta principal de su casa. Acosado a preguntas, dijo sus nombres. Eran, pensó Ryke, muy parecidos a Norres y Sorren. Se acordó de otra cosa respecto a los mensajeros del relato del mercader. Eran gbyas. La palabra procedía del sur; quería decir algo parecido a hermafrodita. Un ghya era mitad hombre mitad mujer o, incluso, algo que no era hombre ni mujer, un tercer tipo de criatura. Si no estabas enterado de eso, pensó Ryke, una criatura semejante podía parecerse a un muchacho. Apartó la mirada al darse cuenta de que había estado contemplando fijamente a los mensajeros. No habían parecido darse cuenta de ello. Decidió que estaban acostumbrados a que la gente se les quedase mirando.

—Traen una oferta de tregua de Berent el Tuerto —dijo Col.

Berent el Tuerto gobernaba la Fortaleza de las Nubes. Durante un mes Col había estado enviando partidas para acosar los muros de su castillo. El jefe sonreía. Ryke supuso que había estado esperando esa oferta, quizá incluso que contaba con ella.

—Me enviará un rehén, uno de sus hijos menores, que llegará dentro de las tres semanas siguientes a que yo acepte la tregua. Held carraspeó.

—No es tan estúpido como creí. Sabe que perdería una guerra con nosotros.

Era cierto. Pero Ryke sintió compasión por Berent, ofreciendo a uno de sus hijos para mantener alejado al ejército cuya vanguardia esperaba ver cualquier día delante de su puerta principal. Tiró levemente de los lazos de su capa. La sala de forma octagonal estaba muy caliente. Col había hecho blanquear los muros con cal y los había cubierto con viejos tapices de los aposentos. Sobre una de las paredes, un hombre con la barba recogida por cuerdecillas doradas arengaba a sus hombres. Ryke casi podía oírle gritar. Bajo la mugre que la cubría, su rostro le recordó a Ryke el de Athor.

—¿Y si es una treta? —dijo Onran—. Podría estar mintiendo.

—No —dijo el mensajero de la derecha, Norres—. No está mintiendo.

El ghya parecía divertido.

—¿Cómo puedes estar seguro...? —empezó a decir Onran. Col le hizo callar.

—Onran bromea —dijo—. ¿Tomaréis un poco de vino?

Vertió vino de una vasija en dos copas. Los mensajeros tomaron los recipientes de cristal amarillo y bebieron. La capucha de Sorren cayó hacia atrás, revelando unos cabellos que le llegaban a los hombros, atados con una cinta verde, y una piel tan pálida como la de cualquier hombre del norte. Norres se llevó una mano a su capucha. Los dos estaban pálidos. Sorren tenía una cicatriz bajo el ojo izquierdo.

—Nunca había visto una habitación como ésta con anterioridad —dijo Norres.

—Tendrías que verla a la luz del día —dijo Col, orgulloso. Golpeó suavemente la mesa sobre la que reposaba la vasija de vino—. Cuando llegamos no había paneles en las ventanas, la chimenea estaba obturada y la escalera tan cubierta de fango que era imposible subir sin peligro. —Se acarició la barba—. Algún día espero ver en esta Fortaleza el mismo esplendor que en cualquiera de las grandes mansiones del sur.

No tendrás esa oportunidad, pensó Ryke. Sironen te detendrá.

Abrió los puños, que había cerrado sin darse cuenta. Col siguió hablando. Ryke rara vez le había visto con tantas ganas de hablar.

—Nos acompañaréis en la cena. Después de haber cabalgado desde la Fortaleza de las Nubes debéis de estar hambrientos. No hay muchos lujos aquí, pero habrá comida suficiente, vino y diversiones.

—Eres muy hospitalario —dijo Norres.

—Sé cómo se debe tratar a los mensajeros —dijo Col—. ¡Luz! —El paje se apresuró a avanzar—. Enseña sus aposentos a nuestros huéspedes.

—¿Podemos visitar primero el establo? —dijo Norres—. Es costumbre nuestra cuidar siempre de las monturas.

—Mi propio maestro de caballería os llevará allí —dijo Col. Gam torció el gesto, momentáneamente irritado al ver que se le asignaban tareas propias de un paje.

—Gracias —dijo Norres.

Los ghyas volvieron a cubrirse con sus capuchas y siguieron a Gam. El paje retrocedió, haciendo oscilar su linterna. Col le indicó con un gesto al niño que cerrase la puerta.

Una vez cerrada, se volvió hacia Onran.

—Ahórrame tus comentarios, muchacho, hasta que esos dos se hayan ido bien lejos. Trae mala suerte dudar de la palabra de un mensajero, y esos dos son aún más peligrosos que la mayoría. He tenido alguna experiencia con el clan verde y no quiero peleas con ellos.

Onran murmuró una disculpa. Con sus veintidós años, era el más joven de los comandantes, osado, rápido en sus actos y apreciado por sus hombres.

—Me ponen la piel de gallina —dijo.

Alargó la mano hacia la vasija de vino. Col se la quitó de entre los dedos.

—Guárdatelo para ti. Y avisa a los hombres. No quiero bromas estúpidas esta noche. Ya discutiremos esto luego. Podéis marcharos.

No parecía haber nada más que decir. Onran había enrojecido. Bajó las escalera, haciendo mucho ruido en los escalones. Ryke le siguió de vuelta hacia el frío, más lentamente.

Lo empinado de la escalera hacía que fuese imposible conversar hasta que llegaron al patio. Al llegar al último tramo se encontraron con el paje y su lámpara. Onran tenía el rostro tenso y malhumorado.

—Dame eso —dijo, tendiendo la mano hacia la luz.

Pero el muchacho se le escapó y subió corriendo por la escalera. Onran lanzó un juramento.

—¿Tienes frío en la boca? —dijo Held detrás de él, con sarcasmo.

Onran le maldijo. Los tres juntos fueron andando hacia el cuartel.

—Estaba bromeando —dijo Onran—. No se ofendieron.

—Eres afortunado —comentó Held—. Si lo desearan, podrían despellejarte y nadie aquí podría detenerles. Privilegio del clan. Le ocurrió una vez a algún señor del sur.

—¿Qué hizo? —preguntó Onran.

—Intentó sobornar a un mensajero para que mintiese. —Held señaló con un dedo enguantado hacia los aposentos—. He oído, asimismo, que fueron esos de ahí.

—¿Qué sabes de ellos? —le preguntó Onran, fascinado como un niño.

—Lo que todo el mundo.

—No tienen sexo.

—Eso ya lo he oído.

—Y pelean como lobos salidos del infierno.

—Y cuesta un mundo contratarles —dijo Held—. Por eso Col puede estar seguro de que Berent el Tuerto no intenta ninguna treta con esta tregua. Si quisiese mentir, enviaría a su propio heraldo, no a un mensajero.

Era extraño que Held pronunciase un discurso tan largo. Ryke decidió que el placer ante la reprimenda sufrida por Onran había aflojado la austera lengua del sureño.

Onran dio una patada en las losas.

—Sigo pensando que podría ser una treta —musitó.

—Quizá es más sutil de lo que tú piensas —dijo Ryke, más para inquietar a Held que por creerlo cierto. Held le lanzó una mirada venenosa. Onran sonrió.

—Quizá tiene un tesoro secreto.

—Todas las Fortalezas de esta montaña son pobres —dijo secamente Held—. Este invierno tres veces maldito se cuida de ello.

Los tres alzaron la vista al cielo. La nevada había cesado; las nubes corrían a través de las constelaciones, empujadas por un veloz viento del oeste.

—Si vas a quedarte aquí, Held, deberás aprender a que te guste el invierno —dijo Ryke.

—Metido en el culo de un cerdo puede que sí —dijo Held. Onran cambió de tema.

—Col está contento de tener compañía. A Held se le ablandó el rostro, como sucedía siempre cuando se mencionaba a su jefe.

—Esta noche tendremos un banquete. Le oí dar órdenes a los cocineros.

Inconscientemente, todos llevaban el mismo paso. El eco de sus botas con suelas de madera resonaba sobre las piedras. Ryke pensó con disgusto en la cena. Tendría que asistir. A Col le gustaba verle allí sentado mientras Errel ejecutaba sus bufonadas; era su modo de hacer más fuerte la cadena. No había modo alguno de que Ryke pensase en convertirse en un traidor con Errel moviéndose como un títere siguiendo el más pequeño capricho de Col Istor.

Onran lanzó una risita.

—Mis hombres me han dicho que Ryke tiene a una chica en la cocina.

Le dio un codazo a Ryke en el costado.

—Oh —dijo Held—, con toda seguridad un hombre con el rango de comandante puede acostarse con alguien mejor que una mugrienta muchacha de la cocina.

Lo había dicho para que se enfadase. Pero Ryke pensó en Errel y desdeñó el insulto con un mero encogimiento de hombros.

—Hasta la cena —le dijo a Onran, y apretó el paso, alejándose de los otros dos como un hombre que tiene algo urgente que hacer.

En el gran salón los sirvientes estaban encendiendo las antorchas.

Trescientas personas dispuestas a pasar una noche de ruidosa diversión colmaban la gran estancia, llenándola de calor y bullicio.

Los hombres de los tres turnos estaban sentados unos frente a otros a lo largo de las cuatro mesas. Por encima de sus cabezas, las antorchas colocadas en sus soportes de hierro labrado humeaban, llenando lentamente el suelo de cenizas. Col, sus comandantes y sus huéspedes estaban sentados a la mesa principal. Los sirvientes iban y venían a toda prisa entre la ventana que daba a la cocina y las mesas. Las maderas protestaban bajo el peso de las bandejas cargadas de tocino, cordero, gansos, los cuencos con anguilas recién pescadas del río, salsas, compotas de fruta... Los cocineros se habían superado a sí mismos. Los perros vagabundeaban por entre los bancos con la esperanza de recibir unas migajas. La sala tenía un aspecto muy parecido a los tiempos en que Athor daba un festín..., excepto que las insignias de los hombres eran rojas y negras, y sus rostros no eran aquellos que Ryke había conocido desde la infancia, los rostros de los hombres a cuyo lado había luchado y de los que había aprendido.

Para realzar más la noche Col había invitado a las mujeres de los aposentos a unirse al festín. Estaban sentadas en los bancos, entre los soldados. Ryke las había visto ir llegando al salón; no creía que Becke se encontrase entre ellas, pero no podía estar seguro. Se habían engalanado para la ocasión. Iban vestidas de terciopelo, algodón suave y lanas delicadas, y sobre ellas brillaba el resplandor multicolor de las sedas. La delicadeza de sus ropajes formaba un llamativo contraste con los toscos atuendos tejidos en casa de los soldados.

Ryke se sirvió una buena ración de anguilas con vino, un plato que le encantaba. Pero después de los primeros bocados tuvo que dejar a un lado el cuenco casi lleno todavía. Le dolía el estómago y veía en su mente, como destacando sobre un oscuro muro, la imagen flaca y hambrienta de Errel. Una sirvienta preocupada se inclinó sobre él.

—¿Se ha echado a perder?

Su rostro vivaz le recordó a su hermana Kepi. Tuvo que sonreír ante su inquietud —No es excelente- Tráeme una lonja de tocino y un plato limpio.

Los hombres de Ryke tenían el turno de noche, desde la medianoche hasta el amanecer. Atendiendo a medias la conversación que se desarrollaba en la mesa principal, se dedicó a disponer en su mente el orden del turno de guardia. Col estaba de buen humor. Les arrojaba Huesos de cerdo a los perros, bromeaba con las sirvientas, hablaba de estrategia con Onran (el cual enrojecía al verse puesto de relieve de tal modo por su jefe, pero se las arreglaba para no decir demasiadas tonterías) y de la crianza de caballos con Gam. Argumentaba que los caballos de las tribus de Asech eran más resistentes que los criados en las montañas del norte. Gam le decía que no. También se aseguraba de que los huéspedes tuviesen comida suficiente. Norres fue el único de los mensajeros que habló durante la cena.

Cuando el vino empezó a escasear, Col ordenó que trajeran del sótano una barrica de vino dulce.

—Y traed la vajilla de plata —añadió.

El mayordomo de la bodega hizo una reverencia y les trajo tres cuencos de vino tinto dulce. Col levantó su plato. Sobre él, en bajorrelieve, había la imagen de una cabra que huía a la carrera de un arquero.

—Un trabajo excelente —dijo, pasando un dedo por la talla—. Tan bueno como el de cualquier herrero del sur.

Tocaba la plata blanca como si estuviese viva, y Ryke se acordó de que era hijo de herrero.

Al terminar la cena, los hombres echaron los bancos hacia atrás para estirar las piernas. Las mujeres les limpiaban las manos llenas de grasa con trapos de lino calentados al vapor de la cocina. Ryke buscó a Becke con la mirada, pero no la vio. Col

aguardó hasta que los despojos de la carne hubiesen sido retirados de la mesa y pidió luego una segunda barrica de vino dulce, y postres. Los sirvientes trajeron platos llenos de crema, miel y helado.

—¿Dónde está mi Bufón? —dijo Col.

Esta vez trajeron la barrica entera, entrándola en el salón con un carrito. Errel iba montado en él.

—Me has interrumpido —le dijo con altanería a Col. Bajó de la barrica dando un salto, se puso cabeza abajo y, de una voltereta, se incorporó nuevamente.

—¿Qué estabas haciendo?

—Orinaba. —Sonrió ampliamente, esquivando el pedazo de pan que Col le arrojó. Recorrió las mesas blandiendo su vara, golpeando con ella a los hombres en la espalda—. Tú, tú, tú, tú, tú...

Al pasar junto a Ryke, le sonrió. Bajo las franjas de pintura azul y blanca, tenía el rostro rígido y preocupado. Estaba tenso como un resorte de alambre. Sus pies desnudos no hacían ruido alguno sobre la piedra. Dio una voltereta entre dos mesas y movió las manos, como si estuviese haciendo un conjuro.

—¡Yah!

Ryke, interiormente divertido, se dio cuenta de que bastantes hombres se apartaban supersticiosamente para evitar el golpe de la vara en su espalda.

—¿Qué es esto? —inquirió Col. No había sido tocado con la vara.

—Todos perderéis vuestro miembro viril —canturreó Errel.

Todas las cabezas se volvieron hacia la mesa principal. Los dos ghyas sonrieron. Los hombres de las mesas lanzaron un rugido de incomodidad y alivio. Los hombres que habían sido tocados sonrieron torcidamente o enrojecieron.

—Mi cheari —les dijo Col a los mensajeros—. Una costumbre del sur. —Tenía el rostro enrojecido. Ryke se preguntó qué habría hecho si los mensajeros se hubiesen ofendido—. No lo dice con intención de ofender. ¡Ven aquí! —dijo, dirigiéndose a Errel.

Errel saltó encima de la mesa. Moviéndose con pasos delicados, caminó por entre las jarras y los platos, apartando con golpes de la vara de sauce las manos que se tendían para hacerle tropezar. Un hombre le cogió por el tobillo. El Bufón le tiró un cuenco de helado en el regazo. Finalmente, llegó a la cabecera de la mesa. Le hizo una reverencia a los mensajeros y se encogió ante Col imitando a una rana, con los brazos colgando.

Ryke tuvo que apartar la vista un instante. Oyó que Held lanzaba una risita maligna y se volvió de espaldas. Col se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. A causa del banquete, Errel llevaba una gorguera alrededor del cuello.

—Conoces a Berent el Tuerto —dijo Col.

—Ciertamente —dijo el Bufón.

—¿Le crees capaz de aprender de mi ejemplo, y atacar en invierno?

—Jamás —dijo Errel, meneando la cabeza hasta que las campanillas de su gorro resonaron.

Ryke vio como los hombres que estaban más cerca de la mesa principal inclinaban la cabeza para oír mejor.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo Col.

—Sólo el nombre que tiene el alma de lobo hace la guerra en invierno —dijo gravemente Errel. Col le agarró por la gorguera.

—Yo hago la guerra en invierno —bramó. Errel no pareció incomodado por la manaza que le agarraba del cuello.

—Berent el Tuerto es un hombre pacífico y de honor. —Hizo una pausa—. En tanto que general, estaría mejor como encargado de los perros.

—Col rió y le dio un empujón. Errel retrocedió ágilmente de un salto y aterrizó en el suelo. Se esfumó. De pronto, un hombre que estaba sentado a mitad de una de las mesas lanzó un chillido.

—¡Maldita sea, me ha mordido el pie!

El soldado aullaba. Errel surgió junto a otra mesa, agitando su cabeza cubierta con el gorro de campanillas, proclamando mudamente su más ofendida inocencia. Col sonrió. Los trucos de Errel iban de lo meramente estúpido hasta la casi insolencia. Los hombres a veces hacían el gesto de golpearle, pero Col había dado órdenes estrictas de que sólo él podía castigar a su cheari.

Mirando hacia el otro extremo de la mesa, Ryke vio a una mujer sentada rígidamente, con los labios fuertemente apretados y las manos sobre el regazo. La conocía: su nombre era Madi, y procedía de la aldea. El ver que se sentía ofendida le alegró el corazón. Miró hacia los mensajeros, ataviados con sus túnicas verdes y sus botas altas, preguntándose si sabían quién era Errel y lo que pensaban de ello (si es que lo sabían), qué les parecía la mascarada humillante y peligrosa que estaba interpretando. Se preguntó quiénes eran en realidad y si, verdaderamente, carecían de sexo. Quizá habían sido castrados. Había oído hablar de hombres a los que les habían sucedido tales cosas en la guerra. Pero no había en ellos nada de la blandura que habría sido de esperar en un eunuco. Poseían la sutil dureza del mármol.

Una vez comido el postre, las mujeres se retiraron a sus estancias. Se empezó a beber en serio. Ryke observaba a sus hombres. Por orden de Col, la escuadra encargada del siguiente turno no bebía. En el espacio que había entre dos mesas, dos hombres estaban luchando. Los perros les rodeaban, ladrando. Col se removió, irritado. Uno de los hombres, el más borracho, tropezó y se cayó de culo. Lanzó un juramento y los demás hombres le arrojaron sus cucharas.

Ryke se puso en pie. Dio la vuelta a la mesa y apartó a los dos borrachos a patadas.

—Despejad un banco —dijo.

Dejando libre uno de ellos, los hombres lo empujaron hacia él. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Un pulso —sugirió, subiéndose la manga derecha.

Los hombres se callaron. Les encantaban las competiciones. Uno de los hombres de Onran avanzó pavoneándose. Tenía bastante barriga.

—¡Una jarra a que gana Scavat! —gritó Onran.

—¡Dos por Ryke! —gritó Vargo.

Ryke sonrió. Aferró la mano del hombre y se la hizo doblar con facilidad. Onran lanzó un gruñido desanimado.

—¿El siguiente?

Venció a dos o tres más. La longitud de su brazo y el que estuviese sobrio le daban ventaja. Le empezaron a doler los nudillos. Estaba dispuesto a abandonar cuando una pesada mano se posó sobre su hombro. Col rodeó el banco para sentarse delante de él.

—Tengo el brazo cansado —dijo Ryke.

—No has hecho demasiado trabajo —dijo Col—. Cualquiera que estuviese medio sobrio habría podido vencer a esos borrachos. —Se subió la manga derecha—. Una pelea justa, Ryke.

Los hombres se agruparon en silencio para mirar, con los ojos brillantes.

—Una pelea justa —repitió Ryke.

Abrió y cerró los dedos varias veces para eliminar el calambre y puso el codo sobre el banco.

Seguía teniendo el brazo más largo, pero Col tenía los hombros muy fuertes. Era tan ancho como un toro. Se cogieron las manos. Held fue contando.

—¡Adelante!

Los músculos se hincharon en el brazo de Col al hacer bajar la mano de Ryke. Ryke apretó los dientes y mantuvo inmóvil el brazo, algo inclinado pero resistiendo, luchando con la fuerza de Col sin dejarse vencer. Su única esperanza era dejar que el jefe llegara a cansarse. La frente y el cuello se le cubrieron de sudor. Los ojos le escocían. Col tenía las

manos grandes. Sus oscuros ojos relucían. Sus labios retrocedieron, dejando los dientes al descubierto, dándole por un instante el aspecto del lobo invernal. A Ryke le dolía el cuello. Col movió levemente el brazo. Ryke lanzó un gemido y logró llevar otra vez las dos manos a la posición en que habían estado. Sentía como si llevase horas haciendo aquello. Sus dedos estaban siendo aplastados. Col empujó. El brazo de Ryke fue arqueándose lentamente hacia atrás.

Entonces sus fuerzas le abandonaron. Sus nudillos golpearon el banco. Rodó por el suelo, quedando tendido allí, jadeante, hasta que se le despejó la cabeza. Podía oír a Col, jadeando también.

—Una pelea justa —dijo roncamemente.

Los hombres prorrumpieron en vítores. Col flexionó el brazo derecho y se subió la manga del izquierdo.

—¿El siguiente? —dijo, tal como había hecho Ryke. Nadie se movió. Ryke se puso en pie. Sus hombres le hicieron sitio en el banco.

—Pandilla de alfeñiques —les desafió burlonamente Col—. Pandilla de mujeres.

Sus soldados rieron y corearon sus palabras. Se golpeaban los hombros unos a otros, pero no se movían.

Col miró a su alrededor.

—¿Dónde está mi chearí? —El ruido de una campanilla le respondió. Señaló hacia las piedras—. ¡Errel! ¿Sabes echar un pulso?

Errel entró con una cabriola en la U formada por las mesas, hizo una reverencia, se tendió de espaldas y levantó una pierna.

—Siéntate —dijo Col.

El Bufón se incorporó, rodando sobre sí mismo.

Col puso el brazo derecho sobre el banco.

—Mi brazo cansado —dijo—. Ven a jugar, Bufón.

Había burla y crueldad en su tono.

Ryke alargó la mano hacia un garrafón de vino. Se sirvió una jarra, sin hacer caso de las reglas, y engulló el líquido dulzón de un trago, hasta que le escoció la garganta. Su sudor apestaba. Se limpió la frente con la mano. Al menos, no había modo de fingir que aquélla era una competición honesta.

Errel se subió la manga. No era débil, pero al lado de Col su brazos parecía muy delgados. Se cogieron de las manos. Col gruñó y empujó. Errel le aguantó, con los músculos hinchados. Los hombres murmuraron, sorprendidos.

—Está cansado —dijo Held, refiriéndose a Col.

Los segundos pasaban. Ninguna de las dos manos se movía. Ryke sabía que Errel no iba a durar mucho. Col frunció los labios. Lanzó una maldición. Errel, de pronto, cedió. Col golpeó duramente su mano contra la mesa. Ryke vio como al príncipe se le torcía el rostro ante el impacto. Col le soltó. Errel retrocedió con una voltereta, quedando de rodillas, y agarrándose la mano derecha con la otra.

Col se puso en pie.

—Vino.

Media docena de manos se tendieron hacia él. Cogió la jarra más próxima y arrojó el líquido sobre Errel.

—No está mal, principito —dijo—. Volveremos a probar alguna vez. —Entonces pareció cansarse del juego—. Se está haciendo tarde. Limpiad esto. Comandantes, nos veremos en la Atalaya. —Se volvió hacia los dos ghyas, que permanecían sentados, silenciosos, en la mesa principal—. Huéspedes, sin duda estaréis ansiosos por llevar a cabo vuestra misión. Permaneced con nosotros un poco más, os lo ruego, en tanto que deliberamos. Dentro de tres días tendré una respuesta para que se la llevéis a Berent el Tuerto.

Incluso en el breve espacio de cuatro meses, algunas nuevas tradiciones habían surgido, como el fénix, de entre las cenizas de las antiguas. Los hombres se dispersaron bajo los ojos de los segundos de la guardia; los comandantes de la guardia esperaron en el patio, mientras que el paje, con su linterna oscilante, iluminaba a Col mientras éste subía por la escalera de la torre. Held andaba de un lado a otro, inquieto. Sus hombres tenían el turno de guardia. Ryke se apoyó en la pared. Le dolía el brazo derecho y sentía un cosquilleo en los músculos. Oyó el murmullo de las conversaciones a medida que los soldados andaban hacia el cuartel. Los afortunados pertenecientes a las dos guardias diurnas iban a los aposentos de las mujeres. Algunos andaban cogidos del brazo de sus mismos compañeros. Los del sur toleraban esos afectos más normalmente que los hombres del norte, pensó Ryke. La camaradería y el afecto entre soldados estaban muy bien, pero las guerras se hacían con hombres, y la responsabilidad de un hombre era tomar una mujer para que le diese hijos. En el salón los sirvientes empezaban a trabajar, limpiando las mesas. En la cocina, los cocineros les gritaban a las muchachas.

Ryke cerró los ojos. Con un pequeño esfuerzo podía imaginarse nuevamente a sí mismo, con trece años, traído a la Fortaleza por su padre. Había permanecido atónito y con el rostro solemne ante todos aquellos hombre gigantes. Durante un tiempo había trabajado en la cocina. Limpiaba las marmitas que le tocaban con jabón, arena y vinagre, despellejándose las manos de tanto frotarlas; y unos meses después, cuando le dejaron servir las mesas, se disputó con los otros chicos el privilegio de servir al señor de la Fortaleza. Se preguntó si, escondidos en los rincones, los chicos de la cocina se peleaban por el derecho de servir a Col Istor.

Abrió los ojos. Como burlándose de sus recuerdos, oyó voces del sur gritando en el patio. El paje balanceaba su linterna desde el último peldaño. En fila, Held el primero, el siempre lento Gam el último, los comandantes avanzaron ruidosamente hacia la torre. El paje les mantuvo abierta la puerta. La estancia olía a pino. Col estaba de pie junto al fuego. Ahora llevaba lana marrón sobre la túnica púrpura. Junto a su cuello asomaba una franja púrpura. Sostenía en la mano uno de los vasos de cristal. Lo hizo girar. La luz del fuego lo encendió en mil destellos, como si estuviese hecho de diamante. La habitación y sus ocho lados se iluminaron con diminutos puntos que bailaban.

Los pálidos reflejos bailaban sobre las ventanas negras, curvándose y cambiando allí donde el cristal estaba estriado o con imperfecciones. Col dejó el vaso sobre la mesa y éste se convirtió en un sencillo recipiente de cristal amarillo, nada más. Se volvió hacia Gam.

—Y bien, viejo, ¿qué piensas que debo hacer con esta tregua? Gam se tiró levemente de la barba grisácea. Sus hombres juraban que se la recortaba, como si fuesen las crines de un caballo.

—Acéptala —dijo, sin dejarse impresionar al ser así interpelado—. Berent sabrá que no tienes intención de mantenerla.

—¿Qué piensas tú? —le preguntó Col a Ryke.

Ryke contempló al hombre del tapiz. No se parecía a Athor.

—Si Berent hubiese estado contratando hombres ya te habrías enterado. No lo ha hecho. En estos momentos, sólo tiene un pequeño ejército.

—Puedo comerme crudo a cualquier ejército que tenga —dijo Col—. Pero ¿puedo confiar en la tregua de Berent? —Se rió—. Para ser más exactos, ¿es él lo bastante estúpido como para confiar en la mía? Ni siquiera Berent es tan estúpido. Piensa contenerme mientras reúne hombres. ¿Qué clase de ejército puede contratar y entrenar en dos meses?

—¿Será entonces cuando le atacemos? —dijo Onran, ansioso.

Col se encogió de hombros.

—Puede que dentro de tres meses. —Había un pedazo de queso sobre la mesa, amarillo como la copa. Sacó su cuchillo del cinturón y se cortó una lonja—. Toma —dijo, tendiéndosela a Ryke.

Éste dio un bocado. Era duro por fuera y muy suave por dentro. El estómago se le contrajo, recordándole que había cenado muy poco. Era queso de vaca, no el de cabra, más familiar. Estaba muy bueno. Col debía de haberlo hecho traer del almacén. Col cortó otra loncha.

Comieron el queso.

—Berent no es un luchador —dijo finalmente Ryke—. De las cuatro Fortalezas, él fue quien más insistió en establecer la tregua con Anhard. Athor solía decir...

Se detuvo, vacilante.

—Sigue —dijo Col.

—Athor decía que Berent perdió el coraje cuando perdió el ojo.

—Apostaría a que si tiene el oro suficiente para pagar por segunda vez a los mensajeros, los mandará al oeste —dijo Col.

—¿A Sironen? —intervino Onran.

—Hace una tregua conmigo y, al mismo tiempo, establece una alianza con la Fortaleza de Pel para el momento en que yo rompa esa tregua. Sabe que lo haré. Le encantaría que Sironen librara sus combates en lugar de él.

—¿Los mandaría acaso hacia el norte? —dijo Held.

—¿Pedir la ayuda de Anhard? No lo sé —dijo Col—. ¿Lo haría, Ryke?

Ryke pensó que aquél era el tipo de plan que se le ocurría a Held. No se tomó la molestia de esconder el enfado que había en su voz.

—Berent es un hombre del norte; su linaje ha mantenido la Fortaleza de las Nubes durante generaciones. Jamás se aliaría con Anhard.

Held pareció escéptico, pero Col dijo:

—Eres uno de ellos, tú deberías saberlo. Alzó nuevamente su copa.

—Algún mercader trajo esto desde Kendra-en-el-Delta. —Miró hacia las ventanas oscuras—. ¿Es que en este país nunca llega la primavera?

No has sido invitado, pensó Ryke. Se mordió los labios para contener las palabras. Col sonrió, como si hubiese adivinado lo que pensaba.

—Acaba llegando —dijo Ryke—. Dos meses. Puede que tres. Held dijo algo obscuro acerca de cómo era la vida en el norte. Col le miró.

—Ese tipo de comentarios me tienen harto —dijo. Held se puso rígido como si el jefe le hubiese golpeado—. ¿Qué piensas de ellos? —prosiguió, señalando hacia los aposentos en que se habían instalado los mensajeros.

Ryke se encogió de hombros.

—Me gustó que fueran a cuidar de sus caballos —dijo Gam.

—Sí. Se toman ese tipo de molestias. Un rasgo admirable.

—¿Crees que se acuestan con chicos? —le dijo Onran a Held.

—No me importa si lo hacen con cerdos —respondió Held.

Onran lanzó una risita.

Col cogió una vela colocada en una palmatoria de plata. Inclinandose sobre el fuego, acercó el pábilo a un ascua. Cuando se volvió, sonreía.

—Puede que lo hagan. He oído cosas parecidas. —La llama de la vela se reflejaba en el cristal de la ventana como la luna en las tranquilas aguas de un lago. Dejó la vela sobre la mesa—. Las diferencias despiertan mi curiosidad. Ésa es la diferencia que hay entre vosotros y yo. —Les hablaba a todos y a nadie en concreto; su voz era un murmullo suave en la oscuridad—. Tendrían que importaros. Tendrían que importaros.

La Fortaleza dormía en el primer turno de guardia.

Ryke se movía metódicamente a través del castillo, haciendo las rondas. En la faltriquera se había metido un trozo de lino limpio procedente de las reservas del cirujano. Recorrió los muros exteriores y los internos, la herrería, el cuartel, los establos y el salón. Examinó las poternas. Sus hombres le saludaron, musitando un saludo. En la puerta occidental le ofrecieron probar suerte en los dados, oferta que rechazó. Los del sur jugaban siguiendo reglas distintas que él no conocía. Ninguno se había dormido. No había pensado que fueran a hacerlo; con el frío, era más difícil quedarse dormido durante la guardia.

Aquella noche no había luna. Se sentía extraño, con la mente algo extraviada. Cruzó por segunda vez el patio. En su cabeza parecían caminar los fantasmas: el de Athor, el de su padre. Los recuerdos de hombres muertos le pesaban duramente. Le alegró que no hubiese luna llena. Según decían las viejas historias, con la luna llena los espíritus de los muertos que no habían hallado la paz podían alzarse y caminar. Por primera vez en meses Ryke deseó una mujer, no a causa de la lujuria, sino porque necesitaba consuelo. Se preguntó qué harían las mujeres de los aposentos si acudía a ellas con tal fin. Probablemente le consideraban un traidor. Los hombres, se suponía, podían escoger mucho más que las mujeres. Pensó en Becke y en Madi. Se preguntó si alguna de las dos le escucharía si intentaba explicarles que no siempre ocurría así.

Hacía viento. Como una criatura nocturna atrapada en un cepo, el estandarte de Col Istor chasqueaba en su asta. Ryke se preguntó dónde estaría su perra loba. Tenía la esperanza de que se hubiese refugiado en algún rincón caliente adonde no llegase el viento. Se metió las manos en las axilas para calentarlas. Entró en la cocina, saludando con un gesto al guardia, y se dirigió a los cuartos de los marmitones. Los muchachos se acurrucaban unos sobre otros, dormidos, como perros, delante de los hornos. Pasó por encima de sus piernas. Las marmitas de hierro colgadas de las paredes vibraron suavemente.

La estancia olía a grasa y jabón. Con el permiso de los cocineros, Errel la convertía de noche en un minúsculo e incómodo dormitorio, con un jergón de paja y un cajón como mesa. Ryke atisbo por entre las rejas de madera. Errel estaba despierto. Alumbrado con un cabo de vela, había dispuesto las Cartas sobre el cajón. Formaban uno de los modelos del juego. Ryke pudo ver algunas de ellas. Conocía sus nombres: la Muerte, la Rueda del Destino, el Danzarín, la Observadora de Estrellas.

Pasó por encima de la barrera. En el muro su sombra, grotescamente alta, le imitó. Tomó asiento sobre la paja. Apenas si había espacio suficiente para los dos en la habitación.

—Dejadme ver la mano.

Errel extendió la mano derecha. El dedo medio estaba muy hinchado y de color negro, torcido formando un ángulo.

—Está roto —dijo con calma el príncipe.

—¿Podéis moverlo un poco?

—No.

—Hay que entablillarlo.

Ryke buscó con la mirada entre el desorden de la estancia un pedazo de madera.

—No —dijo Errel—. Si Col ve que ha sido entablillado puede preguntarse quién lo hizo. Se fija en cosas como ésa. Ha bromeado con los cocineros acerca de que me daban demasiado bien de comer; sólo amenazas veladas, de momento, pero habla en serio. Supón que me pregunta quién me ha entablillado la mano. ¿A quién debo traicionar? No creerá que haya podido hacerlo yo solo.

—Al menos, dejad que la vende. —Ryke sacó de su bolsillo el trozo de lino limpio—. No creo que pueda ponerle objeciones a eso.

Sujetó la muñeca de Errel entre sus rodillas. Envolvió el tercer dedo, sujetándolo con los otros dos que lo flanqueaban.

Errel lanzó un silbido ahogado a causa del dolor.

—No... deberías... estar... aquí —dijo.

—Es el turno de mis hombres. Estoy haciendo la ronda. —Ryke ató el último nudo—. ¿Demasiado apretado?

—No. —Errel respiró hondamente durante unos instantes—. Está mejor —dijo. Con la mano izquierda, rebuscó en una hornacina envuelta en sombras. Sacó de ella un mendrugo de pan. Arrancó un pedazo y le tendió el resto a Ryke—. Los últimos restos de mi cena. Come un poco. Esta noche he cenado como un noble.

La brutalidad de Col no había despojado de ironía a su voz. Ryke mordió el pan. Estaba caliente y aún crujía. Oyó un gorgoteo de líquido. Errel le tendió una vasija de vino.

—¿Para qué están aquí los mensajeros, Ryke? —le interpeló bruscamente el príncipe.

—Son portadores de una oferta de tregua de Berent el Tuerto. A cambio de la paz, le ofrece a Col uno de sus hijos pequeños.

Errel desvió la cabeza para contemplar el modelo que formaban las Cartas sobre la mesa. Ryke ignoraba qué podía decirle ese modelo.

—Supongo que cree no tener otra opción —dijo Errel—. Pero, con tregua o sin ella, Col conquistará la Fortaleza de las Nubes en primavera, antes de que los hombres empiecen a ponerse nerviosos y se aburran. —Con una sola mano, mezcló todas las Cartas en un montón—. ¿Viste a los mensajeros? ¿Hablaste con ellos?

—Les vi. No hablé con ellos. Me enteré de sus nombres.

—Conozco sus nombres —dijo Errel—. Norres y Sorren. Los marmitones no han hecho otra cosa en toda la noche que cotillear acerca de ellos. ¿Qué te han parecido?

Ryke se encogió de hombros, como había hecho cuando se lo preguntó Col.

—Sólo uno de ellos abre la boca. Se parecen mucho a los demás hombres.

Errel rió, con una risa suave que no tardó en ser acallada.

—Se parecen —dijo, levantándose de la paja. La luz de la vela mostraba en su rostro restos de pintura—. Ryke, levántate.

Ryke así lo hizo. Errel se arrodilló. Levantando la paja, la sostuvo con el hombro y la rodilla, rebuscando algo que había bajo ella. El polvo provocó en Ryke ganas de estornudar. Se pellizcó la nariz ferozmente para contener el reflejo. Errel sacó del suelo una bolsita. Dejó caer de nuevo la paja y luchó por desatar las cuerdecillas que cerraban la bolsa, usando su mano izquierda y los dientes.

Ryke se la quitó.

—Dejadme, príncipe.

Sostuvo la bolsita ante la vela. A través de la suave piel (de cerdo, a juzgar por el tacto), sintió con claridad la forma de un anillo. Los nudos se soltaron al fin. Metió un dedo por la abertura de la bolsita. El anillo rodó, entrando en su dedo. Se lo quitó. Era una gruesa banda de oro coronada por un rubí cuadrado y de perfil aplastado. La gema llevaba esculpida la estrella de ocho puntas, el emblema del linaje de Tornor. Ryke lo había visto por última vez en la mano de Athor. Tiene que ser otro, pensó, atontado por la sorpresa. Athor yace bajo tierra y el anillo que llevaba está enterrado con él.

Pero sabía que solamente había uno. El contacto del oro le hizo estremecerse.

—Antes de enterrarle, me lo trajeron para que viese su cadáver —dijo Errel—. Lo tomé de su mano. Siempre le quedó grande y, después de la muerte, un hombre se encoge... —Ryke se lo tendió—. No, llévatelo.

Ryke no lo quería.

—¿Adonde?

—Llévaselo a los mensajeros. ¿Puedes llegar a sus aposentos sin que te vean?

—Naturalmente.

—Enséñales el anillo. Lo reconocerán. Diles quién eres. Pregúntales si nos ayudarán a salir de aquí.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Les conocí hace tiempo. Sorren y Norres... Les ayudé. Es una oportunidad, y tienen caballos. Pregúntales. Ve a ellos.

Las palabras susurradas resonaron en la celda oscura. Parecían proceder de la misma piedra. Ryke se sentía febril. Cerró su mano sobre el anillo y lo dejó caer en el bolsillo del pecho.

En la cocina, alguien gimió en sueños. Ryke se preguntó si quizá él, Errel y toda la enorme Fortaleza no estarían sumidos en un sueño febril, como los relatos que le contaba su madre para calmarle cuando se encontraba enfermo.

—Iré, príncipe —dijo.

#### 4

Al salir de la cocina y entrar en el recinto interno, el frío de la noche pareció tirar de su camisa como un viento de cementerio. Con la mano en la garganta, caminó rápidamente a través del patio hasta la puerta que se abría en el centro de los aposentos. Allí le abandonó la fiebre. Se apoyó contra la madera. La dureza de aquella superficie le tranquilizó. Descansó entre las sombras, esperando para ver si alguien se había fijado en él. Un perro lanzó un ladrido soñoliento, pero no dirigido hacia él. Ráfagas de polvo barrían el patio. Oyó un golpe..., no, era el ruido de algo que había caído. Se imaginó al guardia en el muro, por encima de él, buscando a ciegas en la oscuridad, con las manos tan heladas que ni siquiera con sus guantes de cuero forrados de fieltro podía sostener la pica.

Alzó la vista. El cielo estaba despejado. Hacia el norte, más allá del muro exterior, se alzaban las murallas, negras, impenetrables, sin una sola luz en ellas. Sobre su cabeza ardían las dos estrellas que los hombres llamaban los Ojos. Partiendo de ellas se extendía la Cola, una sinuosa senda de estrellas. Los relatos nunca decían qué criatura, humana, animal o demoníaca, vivía en el cielo. Ryke pensó que debía de tratarse de un pez con escamas plateadas llenas de manchas y dientes como los de un lobo. Había oído decir que en el sur la gente leía el futuro en los dibujos formados por las estrellas, al igual que Errel lo leía en las Cartas. Se preguntó qué nombres les darían a las imágenes de las estrellas. Apartándose de la noche, pasó la mano a lo largo de la puerta, buscando a tientas el cerrojo. Se golpeó los dedos con él y lanzó un respingo. Lo recorrió. La puerta crujió. Se deslizó por la abertura y encontró el cerrojo interno. Estaba atascado. Ryke lo abrió con esfuerzo, temeroso de que alguien se diese cuenta de que la puerta se abría. Fue cediendo a regañadientes, deslizándose en el oxidado hueco del pestillo con un sonido como el que podría emitir un hombre con dolor de muelas. Esperó de nuevo para ver si alguien le había oído. Nadie vino a mirar. Era invisible, una sombra que vagaba por un castillo lleno de espectros. Rió. La fiebre volvía, ardiendo a través de sus venas, tan persuasiva como la lujuria.

Col vivía en los aposentos que habían pertenecido a Athor, los más cercanos al salón; por tradición, esas estancias se guardaban siempre para el señor de la Fortaleza. Las estancias de las mujeres se hallaban en el extremo sur de los aposentos. Los mensajeros habían recibido habitaciones a mitad del pasillo, donde el paso de los hombres que visitaban a las mujeres no podía molestarles. Mientras se abría paso a tientas por el corredor, a lo largo del cual se alineaban los cuartos vacíos, Ryke oyó una ocasional risa ahogada o un chillido procedente de los aposentos de las mujeres. Las puertas chirriaban, como almas en pena. Las maderas del suelo crujían. Cuando Athor estaba vivo, hasta las estancias que no se usaban habían estado llenas de vida. Ryke miró dentro de un cuarto y vio, iluminado por las estrellas, el cuerpo de una rata sorprendida en mitad de un salto. Deseó tener una antorcha. Las paredes encaladas estaban frías como el hielo. Aquí, más

que en cualquier otra parte, los espectros le pisaban los talones. Caminaba ayudado por el recuerdo y la luz de las estrellas.

La luz de una vela reflejándose en una pared le advirtió de que había encontrado la habitación de los visitantes. Un paje, dormido a pesar del frío, yacía en el suelo delante de la puerta. La puerta estaba casi cerrada. Ryke apoyó lentamente su peso en ella. Fue abriéndose con un leve gemido. El paje no se despertó. Ryke pasó por encima del niño dormido. Excepto por el rojo resplandor de los carbones en un brasero, el dormitorio estaba a oscuras. Tomó aire para hablar y, silenciosamente, una mano surgió de la noche y le agarró por el pelo, echándole la cabeza hacia atrás. Con un esfuerzo, logró mantener el equilibrio. Si caía, el paje podía oír el ruido y despertarse.

—¡Amigo! —susurró.

Sintió en su cuello la fría caricia de un cuchillo.

—No te muevas —le dijeron en voz baja. Se encendió una vela, cegándole—. Es el comandante Ryke.

Al fin logró situarse. El que hablaba estaba delante de él, sosteniendo la vela: era Norres. Entonces el que sostenía el cuchillo y le agarraba el pelo debía de ser Sorren. Forzó la vista para distinguir algo más allá de la vela.

—Mirad en el bolsillo, encima de mi corazón.

La mano de Norres, tan diestra como la de un ladrón, cogió el anillo. La luz le arrancó un destello. Los dedos que le sujetaban el pelo dieron un tirón.

—¿Cómo conseguiste esto? —dijo Norres. Los ojos se le llenaron de lágrimas involuntarias. Luchó para no perder pie.

—Me envía Errel —dijo—. El príncipe.

Sorren le soltó. Se apoyó con una mano en el muro, alisándose el pelo con la otra. Los mensajeros se miraron entre sí. Norres se apartó un paso, inclinándose para colocar la vela en una palmatoria. La temblorosa luz iluminó una cama, un arcón con cerrojos de bronce, y la forma delgada y puntiaguda de una jabalina de Anhard colgada del muro.

—Creíamos que eras un hombre de Col Istor —dijo Norres.

—Le sirvo; debo hacerlo. Pero antes presté juramento a Athor, señor de Tornor. Mi servicio fue el precio que Col le puso a la vida de Errel.

Volvieron a mirarse. A excepción de su cabello, fino y pálido como la hierba del norte, Ryke vio que no se parecían demasiado entre sí.

—¿Cómo sabemos que no te envía Col Istor? —dijo Norres.

—¿Para qué iba a enviarme Col?

—Ya ha sucedido antes que algún loco intentase tenderle una trampa a un mensajero para que traicionase la neutralidad —dijo el ghya.

—Col Istor no es ningún loco —dijo Ryke—. Y no soy una trampa. Errel me envió.

—¿Qué pide el príncipe de nosotros?

—Pregunta si nos ayudaréis a escapar..., a él y a mí, a los dos..., a escapar de Tornor.

Era imposible volverse atrás una vez pronunciadas tales palabras. Se frotó las manos, nervioso. Sorren aspiró una honda bocanada de aire.

—Maldición.

La palabra le sonó extraña. Era aguda y melodiosa, y su mente le dijo que la voz era femenina. Entrecerró los ojos. Bajo la suave camisa de lana distinguió las curvas inconfundibles de las caderas y el pecho. Estaba viendo a una mujer.

—Deje de mirar, comandante de la guardia —dijo Norres.

Sorren se quitó un mechón de pelo del rostro. El apagado color azul de la camisa parecía reflejar la tonalidad azul, más pálida, de sus ojos. Los ojos de Norres eran grises como el crepúsculo. Sorren cruzó los brazos sobre el pecho.

—Déjalo, Norres —dijo—. Podéis acompañarnos cuando nos vayamos —le dijo a Ryke—, si lográis salir fuera de las murallas.

Ryke estaba desconcertado. No había esperado que ella volviese a hablar. Ahora, viendo que era una mujer, era incapaz de fijarse en otra cosa.

—¿Lo haréis?

—Os llevaremos con nosotros cuando nos vayamos —dijo Norres—. Pero no podemos llevaros muy lejos. Los términos de nuestro servicio exigen que volvamos de inmediato a la Fortaleza de las Nubes. Os llevaremos allí.

Sorren volvió a apartarse el pelo de la frente. Llevaba la daga en la cadera derecha, como si fuese una espada corta. Se preguntó si la cicatriz que tenía debajo del ojo la habría recibido en una batalla. Nunca había encontrado una mujer que supiese pelear.

—¿Quiénes sois? —dijo.

—Somos mensajeros, comandante —respondió Norres.

—Pero Errel dijo que os conocía. ¿Sois del norte? Norres frunció el ceño. Fue Sorren quien contestó.

—Somos del norte.

Su acento oscilaba según el momento entre el norte y el sur, de modo que le era imposible situarlo. El cinturón que le ceñía las caderas era de plata trabajada al estilo de los forjadores de las montañas. No pudo ver la funda de la daga.

—¿De Tornor?

—Hemos estado aquí antes —dijo Norres. El tono de la respuesta le advirtió a Ryke que hacer más preguntas no sería bien acogido—. Estamos de acuerdo en lo que pedís. Ahora, vete. La mañana de nuestra partida tenéis que estar bajo la sombra de la Atalaya, fuera del muro exterior, y cuando nos alejemos de la Fortaleza por la ruta del oeste os recogeremos con nuestros caballos.

—Traed comida si podéis —dijo Sorren—. En el camino la caza es mala. Y pieles de viaje; hará frío en el paso.

Norres le tendió el anillo a Ryke. Sorren se inclinó sobre la vela y la apagó de un soplo, para dejarle que se fuese en medio de la oscuridad. Las ascuas del fuego brillaban como ojos rojizos. Una mano firme (Ryke no sabía de quién era) le guió hacia la puerta. Con la cabeza convertida en un confuso remolino de planes, pasó nuevamente por encima del paje, profundamente dormido. Tenía que ir al establo y coger el fardo de viaje que había escondido. Fue de un lado a otro en la oscuridad. Una rata le chilló al pasar. En realidad, no había esperado que accediesen.

No pudo hablar nuevamente con Errel hasta la tercera vez en que hizo la ronda.

Era una hora antes del amanecer. Había una franja de luz en el cielo, hacia el este, y las estrellas iban hundiéndose en ella, palideciendo hasta dormirse. Sus hombres estaban despiertos y en sus puestos, gruñendo a causa del frío. Ryke fue a los establos. Sacó el fardo de su escondite, debajo de una tabla suelta, y se lo llevó. Los centinelas no le prestaron ninguna atención. Los mozos de cuadra roncaban en la parte alta de los establos. Los caballos se removían en sus apriscos. Se dirigió hacia la cocina. Una luz brillaba en la estancia de los almacenes. El jefe de los cocineros estaba despierto y gritándole a su ayudante. Los marmitones y los perros yacían adormilados bajo las cálidas bocas de los grandes hornos de ladrillo. Ryke entró caminando de puntillas en el minúsculo dormitorio. Errel se incorporó.

—Ryke.

—Soy yo.

En la mandíbula del príncipe apuntaba el inicio de una barba dorada. Tenía los ojos hundidos en las órbitas; parecía como si no hubiese dormido.

—¿Qué han dicho? —preguntó.

—Han dicho que sí —respondió Ryke. Le alargó el anillo—. Lamento haber tardado en volver. Dejó caer el fardo con los arreos.

—No importa —dijo Errel, con una cortesía involuntaria y automática.

Alargó la mano derecha hacia el anillo, se acordó, y lo cogió con la izquierda. Miró por encima del hombro de Ryke, con los ojos desenfocados. Ryke se preguntó qué estaría viendo. Su delgado rostro se suavizó, iluminándose con una sonrisa. Le brillaban los ojos.

—Pensé que no se negarían —dijo, estirando los brazos hacia el día que empezaba a despuntar—. Gracias, Ryke. Lo hiciste muy bien. —Ryke no sabía qué decir—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que Col los envíe nuevamente con Berent?

—Tres días, o menos —dijo Ryke.

—Muy bien —dijo el príncipe.

Miró por la rendija vertical que constituía la única ventana de la estancia, como si la intensidad de su anhelo pudiese acelerar la llegada del día y su luz.

—¿Sabíais que uno de ellos es una mujer? —dijo Ryke. Errel le miró de soslayo. Se arrodilló para ocultar el anillo debajo del lecho de paja.

—Les conocí de niños —dijo.

Volvió a bajar la paja. El camastro era tan angosto como un tablón, el lecho de un criado, toscamente cubierto con un pedazo de tela de saco.

—¿Vivían en la Fortaleza?

—Sorren sí. Norres no.

—¿Por qué no me acuerdo de ellos?

—Se fueron. Es una larga historia. —Tomó asiento sobre la paja, con la mano vendada descansando en la palma de la otra—. ¿Cómo vamos a encontrarles?... Veo que has traído equipo para viajar.

Ryke se lo explicó.

—A la sombra de la torre. Bien —dijo Errel—. Col les dará un banquete en el salón antes de enviarles de regreso. Yo rondaré por la cocina mientras comen. Los cocineros están acostumbrados a eso. Encontraré un modo de llegar a la puerta occidental cuando traigan los caballos del establo.

—Yo me encontraré allí.

—Ojalá tuviese mi arco. —Errel contempló con aire lúgubre su mano—. Aunque dudo que pudiese sostenerlo ahora.

—Puedo tratar de conseguirlo —dijo Ryke—. Col lo tiene en la torre.

Errel sonrió con escasa alegría.

—Si pudiese tensarlo, nos ayudaría a mantener lo suficientemente alejados a nuestros perseguidores, si es que nos persiguen. Casi deseo que lo hagan.

—No digáis eso.

Ryke hizo el signo para alejar la mala fortuna.

—Si salimos de los muros, no volverán a cogernos. Lo sé —dijo Errel, y en su voz había una pétrea seguridad.

La referencia indirecta a las Cartas puso nervioso a Ryke. Examinó con la vista el minúsculo espacio, pero estaban escondidas allí donde Errel solía guardarlas, debajo del camastro o en su camisa.

Los gallos empezaban a gritar desde las esquinas de las murallas externas. Los perros ladraban. Pronto llegaría el cambio de la guardia. En la cocina, los marmitones empezaban a moverse. Ryke no deseaba que le viesan.

—Príncipe, será mejor que me vaya.

—Sí —dijo Errel.

Se tendió en el camastro y se envolvió con la delgada manta. Le temblaban las pestañas. Parecía cansado y muy joven en esa postura.

Al día siguiente Ryke se reunió con sus hombres en el patio.

Cuando era comandante de la guardia de Athor, Ryke se entrenaba dos horas al día, tres días cada semana, lo suficiente para mantener su aliento seguro y su estómago plano. Al ser alto, su fuerza y la longitud de sus brazos le habían dado cierta superioridad

natural, y había aprendido a hacer buen uso de esos dones. Nunca había sido capaz de hacer brotar en su interior la rabia asesina que en otros hombres sustituía a la habilidad en el combate. Al servicio de Col, su entrenamiento se había vuelto más esporádico. Cuando entró en el cuadrado de la lucha, delineado con una valla, se sentía cansado y falto de aliento.

El lugar resonaba con el eco de las espadas de madera entrechocando. Ryke rebuscó entre el montón de espadas mientras se iba abrochando los sucios protectores de cuero y el peto. No se tomó la molestia de ponerse un casco, pero al entrar en el patio se dio cuenta de que la mayoría de los hombres que estaban entrenándose llevaban uno. Un golpe en la cabeza con una espada de madera podía matar. Vio a Vargo apoyado en la valla y se le acercó. Tan lleno de pecas como siempre, se estaba frotando el codo derecho. A sus pies había una espada de madera. Ryke la recogió, pensando que se habría estropeado y luego la arreglarían, pero estaba entera. Como la mayoría de las espadas para hacer prácticas, estaba llena de melladuras, y la empuñadura había sido pulida por el sudor. Era de roble blanco, al igual que la suya. La apoyó contra la valla, con la punta en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Vargo dobló el codo. Tampoco llevaba casco.

—He sido torpe —dijo el segundo, a regañadientes—. No ha sido nada. Tengo el brazo entumecido. —Tocó la espada con la punta de la bota—. Malditos trastos incómodos... Que me den mi hacha.

—Un hombre medianamente hábil te podría ensartar con una espada antes de que te acercases lo bastante como para poder usar esa hacha —dijo Ryke.

—Entonces, nunca he luchado con un hombre hábil —dijo Vargo, sonriendo.

Hizo girar el codo y lanzó una maldición.

—Puede que no —convino Ryke.

Durante un tiempo se entrenó separado de los demás, practicando golpes; tajos, estocadas y golpes de costado para cortar una cabeza o herir el vientre a través del cuero; haciendo esforzar sus músculos hasta que le dolieron y empezaron a crujir. Bajo el frío y brillante cielo del atardecer, riachuelos de sudor le corrían por los flancos, empapándole las ropas. El terreno polvoriento, mitad arena, mitad nieve, parecía agarrarle los pies.

Cuando se cansó de entrenarse en solitario, regresó al cobertizo del equipo y cogió un escudo de cuero. Atándose al brazo, fue en busca de un compañero. Recorrió el borde del patio. Ephrem y Kinnard se atacaban mutuamente a la sombra de la valla. Ephrem parecía descansado, pero Kinnard estaba claramente agotándose. Ryke les gritó que se detuvieran. Kinnard respiraba como si acabase de hacer una carrera.

—Descansa —le dijo Ryke.

Levantó la espada. Ephrem le sonrió con inocencia. No llevaba escudo.

—Ryke, ¿quieres mi casco? —le gritó Kinnard.

—¡No! —le contestó Ryke con otro grito.

Empezó a moverse en círculos, intentando que el sol le diese en la cara a Ephrem. Ephrem le golpeó, sujetando la espada con las dos manos. Ryke detuvo el golpe con la suya, sintiendo cómo la sacudida del golpe le estremecía el brazo. Ephrem era fuerte y, como Col, de hombros anchos. Bajo el casco redondeado su rostro se puso más serio. Lanzó otro golpe. Ryke lo detuvo con su escudo y atacó el lado sin proteger de Ephrem. El sureño retrocedió de un salto, esquivándolo, y avanzó nuevamente blandiendo la espada a dos manos. Ryke se preguntó dónde habría aprendido aquello. Paró el golpe, y luego otro más, midiendo el ritmo de los movimientos de su contrincante, más bajo de estatura. Le escocían las manos. Dejó que Ephrem le obligase a retroceder. Ephrem lanzó otro golpe y Ryke se agachó, esquivándolo. La madera pasó silbando por encima de él. Atacó a Ephrem, sosteniendo la espada con ambas manos, y oyó el jadeo del

hombre del sur al estrellarse la punta de la espada en su peto. Se tambaleó, boqueando, y cayó, quedando sentado en el suelo. Ryke se apoyó sobre su espada. Le dolían las muñecas a causa del peso. El pecho de Ephrem subía y bajaba rápidamente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ryke.

—No puedo respirar.

Ephrem siguió sentado, jadeando. Finalmente, se puso en pie. Se quitó el peto y se desató las cintas de la camisa. Había líneas de color púrpura sobre su pecho moreno, allí donde el golpe de Ryke había hecho hundirse los bordes de la placa de cuero en la piel.

—Vuelve a ponerte la camisa; estás muy sudado —dijo Ryke—. Será mejor que veas al cirujano para que compruebe si tienes rota alguna costilla.

—Estoy bien —dijo Ephrem.

Hizo girar el brazo con el que sostenía la espada y torció el gesto.

—De todos modos, ve al cirujano —le dijo Ryke. Ephrem se fue.

Kinnard parecía algo inquieto. Se mordisqueó la punta del bigote.

—¿Quieres otra ronda? —dijo, alzando valerosamente su espada.

—No —dijo Ryke.

Le dolía el brazo derecho. Llevó el escudo y la espada de madera al cobertizo, sintiéndose moderadamente satisfecho de sí mismo.

La cena de esa noche en el salón fue tranquila y sencilla, comparada con el festejo del día anterior. Como si hiciese penitencia por las anguilas y el vino, el cocinero lo había guisado todo con cebollas. Ryke comió poco, no sintiendo ningún deseo de verse obligado a pasar la noche yendo de su cama a los lavabos, pasando por los puestos de guardia. Los mensajeros enviaron recado de que esa noche preferían cenar a solas. Col les dijo a los criados que les sirviesen la comida en sus aposentos. No hizo llamar a Errel. No hubo peleas.

Al terminar la cena, se volvió hacia sus comandantes.

—Reunios conmigo en los aposentos cuando os hayáis ocupado de vuestros hombres.

Los comandantes se miraron entre sí, sorprendidos. Held, poniendo mala cara, se fue a hacer la ronda. Gam se marchó a los establos. Onran fue a cortejar a las mozas de la cocina y a robar un trozo de ganso. Ryke permaneció en la mesa. Los sirvientes iban despejando los restos de la cena a su alrededor. No entendía la razón de que los mensajeros no hubiesen acudido a la cena. Le inquietaba. Todo lo que pudiese atraer la atención de Col le ponía nervioso. Los marmitones apagaron las antorchas valiéndose de largos palos con caperuzas. La gran estancia fue oscureciéndose. Los perros mordisqueaban los huesos del asado. Notó en la pierna un aliento cálido y una nariz fría. Era la perra loba negra. La acarició y le rascó las orejas, obligándose a no pensar en lo que no deseaba hacer, encontrarse con Col Istor en el cuarto que había pertenecido a Athor.

La perra le siguió a través del patio, pero no a los aposentos. De la escalera del norte al salón había muy poco trecho. Un paje se hallaba ante la puerta. Ryke vaciló. No quería entrar en la habitación.

—¿Están ya todos? —preguntó.

El paje negó con la cabeza. La gruesa puerta estaba un poco entreabierta. El revestimiento de latón brillaba sobre los goznes de hierro. Ryke acarició levemente el suave metal. Generaciones de pajes, él entre ellos, habían medido su estatura sirviéndose de aquellos adornos de latón, puliéndolos con su aliento. Se aflojó las cintas de la camisa y entró.

Col estaba mirando el fuego. Parecía irritado. Onran estaba sentado sobre un cofre, debajo de una ventana cubierta de terciopelo azul. Held se apoyaba en una pared. Gam no estaba.

Ryke tomó asiento en un taburete. Los colores de la habitación habían cambiado. Col había movido el gran armario de puertas talladas, haciendo traer una enorme mesa de

madera negra. Estaba llena de hojas y rollos de papel, con todos los objetos necesarios para llevar al día los registros del castillo. Athor había preferido siempre dejarle esos asuntos a Jaret, el mayordomo, que había muerto en el combate. Col no tenía mayordomo del castillo. Sobre la chimenea colgaba algo que Ryke no había visto nunca: un escudo con forma de diamante, lo bastante grande como para cubrir a un hombre del cuello a la ingle, trabajado con oro, plata y bronce, mostrando una serpiente que se mordía la cola. Era un símbolo que había visto antes en objetos fabricados en Anhard, pero nunca tan bien hecho. Por debajo del recubrimiento, el escudo era de hierro. Intentó imaginarse a un hombre, en combate, cargando con él por una colina o llevándolo en una retirada. Parecía no haber recibido nunca un golpe, y supuso que había sido entregado a la Fortaleza como prenda de alguna tregua (concluida y abandonada hacía mucho tiempo) por algún señor de Anhard amante de las ceremonias.

Gam entró en la habitación. Olía a establos.

—¿Podemos empezar ahora? —dijo Col. Se metió los pulgares en el cinturón—. Quiero que sepáis que voy a aceptar la oferta de tregua de Berent y que mantendré la tregua hasta la primavera.

—¿Eso quiere decir que no podemos continuar con las incursiones? —dijo Onran.

—Eso es lo que quiere decir —respondió Col—. Oficialmente hablando.

—Entonces, ¿cómo sabremos cuáles son las fuerzas de Berent? —protestó el más joven de los comandantes.

—No soy ningún vidente —dijo Col—. Pero creo que el territorio alrededor de la Fortaleza de las Nubes no tardará en sufrir una plaga de bandoleros.

—Sería mejor que fuesen tramperos —dijo Gam.

—Los bandoleros llevan armas —adujo Col.

Onran y Held empezaron a discutir si los bandoleros deberían hacer incursiones de día o de noche. Ryke dejó vagar su atención. La habitación olía a cera de abejas y jazmín seco. Cuando Athor dormía en ella, olía a perros. La puerta que daba al dormitorio estaba entreabierta unos dos palmos. Por la abertura pasó una vela. Una mujer se quedó mirando a los hombres. Su cabellera, una cortina de color ámbar, le cubría los hombros y la espalda. Era Becke. Sus ojos se encontraron con los de Ryke. Sin apresurarse, volvió a entrar en el dormitorio.

Col pareció aburrirse de pronto. Golpeó la mesa para acallar la discusión.

—Eso es todo. Buenas noches, comandantes. Nos reuniremos mañana en la mesa para agasajar a nuestros huéspedes. —Ryke se puso en pie—. Ryke, quédate.

Sorprendido, Ryke se puso en tensión. Vio que Held le dirigía desde el umbral una mirada llena de celos y sospecha. Col le indicó con una seña que se fuese. El paje cerró la puerta.

—Acércate —le dijo Col.

Ryke se acercó a la mesa. El corazón le martilleaba en el pecho. No quería leer nada en el rostro de Col. Los mensajeros nos han traicionado, pensó. Con la mayor lentitud posible, se arriesgó a dejar que su diestra se aproximase a la daga que colgaba de su cinturón.

—¿Sabes leer? —le preguntó amablemente Col.

Las palabras eran tan distintas de las que había esperado que tuvo que repetírselas interiormente, como si de pronto se hubiese vuelto idiota.

—Puedo leer runas —contestó. Le asombró que no le temblase la voz—. Athor me hizo aprender cuando me ascendió a segundo de la guardia. No sé leer la escritura del sur.

—¿Puedes leer esto?

Col empujó un rollo a través de la mesa. Ryke lo extendió, manteniéndolo abierto con las dos manos. Las oscuras líneas parecían ondular sobre la página. Algunas eran tan borrosas que le era imposible distinguir las. El pergamino estaba lleno de polvo. Ryke forzó la vista. La primera letra de algunas líneas era más grande que las demás.

—En el séptimo año... algo..., reinado, creo..., de Kerwin, Señor de Tomor..., algo acerca de Anhard...

Las runas de la K, S y T habían sido rellenas con tinta de oro.

—¿Quién era Kerwin?

—¿El abuelo de Athor? Su tatarabuelo, quizá.

Col atrajo hacia sí un taburete con el pie y se sentó en él.

—¿Sabes dónde los encontré? En la Atalaya. Estaban cubiertos de cagadas de ratón.

—No sabía que existiesen —le contestó Ryke—. ¿Qué son?

—¡Historias! Registros. Las grandes mansiones los llevan. La familia Med, de Kendra-en-el-Delta, tiene una habitación llena, y una mujer cuyo trabajo consiste en mantenerlos limpios.

—¿Viviste en Kendra-en-el-Delta?

—Serví a la familia Med durante cinco años —dijo Col—. Conduje tropas contra los Asech. —Ryke asintió. Sabía quiénes eran: un pueblo extraño que vivía al sur del Galbareth en casas hechas de pieles—. Cabalgué con Ewain Med y Raven Batto.

—¿Ése es el hombre que fue puesto fuera de la ley? —preguntó Ryke, recordando vagamente la historia.

—¿Así que las nuevas llegaron incluso a este lugar? Sí, ése es. Mató a un primo de la familia Med, lo cual fue una estupidez, dado que la familia Med gobierna Kendra-en-el-Delta. Pero eso fue hace diez años. —Caminó hasta la ventana y abrió un panel—. ¿Sabes algo de música? —preguntó.

—No —dijo Ryke, sorprendido.

—Lástima. En el sur cantamos mucho. —Hablando en voz muy baja, como si se dirigiese a la noche, dijo—: Las colinas y las estrellas son mis compañeras, y todo lo que hago lo hago solo. ¿Conoces ésa?

Ryke negó con la cabeza. Col dejó caer la cortina.

—El tiempo sigue despejado. ¿Aguantará?

—Probablemente no. El viento es húmedo.

—Y supongo que eso significa más nieve. Ojalá llegase la primavera. El invierno no es tiempo para aprender a amar un país. Pues soy un extraño en una tierra lejana —dijo—. Ésa es la canción. —Se sentó en el taburete y puso la mano sobre uno de los rollos de pergamino—. Quiero que me los leas —dijo.

Durante un instante de pura estupidez, Ryke estuvo a punto de contestar: «Pero si voy a irme...». Contuvo el aliento. Notó que se le encendía el rostro, y se maldijo en silencio.

—Supongo que podría hacerlo —dijo, haciendo que su asentimiento sonase como hecho a regañadientes.

—Si no vas a hacerlo, dilo. Encontraré a otra persona.

—Lo haré —dijo Ryke.

Los oscuros ojos de Col se clavaron en su rostro. Deseó que el jefe apartase la mirada. Un tronco se derrumbó en el ruego. Bajó la vista hacia el pergamino que tenía bajo el codo.

—¿Te sorprende eso, Ryke? —dijo Col—. ¿Que quiera llegar a amar esta tierra?

—Sí.

—De no hacerlo, me destruirá. —Ryke no dijo nada—. Supongo que eso te gustaría.

Incómodo, Ryke se encogió de hombros. La mano de Col estaba ante él, con la palma hacia abajo. Tenía unos tendones enormes; sobresalían como raíces surgiendo del suelo. Ryke oyó un murmullo de tela y el tintineo del metal dentro del dormitorio. No se volvió. La luz de la vela parpadeó sobre el escudo de Anhard. La serpiente pareció retorcerse. Intentó recordar qué había tenido Athor colgado encima del fuego y no pudo. Ahora eran los aposentos de Col; nada de Athor quedaba en ellos. El saberlo hizo que sintiera enfado y, al mismo tiempo, una extraña desolación.

—¿No quieres nada más de mí? —dijo. Col le miró.

—Gracias. No.

Ryke soltó el pergamino. La gruesa hoja de papel se enrolló sobre sí misma.

—Buenas noches —dijo.

Le dio la espalda al jefe. Al pasar junto a la puerta del dormitorio miró hacia el interior, pero sólo vio la llama inmóvil de la vela y las sombras de los tapices que formaban el dosel del lecho.

## 5

Esa noche a Ryke le fue imposible descansar. Hizo la ronda concienzudamente. El tiempo seguía siendo bueno. El que empeorase ayudaría y, a la vez, estorbaría su huida; el buen tiempo ayudaría a quienes les persiguiesen. No sabía si maldecirlo o dar gracias por él. En el recinto de guardia los centinelas discutían sobre los supuestos hábitos sexuales de los ghyas. Los cuarteles apestaban horriblemente a cebolla. Caminó a lo largo de las murallas. Al llegar a las tórrelas del muro exterior miró hacia la aldea y las granjas y campos de los alrededores. La perra le encontró andando arriba y abajo del parapeto y se echó a su lado. Se preguntó si lograría encontrar compañía y consuelo cuando él se hubiese marchado.

Durante una de las rondas, con el pretexto de comprobar las puertas, cogió una linterna. Caminó a través de los aposentos, balanceando la débil luz amarillenta de un lado a otro, hasta llegar a la escalera central. En el polvo pudo distinguir sus propias pisadas. Las borró con el pie. Descorrió el cerrojo al final de la escalera, entró y volvió a cerrar cuidadosamente, para que la puerta entreabierta no le delatase.

Por la mañana sentía como si tuviese los ojos llenos de arena. Después del cambio de turno se dirigió al salón. La ventana que daba a la cocina estaba abierta. Apoyado junto a ella, se bebió tres tazas de espeso té de menta. Se le secó la boca y se le agudizaron algo los adormilados sentidos.

Una vez más, repasó mentalmente sus preparativos. Errel tenía un fardo para el viaje. Ryke había escondido el suyo en un agujero formado por dos vigas cruzadas en el techo de la poterna oeste. Junto con su fardo había atado allí un arco que un niño era capaz de llevar y que había encontrado en los aposentos vacíos. No había podido encontrar flechas de su tamaño. En su bota derecha, como siempre, llevaba el cuchillo para desollar de Anhard. Deseó encontrar un modo de llevarse su espada.

—¿Más? —dijo la criada.

Se asomó por la ventana, sonriéndole.

Él le devolvió la taza.

—Ya es suficiente.

Las puertas del salón se abrieron hacia adentro. Col, Held, Onran, Gam y los mensajeros entraron en la estancia. La muchacha se escabulló al interior de la cocina, a toda prisa, para advertir a los cocineros. Los ghyas (era más fácil pensar de ese modo en ellos que acordarse de que uno era mujer) iban vestidos con pieles para viajar. Ryke se reunió con ellos. Los mensajeros no le miraron. Col se sentó. Los sirvientes colocaron las bandejas ante él.

Held no paraba de moverse. Por dos veces se levantó a escuchar.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Col.

—Tengo la sensación de que pasa algo raro. Ryke sudaba. Held era el menos imaginativo de los hombres. Si entraba en la cocina, vería a Errel.

—Estás tan nervioso como una mujer —dijo Gam.

Estaba malhumorado porque Col había insistido en que comiese en el salón, y no en el establo. Se inclinó hacia Ryke para ensartar una lonja de tocino.

—Echaré una mirada —se ofreció Ryke.

Onran alzó la vista, sorprendido. Era su turno. Ryke abandonó rápidamente la mesa antes de que Col pudiese ordenarle que volviese. Entró en la cocina. Errel no estaba allí. Fue al cuartel y a los establos. Los caballos de los ghyas (resistentes caballos de las estepas, con los costillares parecidos a las duelas de un tonel y colas como escobas) aguardaban en los apriscos. Soplaban un leve viento del este. Ryke cruzó el recinto interior hasta la puerta principal. Los hombres que montaban guardia en el recinto parecían aburridos.

Volvió al salón. La criada estaba sirviendo los huevos.

—Todo va bien —les informó.

Ocupó su asiento y un criado le llenó el plato. Col torció el gesto, su intuición finalmente despertada. Ryke tragaba la comida en silencio. A duras penas lograba notar su sabor. Se preguntó si Col era capaz de ver la película de sudor que le cubría.

Held le dijo algo en voz baja a Onran. Al joven comandante se le encendió el rostro de ira. Dio una palmada en la mesa.

—No hay nada que ande mal en mi turno, maldito seas. Aprende a sujetar tu lengua.

—No me des órdenes, mocoso —dijo Held. Onran se incorporó, rabioso, tartamudeando.

—¡Tú...!

—Cállate —dijo Col.

Sus ojos brillaban, parecidos a la obsidiana, contemplando a los comandantes. Held apretó los labios. Onran bajó la cabeza, aflojando los músculos. Los mensajeros seguían comiendo.

—Onran, siéntate —ordenó Col.

Onran, mirando ceñudo a Held, pasó la pierna de nuevo por encima del banco.

—Ryke... —Éste casi dio un salto—. ¿Hubo algo fuera de lo normal en tu guardia la noche anterior?

—Nada, salvo un exceso de cebolla.

Los labios de Col estuvieron a punto de esbozar una sonrisa.

—Tendré que hablar con el cocinero. —Apoyó los dos codos sobre la mesa. Los mensajeros apartaron sus platos a un lado. Ryke era incapaz de mirarles—. Sin duda estaréis ansiosos por completar vuestra misión —dijo.

—Hay tres días a caballo hasta la Fortaleza de las Nubes —dijo Norres.

—No me gustaría que Berent el Tuerto pensase que no he considerado lo suficiente su oferta de tregua. Mi respuesta es que aceptaré su oferta de una tregua invernal y que trataré a su hijo como si fuese mío. Le devolveré al muchacho con una escolta adecuada después del segundo deshielo. En ese momento la tregua terminará.

Habló como si hubiese pasado toda su vida haciendo y deshaciendo treguas.

—Así lo comunicaremos —dijo Norres.

Eso fue todo. Ryke miró los tapices que tenía ante sí, colgados de la pared. Los albañiles de la imagen, continuando con su eterna labor, no parecían impresionados.

—Te agradecemos tu hospitalidad —dijo Norres. Col les sonrió, contemplando los platos del desayuno.

—No deseaba que me encontraseis menos generoso que a Berent. —Le hizo una seña a un marmitón—. Ve y ocúpate de que los caballos de los mensajeros estén listos.

Ahora, pensó Ryke. Sentía débiles las rodillas. Col se puso en pie, y lo mismo hicieron sus comandantes y huéspedes. Norres y Sorren se pusieron los guantes.

—Ocúpate de que la puerta principal esté abierta —le dijo Col a Onran.

Al marcharse el joven comandante, Col le dijo a Held:

—No te metas con él.

Se alejaron de la mesa. Los marmitones se apresuraron a recoger los platos antes de que los perros se apoderasen de los restos.

—Disculpadme —dijo Ryke cuando se hallaban en el gran umbral del salón.

Col asintió con la cabeza. Ryke atravesó el patio. Le costó toda su fuerza de voluntad contenerse y no echar a correr. El viento se estaba haciendo más fuerte y los estandartes de Col empezaban a chasquear ruidosamente. Cruzó el muro interior y se acercó a la poterna exterior. Los guardias se estaban contando historias en el recinto de guardia. Metió la mano entre las vigas, buscando el fardo de viaje.

—Abrid la puerta —dijo.

—¿Qué es eso? —le preguntó uno de los hombres mientras arrimaba la espalda a la barra que sostenía cerrada la puerta. La puerta se abrió hacia adentro y él se apartó de ella.

—Es para los mensajeros. Órdenes de Col. —Sus manos, húmedas de sudor, resbalaban sobre las correas de cuero—. Cerrad —les dijo a los centinelas.

Dio un paso, saliendo a la luz del exterior. Obedientemente, los centinelas cerraron la puerta. Oyó el ruido de la barra. La sombra de la Atalaya se derramaba hacia el sendero como un dedo señalando hacia la libertad. Entró en ella y estuvo a punto de caer encima de Errel. El príncipe estaba agazapado, pegado a las piedras. Llevaba pieles de viaje y, sobre ellas, el fardo. Había un arañazo en su mejilla y el vendaje de la mano se había ensuciado.

Ryke sacó a tirones las pieles de su fardo. El corazón le latía desbocado.

—¿Cómo lograsteis salir al exterior de la muralla? —le preguntó con un murmullo.

—Trepando —dijo Errel, y se puso en pie—. ¿Me has traído un arco?

Ryke se volvió para contemplar la áspera superficie de las piedras.

—No sabía que tuvieseis esa habilidad. El muro exterior tenía cuatro veces la altura de un hombre. Metió los brazos por los tajos de la capa.

—La necesidad enseña —dijo Errel secamente—. Ahora la tengo.

Ryke sacó el arco del fardo.

—Encontré éste.

Errel lo hizo girar entre sus manos enguantadas.

—Podría ser el mismo con el que aprendí —dijo—. ¿Has traído flechas?

—No pude encontrarlas.

Oyó ruido de cascos sobre la nieve. Moviéndose con torpe premura se ató el fardo a la espalda. Dentro de un instante, pensó, los centinelas abrirán la puerta para ver adonde he ido... Miró a Errel. El príncipe sostenía el arco con la mano izquierda y miraba en otra dirección. Los cascos de caballos se oyeron más cerca y los mensajeros aparecieron por el recodo de la Fortaleza, cabalgando sin apresurarse por la curva del sendero.

Ryke bizqueó. La nieve era tan brillante que parecía como si la hubiesen pulido. Se protegió los ojos haciendo visera con la mano. El primer mensajero les vio. Ryke no pudo distinguir cuál de los dos era, y luego decidió que era Sorren. Ella alzó una mano.

—¡Saludos! —exclamó.

Era Sorren. Errel corrió bajo la sombra de la Atalaya para recibirla, como si estuviesen en una calle de la aldea. Ryke se estremeció, temiendo a cada instante oír un grito procedente del muro.

Nadie gritó. Nadie les estaba vigilando. Sorren dirigió el caballo hacia Errel. Éste dio tres zancadas, corriendo al lado del caballo, y luego saltó. El caballo salió como un rayo de la sombra y entró en la luz. Norres entró en la zona de sombra. Ryke vio el brazo que se tendía hacia él y lo agarró. A pulso, fue izado hasta la grupa del caballo.

—¡Adelante! —le imploró.

—Agárrate a mi cinto —dijo Norres con un gruñido.

Ryke metió los dedos en él, agarrándose al duro cuero. Norres se inclinó hacia adelante. Pasaron al galope por encima de un puente. El Rurian yacía bajo él con ondulaciones que parecían esculpidas. El caballo avanzaba con facilidad bajo su doble carga. Ryke se arriesgó a mirar hacia atrás. La Fortaleza se alzaba silenciosa detrás de ellos. El sendero estaba vacío, nadie les seguía.

Deseó lanzar un grito de alivio, hasta que se le ocurrió que quizá nunca volviese a ver el castillo.

Una rama se movió dejando caer nieve en su cuello. El sendero cruzaba un pequeño bosque de árboles de hoja perenne. Ryke liberó una mano y, de un tirón, se cubrió la cabeza con el capuchón.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la Fortaleza de las Nubes?

—preguntó.

—Tres días con dos personas. Nosotros cuatro, cuatro días —le contestó Norres.

Sorren frenó un poco el paso.

—No te detengas —dijo Norres.

—No nos persiguen —dijo ella.

Errel se volvió a mirar. Ryke le sonrió por encima del hombro de Norres.

—Aun así. Nos detendremos cuando llegemos a la niebla.

Sorren asintió y espoleó a su caballo hacia adelante. Ryke siguió escuchando. Había hombres en las tropas de Col que conocían el país mejor que él. Pero detrás de ellos no se oía ruido alguno. Finalmente, los árboles achaparrados fueron haciéndose más escasos. El sendero ascendía de modo constante, describiendo curvas y pareciendo terminar en una espesa neblina grisácea. Desmontaron.

—Vigila dónde pisas —le advirtió Norres.

Avanzaron con lentitud. Las nubes se cerraron a su espalda.

Errel se puso a la cabeza. Norres se quedó un poco rezagado para oír a posibles perseguidores. Las nubes corrían veloces por encima de sus cabezas. La niebla parecía gotear de las rocas. Errel les guiaba con destreza y sin tropiezos. Ryke se acordó de que, antes de la guerra, el príncipe solía cazar en aquellas tierras. Las conocía al menos igual de bien que los exploradores de Col. En algunos lugares el sendero era tan abrupto que había que trepar, más bien que andar. Sorren iba entre Ryke y Errel. Parecieron transcurrir horas antes de que se detuviesen.

—Comamos —dijo Errel.

Esperaron a que Norres se reuniese con ellos. A Ryke le dolían las piernas. Se había ablandado. Le ardía la espalda a causa del cansancio y la tensión.

Comieron en una hondonada que se hallaba a un lado del sendero. Col había provisionado a los mensajeros con alimentos para ellos y sus monturas. Ryke había metido en su fardo y en el de Errel tiras de carne seca y queso. Sin embargo, no había comida suficiente para cuatro personas durante cuatro días.

—Tendremos que cazar —dijo Errel.

El pequeño arco reposaba sobre sus rodillas. Lo dejó en el suelo y se desató el vendaje de la mano. La hinchazón había disminuido, así como las moraduras. Intentó mover el dedo medio, torció el gesto y volvió a vendarse la mano. Llevaba el anillo de los señores de Tornor en la mano izquierda.

Sorren se puso en pie.

—Si hemos de continuar, vamos —dijo.

Se cubrió la cabeza con el capuchón. Ryke apretó los dientes y se levantó. Sentía los muslos como si fuesen de plomo. Errel encabezó nuevamente la marcha. Sorren le seguía. Gotitas de agua colgaban de la piel gris de su capuchón, destellando como si fuesen de piedra.

Siguieron andando. Empezó a hacer más frío; el viento les cortaba como un cuchillo. Las manos de Ryke resbalaban sobre las rocas. Se preguntó si alguien había hecho el sendero o si era natural, creado por el viento y el agua. Le dolía el pecho y se encontró jadeando. Se detuvieron a descansar, protegidos del viento por un pequeño amasijo de abetos. Errel se puso en cuclillas. Ryke se inclinó sobre él para ver qué estaba haciendo. Cortaba las ramas más bajas de los resistentes arbolillos con su cuchillo.

—Flechas —le dijo.

—¿Qué usaréis para la punta? —le preguntó Ryke.

—Ya encontraré algo.

Siguió podando la rama, trabajando torpemente con la mano izquierda.

Siguieron avanzando. Ryke se preguntó qué le habría sucedido al sol. Había perdido totalmente el sentido de la orientación, excepto el de distinguir lo de arriba de lo de abajo. Empezó a temblar de un modo incontrolable.

—Toma.

Sorren le pasó un odre. Ryke bebió largamente de él. El trago le hizo arder la garganta y le calentó el estómago. Bebió un poco más. Sus temblores cesaron. Tapó cuidadosamente el odre y se lo devolvió a Sorren. La vida se movía en su interior. Dio patadas para hacer que circulase la sangre. Las piernas de Sorren subían y bajaban, subían y bajaban. Descansaron de nuevo. Ryke apoyó la espalda en las rocas, oyendo una cascada en algún lugar, soñando con el verano, el sol caliente, el cielo azul y la lluvia cálida.

Hicieron alto cuando la luz grisácea se convirtió en oscuridad.

—¿No deberíamos montar una guardia? —dijo Ryke.

—¿Para qué? —preguntó Norres, apareciendo a su espalda.

—Por si nos persiguen. El ghya se rió.

—No lo harán en la oscuridad.

Siguiendo las indicaciones del mensajero, Ryke y Errel se quitaron las botas, se lavaron los pies con nieve y se los frotaron enérgicamente hasta secarlos.

—¿Con qué objeto? —quiso saber Ryke.

—Impide que los pies se congelen —dijo Errel—. Sería mejor si tuviésemos un fuego —añadió con tristeza—. Supongo que en vuestros viajes no aprendisteis el secreto de cómo quemar nieve, o roca.

Sorren alzó la vista de la carne de buey seca que estaba convirtiendo en tiras.

—No, por desgracia.

Durmieron en una cueva minúscula, apenas una hendidura en la roca. Había escasamente el espacio suficiente para los cuatro. Norres y Sorren durmieron envueltos en una sola capa, rodeándose con los brazos. En el exterior del refugio gemía el viento.

Ryke se despertó en mitad de la noche. Errel temblaba. Ryke sentía los estremecimientos en su propia columna vertebral. Se puso de costado y, rodeando con un brazo al príncipe, pegó el pecho a la espalda de éste y le abrazó con firmeza, compartiendo con él su calor. Los temblores fueron cesando. La respiración de Errel se calmó. Ryke permaneció acostado, despierto, escuchando el viento. Finalmente, el frío le hizo adormilarse y se sumió en un sopor lleno de sueños inquietos.

Por la mañana tuvo que agitar vigorosamente su brazo izquierdo hasta devolverle la sensibilidad.

El segundo día fue exactamente igual que el primero, excepto por el hecho de que hicieron más camino cuesta abajo que hacia arriba.

A Ryke dejó de dolerle el pecho. Durante parte del día fueron a caballo. Surgieron de la neblina en una llanura pedregosa, con árboles dispersos y achaparrados cubiertos de escarcha. Las nubes se cernían sobre ellos como la mano de un gigante. Los caballos de hirsuto pelaje se movían estoicamente a través de la estepa. La segunda noche acamparon en un calvero lleno de tocones y vegetación rala. Norres encendió una hoguera. Los tocones siseaban y humeaban en el fuego. Los caballos masticaban su forraje. Hombres y bestias se acurrucaron buscando el escaso calor de la hoguera. Las nubes cubrían las estrellas. Norres hizo circular el odre entre ellos. Ryke tomó un sorbo del potente licor y se enroscó, cubriéndose con la capa, aprovechando que aún sentía caliente el estómago.

Errel estaba sentado, con el arco y las dos flechas que había fabricado sobre las rodillas. Para que le sirviese de guía, había usado un rizo del pelo de Ryke, endurecido con la savia de un árbol. La savia servía también de cola. Ryke se dio la vuelta al oír el chasquido del arco.

—¿Cogisteis algo? —dijo.

Tenía la boca pastosa a causa del sueño.

—Fallé.

A los últimos y débiles destellos del fuego, el rostro de Errel parecía tallado en piedra. Ryke volvió a dormirse.

Por la mañana había trozos de carne asándose en el fuego.

—¿Qué era?

—Un zorro de un año —dijo Errel.

—Me sorprende que se acercase lo bastante como para cogerle —dijo Norres.

—Conocía las trampas y a los que las ponen, no a los cazadores —dijo Sorren.

El cabello le caía por encima de los ojos hasta que se lo apartó con la mano. Por un instante Ryke distinguió lo que había de mujer en la forma de su rostro, la curvatura de sus pómulos, su piel clara y carente de vello. Luego, desapareció. Era algo neutro y desconocido, un ghya.

El tercer día cabalgaron a través de la estepa. Las montañas desfilaban a su derecha. Hacia el atardecer se levantó viento y la capa de nubes despejó. El sol manchaba el cielo de rojo y púrpura. Errel y Sorren hablaban en voz baja y apagada. Ryke no podía oír lo que estaban diciendo. Al llegar la noche, oyó los gritos de los lobos acechando hacia el sur. Los caballos se removieron inquietos ante esos ruidos, juntando los flancos mientras el viento hacía chasquear la vegetación con su canto. Hacia la mañana llovió. Ryke, Errel y los ghyas se cobijaron bajo sus capas sudadas. No lograron dormir. La lluvia los golpeaba, corriendo por sus espaldas, empapándolos allí donde tocaban el suelo. Todo acabó al amanecer, y se levantaron mojados hasta los huesos, maldiciendo. El cielo era azul como el ala de una garza. Las nubes corrían hacia las negras jorobas de las montañas occidentales. Norres señaló hacia ellas.

—Ahí está la Fortaleza de las Nubes.

Era como un castillo de juguete encajado entre dos colinas. Mientras cabalgaban hacia ella, Ryke se imaginó la estepa en verano, una gran pradera sin horizontes cubierta de hierba que le llegaría hasta el muslo, fragante y cálida como la leche. La aridez de aquella extensión le inquietaba. El humo de unas chimeneas indicaba una aldea, hacia el sur. Buscó pájaros, pero no vio ninguno. Los caballos marchaban sin entusiasmo, llenos de cansancio. Al llegar a la puerta de la Fortaleza de las Nubes, las suyas eran las únicas sombras que se veían.

Se detuvieron justo antes de llegar a la Fortaleza de las Nubes para dar un descanso a los caballos. Ryke sacó el cuchillo de su bota y lo examinó buscando señales de óxido. La hoja tenía un color claro y tranquilo, como si fuese de agua. La envolvió nuevamente y la guardó en su vaina. Errel pasó un dedo por la cuerda de su arco. La había mantenido seca quitándola del arco y tensándola alrededor de su cintura.

—He estado pensando —dijo.

—¿Sí? —contestó Ryke.

—Berent no tiene por qué estar necesariamente complacido con nuestra llegada. Está en su derecho de no permitirnos entrar.

—Pero ¿a qué otro sitio podemos ir? —dijo Ryke. Movié la mano en un círculo que abarcaba la estepa—. Debe aceptarnos.

—Ya veremos lo que hace —dijo Errel.

No parecía preocupado o irritado, sino meramente pensativo y un poco curioso.

A diferencia de Tornor, la Fortaleza de las Nubes carecía de torre. Sus piedras eran de apariencia más suave, sin estrías, y de color gris. A la puerta de la Fortaleza había

centinelas con picas. Llevaban la enseña de Berent el Tuerto, la cabeza de un gato montes silueteada en oro sobre campo escarlata. Al acercárseles los caballos, cruzaron sus picas en el camino.

—Somos los mensajeros que han vuelto de la Fortaleza de Tornor —dijo Norres—. Dejadnos pasar. Ya nos conocéis. Los hombres miraron a Errel y Ryke.

—Os conocemos —dijo uno—. A estos hombres no les conocemos.

Errel bajó del lugar que ocupaba en la grupa del caballo, detrás de Sorren. Alargó la mano izquierda, con el anillo.

—Mirad —dijo—. ¿Conocéis esta insignia?

Los centinelas de la puerta discutieron entre ellos. Luego le hicieron una seña a los guardias del interior y la puerta se abrió. Los viajeros entraron en la Fortaleza de las Nubes. Desmontaron. Era maravilloso estar a cubierto del viento. Todos los perros de la Fortaleza estaban ladrando. Miraron hacia la poterna interior. El sol parecía abrasarles desde el cielo, pero no daba calor.

Cuatro hombres cruzaron la puerta interior. El que les precedía llevaba un parche de muselina sobre el ojo izquierdo y un traje de lana roja. Los otros vestían de lino, cuero y cota de malla. Sus botas alzaban nubéculas de polvo. Ryke se sintió inquieto. Berent era delgado y tenía la tez grisácea, un hombre polvoriento y marchito. Su único ojo se volvió hacia Errel.

—Señor de Tornor —dijo—. Bienvenido.

## 6

—Tenéis buen ojo, señor —dijo Errel. Parecía divertido.

—Os parecéis a Athor —dijo Berent.

—¿Me parezco?

Se abrazaron brevemente. Las botas de Errel estaban cubiertas de barro. La ropa de Berent tenía manchas de grasa. El tintineo de las bridas de los caballos era el ruido más fuerte que se oía en el castillo. El silencio hacía que a Ryke le doliesen los oídos. Errel retrocedió un paso y señaló con la mano a Ryke.

—Éste es Ryke. Para mantenerme con vida se convirtió en comandante de la guardia de Col Istor, pero siguió siéndome leal durante estos cuatro meses, en tanto que Col Istor me mantenía cautivo.

Berent miró a Ryke, ladeando la cabeza como un pájaro. Ryke hizo una reverencia.

—Mis comandantes —dijo el anciano, señalando a los tres hombres.

A medida que Berent pronunciaba sus nombres, le hacían una reverencia a Errel. Dos de ellos se parecían a Berent. Ryke juzgó que serían hijos suyos. Quizá el tercero también lo era. Y había aún otro hijo que iba a serle enviado a Col como rehén. Era extraño que un hombre de apariencia tan reseca tuviese tantos hijos, mientras que Athor, fuerte y lleno de vida como había sido, había tenido solamente uno.

Berent el Tuerto debió de ser fuerte en sus tiempos. Pero Ryke decidió que ya no lo era. Caminó casi pisándole los talones a Errel a través de la puerta de la guardia hacia el recinto interno. La Fortaleza daba la sensación de estar como incompleta y poco cuidada.

—Oímos que habíais muerto, señor —dijo uno de los comandantes, con un aire de duda en la voz.

Ryke sintió una sacudida de dolor al oír cómo llamaba a Errel.

—Como veis, no es así —dijo éste.

Dejaron atrás el patio y los cuarteles. No había hombres entrenándose y dando vueltas por el patio. Con algo de retraso, un paje salió corriendo del establo para llevarse sus caballos. Berent les condujo personalmente al gran salón; no era una tarea que tuviese que hacer un señor de la Fortaleza, pensó Ryke. Vio pocos hombres; de ellos, la mayor

parte sirvientes, y viejos. Entraron en el salón. Era más pequeño que el de Tornor y estaba más lleno de humo. El humo se alzaba hasta el techo, saliendo por un tragaluz. Una hoguera ardía en la enorme chimenea cuadrada. La estancia olía a turba. Como en Tornor, los muros estaban cubiertos de tapices, algunos con imágenes, la mayoría carentes de ellas. En un lugar desnudo del muro, unos ganchos de hierro sostenían una gigantesca maza con espigones de maligno aspecto sobresaliendo de ella. Tenía el aspecto de algo hecho en Anhard. Ryke intentó imaginarse al hombre a quien había pertenecido esa arma. Parecía demasiado pesada para que hombre alguno la blandiese.

Estaba sudando debajo de todas sus pieles. Una sirvienta entró, andando lentamente, con un poco de vino. Ryke sorbió un trago. Notó que se le revolvía el estómago. Quería pan, y carne.

Norres le entregó a Berent el Tuerto el mensaje de Col Istor.

—Una tregua invernal —dijo el anciano—. Eso es bueno, aunque es menos de lo que habíamos esperado.

—No es más de lo que cabía esperar de un ladrón del sur —dijo el que parecía mayor de los comandantes.

El recuerdo hizo que Ryke sonriese. Una vez le había dicho eso a Col en la cara.

Berent se estiró las mangas.

—Esta contienda llega en mal momento —dijo malhumorado—. ¡Si Athor de Tornor no hubiese caído!

—Yo también desearía eso, con todo fervor —dijo Errel. Hizo girar entre sus dedos la ligera copa de latón—. Os agradezco vuestra bienvenida, señor. Pero debo preguntaros claramente, ¿con qué firmeza la dais? Col Istor es ahora vuestro aliado.

—Digamos, más bien —repuso Berent—, que hay una tregua entre ambos que siento escaso interés por romper.

—Si pide que me entreguéis, como es muy posible que haga, estaréis obligado a hacerlo, o a romper la tregua.

—¿Os persiguieron? —preguntó uno de los comandantes.

—No —dijo Ryke.

—Pero aún es posible que lo hagan —subrayó Errel—. Señor, hablad claramente, por favor. ¿Nos daréis refugio o no? Los comandantes se miraron las manos.

—La fiebre pulmonar hace estragos entre mis hombres —dijo Berent—. Contamos sólo con la mitad de nuestras fuerzas y los que quedan se mantienen a duras penas en pie, temblando. Athor era mi amigo y mi aliado pero, ya que hacéis la pregunta, debo contestaros: no puedo daros refugio por más de tres días. Perdonad la crueldad de mis precauciones. Os daré caballos, comida y las armas que elijáis, pero no puedo arriesgar mi fortaleza por un solo hombre.

—Tenía que preguntarlo, señor —dijo Errel.

Ryke dejó reposar las manos sobre la madera. Tres días era el refugio que una Fortaleza concedía a cualquier hombre, incluso a un forajido, en invierno. Errel había intentado advertirle de que sucedería esto. Errel había supuesto, o sabido, o lo había visto acercarse en los dibujos de las Cartas... Tendremos que seguir adelante, pensó. Todo el cuerpo le dolía ante la sola idea de seguir cabalgando. Tendremos que seguir hasta la Fortaleza de Pel.

Si Berent fuese Athor... Pero Athor estaba muerto. El corazón se le colmó de ira, no por él (¿quién era él? Un soldado, nadie), sino por Errel. Se aclaró la garganta.

Pero Berent dijo:

—Señor, mi paje os enseñará vuestro aposento.

Se pusieron en pie. El instante había pasado. Salieron del salón y se dirigieron hacia el patio, cruzando una puerta, subiendo por una escalera. La ira le fue abandonando. Bostezó hasta que fue casi incapaz de ver. No le importaba lo que Berent fuese a hacerle mientras le permitiese dejar de andar, y dormir.

El alimento le revivió. Les llevaron a una habitación que era más pequeña que las de Tornor. Tenía una chimenea y una carbonera llena de turba. Bañeras de agua caliente y un gran montón de toallas de lino les aguardaban. En el lujo de la seguridad, se quitaron las botas, las camisas y las túnicas, despojándose con ellas de todas las agujetas del viaje, sentados como niños desnudos en el agua cálida. Los cañizos que cubrían el suelo de madera eran nuevos, y en el enorme lecho había un edredón de plumas. Errel se envolvió en el edredón, que parecía una nube algodonosa.

Se peinó con un peine de madera que encontró en un arcón. Ryke se frotó con un cepillo. El agua se fue llenando de grasa. Tomó asiento ante el hogar recubierto de baldosas y arrojó pedazos de turba a las llamas hasta que éstas se alzaron con un rugido. Errel canturreaba en voz baja. Las palabras de Berent no parecían haberle inquietado. Ryke buscó con la mirada el parecido entre Athor y Errel del que había hablado Berent, pero fue incapaz de verle. Un sirviente rascó el exterior de la puerta. Venía cargado con una bandeja de comida. Errel comió en abundancia. Ryke se atiborró de pan recién salido del horno. Su delicioso aroma casi le mareaba. Volvió a tenderse en la cama, preguntándose dónde estarían los ghyas. Norres y Sorren... Extendió la mano hacia la pared para acomodarse mejor en la cama. Bajo la tela pintada que lo cubría el muro estaba muy frío.

—Esta noche no hay que montar guardia —dijo Errel.

—Y tampoco hay que dar volteretas —dijo Ryke. Errel se estiró.

—Pues soy un extraño en una tierra lejana —cantó. Tenía una voz clara y melodiosa.

—No cantéis eso —protestó Ryke, lleno de sorpresa.

Era la canción que le gustaba a Col Istor. Se obligó a levantarse del blando lecho y sus almohadas y caminó por el cuarto. Sólo había un tapiz en la estancia, el que estaba al lado de la cama. Mostraba una escena de caza, un lobo acorralado. La habitación estaba en sombras. Sus dos ventanas eran meras rendijas encaradas al norte y las dos tenían los postigos cerrados.

—¿Qué te preocupa? —le dijo Errel en voz baja.

—Esto... —Ryke extendió la mano señalando el lugar—. ¿Por qué hemos venido aquí?

—Vinimos porque aquí es adonde se dirigían Norres y Sorren —contestó Errel, y sonrió—. No es perfecto. Pero no me siento muy inclinado a volver a Tornor.

—No —convino Ryke—. No sin un ejército. —Sabía muy bien lo que le molestaba—. Creí que Berent podría utilizarnos de algún modo. A mí, quiero decir —añadió, rectificando rápidamente—. En contra de Col. Quiero combatirlo.

Fue hasta la pantalla que había ante el fuego. Las ropas que había colgado de ella ya estaban secas. Las cogió y empezó a separar las suyas de las de Errel.

—¿Por qué? —dijo Errel.

Ryke le alargó sus ropas, pero el príncipe no hizo ademán de cogerlas. Su mirada azul era, de pronto, inquisitiva e imposible de rehuir. Ryke se removió bajo aquellos ojos, nervioso. Había pensado que se trataba de una pregunta retórica.

—¿Por qué? —dijo nuevamente Errel.

—Mató a Athor. Errel inclinó la cabeza.

—Una buena razón —dijo un instante después.

Con su mano derecha hizo girar el anillo de rubí una y otra vez en su dedo. Tenía las costillas cubiertas de cicatrices. Ryke se preguntó si alguna de ellas era obra de Col Istor. De todos modos le mataría, príncipe, pensó, por lo que os ha hecho. No podía decirle eso. Recordó las palabras de Col. Deseo aprender a amar este país. No importa, ladrón, pensó, te destruiré igualmente. No te ama. El placer del combate ardía en sus entrañas, y el brazo derecho se le puso en tensión como si sostuviese una espada. Se vio a sí mismo, con su arma y coraza, cabalgando en la vanguardia del ejército de Sironen.

Dejó las ropas de Errel sobre la cama. Se puso la túnica, pasándosela por encima de la cabeza.

—¿Creéis que Sironen nos acogerá? —preguntó.

—No veo por qué no iba a hacerlo —dijo Errel, cogiendo su camisa.

—Odiaría ser comandante de la guardia de Berent.

—¿Crees que es un cobarde?

—No quiere combatir. ¿Qué esperanza tiene esta Fortaleza, con un señor que piensa de ese modo? La cabeza de Errel surgió de su camisa.

—Tú mismo oíste como lo decía —contestó—. La mitad de sus hombres se están muriendo a causa de la enfermedad pulmonar y, probablemente, no sólo aquí, sino también en las granjas y la aldea. El señor de una Fortaleza tiene otras cosas que considerar aparte de la guerra y cómo librarla.

La aspereza del tono le hirió.

—Una Fortaleza debe ocuparse de la guerra —dijo Ryke.

Errel no le contestó de inmediato. El silencio se fue haciendo incómodo. Ryke deseó que algo lo rompiera. Se puso los pantalones y las botas. El cuero parecía quebradizo a causa del calor, y buscó algo de aceite en el arcón para engrasarlo.

—Lo lamento, príncipe —dijo finalmente—. He hablado de cosas que no me conciernen.

Errel sonrió de un modo extraño.

—No. No lo has hecho. Pero dime, Ryke, ¿sabes por qué se fundó la Fortaleza de Tornor?

Ryke dejó caer la tapa del arcón. No había aceite en su interior.

—Todo hijo de granjero conoce la respuesta a esa pregunta, príncipe —dijo—. La Fortaleza nos defiende contra Anhard.

—Naturalmente —concedió Errel. Volvió a reclinarse sobre la blandura de las almohadas—. Pero son los hombres quienes construyen las Fortalezas. No crecieron como las montañas. Los arquitectos, albañiles y carpinteros que construyeron la Fortaleza llegaron del sur, al igual que el oro, la tela y el grano con que fueron pagados. El primer Señor de Tornor era un hombre del sur, un rebelde procedente de un pueblo sureño, al que se le dio a escoger entre la muerte y el exilio en las montañas. Escogió el frío y el exilio; escogió criar a sus hijos para que amasen las montañas y llamasen al país del norte su hogar, y para que despreciasen las verdes y suaves colinas del sur. El padre del padre de tu padre, hace doscientos años, fue un albañil en Kendra-en-el-Delta. Y el mío fue un hijo menor lleno de rebeldía —añadió sonriendo.

—¿Dicen eso los pergaminos?

—¿Los pergaminos?

—Los registros de la torre. Col me los enseñó.

—¿Había registros en la torre? —Errel se quedó callado—. Ojalá lo hubiera sabido —dijo tristemente—. A Jaret le habría encantado verlos. Conocía toda la historia; era un erudito.

Ryke tragó saliva. Sentía la boca tan seca como las botas. Poniéndose en pie, buscó algo para beber.

—¿Un albañil?

Errel movió la mano en un gesto de incertidumbre.

—Eso fue una mera suposición. No lo sé. Pudo ser cualquier cosa, un carpintero o un soldado.

—El hijo de un herrero —dijo Ryke.

Encontró un aguamanil. Se miró los brazos y el fino zigzag de vello dorado que los cubría. Los hombres del sur eran morenos. Él no era del sur. Pero no todos los del sur eran morenos, ni todos los hombres del norte rubios. La piel de Vargo, el pelirrojo, era tan clara como la suya.

—Podría ser primo de Col Istor —dijo.

—Podrías serlo.

Ryke meneó la cabeza. Tornor era su hogar. Deseó que Errel no le hubiese contado cómo había llegado a existir la Fortaleza. Era sólo una historia, se dijo; no tenía que pensar en ella. Se llevó el recipiente a los labios.

—Primo, te mataré —murmuró con los labios pegados a la suave boca de la vasija.

El agua era fría y dulce. La promesa le hizo sentirse mejor. Miró a Errel, pero el príncipe no había oído las palabras pronunciadas en voz baja. Volvió a sentarse con los codos apoyados en las rodillas, contemplando cómo saltaban las llamas en el hogar.

Les dejaron solos hasta la tarde. Ryke durmió a ratos, tendido con toda la ropa puesta sobre la colcha de lana del vasto lecho. Era magnífico despertarse, dormirse y despertar nuevamente a cubierto del viento. Un paje vino a buscarles. Tenía una revuelta cabellera pajiza y pálidos ojos azules, pálidos como un fuego fatuo de los pantanos, y un rostro delgado e inteligente.

—¿Cómo te llamas? —le dijo Ryke.

—Ler, comandante.

Le trajo su capa a Errel y la suya a Ryke, y les mantuvo abierta la puerta para que saliesen, apoyando en ella todo su leve peso para que no se cerrase. Les condujo a los aposentos de Berent. Berent se encontraba en ellos con dos de sus tres comandantes. La habitación estaba más caliente que el gran salón; Ryke se quitó la capa. Ler se la quitó de los brazos para colgarla en un gancho de hierro. Tuvo que ponerse de puntillas para llegar hasta él.

—Tráenos vino —dijo Berent.

El muchacho abandonó la estancia para regresar con vino y copas. Sirvió primero a Berent, luego a Errel y a los comandantes. Berent contemplaba cómo el niño se movía alrededor de la habitación yendo de una silla a otra. El chico era vivaz y estaba lleno de gracia. El rostro del anciano estaba iluminado por el afecto y el orgullo. Terminada su tarea, Ler se colocó junto a él, casi tocándole la rodilla. Ryke se limpió el rostro. Los aposentos tenían tapices y el aire era rancio y espeso. Las sillas y los taburetes eran todos de madera oscura. Dicen que los huesos viejos necesitan calor, pensó Ryke. Sorbió el vino; también estaba caliente.

Berent tocó la espalda del chico.

—Es suficiente —dijo—. Puedes irte. Si te necesito te llamaré. Mientras el muchacho salía de la habitación, Errel murmuró:

—Estáis bien atendido, señor.

—Ler es hijo mío —dijo Berent.

Ryke se sorprendió. El muchacho no parecía tener más de diez años, y sabía que la esposa de Berent había muerto joven. Alguna mujer de la Fortaleza había dado a luz al chico.

—Señor —prosiguió Berent—, y también se lo digo al comandante, bien sé que la tregua que la Fortaleza de las Nubes ha concertado con Col Istor durará tan sólo lo que el sureño quiera que dure. ¿Podéis decirnos algo que nos ayude a defendernos mejor contra él cuando venga?

Errel señaló a Ryke.

—Tiene trescientos hombres en Tornor —dijo Ryke—, y ciento cincuenta más en la Fortaleza de Zilia. Sus hombres son expertos en el reconocimiento. Se mueve de prisa. Sus hombres odian el frío, pero combaten bien, con frío o sin él. Será duro para ellos mantener una línea de aprovisionamiento abierta por encima del paso, especialmente en el deshielo, cuando los arroyos crezcan.

La puerta se abrió rápidamente. El tercer comandante entró murmurando una disculpa. Ler entró con él, apresurándose a servirle.

—¿De cuánto tiempo disponemos antes de que venga? —preguntó Berent.

—De dos o tres meses —dijo Ryke.

Los ojos de Ler se movieron de un rostro a otro. El muchacho no se perdía nada de la conversación. Berent, al verlo, le dijo con cierta brusquedad:

—Vete fuera.

El muchacho se fue.

—Es la prenda que vais a darle a Col —aventuró Errel, quedamente y con cierta compasión en el tono.

—Sí —asintió Berent.

Cruzó las manos sobre el regazo. Ryke pensó que diez años antes de la guerra de Anhard debió de estar a mitad de su curso. Berent tendría por entonces sus dos ojos.

—¿Qué tipo de persona es? —dijo Tav, el mayor de los hijos. Ryke frunció el ceño. Se encontraba más a gusto contestando preguntas sobre las provisiones.

—Es implacable, temerario y sabe tomar precauciones —dijo Errel—. Su mayor defecto es que tiende a pasar por alto lo que es obvio. —Sonrió levemente, con un solo lado de la boca—. Por ejemplo, no debió dejarnos vivos a Ryke y a mí.

—Alegrémonos de que lo hiciese —dijo Tav.

A modo de respuesta, Errel hizo una leve reverencia.

—¿Qué tal son sus caballos? —preguntó el segundo hijo.

—Son fuertes y están bien cuidados, pero no han sido criados en las montañas —contestó Ryke—. Tendrá problemas con ellos en las llanuras. Se cansarán.

—¿Tenéis arqueros? —preguntó Errel.

—Algunos —dijo Tav—. No los suficientes.

—Si los disponéis en el paso cuando llegue, puede que logréis contenerle durante un buen tiempo.

—Podríamos hacerlo —dijo el segundo hijo, no muy convencido.

Berent tamborileaba con los dedos en el brazo de su asiento. Éste tenía esculpido en la base el rostro de un león de la montaña con las fauces abiertas en un rugido.

—Dentro de dos meses los carros llegarán del sur. Tendremos el grano y la carne suficientes para resistir cualquier asedio.

—A Col no le gustan los asedios —dijo Ryke—. Siempre se lanza al asalto.

Berent avanzó hacia él su rostro mutilado como si fuese un ave irritada.

—El muro de la Fortaleza de las Nubes jamás ha sido derribado.

—Y hasta que él lo hizo, tampoco el de Tornor —contestó Errel.

Ryke se removió, intentando que nadie lo notase, sobre el duro asiento de madera. Sentía aún las molestias de cuatro días de cabalgar y trepar por las rocas; ansiaba un almohadón.

—Ler —llamó Berent. El muchacho entró en la habitación—. Tráele un cojín al comandante. Ryke se ruborizó.

—Tráeme uno a mí también, chico —dijo Errel. Con toda calma, lo cogió, y se lo colocó en la espalda.

—Yo avisaría a Sironen —dijo Tav.

—Yo libro mis propios combates —rechazó Berent.

—A Sironen le sobran hombres.

—Puede que sí, puede que no —dijo su padre—. Pero yo no tengo las provisiones necesarias para alimentar un turno extra.

—En primavera...

—¿Quién sabe lo que ocurrirá? Puede que Col Istor ataque primero la Fortaleza de Pel, escogiendo luchar con Sironen cuando él se encuentre más fuerte.

Ler le tendió un cojín. Ryke lo tomó, dirigiéndole una sonrisa al chico. Ler le recordaba a alguien, pero no conseguía saber a quién.

—Seguramente, si Tornor..., os pido perdón —se corrigió Tav. Vaciló y luego siguió hablando—. Si Col Istor hubiese planeado atacar la Fortaleza de Pel antes que la de las Nubes, se lo habría mencionado a sus comandantes.

Miró hacia Ryke.

—A Col le gusta que sus planes sean un secreto, incluso para sus comandantes —dijo éste, hablando con cautela.

Ler estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una silla, esperando claramente que su padre no se fijase en él. Ryke se dio cuenta de a quién le recordaba el chico; era a sí mismo a los trece años. El muchacho llevaba un grueso cinturón de cuero, una copia del que llevaban los mayores. Tenía una hebilla redonda de metal y una vaina, pero no un cuchillo. Ryke pensó que si era lo bastante mayor para actuar como paje del señor de la Fortaleza, debería tener un cuchillo que llevar.

Más tarde, bajo el cálido peso del edredón de plumas, contemplando cómo el fuego bailaba en la parrilla del hogar, Ryke dijo, dirigiéndose a la oscuridad:

—¿Hablabais en serio acerca de Berent, príncipe? Se frotó la nariz para calentarla.

—¿Qué dije? —preguntó Errel, a su lado. Parecía medio dormido.

—Que sería un buen encargado de los perros.

—No. ¿Por qué iba a decirle la verdad a Col Istor acerca de las capacidades de un hombre con el que deberá combatir? Ryke se subió un poco más el edredón sobre el pecho.

—Creo que estaba equivocado acerca de él —admitió—. Pensé que era débil y que estaba lleno de miedo.

—¿Ya no piensas que es un cobarde? Estoy seguro de que tu cambio de parecer le complacería. —Las palabras parecían algo bruscas después de cruzar el frío que reinaba en el cuarto. Luego Errel dijo—: Perdona mi mal temperamento, Ryke. Estoy cansado de hablar sobre la guerra.

Luchar es más fácil que hablar de luchar, pensó Ryke. Se volvió de costado y puso la mejilla sobre la almohada, intentando calentarse el rostro.

—Berent perderá —dijo.

—Sí.

—¿Por qué entrega a su hijo a las manos de Col Istor?

—Porque sabe que perderá. No creo que vaya a rendirse; tiene demasiado orgullo para eso. Cuando llegue el momento de luchar, ¿cuál es el sitio más seguro para el muchacho? Tornor.

—Dijisteis que Col tenía el alma de un lobo —dijo Ryke—. ¿Y si amenazase con matar al chico a menos que la Fortaleza de las Nubes se rindiese? No me gustaría ser Berent entonces.

—Le dije a Col que era un lobo par halagar su vanidad —contestó Errel—. Es un hombre, y no es distinto de ti o de mí. —Se dio la vuelta en el lecho. Su voz sonó más lejana—. A menos que Berent rompa la tregua, Col no le hará daño al chico.

—También dijisteis que era implacable...

—Hasta los lobos evitan matar a los cachorros de sus rivales.

Al día siguiente Ryke fue a los establos para escoger caballos. Sus altas figuras seguían cubiertas por las hirsutas crines del pelaje invernal. Le acogieron con bufidos nerviosos. Mientras los examinaba, les dio a comer puñados de paja. Un gato saltó con aire despectivo de entre el montón de paja. Los mozos de cuadra entraban y salían a la carrera, intentando parecer muy ocupados para que no les encargase ninguna tarea. No tenía nada que encargarles. Escogió para él un resistente castrado gris y un garañón castaño para Errel. Errel había cogido el pequeño arco y estaba disparando en el patio. Algunos de los hombres de Berent se le habían unido; Ryke oyó su clara voz dando instrucciones.

Tav entró en el establo.

—Te estaba buscando —le dijo. Ryke se irguió—. Ah, ¿has escogido el grande? —comentó, pasando la mano por los grandes belfos del animal.

El caballo le frotó el pecho con el hocico.

—Sí.

—Te dará un buen servicio. Yo mismo lo domé —dijo Tav.

—Lo siento...

—No. Lo necesitarás más que yo. Me gusta verlo marchar.

Tenía una voz agradable. Rodeó con un brazo a Ryke; bajo su capa de lana, podía notarse el grosor de los músculos de su hombro.

—La noche pasada dijiste que Col Istor planea disfrazar a sus hombres como bandoleros. Ven y cuéntame algo más de eso.

Ryke volvió a iniciar la conversación interrumpida acerca de la Atalaya, de la que, realmente, no había formado parte.

Durante la comida en el salón no se habló de las nuevas guerras sino de las viejas, la guerra con Anhard—más—allá—de—las—montañas, relatos en los que sobresalían repentinamente, engastados, los nombres de quienes ya habían muerto. Tav y Ashe, el segundo hijo de Berent, habían combatido en la batalla en el curso de la cual Athor había dado muerte al rey de Anhard. Ryke recordó cómo había estado aguardando la señal que haría entrar en la batalla a los hombres de la Fortaleza: el gesto de levantar la vara de combate. Se acordaba del calor... Justo antes de que se diese la señal, había estado observando a una abeja que se aproximaba en la corola de una margarita azul, con las patas recubiertas de polen. Se preguntó si habría logrado volver a la colmena.

—¿Os acordáis? —le dijo Ashe a Errel.

—No muy bien —contestó Errel en voz baja—. Yo tenía catorce años. Estaba en el muro, con los arqueros. Recuerdo que tenía mucha sed.

El anciano asintió en silencio. Ler permanecía de pie al lado de Berent, con los ojos brillantes y emocionados al oír hablar de la guerra.

Errel comía con la mano izquierda; mantenía la derecha escondida en el regazo.

—¿Os habéis vuelto a herir la mano? —le dijo Ryke, desde el otro lado de la mesa.

—No —dijo Errel—. Me duele.

—Sólo han pasado seis días desde que se fracturó.

—Sé muy bien cuándo ocurrió —dijo Errel. Estaba luchando con una pata de capón—. Si no la uso, se pondrá rígida.

—Muy cierto —dijo Ashe.

—Podrías darle un poco más de tiempo para que se curase —comentó Ryke.

Errel extendió la mano y flexionó los dedos. El dedo medio no podía curvarse.

—Se trata de mi mano —dijo el príncipe, con un tono de irritación desacostumbrado en él—. A duras penas si pude tender ese maldito arco para niños.

—Eso es suficiente como para hacerle perder la paciencia a cualquiera —asintió Tav.

Ryke gruñó. Norres y Sorren no habían acudido a comer; se preguntó la razón de que no lo hubiesen hecho. Quizá se habían ido. Su tarea había terminado.

—¿Se han marchado los mensajeros? —quiso saber.

—Mandaron recado de que les excusásemos —dijo Tav—. Se les ha servido en sus habitaciones.

Ryke, no muy caritativamente, pensó que ellos eran más listos al no estar allí sentados, asándose de calor y comiendo alimentos demasiado quemados. Pero se acordó de que habían hecho lo mismo en Tornor. Uno de los segundos de la guardia empezó a contar la historia del hombre al que habían clavado en la puerta principal de su propia casa. Ryke descubrió de pronto que no creía la historia, aunque sí lo había hecho en el pasado. Probablemente, los ghyas se habían limitado a matarle.

La luna, un creciente luminoso, flotaba sobre los picos de las montañas occidentales. Errel y Ryke atravesaron el patio interior para dirigirse a los aposentos. Las estrellas destacaban claramente contra la negrura del invierno. Ryke se estremeció. Los muros y las formas de la Fortaleza no eran los que él conocía. Hasta el sonido de sus botas sobre las piedras del patio parecía sutilmente distinto del sonido de las piedras de Tornor. Se sintió solo aunque estuviese a salvo, aunque se hallase entre amigos y nadie le estuviese vigilando.

—¿Qué sucede? —le dijo Errel suavemente. No sabía de qué modo expresarlo.

—Nada, príncipe.

Acababan de encender las velas cuando alguien llamó brevemente a la puerta. Ryke abrió. Norres y Sorren se hallaban en el umbral.

—Queremos hablar —dijo Norres.

Ryke se apartó para dejarles entrar. Envío a un paje para que trajese vino. Cuando volvió, Ryke despidió al paje y sirvió él mismo.

Errel alzó su copa en dirección a los ghyas.

—Ni Ryke ni yo hemos tenido ocasión de daros las gracias de un modo adecuado —dijo.

—Durante largo tiempo hemos estado en deuda contigo —dijo Norres.

—Ya no lo estáis —dijo Errel.

—Hemos venido para saber cuáles son vuestros proyectos, ahora que estáis sin hogar —intervino Sorren.

Se recostó en su asiento, con una mano en el regazo y la otra, apoyada en el respaldo, sosteniéndole el mentón. Ryke se encontró inclinándose hacia delante para verla mejor. Sus ojos azul pálido eran tan insondables como el cielo. La túnica y los pantalones masculinos ya no conseguían servirle de disfraz como antes. Tenía la boca ancha. Se preguntó cuál sería su sabor... Norres le estaba mirando, con unos ojos tan grises como el contacto de una espada. Si eran amantes, pensó, ¿qué debían de hacer? Se ruborizó.

Se le ocurrían tales ideas porque llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer. Buscó a tientas la copa de madera, se la llevó a los labios y bebió un largo trago. El vino estaba caliente, olía a canela y era muy fuerte. Las palabras que ella había pronunciado con tanta calma, sin hogar, resonaban lentamente en su cabeza. Dejó la copa.

—Cabalgaremos hacia la Fortaleza de Pel —dijo, sin importarle estar hablando sin respetar el rango del príncipe. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Sorren miró a Errel.

—¿Adonde vais vosotros ahora? —quiso saber el príncipe.

—Al sur —dijo Norres.

—¿Cómo decidís adonde viajar? —preguntó Errel.

—Oímos los rumores en las aldeas y en los caminos —repuso Sorren—. Seguimos a la guerra, como los cuervos.

—Un trabajo muy bueno —apuntó Ryke.

—¿A qué te refieres? —dijo Sorren.

—A que siempre habrá guerras.

—Puede que sí, puede que no —replicó ella. Ryke bebió más vino. Se dio cuenta de que durante cinco meses ni siquiera había llegado a emborracharse un poco.

—Siempre —insistió. Se aflojó la camisa—. Siempre.

—¿A qué guerra os dirigís ahora? —dijo Errel.

—A ninguna —contestó Norres—. Estamos cansados. Nos vamos a casa.

—¿Y dónde está eso? —dijo el príncipe. Las sílabas de la respuesta parecieron repiquetear como gotas de lluvia.

—En Vanima.

Ryke rió. Los demás le miraron.

—No existe un lugar semejante —dijo. Tenía la lengua pastosa a causa del vino—. Es un cuento de niños.

Vanima... quería decir el Valle de Van. Era un lugar situado en las montañas occidentales, mítico e inaccesible, un lugar donde siempre era verano. De niño esos cuentos le habían encantado.

—No es real —insistió.

—Lo es —afirmó Norres—. Hemos estado allí.

—¿De verdad? —se asombró Errel—. ¿Existe un sitio así? ¿Y Van es una persona real?

—Tan real como lo eres tú —dijo Norres.

—¿Podéis volver? —preguntó el príncipe.

Ryke pensó que en los cuentos nunca se podía volver. Norres asintió. Ryke bebió de nuevo, preguntándose qué estaría ocurriendo más allá de la Fortaleza, qué estaría haciendo Col Istor. El respaldo de madera del asiento le hacía daño en la cabeza. Se puso en pie, algo torpemente, con los sentidos medio aturdidos, y caminó hacia el lecho.

—¿Cuánto se tarda en llegar allí? —quiso saber Errel.

—Está a ocho días a caballo de aquí —dijo Norres. Ryke alzó la vista. El corazón le latía fuertemente, sin razón alguna.

—Venid con nosotros —dijo Sorren.

Errel apretó fuertemente las manos sobre la rodilla.

—Tengo una guerra por librar.

—Esa guerra no va a tener lugar hasta dentro de tres meses, y mientras tanto, ¿qué haréis? ¿Golpearos la cabeza contra los muros de la Fortaleza de Pel? Venid con nosotros.

Su voz era como música. En la muralla un lobo atrapado gruñía ante la llegada de los cazadores. Ryke volvió a tenderse en la cama.

—¿Ocho días a caballo? —dijo Errel.

—Sí.

—¿Son bienvenidos los extraños en el valle?

—Lo son cuando llegan con amigos —dijo Norres. Errel se inclinó sobre la cama.

—Ryke...

—¿Eh?

—¿Y si visitásemos Vanima?

Ryke sonrió. Era agradablemente ridículo acceder a viajar hacia un lugar ficticio.

—Iré a donde sea —dijo temerariamente—. Al oeste, al sur, a donde sea.

La almohada estaba fría; metió la cabeza, cada vez más mareado, debajo de ella. Nada de todo aquello era real. A su espalda, por encima de su cabeza, rodeándole, las voces murmuraban: el verano, la tierra del verano, Vanima.

## 7

Abandonaron la Fortaleza de las Nubes a media mañana del día siguiente.

Berent y sus comandantes les despidieron en la entrada principal de la Fortaleza. Berent agradeció a los ghyas que le hubiesen ayudado a obtener la tregua con Col Istor. Le dio las gracias a Ryke por toda la información que le había revelado sobre los planes del jefe de guerreros, y Ryke le hizo una reverencia. Tav se adelantó para estrecharle la mano y acariciar al caballo gris.

—Que tengáis buena fortuna en vuestros viajes —dijo.

—Gracias —contestó Ryke—. Cuidado con los bandoleros.

—Lo tendremos —prometió Tav.

El alazán, nervioso, intentó girar y Errel tiró de las riendas. Berent habló en voz baja con el príncipe. El anciano les había dado provisiones, ropa y armas. Ryke tocó la empuñadura de la daga que llevaba al cinto. En la vaina lucía el emblema de Berent. un gato montes. Errel tenía una daga, el pequeño arco y una aljaba llena de flechas con las plumas de ganso. Supuso que Norres y Sorren tendrían las armas con las que habían llegado. Permanecían en silencio, montados sobre sus caballos, enigmáticos e inaccesibles, envueltos en la capa de su indiferencia. Se abrió la puerta exterior. Errel hizo que su montura se uniese a las otras y, en fila india, salieron de la Fortaleza. Los guardias de las murallas alzaron sus lanzas empenachadas a modo de saludo.

La estepa, lúgubre y desolada, se extendía ante ellos. Hacia el sur se alzaba el humo de los hogares de la aldea; cabalgaron hacia ella. Ryke hizo aproximarse su montura a la de Errel. El garañón rozó con el hocico la cabeza del otro caballo.

—Berent no ha preguntado adonde nos dirigíamos.

—Es más seguro para él —dijo Errel—. Si Col Istor llegase a tener la oportunidad de preguntarle si nos ha visto, puede decir con toda la tranquilidad del mundo que nos dio albergue durante dos días, tal como exige la costumbre y que luego nos vio marchar y no sabe adonde fuimos.

—Y luego puede tener la esperanza de que Col le crea —dijo Ryke.

Cruzaron la aldea. Había poca gente en las calles, y las ventanas de las casas tenían los postigos cerrados. Tres mujeres permanecían apoyadas en el pretil del pozo, hablando. Contemplaron a los jinetes sin ningún asomo de curiosidad. Un cerdo salió corriendo de un callejón, perseguido por un grupo de niños. El animal, furioso, empezó a gruñirles a los caballos. Los niños gritaron y le arrojaron piedras. El caballo de Errel, irritado, se encabritó, y él tuvo que sujetarle con una sola mano, maldiciéndolo.

—¿Por qué tuviste que elegir para mí el de más genio? —dijo.

—Lo siento, príncipe —se excusó Ryke. Estuvo a punto de ofrecerse a cambiar el caballo gris por el otro, pero lo pensó mejor y no dijo nada.

—Sorren dice que tendré que acostumbrarme a que me llamen solamente «Errel». No hay príncipes en el valle. ¿Crees que podrías intentarlo?

—No —dijo Ryke. Errel sonrió.

—No crees en Vanima —afirmó.

—No, príncipe.

Una gallina atravesó el sendero. El caballo de Errel resopló. Errel empezó a insultarlo. Las orejas del caballo se movieron, inquietas.

—Hijo de un pollino bastardo... —El caballo sacudió la cabeza—. A mi padre le habría encantado este caballo —añadió el príncipe—. Le gustaban las cosas que podía domar.

—Era un buen hombre.

—Era un buen señor. Como hombre, no era mejor que ninguno de nosotros.

Ryke torció el gesto. Errel había dicho algo parecido de Col. Le irritaba pensar en Col Istor y en Athor de Tornor puestos en la misma categoría.

—No me mires así —dijo Errel—. Le amaba y le admiraba. Pero no era un hombre fácil de tratar.

—No sé a qué os referís.

—No importa.

Pasaron junto a una ciénaga. Las casas de la aldea se curvaban a su alrededor formando un círculo. Mujeres con capa y botas trabajaban la oscura tierra con azadones. A Ryke el suelo le pareció tan frío e impenetrable como una roca. Finalmente, salieron de la aldea. Ante ellos se extendía la estepa, adornada con rebaños de ovejas de un sucio color blanquecino y algún que otro bosquecillo verde de pinos. Los perros corrían en círculos alrededor de las ovejas, ladrando. Ryke se acordó de cuando era pequeño y miraba a las ovejas, antes de tener la edad suficiente como para ir a Tornor. Había aguantado a duras penas durante todo ese tiempo, lleno de impaciencia, deseando

hacerse mayor. No lo recordaba con placer. Miró hacia el oeste. En el horizonte podía verse una hilera de montañas de un color entre dorado y anaranjado, con las cumbres coronadas de blanco, desvaneciéndose en la lejanía. El camino del oeste iba de la Fortaleza de las Nubes hasta la de Pel; no era ése el que seguían.

—¿Nos acercaremos mucho al Galbareth? —dijo, acordándose del viaje al sur con su padre.

—No lo sé.

—¿Lo bastante cerca como para verlo?

—Creo que no —dijo Errel con amabilidad—. No.

Pasaron por otra aldea. La estepa tenía la hierba tan rala, a causa de los rebaños, que no necesitaban seguir el camino. Las paredes de las casas de la aldea parecían una hilera de jorobados, sentados junto al sendero.

Cuando miró hacia atrás, la Fortaleza de las Nubes se había encogido hasta hacerse casi imposible de ver entre las rocas que tenía detrás. El cielo se había vuelto de un azul portentosamente brillante. Los pájaros giraban sobre ellos. El caballo de Errel se movía con el entusiasmo juguetón de un potrillo. El gran caballo gris de Ryke andaba con lentitud. Errel espoleó a su montura, poniéndola al galope, y luego volvió junto a Ryke.

—Servirá.

Las primeras dos noches durmieron bajo unos árboles, sobre una alfombra de agujas de pino. El rocío goteaba de los árboles. Durmieron tranquilos, sin ser molestados por los lobos, pero Ryke no hizo sino dormirse y volver a despertar una y otra vez. El ruido del agua le molestaba; no se parecía en nada al lento gotear de la neblina sobre las rocas.

Al día siguiente la tierra, casi sin avisar, se había cubierto de verde. Los árboles estaban llenos de brotes rojizos. Grandes extensiones de nieve yacían en las hondonadas de las colinas como los últimos restos del invierno. Ryke se encontró de pronto torciendo el cuello y removiéndose sobre su montura, intentando verlo todo. Ahora cabalgaban hacia el oeste, pero la hilera de montañas (anaranjada por la mañana, azul al anochecer) seguía sin aumentar de tamaño.

—Esperad —dijo Sorren.

El sendero que seguían apenas si era un camino de carros. El mismo día en que vieron la nieve pasaron por dos aldeas. Las puertas de las casas estaban abiertas y el aroma del pan recién horneado brotaba de los umbrales. El rico olor hizo que el estómago de Ryke gruñese. En las praderas, alrededor del pueblo, los hombres y las mujeres estaban sembrando. Se agachaban sobre los campos recién arados, con las semillas en las manos, cantando. Saludaron con la mano a los viajeros.

Esa noche se cobijaron en el refugio de un leñador. Sorren fue a buscar un arroyo. Volvió con dos odres de agua y desapareció nuevamente. Ryke siguió el curso de agua y la encontró lavando algo en la fría corriente del arroyo. La luz del crepúsculo se estaba desvaneciendo rápidamente. No pudo distinguir lo que estaba lavando. Parecía tratarse de varias prendas, todas de la misma forma. Ella le miró brevemente.

—Compresas —dijo, viendo lo que miraba—. ¿Querías algo de mí? —No —dijo él.

Siguió un poco más abajo del arroyo y orinó en un arbusto. Luego remontó la corriente, pero ella ya había terminado y se había ido, adelantándole.

Delante del refugio había un círculo de piedras ennegrecidas. Norres encendió una hoguera en su interior. Errel ascendió por la colina cubierta de árboles. Ryke se recostó en un tronco caído. La luz del fuego acariciaba los troncos de los árboles. Oyó el chasquido del pequeño arco. Errel volvió con una liebre. Ryke la desolló, clavándola en una rama y poniéndola sobre el fuego. La grasa que goteaba de la carne hacía hervir y chisporrotear el fuego. En tres días de viaje la llanura se había convertido en colinas, y las colinas en praderas y bosque, de un modo tan suave que no se había dado cuenta del cambio.

—No tengo ni idea de dónde estamos —dijo con nerviosismo.

—Al suroeste de Tornor —dijo Sorren.

Estaba sentada junto a Norres, su brazo apoyado en el regazo de éste: un gesto lleno de intimidad.

—Nos dirigimos hacia el valle que está entre las Grandes Montañas y el Galbareth —dijo Norres.

—¿Podremos verlo desde aquí?

—¿El Galbareth? No. Estamos demasiado lejos —dijo Sorren. Se inclinó hacia delante. Alisó el polvo y cogió una ramita—. Aquí está Tornor. —Trazó una X en el polvo—. Aquí el Rurian, que fluye hacia el sur desde las montañas. Y aquí Kendra-en-el-Delta. —Dibujó una línea y una X al otro extremo—. Aquí está el Galbareth. Y aquí la ciudad de Tezera. Aquí está el Lago Aruna, y aquí la línea de las Grandes Montañas. Nosotros estamos aquí. —Otra X—. Vanima se encuentra a cinco días al sur de donde estamos. —Trazó otra línea debajo del mapa—. Eso es el océano.

Errel lanzó un gruñido.

—¿Habéis estado allí? —preguntó.

—Sí —dijo Norres.

Ryke intentó verlo como si fuese un pájaro, un lugar lleno de vida, rebosante de animales a los que cazar y por los que ser cazado.

—Cuando abandonamos Tornor seguimos el Rurian —dijo Norres, tocando el mapa—. Fuimos al Galbareth. La gente de las granjas era muy amable. Trabajamos en los campos. Después de la cosecha volvimos al Camino del Río. Fuimos hasta Mahita.

—¿Fue duro? —quiso saber Errel.

—A veces. —Sorren miró a Norres y sonrió—. Pero nunca lo lamentamos.

—¿Dónde se encuentra el país de Asech? —preguntó Ryke. Sorren hizo una marca con el pulgar entre Galbareth y Ken-dra-en-el-Delta.

—Nunca fuimos allí. Las tribus de Asech no son demasiado amistosas con los extraños.

—¿Por qué has preguntado eso? —dijo Errel.

—Col aprendió a hacer la guerra en el país de Asech, persiguiendo a las tribus.

—¿Cómo lo sabes?

—Él me lo dijo.

—Ah.

Norres tendió la mano por encima del hombro de Sorren y borró el mapa con un gesto lleno de firmeza.

—Durmamos.

Sorren sonrió y se puso en pie. Permanecieron el uno junto al otro, los hombros casi tocándose, pareciendo gemelos, como la primera vez que Ryke les había visto en la Atalaya... No había ninguna diferencia en la forma de sus cuerpos. Norres se había quitado la sobrepelliz ribeteada de pieles.

—Pero si sois...

Se obligó a callar, mordiéndose los labios. Las dos mujeres, cogiéndose de la mano, se perdieron en el bosque. Ryke se envolvió con la capa. Se sentía engañado y sabía que eso era estúpido. El sexo de Norres había estado siempre allí, delante de sus ojos. Se preguntó qué le habría impedido verlo antes. Las mujeres volvieron. Oyó el sonido de cuerpos moviéndose, tocándose. Alzó los ojos, contemplando el cielo. Las copas de los árboles se juntaban sobre su cabeza como un negro encaje, capturando en su dibujo a la luna creciente.

—Buenas noches —dijo Errel.

—Buenas noches —repitió Ryke.

—Buenas noches —dijo una voz al otro lado del fuego. Y después, reinó el silencio.

Al amanecer, Errel leyó las Cartas.

Mientras iba formando el dibujo encima de su capa, los cuervos surcaban el cielo sobre ellos. Los colores pintados brillaban vivamente. Los cuervos se acercaron un poco más, con la esperanza de que las Cartas fuesen algo comestible.

—Éstas son las Cartas del pasado —dijo Errel, tocándolas una a una con la mano izquierda. Su dedo roto sobresalía entre los otros—. El Demonio es un portento de violencia y dominio. —El Demonio, vestido de blanco, sonreía con llamas verdosas rodeándole la cabeza—. El Sol, invertido. El Señor, invertido. El Mensajero. —Miró a Sorren—. Sois vosotras.

Sorren asintió.

—Éstas son las Cartas del presente. La Rueda de la Fortuna. La carta de la Muerte. Eso quiere decir transformación, un nuevo modo de pensar. El Lobo. La Observadora de Estrellas, invertida. Éstas son las Cartas del futuro. El Erudito, invertido. Ideas heterodoxas. El Fénix. Uno de nosotros va a ser puesto a prueba. La Hilandera. Una persona poderosa. El Espejo, invertido. Uno de nosotros es un pesimista. Ése es Ryke.

—No soy un pesimista.

—Pero no crees en las Cartas —dijo Errel.

Siempre con la izquierda, formó un montón con todas las Cartas.

—Cambio, ideas heterodoxas, una prueba —repitió Sorren—. ¿Eso es bueno?

Errel se encogió de hombros.

—Puedo aprender —dijo Ryke—. Tengo deseos de aprender.

Miró a Norres. Pero ella estaba removiendo las cenizas del fuego con el talón y no le miraba.

Subió a su montura, enfadado. Se dijo que no tenía ninguna razón para estar enfadado, pero las palabras no hacían nada para aliviar la opresión que sentía en el pecho. Errel habría podido decirle qué eran los ghyas. Ryke se preguntó la razón de que no lo hubiese hecho. Sorren, montada en su caballo, sostenía las riendas del bayo de Norres.

—¿Cuándo llegaremos a ese valle mágico vuestro? —preguntó.

—Cinco días más —dijo ella.

—¿Es realmente verano allí?

—Ya lo verás.

—Después de un invierno en Tornor, aquí ya parece que sea verano —dijo Errel. Se estiró con expresión satisfecha—. La primavera llega pronto en el sur.

—Los del sur dicen que en el norte llega tarde —repuso Sorren. Norres le quitó las riendas de la mano—. Nos detendremos mañana en la aldea. Un amigo nuestro vive allí.

Se inclinó sobre el cuello de su montura para evitar golpearse con las ramas. Avanzaron lentamente por entre los árboles. A su alrededor reinaba el aroma de las primeras flores. Una mariposa revoloteó sobre la cabeza, de Ryke. Tenía las alas amarillas con marcas negras. Descendieron una leve cuesta y volvieron a subir, saliendo de entre los árboles a una loma cubierta de hierba. Sus sombras puntiagudas se extendían ante ellos, hacia las montañas coronadas de blanco.

Cabalaron hacia el oeste durante toda la mañana, manteniendo el rumbo hacia las estribaciones de las montañas. Las ovejas pastaban en las laderas, cuidadas por niños y perros de lanas. En los valles, las semillas descansaban en la rica tierra, empapándose en la nueva luz del sol. Los mirlos volaban en círculos sobre los campos. El sol arrancaba reflejos de sus alas iridiscentes. Pedazos de telas de colores brillantes colgaban como estandartes de postes colocados a intervalos en los campos.

—¿Qué son? —preguntó Errel.

—Mantienen alejados a los pájaros —explicó Sorren.

—Es una buena idea —dijo Errel.

Se detuvieron para comer junto a un arroyo. Norres cortó una ramita de sauce y usó una hebra de su camisa para atarle una espina a la punta. Escarbó en la tierra blanda que había junto al arroyo hasta encontrar un gusano. Balanceó la espina, con su cabo, en las

aguas del arroyo. Casi de inmediato el agua se agitó y el anzuelo improvisado se hundió en el arroyo. Atrayéndolo hacia ella, metió la mano en el agua. Sacó el pez cogiéndolo de la cola. Mientras Sorren encendía una hoguera, ella sacó cuatro peces. Los peces no eran mucho mayores que la mano de Ryke, y tenían unas escamas amarillas a las que la luz arrancaba destellos semejantes a los de las alas de un mirlo.

Se comieron los peces enteros, excepto las aletas, los ojos y las espinas.

—¿Cómo se llaman estos peces? —preguntó Errel.

—Amarillos —dijo Norres.

—Ah. Me gusta esta tierra —comentó el príncipe.

Ryke miró hacia el oeste. Le asombró ver lo grandes que se habían hecho las montañas. Miró hacia el sur. Las verdes colinas se extendían a lo lejos, con las sombras de las nubes desplegadas como un abanico a sus pies. Miró hacia el norte buscando las montañas de Tornor, pero sólo pudo ver las colinas que habían estado cruzando durante su viaje. Hacía bastante tiempo que se había quitado las pieles.

—¿Está muy lejos la aldea adonde vamos? —preguntó.

—¿Tiene nombre? —preguntó a su vez Errel.

—Se llama el Bosquecillo de Gerde —dijo Norres—. A un día de caballo.

El Bosquecillo de Gerde era un amasijo de casas de madera situado en un valle. Las colinas que había por encima de él estaban cubiertas de frondosos bosques. La tierra del valle había sido limpiada de maleza y arada, y los aldeanos estaban sembrando. Un rebaño de cabras de largos vellones pacía en el prado, observado por la inevitable niña con la cara sucia y una vara en la mano. Mientras cabalgaban hacia las casas la niña salió corriendo de la pradera, con las cabras pisándole los talones. El caballo de Errel se encabritó. Errel lo dominó, tirando de las riendas. La niña llevaba el pelo recogido en dos largas trenzas. Les hizo una pregunta, hablando tan de prisa y con un acento tan pronunciado que Ryke no consiguió entenderla. Fue Sorren quien contestó.

—Venimos a visitar a Chaya; somos amigos suyos.

La niña sonrió, sus blancos dientes iluminando su rostro moreno, y volvió a trepar a toda prisa por la cuesta, rodeada de cabras por todos lados. No debía de ser mayor que la hermana pequeña de Ryke. Con sus pantalones y su camisa harapienta, trepaba tan ágilmente como los velludos animales que tenía a su cuidado. Ryke se preguntó qué tal se las estaría arreglando su familia.

La aldea era pequeña, tres calles que se cruzaban con otras cuatro. Un anciano con un sombrero de paja que le cubría el rostro dormía en la plaza del mercado, al lado del pozo. Las casas eran de madera, no de piedra. Habían cubierto sus paredes con una especie de pintura roja para evitar que la humedad pudriese la madera. Eran más pequeñas que las grandes casas del norte, y tenían aleros muy pronunciados.

Se detuvieron en una casa algo alejada de las otras. El aire estaba lleno de olor a tintes, y Ryke notó que el áspero aroma le irritaba la garganta. Tosió. La puerta de la casa se abrió y en el sendero apareció un niño. Era bastante guapo y tenía la tez clara, pero su pierna derecha estaba lisiada. Se apoyaba en un bastón. Tendió la mano hacia las riendas de los caballos. Ryke vaciló antes de confiarle su montura.

—Puedo llevarlo —dijo el muchacho.

Sin la menor muestra de mal genio, el garañón castaño le siguió. Ryke soltó sus riendas.

—Bienvenidos —dijo una voz femenina. Ryke se volvió a tiempo de verla aparecer por la esquina de la casa—. Os vi venir por la ladera. —Tenía la voz más bien ronca y hablaba de prisa—. ¡Hola, Sorren, Norres!

Extendió los brazos. Las tres mujeres se abrazaron entre sí, formando un círculo. La desconocida llevaba un sombrero de paja y tenía las ropas manchadas de muchos colores, rojo y azul, púrpura y azafrán. Era muy alta, casi tanto como Ryke.

—Ésta es Chayatha —dijo Norres—. Para sus amigos, Chaya.

Señaló a Errel y Ryke, pronunciando sus nombres. La mujer asintió, mirándoles. Era tan morena como Col Istor. Se quitó un instante el sombrero; llevaba el pelo trenzado y recogido en la coronilla.

—¿Qué os trae por este camino? —le dijo a Sorren. Sorren le sonrió.

—Vamos al valle.

—¿Sí? ¿Y qué hay de ellos?

Chayatha señaló con el mentón a los dos hombres.

—Vienen con nosotras —dijo Sorren—. Son exiliados. Van les acogerá.

Ryke se preguntó qué derecho tenía aquella mujer a saber quiénes eran o adonde iban.

—Quizá. Entrad en la casa. —Cogió a Sorren del brazo—. Emmlith os dará comida. Tengo ropa en las calderas y no puedo dejarla.

Desapareció nuevamente por la esquina de la casa. Ryke frunció el ceño. No le había parecido una bienvenida muy amistosa.

El techo de la casa era bajo, y la vivienda estaba llena de humo. Olía a piel de oveja, a lana y a tintes. Sus dimensiones eran engañosas; era mayor de lo que había parecido desde el exterior. Tenía una chimenea de ladrillo con una espetera. A través de una ventana con los postigos abiertos, Ryke pudo ver lo que había detrás de la casa. Distinguió el tejado en pendiente de un cobertizo para las gallinas, y una marmita del tamaño de una bañera sostenida con palos, con un fuego ardiendo bajo ella. Ryke pensó que sería de arcilla o de porcelana, alguna sustancia que no pudiese arder.

Emmlith les sirvió queso de cabra y cerveza. Se movía ágilmente por la habitación, usando su bastón como si fuese un miembro extra que reemplazaba al que tenía lisiado.

—¿Qué le ocurrió a tu pierna? —preguntó Errel.

—Nací así —repuso el chico, sin ninguna emoción en el tono—. ¿De dónde venís?

—Del norte —dijo Errel—, de las montañas. Chayatha entró en la habitación.

—Emmlith, ve a vigilar los fuegos.

El muchacho salió, cojeando. Chayatha se sirvió una jarra de cerveza. El recipiente tenía pintada la figura de una bailarina, en negro sobre rojo.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo—. Demasiado. Tres años. La última vez que hablamos os ibais al sur. Oí que os unisteis al clan verde.

Sorren acarició la hebra verde que llevaba en la pechera de su camisa.

—Era cierto, como ves. Hemos sido mensajeras durante dos años.

—¿Cómo conseguisteis que el clan verde os aceptase? Sorren sonrió.

—Creyeron que éramos ghyas. Fue idea de Van, y funcionó.

—¿Y ha sido tal como deseabais? —dijo la tintorera. Con los ojos brillantes, miró a Norres y luego a Sorren—. No, creo que no.

Ay, mis pobres amigas, cada una amando lo que la otra no desea. El sendero es una componenda agotadora. ¿Cómo andáis cabalgando desde el norte, en invierno, viajando con dos hombres del norte?

—Íbamos al sur. Pero el clan verde sigue a la guerra —dijo Norres—. Hay guerra en el norte. Chayatha torció el gesto.

—¿Y cuándo no hay guerra en el norte?

—Esta guerra la han hecho los del sur —intervino Ryke, sin poderse contener.

—Ryke —dijo Errel—, somos invitados. Pero la tintorera se rió.

—Así habla el exiliado, buscando alguien a quien culpar de su infortunio. Lo sé, también yo fui exiliada. Tomad un poco más de cerveza. —Volvió a llenar la jarra de Ryke—. Me habéis pillado en un momento de mucho trabajo. Esquilaron a las ovejas y la lana fue prensada y cardada hace diez días. Desde entonces no he parado de atender los fuegos.

Se estiró y lanzó un bostezo que acabó convirtiéndose en un sonoro suspiro.

—Entonces, no nos quedaremos mucho tiempo —dijo Sorren.

Ryke aprobó esas palabras. No le gustaba la casa. Chayatha era un enigma para él. Hablaba de prisa, demasiado de prisa para ser una campesina ignorante. Quizá fuese de Mahita, donde la habían encontrado Norres y Sorren. Pero si era de Mahita, ¿qué estaba haciendo allí? Se hallaba más lejos de su hogar que él del suyo.

—¿Qué noticias hay del sur? —dijo Norres.

—Nada —contestó Chayatha. Cogió el queso y se cortó una lonja, empujando el cuchillo con el pulgar como si fuese un hombre—. Es demasiado temprano para los mercaderes. Estarán aquí dentro de un mes o así. Cruzan el Galbareth con sus carros atiborrados de carga, aplastando el grano como si estuviesen en la mismísima Gran Ruta del Sur.

Dejó el cuchillo del queso sobre la mesa.

—Me asombra que el país se lo permita —comentó Norres—. A Galbareth no le gustan los extraños.

—¿Qué conseguís de ellos? —preguntó Errel.

—Sedas —respondió Chayatha—, especias, aceite, latón y cobre. —Tocó el mango de cobre del cuchillo—. Compran nuestra lana, nuestras telas e hilos. En estos momentos les gusta especialmente la tela azul.

Sorren lanzó una breve risita.

—Puedo decirte la razón de eso. Los mercaderes atan trozos de tela azul a sus carros y se hacen llamar el clan azul. ¡Es cierto! —añadió ante la mirada de incredulidad de Chayatha—. Se reúnen en Tezera, en un gran salón, diciendo que son un gremio y haciendo leyes para todos. Si uno rompe la ley, le multan. Llevan capas y capuchones azules.

—¡Vaya tontería! —exclamó la tintorera—. Conozco al clan verde y al clan negro, pero ¿qué clan es ése?

Frunció el ceño. Ryke se acordó de Jaret, que le había enseñado las runas y que a veces llevaba una capucha negra. Errel había dicho que Jaret era un erudito.

—Los tiempos cambian —dijo Errel.

—Y no siempre para mejorar —apostilló malhumorada la tintorera. Pero miró a Errel y luego a Ryke y el rostro se le aclaró—. Ah, un misterio. Dos viajeros de cabellera rubia, con ropas del norte, uno con un anillo de rubí en la mano, en compañía de unos mensajeros. ¿Quiénes sois, extranjeros?

Errel dejó caer la mano izquierda en el regazo.

—Me llamo Errel.

—Chaya... —empezó a decir Sorren.

—No, deja que me conteste. Tiene lengua. Errel. Ése es un buen nombre del norte. ¿Por qué tanta timidez? Sólo soy una mujer, y tú eres un soldado. ¿Temes que vaya a hacerte daño? Te cambiaré mi secreto por el tuyo. Vengo de Kendra-en-el-Delta. He vivido en Vam'ma; soy la hermana de Van. Ya está. Ahora, enséñame tu anillo.

—Príncipe... —empezó Ryke, y se detuvo, furioso y sintiendo vergüenza por haber delatado el rango de Errel.

Miró con desconfianza a Chayatha y luego, asombrado, vio como Errel le tendía a ésta la mano en que lucía el anillo. Chayatha tocó con un dedo el signo de Tornor. Tenía el dorso de las manos sucio y lleno de manchas de colores.

—Ah —dijo.

El sonido quedó cerniéndose en el aire. Sus oscuros y grandes ojos parecieron apagarse. A Ryke se le puso la carne de gallina. Los dedos de Norres se hundieron en su brazo. Cuando la miró, ella se llevó un dedo a los labios.

—Veo un lugar —dijo Chayatha, con voz átona—. Veo un castillo sobre una colina. — Su rostro se retorció por un instante—. Hay nieve en la tierra que rodea al castillo. Las murallas están construidas con piedra negra. Veo a un hombre en una torre.

Camina sin cesar, de un lado a otro, delante de una hoguera. No puedo ver su rostro. Veo a un hombre más joven montando guardia al pie de la escalera. Veo a una mujer vestida de rojo que se acerca al hombre que está de guardia. Tiene el pelo rubio, mientras que todos los demás que veo lo tienen oscuro. Veo... La torre se desvanece. La veo desde el umbral de una choza. Hay una anciana en el umbral, apoyada en el hombro de una muchacha. En la choza hay hierbas y especias, raíces y drogas, todo lo que necesita una curandera. La choza se desvanece. Veo un castillo; un anciano alto con cicatrices en el rostro hablando con un joven que se le parece. Eso..., eso es todo.

Y tragó lentamente una honda bocanada de aire.

—Sironen tiene cicatrices en el rostro —dijo Errel.

El hombre de la Atalaya es Col, pensó Ryke. La mujer vestida de rojo es Becke. Se la imaginó subiendo la escalera corriendo, dirigiéndose al lecho de Col Istor.

—La choza de la curandera —dijo Norres—. Hacía años que no pensaba en ella. Me pregunto si la vieja Otha sigue con vida. —Pasó el brazo sobre los hombros de la tintorera y le sirvió una jarra de cerveza—. Bebe.

Chaya buscó a tientas la jarra. Sus ojos tenían un aspecto extraño. Ryke se preguntó si sabía acaso qué estaba haciendo Col y cuáles eran sus planes. No entendía qué era lo que acababa de hacer.

—¿Qué significa tu visión? —preguntó. Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo veo. Tú lo sabes. Vi lo que querías que viese.

—¿Eso quiere decir que no es real? ¿Que es un sueño?

—Es lo bastante real. No me hagas preguntas, no conozco las respuestas.

Ryke habría querido cogerla por los hombros y sacudirla. Quizá Col había atacado a Sironen. ¿Por qué Chayatha no había visto la Fortaleza de las Nubes o a Berent? No se atrevía a preguntárselo. El olor de la casa hacía que le picase la nariz. Se levantó.

—Me voy afuera —dijo.

Un muro de montañas se alzaba en el horizonte occidental, pareciendo encerrar el paisaje. Aún tenía la sensación de estarse ahogando. Caminó por la estrecha calleja. Un caballo se quejó a lo lejos. Dio la vuelta a la casa y entró en el cobertizo de los caballos; pasó entre ellos, acariciándolos. Los recuerdos de Tornor se agitaban en su mente: el frío de Tornor en el invierno, su desnuda silueta recortándose contra un cielo tachonado de estrellas, la roca gris entre el verdor de la primavera, su firmeza ante el repentino e inconstante calor del verano, su solidez durante las lluvias torrenciales del otoño. La suave dulzura de aquella tierra sureña le inquietaba. Recordó cómo en una visita a los campos de trigo, hacía mucho tiempo, se había despertado oyendo el ruido que hacía el viento en el trigo, slush-slush. De noche era terrible, como cien muertos caminando, y se había arrastrado hasta su padre lanzándose en sus brazos dormidos. Apoyó la mejilla en el suave flanco del castrado, sintiendo desprecio hacia sí mismo y hacia la voz infantil que susurraba en su mente: Quiero irme a casa.

Salió del cobertizo. Errel estaba sentado con la espalda apoyada en la pared de la casa, debajo de los aleros. Ryke tomó asiento a su lado. El príncipe hacía girar una y otra vez el anillo que llevaba en el dedo medio.

—¿Qué fue lo que hizo esa mujer? —preguntó Ryke.

—Ella... vio Tornor. —Errel suspiró. Ryke pensó que parecían dos mendigos sentados en el polvo—. He oído hablar de gente así.

—¿Son como las Cartas?

—No. Las Cartas son sólo un instrumento, como las figuras que forman las estrellas, o las piedras y los palitos que otras gentes usan para hacer visibles las armonías y el equilibrio del mundo. La información está en ellos. La leemos ahí, al igual que sabemos interpretar el clima. Hasta un tonto conoce las señales que anuncian la lluvia o las heladas. Cualquiera puede usar las Cartas.

—Yo no —dijo Ryke.

—No lo haces, pero podrías aprender. Todo lo que hace falta es la voluntad de aprender, y saber cuál es la forma de la herramienta; no es distinto de aprender a manejar la espada. Pero la visión de Chaya es un don con el que se nace, igual que el tener buena vista, los brazos largos o una pierna lisiada.

—Algo del sur.

—Olvidas que en tiempos todos fuimos del sur —le dijo amablemente Errel.

Yo nunca fui del sur, pensó Ryke; soy del norte, y quiero volver allí.

—¿Por qué vio a Sironen?

—No lo sé —dijo Errel.

Un perro apareció trotando entre dos casas, olió a los dos extraños sentados y empezó a ladrar. Errel buscó una piedra con la mano izquierda. La arrojó; el perro lanzó un gemido cuando la piedra lo golpeó y volvió a meterse en el callejón. Sorren y Norres salieron de la casa. Sorren llevaba un fardo; Norres un odre de vino.

—Chaya está cansada después de su visión —dijo Sorren—. Nos pide que nos vayamos. Nos ha dado un poco de queso y de cerveza. El aprendiz ha ido a buscar nuestros caballos.

—Me temo que nuestra presencia la ha trastornado —comentó Errel.

—No fuisteis vosotros —dijo Norres—. Chaya ve aquello que la gente le trae, en sus cabezas y en sus corazones. —Miró directamente a Sorren—. Lo sepan o lo ignoren.

Sorren alzó levemente el mentón.

—Eso no es cierto —rechazó—. Sé lo que hay en mi corazón. Siempre lo he sabido.

Ryke miró a Errel, esperando que éste le aclarase lo que sucedía. Pero el príncipe se limitó a encogerse de hombros. Emmlith les trajo los caballos del cobertizo. El caballo castaño parecía contento, y su irritable temperamento más calmado. Emprendieron la marcha. Al salir de la aldea, Ryke miró hacia atrás.

En la colina la muchacha de las cabras les observaba en silencio.

## 8

La frialdad entre Norres y Sorren duró hasta el anochecer. Su distanciamiento incomodaba a Ryke. Pero, por la mañana, abrió los ojos y las vio durmiendo como lo hacían siempre, rodeándose con los brazos, envueltas en una sola capa. Le tocaba a él cuidar de los caballos. Tardó bastante en hacerlo, dejando al castaño de Errel en último lugar. El garañón se movía en círculos, sacudiendo la cabeza para librarse del bocado. Norres apareció para ayudarle.

—Cálmate —le dijo al caballo.

Como por arte de magia, el caballo se amansó entre sus manos, quedándose quieto, sin revolverse mientras Ryke lo ensillaba y le ponía las riendas. Ryke llevó los caballos al claro. Errel regresaba del arroyo con unos odres de agua a la espalda. Ryke se volvió para darle las gracias a Norres, pero ella le dio la espalda, atareada e inaccesible.

—Cuatro días más a caballo —dijo Errel.

—Ahora torceremos hacia el sur —informó Sorren.

Apagó las cenizas del fuego, pisoteándolas.

El terreno volvía a cambiar. La forma de las colinas iba endureciéndose. El verdor disminuía. Cabalgaron junto a estribaciones graníticas y hendiduras rocosas donde la piedra adquiría multitud de colores. Las montañas occidentales se alzaban a la derecha, sus picos coronados de nieve.

—En esos lugares altos la nieve nunca se derrite —dijo Sorren, acercando su yegua marrón al caballo de Ryke.

Llevaba una camisa con hilos de oro que daba más brillo al pálido color de su cabellera y armonizaba con el suave tono dorado de su piel. Le tendió el odre a Ryke. Él tomó un

sorbo de la cerveza agria. La atmósfera era diáfana, seca y cálida. Ryke deseó tener un mapa en la cabeza, igual que ella. Quería saber dónde se encontraban, dónde estaba Tornor, dónde estaba el valle. Le devolvió el odre.

—¿Qué te parece el viaje hasta ahora? —dijo Sorren. Ryke hizo un gesto de indiferencia.

—Habría preferido no tener que hacerlo. —Incluso a él le pareció una respuesta desabrida—. Pero no es malo.

—Aún recuerdo lo que supuso dejar Tornor —dijo Sorren con amabilidad.

—Pero tú querías irte.

—También quería quedarme. Lo odiaba y lo amaba. Y estaba asustada; tenía sólo quince años y nunca había ido más allá de la aldea.

Montaba en la yegua como si hubiese nacido encima de ella. Ryke se preguntó si le gustaría su existencia nómada, tan carente de hogar como cualquier mendigo callejero de una ciudad sureña, siempre siguiendo a la guerra. Para un hombre sería una vida solitaria; a Ryke le parecía que en una mujer era antinatural.

—¿Cuándo os fuisteis? —preguntó.

—Hace ocho años.

—¿Y cómo es que no te recuerdo?

—¿Por qué ibas a acordarte de una chica entre tantas? Yo sí te recuerdo. Estabas en el turno de Stane. Durante todo un verano montaste guardia de día fuera del establo. Norres y yo solíamos encontrarnos allí. Entonces tenías el pelo más claro.

Stane... Se acordaba de él; un hombretón con el pelo rubio y el rostro rojizo... Había estado cuatro años en el turno de Stane. En verano, un puesto en el establo era como montar guardia en un muladar.

—¿Por qué te fuiste?

—Tenía que hacerlo —dijo Sorren—. No había nadie en Tornor dispuesto a dejarme hacer lo que yo quería hacer. Querían que fuese una mujer de la Fortaleza al igual que lo había sido mi madre, y que tuviese hijos, y yo quería vivir con Norres, montar a caballo y combatir. Me habría quedado en Tornor si me hubiesen dejado hacer eso. Amo las montañas. No me gusta estar lejos de ellas.

Los dos miraron hacia el oeste y sus cumbres.

—Las mujeres no combaten.

—Eso es lo que me dijeron —contestó Sorren—. Así que me escapé. Me trajeron de vuelta y yo lloré, y mi madre me riñó y me gritó. Me dijo que era una tonta, que si hacía lo que me decían podría incluso llegar a conseguir una buena boda, porque mi padre era el señor de la Fortaleza.

—¿Eres la hija de Athor?

El castrado tropezó. Automáticamente, Ryke le hizo levantar la cabeza. Sorren asintió.

—¿Lo sabe Errel?

—Oh, sí. Lo sabía antes que yo misma. Fue el primero en decírmelo. Él y yo solíamos jugar juntos. Me enseñaba las cosas que aprendía en el patio. Se enfadaba mucho cada vez que yo conseguía hacer lo mismo que él. —Rió brevemente—. Pero entonces éramos mucho más jóvenes. Cuando me hice mujer él era la única persona de la Fortaleza con la que hablaba. Le hablé de Norres.

Ryke se mordió el labio, temeroso de hablar e interrumpir sus confidencias. De un arbusto les llegó la aguda llamada de un pájaro.

—Ella también nació en la Fortaleza. Pero era la hija de un soldado y la enviaron a la aldea, para que la adoptasen. La pusieron de aprendiz con la curandera. Ella odiaba curar: siempre dentro de la casa, cuidando de las marmitas. Se escapaba corriendo a la Fortaleza y se escondía en el establo. Le gustaba estar con los animales. Siempre la quise. Planeé modos de huir juntas y no ser descubiertas..., pero todos tenían defectos. —Suspiró—. Supongo que era porque yo no quería irme. Norres tenía tanta paciencia...

Nunca lloraba, ni siquiera cuando Otha le pegaba para obligarle a decir dónde había estado escondida. Podría haberse escapado, pero no quería hacerlo hasta que pudiésemos marcharnos juntas. Errel encontró un modo. —Se apartó el pelo de la cara—. Nos trajo ropas de muchacho y nos llevó a cazar con caballos del establo de Tornor, bajo las mismas narices de los centinelas.

Ella sonrió ante el recuerdo. La luz del este se reflejaba en su pómulo. Se preguntó quién le habría contado al joven príncipe que Athor tenía una hija y por qué él, Ryke, nunca lo había sabido. Las manos de Sorren guiaban con firmeza y seguridad las riendas de la yegua. Athor podría haberla casado con uno de los hijos de Berent.

—¿Tan malo habría sido casarse y tener hijos?

Una imagen acudió a su mente y al principio pensó que era la Dama de las Cartas, pero luego se convirtió en su hermana Becke, subiendo los escalones de la Atalaya con un vestido rojo.

Ella no le contestó de inmediato. Dejó caer las riendas, arqueando la espalda y apartándose el pelo de la cara con ambas manos. Cuando habló, su voz había perdido toda la animación.

—¿Vive tu madre?

—Sí —respondió él.

—La mía no. Tenía dieciséis años cuando me dio a luz. Murió de parto cuando yo tenía once años.

Incluso en el norte había tés hechos de hierbas que las mujeres tomaban para detener el crecimiento del niño en el útero. Supuso que habría sido demasiado tarde para algo así. Era un hombre; sabía poco de esas cosas.

—A todas las mujeres les ocurren cosas así.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —dijo Sorren con aspereza.

Espoleó con los talones a la yegua marrón y se alejó al galope, dejando a Ryke solo, molesto y sin tener la menor idea de por qué le había hablado de ese modo. El garañón volvió a tropezar. Ryke le hizo detenerse. Se le había metido una piedra en la herradura delantera izquierda. Sacó la piedra con el cuchillo. Cuando montó de nuevo, pudo ver a Norres y Sorren bastante adelantadas y a Errel detrás, esperándole. Espoleó a su montura hasta ponerla a medio galope. No había pretendido irritarla. Había dicho, meramente, lo que él creía que era la verdad.

Cuando volvieron a detenerse para descansar, le ofreció un poco de queso de su alforja.

—Gracias —dijo ella—. Toma un poco de cerveza.

Le alargó el odre. Él bebió y se lo pasó a Errel. Hacía mucho sol y la verde y correosa hierba de las colinas empezaba a teñirse levemente de marrón. Un halcón, al acecho, planeó sobre sus cabezas. Todo el paisaje parecía bascular hacia las montañas. Desde donde estaban sentados ahora los grandes picos parecían curvarse hacia adentro, en dirección al este, de tal modo que si continuaban cabalgando en dirección sur tendrían que detenerse al pie de las montañas. Si iban más hacia el sur acabarían en los arenales de Asech...

—Ryke.

—¿Eh?

Ryke se incorporó. No recordaba haberse acostado. Errel le sonrió. Sostenía las riendas del garañón.

—Venga. No querrás dormir aquí...

—No dormía.

—¿Qué estabas haciendo entonces?

—Soñaba —dijo Ryke.

Se frotó los ojos y cogió las riendas. Para él su respuesta era perfectamente lógica; le costó un poco entender la razón de que Errel se hubiese reído.

Al ocaso del octavo día llegaron a Vanima.

Torcieron por última vez hacia el oeste. Cabalgaron en línea recta hacia las montañas y las enormes losas marrones parecieron deslizarse a un lado, abriéndoles paso, como los rompecabezas de madera con los que Ryke recordaba haber jugado de niño... Hacías correr a un lado o a otro las piezas del rompecabezas, buscando el corazón del juguete, y cuando lo encontrabas siempre estaba vacío. El sol arrancaba destellos a la roca marrón. Él iba en último lugar, con Errel delante. Norres y Sorren habían desaparecido detrás de algún recodo o al bajar una pendiente. Errel se volvió, haciéndole una seña. Ryke entrecerró los ojos intentando ver mejor. El garañón bajó la cabeza; notó como se le tensaban los cuartos traseros. Ryke apretó los flancos del caballo con sus rodillas. Llegó al final del sendero y miró hacia abajo. El sendero se ensanchaba, y se encontró contemplando un valle angosto y lleno de verdor. Vio campos de un marrón oscuro y las esquinas cuadradas de las casas. Aflojó un poco las riendas y dejó que el caballo fuese escogiendo su propio camino por la cuesta.

Con los ojos deslumbrados por la calina veraniega, se dio cuenta de que las montañas coronadas de nieve no se habían movido. Vanima se encontraba en una profunda hendidura al pie de las colinas. Las cumbres más altas flotaban recortadas contra el cielo occidental, ni más lejos ni más cerca que antes.

Buscó centinelas y no vio ninguno. Pensó que las montañas vigilaban el lugar y luego que eso era una fantasía. Buscó hombres con armas y vio hombres con azadones. Nunca había vivido en un lugar carente de soldados.

Errel, Norres y Sorren se habían detenido a esperarle. Se apresuró a reunirse con ellos. Los hombres que trabajaban en los campos con las camisas quitadas les saludaron con la mano. Se dirigieron hacia los establos. Los caballos se empujaban entre ellos, impacientes por llegar al agua. Una muchacha apareció en la parte trasera del cobertizo y cogió las bridas, hablando a los sedientos animales con una voz llena de autoridad. Llevaba ropas de hombre, una camisa y pantalones de algodón.

—Podemos dejar los fardos aquí —dijo Sorren. Y dirigiéndose a la chica añadió—: ¿Dónde está Van? La chica hizo una seña con el pulgar.

—En el patio.

Salieron del establo. Errel tragó una honda bocanada de aire.

—Hasta los colores de las montañas son distintos —dijo.

—¿Aquí puede venir cualquiera? —preguntó Ryke.

—Has de saber dónde está para encontrarlo —dijo Norres.

Ryke contó una veintena de casas que se extendían a partir del centro de la aldea, el pozo. Estaban construidas con alguna madera rojiza. El patio era grande, demasiado grande para una aldea tan pequeña, y no había empalizada que lo rodease contando sólo con una pequeña valla de madera que hasta un niño habría podido saltar. El terreno era muy polvoriento. Incluso a aquella hora tan avanzada del día tenía un aspecto árido y calcinado, carente de toda sombra; hacía mucho calor. Había hombres y mujeres de pie formando un semicírculo, viendo cómo un hombre derribaba a otro arrojándole de cabeza al suelo. En el último segundo el hombre que caía contorsionó el cuerpo formando una rueda con él; rodó fácilmente y cayó de pie. Una mujer del semicírculo le tendió una mano para ayudarlo. El que le había derribado les dijo algo a los demás y luego se aproximó a los recién llegados.

—Bien —les dijo a Norres y Sorren—, habéis vuelto.

Era de la misma talla que Ryke, moreno como Col Istor, un auténtico sureño, y se movía como un gato, con los tendones y los músculos pareciendo ondular bajo su piel a cada paso. Tenía los ojos negros y muy separados. Como la chica del establo, vestía pantalones de algodón, pero su pecho moreno estaba desnudo. Una capa de polvo seco le cubría los brazos y los hombros. No tenía barba. En su cabello se combinaban tres

colores, el negro, el rojo y el rubio, y lo llevaba recogido con un pedazo de tela roja para que no le cayese sobre la frente. Contempló a Errel y Ryke con los brazos en jarras.

—¿Qué me habéis traído?

—Éste es Errel —dijo Sorren—. Éste es Ryke. Éste es Van.

—¿Qué sabéis hacer? —le dijo Van a Errel.

—Sé disparar el arco. Sé cantar. Sé hacer algunas piruetas. Sé leer las Cartas de la Fortuna. Sé trepar. Van asintió.

—¿Y tú? —le dijo a Ryke.

—Pierdo guerras —dijo éste—. Sé echar pulsos. Soy un buen mentiroso.

Vio que Norres fruncía el ceño y no le importó.

—Bienvenidos al valle —dijo Van—. ¿Sabéis trabajar la tierra?

—Podemos aprender —dijo Errel.

—Bien. Llevadles a Maranth —le dijo a Sorren—. Les encontrará sitio para que duerman y os buscará trabajo a todos. A juzgar por vuestro aspecto, aquí hace más calor que donde habéis estado antes. Nos encontramos en mitad de una ola de calor. Tendréis que encontrar ropa adecuada. Cuando estéis listos para pelear, venid al patio.

Regresó al semicírculo de figuras que le aguardaban.

—¿Sueles insultar a tu anfitrión? —le espetó Norres a Ryke.

Ryke se encogió de hombros. Esperó que Errel dijese algo. El príncipe ni siquiera le miraba; estaba mirando a Van. La expresión de su rostro le inquietó.

—No tengo que responder ante ti —repuso Ryke—. Lo que contesté es la verdad. Norres lanzó un bufido.

—Lo que haces recae también sobre nosotros —dijo.

Van derribó a otro hombre. También él retorció su cuerpo y aterrizó de pie. Ryke era incapaz de ver qué relación tenía todo aquello con el luchar. Le dio la espalda al espectáculo.

—Me recuerda a Col Istor —comentó.

Los campos se extendían en forma de abanico a partir de la aldea. Maniqués montados sobre palos agitaban brazos recubiertos de trapos, moviéndose bajo la brisa para alejar a las aves de los surcos. En el campo más cercano la tierra oscura, removida por el arado, estaba lista para la siembra. Los caballos pacían la hierba de los campos en barbecho. Había como mínimo una yegua, a punto de dar a luz.

—¿Qué es eso? —dijo el príncipe, señalando hacia un campo que no parecía haber sido limpiado.

Ryke se cubrió los ojos, haciéndose sombra. Los brotes no parecían hierbajos ni maleza. Estaban plantados en hileras regulares y llegaban a la altura del muslo.

—La siembra de invierno —respondió Sorren.

—Parece trigo —dijo Errel.

—Es trigo. Aquí la tierra no es tan dura, ni el clima tan severo. El trigo plantado en otoño se cosecha en verano. La avena se siembra en primavera y se cosecha antes de las lluvias de otoño, igual que en Tornor.

—Dos siembras, dos cosechas —musitó Errel.

—Así se hace la siembra en el Galbareth —asintió Norres.

Caminaron por una calle, la única de la aldea. En el centro se alzaba el pozo. La aldea parecía abandonada. No había niños merodeando alrededor de las casas. Tampoco había mujeres con sus ruecas sentadas al sol, intercambiando historias..., una imagen familiar en la aldea de Tornor. De un aprisco llegaba el cacareo de las gallinas. Ryke entrevio una empalizada y olió a cerdos. Un gato medio dormitaba sobre un tejado, lamiéndose una pata, deteniéndose de vez en cuando para clavar sus grandes ojos en la calle. Entraron en una casa. Había una mujer sentada ante la mesa. Detrás de ella se abría una ventana cuadrada. La habitación olía a polvo, a tinta y a fuego.

Sobre la mesa había tablillas de pizarra y rollos de pergamino. La mujer alzó la vista y se puso en pie de un salto. Llevaba una túnica azul y escarlata, ribeteada de oro, y tenía el cabello negro como el alquitrán, enmarcando su cabeza como un arbusto enmarañado. Rodeó con los brazos primero a Norres y luego a Sorren.

—¡Habéis vuelto! —exclamó.

Tenía la voz algo ronca y a Ryke le recordó la de Chayatha. En las muñecas llevaba brazaletes de plata con gemas azules incrustadas. Sorren rió.

—Naturalmente.

—¿Quiénes son vuestros amigos?

—Ryke y Errel. Ésta es Maranth.

La mujer les sonrió. Errel le devolvió la sonrisa; Ryke vio que se había quitado el anillo. Ryke intentó sonreír. De pronto, se sentía agotado. Quería algo de comida, una cama, silencio, no más extraños a los que conocer, la compañía de un solo rostro y ningún otro. El gato se lamía en la ventana, su negro pelaje brillante como el carbón. Maranth lo acarició y el gato se frotó contra su mano, con los ojos convertidos en ranuras por el placer.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó ella.

—En el sur. Y en el norte.

—Y en el este y el oeste, ya lo sé. ¿Quién gobierna la ciudad?

—La familia Med —dijo Norres.

Maranth se limitó a asentir, como si la pregunta y su respuesta careciesen de importancia. Pero luego permaneció un rato callada. Ryke se preguntó la razón de que en Vanima tuviese importancia quién gobernaba en Kendra-en-el-Delta.

—Esperad a ver a Amaranth; ha crecido. Ya es más alta que yo. Pienso que puede rivalizar con Chayatha.

Su voz era tan rápida como la lluvia sobre la tierra endurecida.

—¿Está bien? ¿Y tú? —se interesó Sorren.

—Todas estamos bien. Llegáis en buen momento. Llovió hace cuatro días y dentro de otros cuatro será luna llena. —Fue al otro lado de la mesa y cogió una tablilla. Ryke vio que lo que había tomado por una falda eran de hecho unos pantalones, holgados y con cortes laterales—. Dejad que os busque una casa vacía. La de los postigos azules no está ocupada. ¿La queréis?

—Claro —dijo Sorren.

Maranth escribió algo en su tablilla. Las letras se curvaban, retorciéndose; a Ryke le parecieron todas iguales.

—Hay mucho que hacer con la siembra tan cerca. A los campos antes les crecen rocas que cebada. ¿Os importa llevar rocas de un lado a otro? Necesito otra persona para que ayude a construir un dique.

Miró a Ryke. Él asintió, no muy seguro de si se lo preguntaban o se lo ordenaban.

—Puedes ponerme con las cabras —dijo Norres.

—Iba a hacerlo —convino Maranth—. Cuando descubran que estás en el valle no se encontrarán a gusto con nadie excepto contigo. Sorren, ¿quieres arar?

Sorren asintió. El gato cruzó por encima de la tablilla y olisqueó a Norres. Maranth agarró al animal por el vientre y, de un manotazo, lo hizo volar hasta el alféizar.

—¡Fuera, bestia! —dijo—. ¿Cómo te heriste la mano? —le preguntó a Errel.

—Echando un pulso —contestó con una sonrisa.

—Un hombre con una sola mano no puede cazar, cocinar o arar...

Se revolvió el pelo con los dedos. Parecía, como mínimo, de la edad de Ryke, pero se movía con la gracia líquida de una mujer la mitad de vieja. Los brazaletes tintinearón. Más allá de la mesa con las tablillas distinguió la forma de una cama con un edredón de plumas. Una túnica de hombre colgaba de un gancho en la pared. Se preguntó a quién pertenecería. Le enfurecía aceptar órdenes de una mujer.

A Errel no parecía molestarle.

—Puedo quitar las malas hierbas —sugirió. Maranth sonrió.

—Una buena idea. Siempre necesitamos gente que las arranque. Espero que sepas distinguirlas de los brotes de cebada. —El viento removió los pergaminos y la diminuta mujer los sostuvo con las dos manos—. Y la cuota, si la tenéis —dijo.

Sorren sacó una faltriquera de su bolsillo. Desató los cordones que la mantenían cerrada y contó unas monedas. Algunas de ellas llevaban el signo del pez de Tezera, otras el haz de cereal de Shanán y algunas estaban marcadas con símbolos que Ryke no había visto jamás. La mayoría eran de plata, algunas de cobre. Se las entregó a Maranth. Ésta las tomó y las puso en un cofre de madera con abrazaderas metálicas situado sobre un taburete, detrás de la mesa. Cogió un pergamino sin usar. Con gestos hábiles, vertió agua de un recipiente de latón sobre una barra de tinta que había en un plato. Frotó con ella un pincel hasta empapararlo de tinta y escribió con él en el pergamino. Sobre su cabeza, en la pared, había colgado un pergamino enmarcado en madera con algo escrito. Ryke se preguntó qué dirían aquellas líneas y si era ella quien las había trazado.

—Muy bien. Luego, en la cena, tenéis que contarme todos vuestros viajes.

—Y tú nos contarás todos los comadreos del valle —dijo Sorren.

—Yo nunca cuento comadreos —rechazó Maranth, con burlona dignidad—. Ale, iros. Dejadme trabajar.

Salieron a la calle. El cielo se había oscurecido; el sol casi se había puesto. La superficie de las montañas era de un marrón oscuro.

—La noche cae pronto en el valle —comentó Errel. Ryke oyó el gruñido de los cerdos en una pocilga detrás de la casa.

—Príncipe, ¿vamos a ser granjeros? —dijo.

—Mi nombre es Errel —le corrigió —, y sí, aquí seremos granjeros, y cuidaremos cabras y haremos lo que haga falta.

Ryke agachó la cabeza, aceptándolo. No le gustaba. Él era un soldado. En aquella aldea de extraños se encontraba como encerrado. El lugar entero parecía tener una cuarta parte del tamaño de su aldea natal, junto a Tornor.

—¿Quién es Maranth? —quiso saber Errel. Sorren cogió una brizna de paja del suelo. Mientras andaban, la fue retorciendo entre sus dedos.

—Es la mujer de Van. Pero si te oye llamarla así se pondrá a maldecirte. Ella dice: Me pertenezco a mí misma, a nadie más. Es la escriba y la administradora de Vanima. Lleva las cuentas y los registros. Cuando los mercaderes acuden al Bosquecillo de Gerde, es ella quien hace los tratos para conseguir las mercancías que necesitamos. Van la llama el Látigo. Jura que nos moriríamos de hambre sin ella.

—¿La cuota es para eso? —dijo Errel—. ¿Para pagar a los mercaderes? —Sorren asintió—. Pagaste por nosotros cuatro, ¿verdad? Cuando pueda te lo devolveré.

A su alrededor todo era rojo: las montañas eran rojas, el suelo era rojo, la madera de las casas era roja. Hasta el tejado de las casas era de pizarra rojiza. Encontraron la casa con los postigos azules. A Ryke le recordó la de su madre. En el piso de abajo había dos habitaciones separadas por un biombo de madera con goznes, y una escalera llevaba a un altillo. Sorren y Norres fueron arriba. Las paredes estaban desnudas. Las vetas de la madera formaban dibujos parecidos a la corriente de un río. La casa olía a cedro. El lecho del dormitorio era blando y estaba relleno de plumas cosquilleantes. Tras quitarse las botas, Errel se hundió en él con un suspiro de placer.

Ryke encontró velas de sebo sobre el hogar, un orinal junto a la cama y una vasija de agua tapada con un corcho. En la primera habitación había un cofre. Lo abrió: contenía mantas de lana, una pieza de tela, hilo, agujas, una caja de yesca vacía, un cinturón con una hebilla de hierro que tenía la forma de una mano y la empuñadura de un cuchillo sin hoja. Alguien llamó a la puerta y Ryke abrió. La chica del establo se hallaba en el umbral

con sus arreos. Los metió dentro. Sorren bajó corriendo la escalera. Se había cambiado de ropa. Llevaba una túnica azul claro y unos pantalones de algodón de color oscuro.

—Bien —dijo, al ver los arreos.

—¿Dónde podemos conseguir ropas como éstas? —preguntó Errel.

Ella señaló el cofre. Ryke volvió a hurgar en él. Encontró varios pares de pantalones y tres camisas plegadas dentro de las mantas. Se quitó sus vestimentas de cuero y lana y se puso las de algodón. El tejido parecía carecer de todo peso sobre su piel, como la caricia de una mujer.

Tuvo que dejar su cinturón. Los pantalones de algodón se ceñían simplemente con un cordoncillo. La camisa estaba bordada con la imagen de un sol. Resiguió los rayos con el dedo. Norres bajó la escalera. Ryke vio que ella y Sorren calzaban botas de piel blanda que les llegaban solamente hasta el tobillo. Examinó de nuevo el cofre y encontró tres pares de tales botas y una de cuero a la que le faltaba la pareja. Uno de los pares le iba bien, pero ninguno era lo bastante grande para Errel. El príncipe se calzó sus grandes botas de montar de cuero.

—Puedes hacer que te fabriquen unas —dijo Sorren.

En la primera habitación había una silla. Ryke tomó asiento en ella. Aquél era el final del viaje... Los músculos le temblaban a causa de la fatiga. Nunca había estado tan lejos de su tierra natal. Se sentía fuera de lugar allí.

Errel le puso una mano en el hombro.

—Ven.

Ryke se obligó a ponerse en pie.

—¿Adonde vamos?

—Al refectorio —dijo Sorren—. ¿No tienes hambre?

El estómago de Ryke se agitó al pensar en la comida. Salieron de la casa. Las botas, tan ligeras, le hacían sentir a cada paso que iba a despegarse del suelo.

Durante días sólo habían comido prácticamente queso y carne seca. El viento que soplaba en sus caras por la calle les traía los olores de la carne recién asada y el pan acabado de salir del horno. Pasaron junto al pozo. La luz se reflejaba en las ventanas de una casa; era una luz suave, no el duro brillo de las antorchas. Algo centelleó frente al rostro de Ryke. Él agitó la mano. El centelleo volvió a producirse.

—¿Qué demonios...? —dijo.

Forzó la vista, intentando penetrar la penumbra azulada. Seguía ante él, encendiéndose y apagándose; intentó cogerla con la mano. La luz adquirió un tono ceniciento y se alejó de él.

Sorren rió.

—Una luciérnaga —dijo.

—¿Qué es eso?

—Un animal volador que tiene fuego en la cola y lo lleva como si fuese una linterna.

—Más vale no intentar cogerlo —dijo Errel, divertido.

—Quiero verlo.

—Espera —dijo Norres.

Se detuvo y todos se quedaron inmóviles. La luciérnaga trazaba círculos alrededor de sus cabezas, encendiéndose y apagándose. Norres tendió la mano. Ryke contuvo el aliento mientras la luciérnaga vacilaba para aterrizar luego en los nudillos de la joven. Su luz se encendía y se apagaba, una y otra vez.

—El fuego es frío —dijo Norres.

Agitó los dedos. El insecto de fuego extendió las alas y echó a volar.

—Eres capaz de domesticar a cualquier criatura —dijo Sorren en voz baja.

El techo del refectorio formaba un ángulo muy agudo. En el interior, las sombras colgaban de las vigas como si fuesen telarañas. Eran de la misma madera roja que las casas. No había armas ni tapices colgando de los muros. Un fuego de turba ardía en una

chimenea de ladrillo. La luz, muy suave, procedía de platos con aceite colocados sobre las mesas. Las planchas del suelo estaban recubiertas de cañizo. Las mesas eran largas, con bancos desprovistos de respaldo, igual que en Tornor. En un extremo del edificio había un ventanuco que daba a la cocina. Todos iban vestidos de algodón y llevaban botas blandas. Algunos se cubrían los hombros con capas de lana.

—¿Dónde nos sentamos? —preguntó Errel.

—En cualquier sitio —dijo Sorren. Les indicó un banco—. Sentaos aquí. Hay sitio para cuatro. Norres y yo traeremos la comida.

Ryke buscó con la mirada la mesa principal. No parecía haber ninguna. La mesa que Sorren les había indicado estaba medio vacía. Se sentaron y un hombre que estaba cerca levantó la vista, sonriéndoles. Sorren y Norres volvieron a la mesa, cada una con una bandeja. Las bandejas contenían carne (cerdo y liebre), queso y un gran bol de sopa, del color del suero, conteniendo hierbas. Ryke bebió un poco de sopa. Era sorprendentemente sabrosa. En la mesa había jarras y recipientes llenos de vino. Llenó una jarra y se la bebió. No era vino, sino agua, pero se la bebió igualmente.

Errel le había preguntado algo a Sorren. Ésta le contestaba mientras él la escuchaba atentamente.

—Aquí comen todos. Todo lo que cultivamos nos lo comemos o se lo damos a los caballos, las gallinas y los cerdos. Y todo el mundo hace turnos en la cocina, haciendo algún tipo de trabajo, cocinando, limpiando, horneando o sacrificando a los animales. Cazamos y pescamos. En Vanima no hay criados. Todo el mundo trabaja y aprende del mismo modo.

—¿Qué aprendéis? —dijo Errel.

—A luchar —contestó Sorren.

Un poco más allá del hombre que les había sonreído Ryke vio a una mujer con un niño al que estaba dando el pecho. La mujer llevaba el pelo recogido en dos largas trenzas. Examinó el resto de la sala y vio a la muchacha del establo. Creyó ver a uno de los dos hombres del patio. El lugar le confundía. La gente comía o hablaba en voz baja. No parecía haber comandantes ni distinciones de rango. Uno de los que había estado sirviendo en el ventanuco se acercó a la mesa y tomó asiento, comiendo con los demás. Nadie llevaba armas. Todo estaba al revés, y sin embargo le parecía familiar, como un zapato nuevo que ha sido fabricado con la misma horma del viejo. Le recordaba a la Fortaleza.

Bebió más agua, deseando que fuese vino. Errel y Sorren seguían hablando. Un hombre y dos mujeres cruzaron el umbral. La más baja de las mujeres era Maranth; la reconoció por el cabello. Alguien le hizo una seña y ella fue en esa dirección. La otra mujer y el hombre se acercaron al ventanuco. Con sus bandejas, se dirigieron al banco medio vacío. El hombre era Van. Se sentó sin ceremonia alguna y la mujer se sentó a su lado. Ryke se dio cuenta de que era prácticamente una niña. Tenía una cabellera enmarañada, idéntica a la de Maranth, recogida en la nuca con un prendedor de cuero, y su rostro, delgado y lleno de pasión, parecía brillar a la luz del plato de aceite. Su cabello combinaba tres colores, como el de Van. Van les miró.

—Ryke —dijo Van, señalándole—. Errel. Mi hija Amaranth.

En la mesa había también pan. Van se cortó una rebanada. Mojó el pan en la salsa de la carne. Sus movimientos eran rápidos y precisos, sin ningún gesto superfluo.

—¿Dónde dormís? —dijo.

—En la casa de los postigos azules —contestó Sorren.

—Ah.

Bebió un trago. Los demás guardaban silencio, esperando a que se moviese o hablara. Su presencia parecía imponer el silencio. El príncipe estaba muy quieto, con la mano derecha apoyada sobre la izquierda, observándole. A Ryke se le estaban crispando los nervios.

Puso ruidosamente los codos sobre la mesa, rompiendo el silencio. Todos le miraron.

—¿Qué lugar es éste? —le dijo a Van.

Van dejó de mojar pan. Tenía los ojos de un brillante color negro, como el azabache o esa clase de mármol negro carente de vetas que a veces los canteros sacaban de las montañas, o como los abismos de noche que hay entre las estrellas... Ryke acabó apartando la vista. Sentía frío en la nuca.

—Vanima —dijo Van—. La tierra del verano.

—¿De dónde sois? —dijo la niña sentada frente a ellos.

También tenía los ojos negros, pero carecían del terrible poder que asomaba en los de Van. Ryke miró a Errel. El príncipe miró a la niña y le sonrió.

—Del norte —dijo.

—¿Qué ocurrió allí? —le preguntó la niña, con impaciencia.

—Hubo una guerra.

—¿La perdisteis? —Errel asintió—. ¿Quién la ganó?

—Un ladrón del sur —dijo Ryke.

No deseaba que el príncipe dijese nada más que eso. No quería que hablase de Col Istor.

—No todas las cosas que vienen del sur son malas —dijo Van. Se echó un poco hacia atrás, escondiendo el rostro entre las sombras. Era más fácil mirarle así—, ¿Conocéis una palabra del sur, chea?

—No —dijo Ryke.

—Yo sí —dijo Errel—. Significa... equilibrio.

—Equilibrio. Chea. Sí. De ella procede la palabra cheari. ¿Conocéis esa palabra? —Errel se sonrió—. Se ha corrompido. Ahora quiere decir bufón, titiritero. Hace tiempo significó algo mucho más poderoso.

—El danzarín —dijo Errel.

Las cejas de Van se alzaron levemente.

—Eres del norte —dijo—. ¿Cómo sabes eso?

—Por las Cartas de la Fortuna. La primera, que no tiene número, es el Danzarín. A veces se le llama el Bufón. Está inmóvil, en el centro de todas las cosas.

—Eso no lo sabía —dijo Van—. He oído hablar de las Cartas de la Fortuna, pero no las he visto nunca. Los eruditos del sur dicen que la danza es sagrada, pues el danzarín representa el chea, el equilibrio del mundo. —Juntó las puntas de los dedos formando un círculo—. El símbolo de ese equilibrio es la esfera, el todo. —Le hablaba directamente a Errel, inclinándose para estar más cerca del príncipe. A su lado la niña parecía aburrirse—. Todas las cosas se equilibran: la noche y el día, las estaciones, los dibujos de las estrellas; todas se mueven en sus círculos respectivos, al igual que lo hacemos nosotros, moviéndonos desde el nacimiento hasta la juventud y de la madurez a la muerte, tanto si lo deseamos como si no. Pero al igual que la palabra cheari se ha corrompido hasta significar meramente alguien que hace trucos de magia, también los seres humanos corrompen el chea, destruyendo el círculo y su equilibrio.

—¿Cómo? —quiso saber Errel.

—Matando. Haciendo la guerra. Antes has preguntado qué lugar era éste. Este lugar instauro el equilibrio. —Sonrió—. Al menos, ésa es mi esperanza. Enseño un modo de luchar que no rompe el equilibrio porque no mata.

Errel asentía como si sus palabras le pareciesen perfectamente lógicas.

—¿De qué sirve pelear si no puedes ganar? —intervino Ryke.

—¿Quién ha dicho que no puedes ganar? —contestó Van—. La habilidad radica en ganar sin matar. —Le brillaban los ojos—. En el matar no hay habilidad alguna.

La gran estancia llena de sombras había quedado en silencio. En las demás mesas, hombres y mujeres asentían con la cabeza. Ryke empezaba a enfadarse. No había modo alguno de hacer la guerra sin matar. Todo lo que Van decía sobre el equilibrio eran meras

palabras. Se imaginó ante Col Istor y diciéndole: ¡Vete a casa, has roto el cheaf! La expresión del rostro de Errel le inquietaba. Parecía como encantado, convencido totalmente por lo que estaba oyendo.

—Durante algún tiempo fui un cheari —dijo el príncipe en voz baja—. Me gustaría ver lo que hacen vuestros chearis. Van asintió.

—Te lo enseñaremos —dijo, y se puso en pie.

Fue hacia la puerta con la niña siguiéndole. Durante el trayecto se detuvo varias veces, inclinándose un momento para hablar con algunas personas. Ryke intentó reprimir el desagrado que sentía hacia aquel hombre. Sorren y Norres abandonaron la mesa para devolver las bandejas vacías a la cocina. Ryke se acercó un poco más a Errel.

—¿Estáis pensando realmente en quedaros aquí? —dijo.

—Un tiempo —repuso el príncipe—. Tú no quieres quedarte.

—Creo que soy demasiado viejo para aprender trucos nuevos. A mí me enseñaron: cuando peleas, mata.

—No quiero que vayas en contra de tus verdaderos deseos. Si no quieres quedarte, vete.

Su amable permiso era como una bofetada.

—Hice un juramento —dijo Ryke.

—Siento curiosidad —explicó Errel, apoyando el mentón en las manos, con el dedo vendado sobresaliendo entre los demás—. ¿Tú no?

Algo ardió en la periferia del campo visual de Ryke. No pudo decir si era una estrella fugaz o una luciérnaga en la ventana. Sus manos aferraron el borde de la mesa.

—No.

## 9

La cena había terminado. Norres y Sorren volvieron de la cocina. Errel se puso en pie. Atravesaron el umbral; un viento frío soplaba por el túnel que formaba la calle, penetrando el delgado algodón de las ropas de Ryke. Se frotó los brazos, deseando haber cogido una capa. Una figura delgada apareció ante ellos dando un salto: era la niña, Amaranth, con los ojos iluminados por la excitación y moviéndose con la agilidad de un potrillo. Se dirigieron hacia la casa de los postigos azules. Errel encendió las velas. Ryke encontró madera y encendió el fuego en la chimenea. La habitación se llenó con el aroma del pino. Las dos mujeres subieron por la escalera hasta el altillo. Antes de retirarse, Sorren les dio las buenas noches.

Ryke y Errel se fueron a la cama. Errel se durmió de inmediato, pero Ryke no logró conciliar el sueño. Sentía un hormigueo en los músculos. Las ramas que ardían en la rejilla del fuego parecían edificios, quizá una torre. Ryke se preguntó si acaso la figura era una profecía sobre Tornor. Medio hipnotizado por el calor y el ritmo regular de la respiración de Errel, vio como las ramas caían en el fuego.

Finalmente se durmió. Despertó una vez durante la noche; la habitación se había enfriado mucho y el fuego se había apagado. Volvió a dormirse y soñó. Estaba en una habitación. Como sucede a veces en los sueños, conocía la habitación, pero era incapaz de decir dónde se encontraba. Pensó que podía tratarse de una habitación de Tornor. Hacía calor. Fue hasta la ventana para abrir los postigos. Estaban atascados y tuvo que forcejear con el pestillo. Por último logró abrir uno de los postigos. En la ventana había una cabeza de lobo, con los ojos clavados en él, los dientes al descubierto y un destello en sus oscuras pupilas. El lobo empezó a entrar por la ventana. Él retrocedió; sus pies se movían con terrible lentitud, buscando un cuchillo, un hacha, su espada... No podía encontrarla. El lobo se hacía cada vez mayor. Gritó pidiendo auxilio en su sueño y se despertó jadeando. La manta le cubría el rostro. No era extraño que hubiese tenido una

pesadilla. Apartó el tejido de lana que le cubría la boca y la nariz. Ya era de mañana. La luz del sol dibujaba un enrejado sobre la roja madera de los muros. Permaneció tendido, inmóvil, mientras el sudor iba secándose sobre sus caderas y su pecho. Errel dormía a su lado. La cálida habitación roja era como el corazón del verano.

La casa crujía. Norres y Sorren estaban despiertas; las oyó caminar en el piso de arriba. Alguien bajó corriendo la escalera. Oyó abrirse una puerta. Luego, el ruido del agua. Tenía la boca seca. Salió con cuidado de la cama para no despertar al príncipe. Su camisa y los pantalones estaban tirados en el suelo. Se vistió. Había una vasija con agua y una jofaina en la mesita; echó agua en la jofaina y se lavó la cara. El dibujo que había en la piedra era el mismo que tenía bordado en su camisa: la imagen del sol y sus rayos. Se enjuagó la boca, escupiendo luego el agua. Errel se movió en el lecho.

—¿En?

—Buenos días —dijo Ryke.

Errel se incorporó. Tenía el cabello encrespado. Ryke llevó la jofaina llena de agua sucia hasta la puerta. Cuando la abrió, una suave brisa penetró en la habitación. Arrojó el agua a la calle. Las gotas brillaron en el aire como los ojos del lobo en su sueño. Ryke llevó nuevamente la jofaina hasta la mesa y volvió a llenarla con agua limpia. Se preguntó si el sueño tendría algún significado.

—Ryke, no es necesario que hagas las cosas por mí —dijo Errel—. Recuerda que aquí no soy un príncipe y, en todo caso, tú no eres mi criado.

—No me importa —repuso Ryke.

Si el sueño tenía algún significado, Errel debería conocerlo... Si la habitación era Tornor, entonces el lobo era Col Istor. Ryke decidió que no hacía falta molestar a Errel contándosele todo.

—¿Has dormido bien? —dijo Errel, y hundió el rostro en la jofaina.

—Sí —contestó Ryke.

Acordándose de que allí no había criados, sacudió las sábanas y las colgó ante las ventanas para que se aireasen. Sorren le hizo una seña desde detrás de un promontorio situado en la parte trasera de la casa. Estaba vaciando el orinal.

El cielo era como una gema: duro, claro y lleno de pureza. Errel se vistió. A la luz del día sus botas de montar parecían ridículas e inadecuadas. Norres bajó la escalera sonriendo. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado. El suave tejido se amoldaba a su cuerpo; parecía feliz, más joven y sin nada que la preocupase. Ryke sintió una punzada de envidia ante su alegría. Ella alzó una mano, saludándole, y salió al exterior.

—¿Estás listo? —dijo Errel—. Vamos fuera.

El rojo tejado de pizarra de las casas brillaba bajo la luz matinal. Ya había gente en los campos. Sobre una colina, entre grupos de pinos y cedros, Ryke distinguió las formas dispersas de las cabras ya esquiladas. Iban y venían entre los árboles, mordisqueando las ramas más bajas.

—Ahí es adonde voy yo —dijo Norres, siguiendo la dirección de su mirada. Besó levemente a Sorren en los labios—. Hasta luego, amor.

Sorren guió a los dos hombres hasta los campos. Una mujer estaba gritándole a un caballo. Los campos ya plantados se hallaban delineados con franjas de margaritas para mantener alejados a los insectos.

—¿Cuánto tiempo hace que existe esto? —preguntó Errel. Sorren frunció el ceño un instante.

—Diez años —dijo—. Recuerdo que Maranth decía que ella y Van llegaron al valle cuando Amaranth tenía cuatro años.

—La niña debió de sentirse muy sola aquí —dijo Errel.

—No más que en una Fortaleza —repuso Sorren—. Pero no estuvieron solos mucho tiempo, y ahora hay más niños.

A Ryke le hacía sentirse incómodo el que no hubiera centinelas apostados para vigilar los senderos que corrían paralelos a las montañas. Cualquiera podía llegar hasta el valle. Pero se acordó de lo que Norres había dicho: era preciso conocer el camino. En el horizonte, hacia el oeste, un águila cruzó un precipicio, planeando sobre una corriente de aire que descendía. Una vez más, Ryke tuvo la sensación de que las mismas montañas eran los centinelas del valle.

Un ruido interrumpió sus pensamientos. Whap. Whap. Miró a su alrededor buscando la fuente del mismo.

—¿Habéis oído...?

Se golpeó el muslo ahuecando la mano para imitar el sonido.

—Sí...

Errel miró a Sorren. Ella sonrió, señalando hacia una colina rojiza. Ryke entrecerró los ojos, intentando distinguir algo entre los rayos del sol. No lograba ver qué estaba señalando. Finalmente, pudo verlo: un edificio que parecía una torre con una rueda en el extremo. La rueda giraba y sus radios terminaban en paletas. Whap, iban diciendo a cada vuelta.

—Es un molino de viento —explicó Sorren—. En Vanima no hay muchos cursos de agua, así que el molino se mueve por el viento. Si vais a Galbareth podréis ver filas enteras en el horizonte, como gigantes haciéndose señas entre sí. Necesitamos el molino para triturar el grano.

—¿No se rompería si el viento fuese muy fuerte? —preguntó Errel.

—Sí. Yo no sé hacerlo, pero hay un modo de pararlo e impedir que gire.

—¿Se huela con las lluvias?

—No.

Errel observó las aspas que giraban, protegiéndose los ojos con una mano.

—Me gustaría verlo de cerca —dijo.

Entraron en el campo. De la tierra se desprendía un tenue vapor. Errel flexionó los dedos. Se había quitado el vendaje de la mano: el dedo roto había quedado torcido.

—A mí las malas hierbas —dijo animosamente, y entró en el trugal.

Los tallos de un color verde pálido acariciaban sus botas. Ryke pensó que tenía el aspecto de un bracero aldeano.

Sorren señaló hacia el extremo de la ladera.

—Ya veo a Simmela con su horca —dijo.

Ryke bizqueó, cegado por el sol. Vio a dos personas cavando la tierra. Unos cinco surcos detrás de ellos, un hombre guiaba dos caballos uncidos a una cuchilla montada sobre ruedas.

El hombre que iba detrás de los caballos se llamaba Dorian. Saludó a Sorren como si se conociesen desde hacía mucho tiempo. Ryke le acompañó hasta donde estaban los que cavaban la tierra. Simmela, la de la horca, era una mujer. El hombre, Lamath, sostenía un azadón terminado en punta.

Mientras el sol ascendía por el cielo ellos fueron moviéndose por delante del arado, retirando los guijarros y las rocas, amontonándolos a la izquierda, construyendo pulcros túmulos entre los surcos. Lamath les explicó que las piedras se dejaban en el campo para retener el agua cuando llovía. Los insectos se removían huidizos bajo sus pies. La luz del sol parecía casi líquida, hasta el punto de que Ryke tuvo la impresión de que se abrían paso, chapoteando, entre el calor y la humedad. Lamath y Simmela lanzaban las piedras como unos expertos. Dorian iba recogiendo y las dejaba listas para que Ryke las fuese apilando. Un poco más allá, Sorren le hablaba a los caballos. Cada vez que se agachaba, giraba y se levantaba, Ryke sentía como los músculos de la espalda le ardían. Las manos se le llenaron de ampollas. Empezó a quedarse rezagado, aunque se esforzaba por mantener el paso de los otros.

Finalmente Lamath les indicó que descansasen. Simmela volvió al arado, regresando luego con un odre lleno. Se lo ofreció a Ryke.

—Tienes cara de necesitarlo.

El agua sabía débilmente a cuero. Era maravillosa. Mientras se pasaban el odre, Ryke intentó encontrar el lugar por el que habían empezado. Le asombró ver lo lejos que habían llegado; casi habían hecho ya una cuarta parte del campo.

—Tienes la nariz roja —dijo Lamath. Ryke se frotó el rostro. Tenía la piel caliente, seca y algo tirante—. Ponte un poco de polvo —le aconsejó el sureño.

En el siguiente alto cada uno cogió una pajita para decidir quién tendría que ir al refectorio y traer la comida. Dorian perdió y emprendió la marcha hacia la aldea.

—Aunque, realmente, bien podría decirse que ha ganado —comentó Simmela—. Podrá lavarse la cara y beber todo lo que quiera.

Dorian regresó con una cesta. Fue sacando de ella un odre lleno de agua, pan del que goteaba miel, queso, carne, frutos secos y un saquito lleno de unos arándanos pequeños y duros, pero muy dulces. Se acomodaron formando un círculo sobre la tierra caliente con la cesta en el medio y comieron. Simmela se echó agua sobre la cabeza, dejándose el cabello pegado a la cara hasta parecer una nutria.

—Ahhh.

Alrededor de los ojos la piel se le llenó de pequeñas arrugas de placer. Tenía los ojos de un azul oscuro, como los arándanos.

Al mediodía, cuando el calor del sol llegaba casi a marear, todos dejaron de trabajar. Sorren desenganchó los arneses y llevó los caballos a la sombra. Sus flancos brillaban, cubiertos de sudor.

Lamath se echó el azadón al hombro y todos abandonaron los campos que habían estado arando. Los caballos pastaban en el barbecho, inmóviles como piedras, moviendo solamente las colas a un lado y a otro. Un halcón derivaba entre el calor del cielo. Las aspas del molino giraban con un ritmo perezoso. Whap. Whap. Ryke sentía la espalda como si fuese de madera. Le escocían las manos. Tenía el rostro y los brazos ardiendo, y la coronilla demasiado caliente como para tocarla.

Sorren se puso a su lado. Estaba tan enrojecida como él.

—Cabalgar no es un buen modo de prepararse para arar —dijo ceñuda—. No hay ni un solo músculo que se use en las dos cosas a la vez.

—¿Habrás más que hacer luego?

El intento de Ryke por ocultar la fatiga en su voz no tuvo gran éxito. Simmela le oyó.

—No —dijo, riendo amablemente—. Si trabajásemos más estaríamos demasiado cansados para el patio. Hoy hemos hecho mucho. Tres días más y el campo estará listo para la siembra, justo a tiempo.

—¿A tiempo de qué? Ella se volvió a mirarle.

—De la luna llena. —Hablaba sin dar gran importancia a lo que decía—. Sembramos el campo bajo su luz.

Ryke recordó historias que había oído sobre muertos que salían de la tierra y echaban a andar. Una vez oyó a Jaret hablar de ellas. Fábulas, había dicho el viejo administrador. Cuentos para asustara los niños. Quizá lo eran.

—La luz lunar fortalece la semilla y la hace crecer más de prisa —decía Simmela—. Ésa es la costumbre en todo el Galbareth. ¿No lo hacen así en el norte?

—No —dijo Ryke.

—Qué extraño —comentó ella.

—No conoces el norte —intervino Sorren—. No es una tierra hecha para ser cultivada.

Hicieron un alto en el pozo y bebieron, hundiendo los rostros en el cubo. La frialdad del líquido calmó un poco la piel de Ryke. Tragó agua hasta notar hinchado el vientre. Se preguntó si Errel seguiría en el tragal.

—En el Galbareth —dijo Dorian —, las mujeres tejen sombreros de paja para la gente que trabaja en los campos. El sol no es tan fuerte aquí, pero quizá haya una mujer cuyos dedos se acuerden de ese arte y que esté dispuesta a hacer uno o dos. A mí no me importa un día al sol —añadió extendiendo un brazo moreno y nervudo—, pero la piel clara se quema con más facilidad que la morena.

Miró primero a Sorren y luego a Ryke.

—Puedo arreglármelas —dijo éste.

—Es una buena idea —comentó con un suspiro Sorren—. Hace siete años llevé un sombrero de éstos para recoger mi primera cosecha en el Galbareth. —Se tocó suavemente la coronilla—. Para la cosecha de otoño, mi pobre cabello se habrá quemado tanto que parecerá blanco.

Ryke volvió a colgar en su sitio el cazo que habían usado para beber.

—¿En el valle sólo se puede beber agua? —preguntó. Lamath sonrió.

—Es difícil acostumbrarse, ¿verdad? Van dice que las bebidas fermentadas embotan los reflejos. Después de ocho años sin ellas, ya no las echo de menos.

—No me había dado cuenta de que llevas aquí ocho años —dijo Sorren. Miró a Ryke—. Hace también ocho años que Norres y yo nos fuimos del norte. Lamath asintió con orgullo.

—El decirlo en voz alta hace que parezca un largo tiempo —dijo—. No lo ha sido..., pero los primeros años hubo días en que me creí capaz de matar por un trago de vino.

Abandonaron el pozo y se dirigieron hacia la casa de los postigos azules. Lamath y Simmela andaban delante, con las cabezas juntas, cogidos del brazo. En el interior de la casa la atmósfera era opresiva, sin una sola corriente de aire. Errel estaba sentado. Había echado agua en la jofaina y metido los pies en ella. Tenía el rostro rojo, y en sus largos cabellos había enredadas briznas de paja. Vio cómo le miraba Ryke y rió levemente.

—El sol del sur no se parece mucho al que estábamos acostumbrados, ¿verdad? Sorren, creo que podrías habernos avisado.

—¿Avisaros? —dijo ella—. Hace tres años desde la última vez que trabajé en un campo. A decir verdad, se me había olvidado cómo era.

—En el Galbareth viven siempre bajo el sol —comentó Errel. Removió los pies en la jofaina y torció el gesto—. Y nosotros creemos que los granjeros son blandos...

Sorren se tendió en el suelo.

—Creo que me quedaré aquí hasta la hora de cenar —dijo—. En ese altillo el aire estará ardiendo.

Ryke cogió una almohada de la cama y se la dio.

—Gracias —dijo ella, poniéndosela debajo de la cabeza.

A esa distancia pudo distinguir la delicada y suave textura de su piel, intacta pese a la capa de rubor que ahora la teñía, y las minúsculas arrugas que tenía junto a los ojos, ahora recubiertas de polvo. Ella le sonrió y dijo:

—No es Tornor, pero no está tan mal, ¿verdad?

Él se encogió de hombros. El gesto hizo que le doliese la espalda.

Cuando llegó Norres, se detuvo en el umbral con los brazos en jarras. Ryke estaba tendido en la cama; Errel seguía sentado, y Sorren tendida en el suelo.

—¿Qué os pasa? —preguntó.

Llevaba un gran sombrero de fieltro negro.

Sorren levantó la cabeza.

—Apesta a cabra —dijo.

—Naturalmente. Esta habitación parece un campo de batalla. ¿Estáis todos enfermos?

—Sólo un poco apaleados —dijo Errel. Norres les miró, frunciendo los labios.

—Estáis muy rojos —afirmó—. Esperad. Y volvió a marcharse.

—No tengo intención alguna de moverme —comentó Sorren.

Norres volvió con un recipiente de arcilla. Se puso de rodillas junto a Sorren y, metiendo los dedos en el recipiente, empezó a extender un ungüento blanco sobre el rostro y las manos de Sorren.

—¿Qué es? —preguntó Sorren, incorporándose.

El ungüento daba a su cara el aspecto de una máscara.

—Té de hierbas y cera de abejas —respondió Norres.

Le entregó el recipiente a Ryke. Sus manos y su ropa estaban impregnadas con el olor de las cabras. Ryke tomó un poco con el dedo. El ungüento estaba frío y olía bien.

—Es bueno para las quemaduras y las ampollas —añadió. Errel se untó el rostro hasta dejárselo blanco.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Van tiene una alacena llena de cosas parecidas. Lo cogí de allí. —Frunció el ceño al ver los pies descalzos de Errel—. Mañana, antes de ir a los campos, ponte polvo de cicuta en las botas.

—Preferiría ir a los campos descalzo —dijo Errel.

—Hazlo entonces, y ponte un emplasto de cicuta esta noche en los pies. Van tiene. —Cogió nuevamente el recipiente—. Voy a bañarme —dijo, y se marchó.

El ungüento fue eliminando lentamente el ardor del rostro de Ryke. El sol iba descendiendo hacia las montañas, y las sombras en el interior de la habitación eran cada vez más largas.

—Así que Van sabe curar y también combatir —dijo Errel—. Conoce las antiguas lenguas, y su historia... ¿Cuál era su nombre antes de ser Van?

Sorren se miró las manos.

—No lo sé —dijo.

No es cierto, pensó Ryke. Lo sabe.

—¿Sale alguna vez del valle? —Sorren negó con la cabeza—. Chayatha dijo que ella era de Kendra-en-el-Delta, y es su hermana. Podría ser un erudito de esa ciudad.

—¿Acaso importa?

—No —contestó Errel—. Me lo preguntaba, simplemente. En la cena, Maranth hizo que Norres y Sorren tomaran asiento a su lado.

—Ahora me contaréis todos vuestros viajes —dijo.

Simmela y Lamath se detuvieron un momento para saludar a Ryke. Mientras la gente de la cocina iba despejando las mesas, Amaranth apareció delante de Errel. Llevaba una capa roja con hendiduras en vez de mangas.

—Ven al patio —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Ryke. Ella le miró con sus negros ojos.

—Mi padre quiere que veáis un chearis. Y se esfumó entre las sombras.

—¿Qué es un... lo que ha dicho?

—No estoy muy seguro —repuso Errel—. Excepto que tiene algo que ver con los chearis. Vamos.

Se puso en pie. Ryke cogió un último puñado de arándanos de la cesta que había sobre la mesa y le siguió hasta la calle. Al igual que la noche anterior, el viento era frío, y se alegró de haberse acordado de coger su capa de viaje. Una luna jibosa se hinchaba en el cielo, brillante como una bandeja de plata. Con las negras siluetas de las montañas como telón de fondo, la aldea parecía minúscula. Ryke se preguntó cuánta gente viviría en ella. Se lo preguntó a Errel, sin esperar realmente una respuesta.

—Un centenar, más o menos —dijo el príncipe—. Pero la gente viene y va.

Se lo habrá dicho Sorren, pensó Ryke. Entraron en el patio. Estaba iluminado por un anillo de antorchas atadas a largas estacas. El viento hacía oscilar las llamas, despidiendo bruscos estallidos de chispas. La gente, sentada en el polvo, formaba un semicírculo. La luz de las antorchas que iluminaba sus rostros hacía que todos pareciesen iguales. Una mujer vestida de seda roja les saludó con la mano. Era Maranth. Fueron

hacia ella. Cada vez que se movía, la seda crujía, recordándole a Ryke el ruido que hacía el viento en el trigo.

—Sentaos aquí —dijo, llevándoles a la parte delantera de la media luna.

Había cinco personas de pie en el círculo de luz de las antorchas. Una de ellas era Van. También él vestía de rojo. Ryke se preguntó qué espectáculo iban a presenciar. Se sentó en el suelo. Maranth se reunió con los que estaban de pie.

Van golpeó el suelo con el pie. Todos se callaron. Volvió a hacerlo, esta vez siguiendo un ritmo. Algunos de los espectadores empezaron a dar palmadas siguiendo el ritmo. Los seis formaron un círculo, con las manos juntas y los rostros mirando hacia el interior del círculo. Avanzaron hacia adelante, moviéndose todos a la vez, al mismo ritmo. Ryke distinguió fugazmente a Maranth sonriendo, a Van con expresión concentrada, dos hombres, dos mujeres. Giraron inclinándose hacia atrás, despacio, de prisa, aún más rápido, y de pronto separaron las manos. Se apartaron girando unos de otros. Formaron dos cadenas que se mezclaban incesantemente, rompiéndose y volviéndose a reunir. Luego, en parejas, fueron girando, golpeando con los pies al mismo ritmo. Siguieron girando, sin dejar de dar vueltas, sus cabelleras moviéndose a la luz de las antorchas. El sudor brillaba en sus frentes. Sus botas formaban intrincados dibujos y sus manos trazaban figuras en el aire, y al ritmo de las palmadas formaban círculos y volvían a deshacerlos, hasta que de sus manos parecieron volar chispas igual que de las llamas. Se cogieron de las manos y empezaron a girar, aprisa, aún más aprisa, y de pronto se detuvieron, dando patadas, ¡uno, dos! Ryke habría creído imposible detenerse de tal modo en mitad de un movimiento. Una de las mujeres agachó la cabeza. Le temblaban los brazos. Ryke se dio cuenta de que estaba sudando bajo sus pieles, sintiendo tanto calor como si se hubiese estado moviendo con los bailarines. El círculo se rompió. Todos los espectadores gritaron.

Van se acercó a ellos, dominándoles con su altura. Gotas de sudor caían de sus cabellos.

—Esto es sólo la mitad de lo que hacemos —dijo, y se alejó.

Maranth le cogió del brazo. Los demás danzarines habían sido rodeados por los espectadores, que reían, alabándoles y hablando de la danza.

Sorren y Norres aparecieron de pronto junto a Errel.

—¿Qué te ha parecido? —dijo Sorren. Se la veía excitada y feliz.

—Ha sido muy hermoso —dijo Errel.

Lo había sido, concedió Ryke a pesar suyo. Le dolían los ojos. Se pasó una mano por la cara, limpiándose el sudor. Se preguntaba qué tenía que ver todo aquello con el luchar. Era hermoso pero hueco, como las palabras que había pronunciado Van en la cena de la noche anterior. Sí, el equilibrio había sido roto en Tornor, el modo de restaurarlo era matar a Col Istor y convertir a Errel en señor de la Fortaleza.

—Ryke tiene un aspecto huraño —dijo Norres—. No le ha gustado.

—No se trata de eso —dijo Sorren, y rodeó con su brazo el de Norres—. Ryke no comprende su utilidad.

Figuras envueltas en sombras iban de un palo a otro apagando las antorchas. La gente, conversando entre sí, abandonaba el patio iluminado por las estrellas. Hablaban de la danza y del trabajo en los campos. Todos vestían igual. Ryke vio fugazmente a la niña, Amaranth, bajo su antorcha. Sorren tiene razón, pensó. No entendía aquel lugar.

El día siguiente fue igualmente cálido.

Norres desapareció antes de que fuesen a dormir y regresó con hojas de cicuta y un recipiente de metal para hervirlas. Las calentó hasta obtener un jugo espeso y luego empapó en él unas medias de lino. Las cortó a la altura de la pantorrilla y se las hizo poner a Errel; por la mañana éste sólo tenía algunas zonas un poco sensibles en la planta de los pies. Ceremoniosamente, Errel le dio las gracias. Abandonaron la casa ya en pleno

día. Al mediodía, igual que en la jornada anterior, dejaron de trabajar y fueron al pozo. Hasta Simmela se quejaba del calor. Hacia el norte flotaban algunas nubes. Simmela alzó el rostro, protegiéndose los ojos para observarlas.

—Bien —dijo.

—¿Qué significan? —preguntó Ryke.

—Que pronto dejará de hacer tanto calor. Demasiado sol y las semillas se cocerán en el suelo. Ahora debemos esperar que no haga el frío suficiente como para que llueva. Si llueve las semillas se pudrirán.

—Es una pena que en Vanima no haya nadie que arregle el tiempo —dijo él.

—Sí, es una pena —repuso ella.

No había esperado que se tomase su comentario en serio. En la aldea la gente solía decirse en broma: Ah, tú debes de ser de los que arreglan el tiempo, pero jamás había oído hablar de nadie que pudiese realmente hacer cambiar el tiempo a voluntad. El tiempo era inconstante y caprichoso. Le parecía que un talento así debía de ser por naturaleza un engaño.

Se encontraba mucho menos cansado que el día anterior. Se sirvió su tercer cazo de agua, bebió la mitad y el resto se lo echó por la cara.

Sorren le tiró del brazo.

—Vamos al patio.

A Ryke no se le ocurrió ninguna razón para negarse. Pasaron junto a tres personas, dos hombres y una mujer, subidos a un tejado comiendo arándanos, rodeados por montones de tejas de pizarra rojiza. Les saludaron con la mano y Sorren les devolvió el saludo.

—¿Hay muchas mujeres en el valle? —preguntó Ryke.

—¿Por qué? —dijo Sorren.

—Se me acaba de ocurrir.

El gato negro dormitaba en el umbral de Maranth. Pasaron junto a él y el gato les siguió con la mirada.

—No —dijo Sorren—, a menos que hayan cambiado las cosas, y por lo que puedo ver no han cambiado. Hay unas cuantas. Las mujeres no suelen enterarse de que el valle existe, y aunque se enteren para ellas el venir aquí es más difícil. La mayoría no quieren venir.

Ryke frunció los labios. Eso tenía sentido. No podía ver la razón de que una mujer deseara aprender a luchar cuando no necesitaba hacerlo. Pero no iba a decírselo a Sorren.

En el patio había unas treinta personas. Remolinos de polvo barrían la extensión de tierra desnuda y recalentada. Algunos sostenían espadas de madera. Nadie llevaba armadura. Iban en parejas, uno girando cautelosamente alrededor del otro; hacían fintas, atacaban, paraban golpes. Por lo que Ryke pudo ver eran rápidos y buenos. La mayor parte llevaban palos no muy largos, tallados y lastrados hasta parecer cuchillos. Ryke, sin darse cuenta de ello, metió el estómago. Odiaba las peleas a cuchillo, pese a que la longitud de sus brazos le hiciese prácticamente invulnerable en ellas. Van iba de una pareja a otra. En un rincón del patio, lejos de los demás, un grupo de seis, dos mujeres y cuatro hombres, estaban danzando. Los pasos no parecían tan misteriosos vistos a la luz del día, pero seguían pareciendo igual de agotadores. Los luchadores llevaban botas. Los danzarines iban descalzos. Sorren se removió, nerviosa.

—No puedo aguantarlo —dijo, y saltó a la valla.

Se abrió paso por entre los cuerpos en movimiento, dirigiéndose hacia Van. Él sonrió, asintiendo.

Ryke la observó mientras buscaba un cuchillo de madera y un trozo de tela con el que recogerse el cabello. Un miembro de una pareja accedió a tomarse un descanso. Sorren se movía como una serpiente, pisando con la ligereza de un insecto que anda sobre el

agua. Peleaba con un hombre que era más alto y corpulento que ella. Pero ella era más rápida. Cuando menos se lo esperaba, le alcanzaba. Cuando él atacaba, ella ya no estaba allí. Una o dos veces sus movimientos parecieron lentos e inseguros, pero eso se debía a que le faltaba práctica. Ryke sintió repentinamente una gran alegría por no haber querido nunca desafiar a los ghyas. Puede que hubiese vencido a una, pero si Norres luchaba con Sorren, le habrían matado. Sin cuchillos, por supuesto, habría sido muy distinto. Sin un arma que hiciese peligroso el cuerpo a cuerpo, quien fuese más grande y fuerte o estuviese más descansado vencería.

Como si hubiese oído lo que estaba pensando, Sorren le dijo algo a su compañero, dejándole solo un instante. Cuando volvió no llevaba el cuchillo de madera. Ryke alargó el cuello para ver mejor, pero había demasiada gente por en medio. Los dos combatientes empezaron a girar uno alrededor del otro. El hombre movía el cuchillo hacia delante una y otra vez, amagando el golpe. Sorren giraba siguiendo sus movimientos, ofreciéndole primero un costado y luego el otro, balanceando las caderas como si parodiase los movimientos de los danzarines, para ofrecerle un blanco menor. De pronto, él lanzó un golpe hacia su estómago. Y ella no estaba allí. Había dado la vuelta. Por un instante pareció como si estuviese de espaldas a él, indefensa. Ryke fue incapaz de seguir lo que ocurrió luego, pero de pronto era ella quien tenía el cuchillo y el hombre había caído de bruces en el polvo.

Riendo, ella le tocó suavemente con el pie. El hombre se incorporó, con el lado izquierdo de la cara lleno de polvo.

Ha sido un truco, pensó Ryke. Se frotó la nariz y se dio cuenta de que Errel estaba junto a él.

—¿Has visto eso? —dijo.

—¿A Sorren?

—Sí.

—¿Cómo lo hizo?

—No lo sé —dijo Errel.

—Fue un truco. En una pelea de verdad la habrían atravesado.

—No —dijo Van.

Como un gato, aquel hombre enorme se había materializado a la izquierda de Ryke. Llevaba el pecho descubierto; su vello era abundante y rojizo. Olía mal y sus pantalones estaban recubiertos por una costra de polvo y sudor.

—No fue ningún truco —repitió.

Su talla y su modo de hablar le seguían recordando a Ryke los de Col Istor. Pero su forma de ser..., había algo en él de Athor.

—No me lo creo —dijo Ryke.

—¿Quieres probar?

Van extendió uno de sus largos brazos hacia una pareja. Los dos se detuvieron de inmediato. Hizo que le entregasen un cuchillo y se lo alargó a Ryke por la empuñadura.

—Toma.

Ryke miró a Errel, pero el rostro del príncipe no le dijo nada. Pasó por encima de la valla. El corazón empezó a latirle con más fuerza. Tendría que hacerlo todo muy aprisa. Se encogió un poco. Los oscuros ojos de Van parecían relucir. Empezaron a girar uno alrededor del otro. Ryke lanzó un tajo hacia el pecho y el vientre de Van, haciendo girar al sureño para que el sol le diese en la cara. Yo también conozco algunos trucos, pensó. De pronto lanzó una risa despreocupada y en mitad de la carcajada atacó, haciendo que la punta del cuchillo de madera formase un ángulo ascendente.

Van no estaba allí. Unas manos aferraron sus hombros y se encontró lanzado al suelo. Aterrizó de espaldas con un golpe que le dejó aturdido. Le zumbaba la cabeza. El cuchillo se le escapó de los dedos y fue a parar entre los pies de los espectadores. Alguien lo recogió. Ryke se puso en pie, aturdido y furioso. Intentó coger a su adversario y Van se le

escurrió entre los brazos, abofeteándole levemente el rostro. El golpe le hizo enloquecer de rabia. Lanzó su puño y notó como el golpe se estrellaba en unos músculos duros como tablas. Van gruñó y le cogió del cuello con un solo brazo. Ryke volvió a caer de espaldas. Se puso en pie y fue nuevamente derribado. Se puso en pie. Fue derribado. Se apoyó con los codos en el suelo. Parecían estar pegados al polvo. No veía bien y casi no podía respirar. La gente formó un círculo a su alrededor, hablando en voz baja. Parecían muy altos y morenos, recortándose contra la luz solar.

Errel se inclinó sobre él.

—Vamos.

Cogió la mano de Ryke y tiró de él. Ryke, tambaleante, logró ponerse en pie, apoyándose en él. Sentía un agudo dolor en el tobillo izquierdo, pero no lo bastante como para habérselo roto. Notaba un zumbido en la cabeza. Dejó que Errel le sacase del patio.

Reconoció el olor y el color de la casa de los postigos azules. Se dejó caer en la silla. Unas manos frías le tocaron.

—Mueve el pie izquierdo —dijo la voz de Sorren. No la había visto. Movié el pie izquierdo. Ella le apretó las costillas.

—¿Te duele alguna?

—No.

—Bien, entonces no hay nada roto.

Sentía un gusto metálico en la boca. Ella le tocó la cabeza y él lanzó un silbido. Le ardía el cuello. Oyó que hablaban en voz baja.

—¿Quieres un poco de agua?

—Sí.

Errel le trajo agua. La bebió torpemente, no queriendo levantar la cabeza. Una puerta se abrió y volvió a cerrarse. Errel cogió la jarra y se la llevó. Ryke dio un respingo cuando unos dedos distintos le tocaron la cabeza, haciéndole daño.

—Maldita sea...

—Cállate —dijo una voz ronca. Los dedos tantearon el cuello—. Afloja la cabeza.

Ryke intentó aflojar los músculos del cuello. Con mucha suavidad las manos le hicieron girar la cabeza primero en un sentido y luego en otro. De pronto le torcieron la cabeza muy fuerte hacia la izquierda. Ryke lanzó un grito. El dolor hizo que se le llenasen los ojos de lágrimas. Oyó un chasquido. El dolor fue cediendo. Las manos le soltaron. Van apareció en su campo visual, mirándole.

—¿Te gustaría aprender a caer? —le preguntó.

—Que te jodan —masculló Ryke.

—Muy bien.

Y se alejó sin hacer el menor ruido.

Ryke tragó aire y le llamó.

—Espera.

Van volvió sobre sus pasos. Sus brazos estaban recubiertos de vello rojizo. Sus muñecas eran demasiado grandes para sus manos; los músculos, gruesos y abultados, parecían los postes de una empalizada.

—Me gustaría aprender a caer —admito Ryke. Van sonrió.

—Muy bien. No vayas al campo mañana. Puedes empezar a entrenarte en el patio. —Era igual que un comandante asignando el puesto de guardia—. Cuando te despiertes te parecerá que te ha coceado un caballo. Ve, de todos modos. Come antes, pero no mucho. Si no estás allí al mediodía, vendré a buscarte.

—Que te jodan —repitió Ryke.

—No vuelvas a decirme eso fuera de este cuarto —le advirtió Van, lleno de buen humor.

Se fue y Ryke cerró los ojos. Oyó el ruido del pedernal al ser golpeado y volvió a abrirlos. Sorren estaba de rodillas junto a la chimenea, con un montón de trapos al lado.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber.

—Voy a encender un fuego para calentar agua y ponerte unas compresas en el cuello —respondió ella sin volverse.

Ryke giró lentamente la cabeza. Le dolía, pero ya no como antes. Sorren se apartó del fuego. Las llamas eran casi invisibles, pero empezaban ya a tocar el recipiente. Sorren se quedó inmóvil, iluminada por el sol. Es culpa tuya, quería decirle él.

—En el lugar del que vengo, cuando caes estás muerto —dijo, enfadado.

Ella torció las comisuras de los labios.

—Vengo del mismo lugar que tú, ¿recuerdas?

—Los ejércitos no pelean así.

—¿De qué sirven los ejércitos? —preguntó ella. La pregunta carecía de sentido. El meneó la cabeza, pero el dolor le hizo lanzar un chillido.

—No lo entiendo —dijo, refiriéndose a ella y a Van.

Sorren se inclinó sobre la marmita. Algún tiempo después trajo una compresa y se la puso en la nuca. El agua le corrió por la espalda, mojándole la camisa. El calor era reconfortante.

—Gracias —le dijo.

Le dolía la espalda a causa de las caídas. Aún podía notar la presa de Van en su cuello. Se preguntó qué habría ocurrido de haber tenido una espada. Supuso que todo habría terminado igual. Sorren le quitó la compresa y la dejó junto al fuego. Ryke observaba sus movimientos. Parecía tan ligera como la niña, Amaranth.

—Soy demasiado viejo para aprender trucos nuevos —gruñó él.

A ella eso le pareció gracioso.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—Ya aprenderás —dijo ella secamente.

Metió la compresa en el agua caliente y volvió a sacarla.

—¿Por qué haces esto por mí?

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

Con delicadeza, le puso la compresa caliente en la nuca.

10

Por la mañana Ryke estaba tan dolorido como si le hubiesen coceado.

Las palomas zureaban en los aleros. Era muy agradable quedarse tendido en la cama. Errel yacía junto a él, aún dormido, vuelto de espaldas a Ryke. Por entre las cicatrices de su espalda la piel era pálida, y tan suave como la corteza de un haya plateada. El codo de Ryke rozó la espalda del príncipe; Errel gimió en sueños pero no se despertó.

En el piso de arriba se oían pisadas. Sorren y Norres bajaron la escalera. Errel se volvió, desmereándose. Se incorporó, apartándose el cabello del rostro.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Ryke.

—Estoy bien.

Errel se levantó a usar el orinal y Ryke apartó a un lado el cobertor. Le crujían los músculos y le dolía el tobillo izquierdo. Se obligó a levantarse. Sorren apareció al extremo del biombo de madera que tapaba la cama, le sonrió y desapareció nuevamente.

—Avísame cuando te hayas vestido —le dijo en voz alta.

Ryke tanteó en busca de sus ropas. La camisa y los pantalones que había llevado el día anterior estaban rígidos a causa del polvo que los cubría.

—Espera —dijo Errel.

Vestido sólo con los pantalones, desapareció detrás del biombo. Ryke le oyó descorrer el cerrojo y abrir el cofre. Sorren echó el biombo a un lado y él agarró el cobertor para taparse.

—¿Qué estás haciendo? —Ella alargó la mano hacia la camisa con el sol bordado en la espalda y cogió también sus pantalones sucios—. Son mis ropas.

Ella puso los brazos en jarras.

—Alguien tiene que lavarlas. Mientras estés en el patio, yo iré a los lavaderos.

Salió de la habitación. Errel le dejó unos pantalones limpios y una camisa encima de la cama.

Ryke la vio marchar con el ceño fruncido.

—¡Pareces una lavandera de la Fortaleza! —gritó.

Ya no podía verla, pero la oyó reírse. Apartó el cobertor. No necesitaba que le recordasen que debía ir al patio. Se vistió. Errel había tomado prestadas de algún sitio un par de botas de piel blanda. Se instaló en la silla y logró ponérselas. Ryke sacudió las sábanas para limpiarlas y las colgó delante de la ventana. El príncipe tenía ya el rostro y los brazos morenos. Ryke pensó que, excepto por el pelo, parecía un sureño.

Sorren apareció en el umbral, con los brazos llenos de ropa para lavar, despidiéndose de ellos por encima del hombro. Ryke contempló por la ventana el paisaje verde y marrón. El aire era seco, y los colores tan ricos y claros como si los hubiesen pintado sobre las colinas. No se parecía en nada al norte. Cerró los ojos. Deseó que las montañas se esfumasen. Pero, cuando volvió a abrirlos, seguían allí, bañadas por el sol. Anhelaba casi dolorosamente el delicado brillo de las hojas verdes sobre la piedra grisácea que indicaba la llegada de la primavera en Tornor.

Se apartó de la ventana, diciéndose que no debía actuar como un estúpido. Errel acabó de atarse los cordones de las botas. Dio un par de patadas, probándolas, y se puso de pie.

—Así está mejor.

Sacándose el pelo que se le había metido en el cuello de la camisa, alzó una mano despidiéndose de Ryke. Ryke le vio marchar, pensando en el lobo del sueño. Quizá debía contárselo, pensó. Barrió las dos habitaciones del piso de abajo con la escoba de paja que estaba junto a la chimenea. Acordándose de la orden de Van, comió muy poco. El sol formaba manchones rojizos sobre la rugosa superficie del suelo. Se dirigió al patio. Mientras buscaba a Van, Maranth se le acercó. Llevaba el pelo severamente recogido en una gruesa trenza, y se había quitado los brazaletes. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para hablarle.

—Voy a enseñarte cómo caer —dijo—. Mírame bien.

Se dejó caer hacia atrás, retorciendo el cuerpo para formar una rueda, y aterrizó de pie con un solo movimiento lleno de fluidez.

—¿Lo has visto? —preguntó.

—No.

Ella volvió a demostrárselo.

—Tienes que doblar una pierna y sentarte —le dijo. Él se sostuvo sobre una sola pierna—. Usa los brazos. Apóyate en ese hombro. —Él se sentó, y fue incapaz de pasarse las piernas por encima de la cabeza—. Impúlsate más fuerte con las piernas. —Lo hizo y, de pronto, se fue para atrás, aterrizando sobre el polvo con las piernas cruzadas—. Eso está mejor —dijo Maranth. Él volvió a probar—. No es más complicado que aprender a caminar, y cualquier niño puede aprender eso.

Volvió a intentarlo. Ella le enseñó a echar la cabeza a un lado para no golpeársela. Por último, logró hacerlo, con cierta torpeza pero sin equivocarse. Ella aplaudió.

—Muy bien. Esta vez lo has hecho muy bien.

Pacientemente, siguió enseñándole. Cuando pudo caer hacia atrás y levantarse estando arrodillado o incluso de pie, le enseñó cómo caer hacia delante y levantarse sin

hacerse daño. Tenía la barba llena de polvo. Le escocía el rostro; entendió la razón de que la mayoría de los hombres de Vanima se afeitasen.

—Otra vez —dijo ella.

Su mente retrocedió a los tiempos en que era un muchacho. Había aprendido a dar una estocada, recobrar el equilibrio, parar, y atacar de nuevo con una vieja espada de madera, exactamente del mismo modo, una y otra vez, hasta que le dolían los pulmones y le zumbaba la cabeza a causa de los golpes que recibía a cada error. Esto no era demasiado distinto.

Van se acercó para mirarle. Ryke apretó los dientes mientras rodaba por el polvo, esperando que él dijese algo. Una sola palabra de crítica, pensó, y juro que le sacaré los ojos a patadas. No sé cómo, pero lo haré.

—Mira —dijo Van. Había extendido el brazo, curvándolo como un arco, el codo vuelto hacia afuera, el pulgar apuntando al suelo—. Prueba a girar tu brazo así. Quizá descubras que te ayuda a tener más estabilidad.

No se quedó para ver si Ryke le obedecía, y se alejó hacia otro rincón del patio para observar a dos hombres que luchaban con cuchillos de madera. Ryke probó a curvar el brazo y descubrió que eso le ayudaba. Maranth apareció a su lado con un cuchillo de madera en la mano.

—Ahora, vamos a divertirnos un poco —le dijo.

Le entregó el cuchillo. La empuñadura estaba caliente y pulida por el uso y el sudor. Se puso de cara a él y le dijo que la atacase. Él obedeció, amagando un golpe muy flojo dirigido hacia sus senos.

—Así no —dijo ella, disgustada—. Un ataque de verdad.

Él se encogió de hombros, hizo algunas fintas y lanzó un golpe a fondo. La mano de ella se cerró sobre su muñeca, y Ryke sintió su pie enredándose entre sus piernas mientras ella tiraba de él hacia delante. Manoteó, perdió el equilibrio y cayó de bruces en el suelo. Desalentado, se puso en pie con lentitud. Al menos, había logrado no perder el cuchillo.

—¿Por qué no rodaste hacia delante al caer? —quiso saber ella—. Vuelve a hacerlo.

Él la atacó de nuevo, preparado para caer, y ella alzó la mano, dándole en la cara. Ryke lanzó un chillido de sorpresa, cayó de espaldas y logró aterrizar, sin mucha gracia pero correctamente, sobre sus pies. Le dolía la cabeza y le escocía la nariz.

—Eso ha estado mejor —dijo ella gravemente. Su forma de ser le recordaba a Ryke la de Jaret—. Vuelve a hacerlo.

Atacó. Ella le hizo caer al suelo. Le obligó a entrenarse hasta que se tambaleó de fatiga. Se olvidó de que era una mujer, más débil y pequeña que él; era sólo una voz, un puño que le golpeaba escondido entre la luz del sol. Cuando el sol estuvo bien alto en el cielo y ya no había casi sombras en el patio, ella le dijo que podía irse. En el otro extremo del patio seis danzarines giraban entretejiendo un complicado círculo. En la casa de los postigos azules se quitó las ropas y se derrumbó sobre la cama. Despertó una vez, y notó sobre su espalda desnuda el calor de la lana. Alguien le había tapado con una manta.

Despertó por segunda vez para encontrar que Errel le estaba sacudiendo con suavidad.

—¿Eh?

El príncipe tenía el pelo mojado; se había dado un baño. La luz del crepúsculo coloreaba el suelo con sus delgados rayos rojizos.

—¿No quieres cenar?

Ryke se puso en pie con esfuerzo. Tenía los músculos rígidos. Al pie de la cama estaban las ropas con el emblema del sol, limpias y oliendo a jabón hecho con cenizas. Se vistió con ellas.

En el refectorio pasó al lado de la mujer de las trenzas. Llevaba a su hijo a la espalda en un arnés de tela. El niño estaba gordo como un capón; movía levemente los brazos y las piernas.

—Hola —le dijo ella.

Ryke cogió una bandeja de comida en el ventanuco. Él y Errel casi habían acabado cuando Van dejó la mesa a la que había estado sentado, junto a Maranth, y se reunió con ellos. Iba vestido de escarlata y negro, y llevaba el pelo recogido en la nuca con un ceñidor de plata que tenía la forma de un caballo al galope.

A Ryke se le pusieron en tensión los hombros. El sureño puso una mano sobre la mesa.

—¿Dolorido? —dijo.

La luz procedente de la lamparilla de aceite convertía su rostro en una máscara dorada. Miró a Ryke, sonriéndole.

—Un poco.

—¿Vendrás al patio mañana?

Ryke miró a Errel. Pero el príncipe no hacía sino escucharles, con las manos cruzadas sobre la mesa. El dedo medio de la mano derecha sobresalía, rígido, entre los otros dedos.

—¿Por qué razón iba a hacerlo? —repuso Ryke.

—Maranth te ha enseñado a caer —dijo Van—. Yo puedo enseñarte a luchar.

Había un desafío en sus palabras. Ryke torció el gesto. Miró fijamente a Van. Era difícil no apartar la mirada ante el resplandor de aquellos ojos potentes y llenos de luz.

—Iré.

—Bien. —Miró a Errel—. Querías ver lo que hacen los chearis —dijo.

—Sí —contestó Errel.

—Y ahora ya lo has visto.

—Sí —repitió Errel —, ya lo he visto. —Si para él mirar a Van representaba una lucha, no lo dejaba traslucir—. Mi curiosidad está satisfecha.

—Acude a mí cuando quieras aprender más —dijo Van.

Levantó una mano y regresó a su asiento, moviéndose con su paso felino y lleno de gracia.

Ryke se preguntó qué habría esperado Van que Errel deseara aprender.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Se refiere a que Van tiene la esperanza de que yo haré como la mayoría de la gente que acude a este valle..., que abandonaré mi vieja vida y aprenderé a ser un cheari.

—¿Piensa acaso que yo haré eso? —inquirió Ryke.

Errel rió.

—Lo dudo —dijo, divertido—. No está ciego.

Ryke asintió. Puede ver en mi interior la sangre del norte, pensó. Debe de saber que los del norte no renuncian a las cosas en las que han puesto su confianza. Se preguntó cuántas cosas sabría Van de él y del príncipe. Sorren o Norres podían haberle contado quiénes eran, y que habían sido exiliados.

Al otro lado de la sala alguien empezó a cantar con voz límpida. Pues soy un extraño en una tierra lejana, son un exiliado allí donde vaya. Las colinas y las estrellas son mis compañeras, y todo lo que hago lo hago solo. La música llenó la sombría estancia. Las palabras parecían desgarrar el corazón de Ryke. Se volvió hacia Errel.

—Príncipe...

Se detuvo, vacilante. Errel no le miraba. Estaba sentado en el banco, la cabeza repentinamente abatida, como si se hubiese convertido en piedra.

Los que cantaban terminaron la canción y empezaron otra.

—Vayámonos, príncipe —dijo Ryke.

Volvieron a la casa. La luna estaba ya encima de las montañas; apenas si le faltaba el grosor de un cabello para ser luna llena. Errel se quitó la ropa. Tenía el rostro tenso y ausente, la expresión pensativa; Ryke se preguntó si estaría acordándose de Tornor.

—Ryke —dijo—, ¿le has dicho a alguien de aquí quiénes somos y de dónde venimos? ¿Has dicho mi nombre, o mi rango?

—No —contestó Ryke.

Nadie se lo había preguntado excepto la niña, Amaranth, la primera noche, en la mesa.

—Está bien —dijo Errel.

Se pasó las manos por el pelo. El viento hizo sonar un postigo.

Ryke fue a la ventana para asegurar el pestillo.

—Cualquiera puede ver que somos del norte —dijo.

—Eso sí. —Errel se metió en la cama—. Eso aquí no es importante, ¿te has dado cuenta? La gente que vive aquí parece haber abandonado ese nombre. —La vela que había junto a la cabecera del lecho se agitaba frenéticamente, y él la protegió con la mano. Sus dedos parecían resplandecer—. Al igual que deben de haber abandonado a su familia, sus amigos y su hogar por una visión, un sueño que no es creación suya... —Se detuvo—. ¿Vas a quedarte toda la noche junto a la ventana?

Ryke tuvo un sueño intranquilo. Deseó que Errel no hubiese hablado de sueños; tenía miedo de volver a soñar con el lobo.

Dormitó a ratos, y despertó de golpe al ver que la luz de la luna avanzaba sobre el suelo como si fuese una lengua que le buscase. Por último logró quedarse dormido, reconfortado por el calor de Errel a su lado.

Despertó bañado por la luz del sol y se encontró solo. Errel se había levantado ya, vistiéndose y abandonando la casa, moviéndose de un modo tan silencioso por el cuarto rojo que Ryke ni tan siquiera le había oído salir.

Se sentía perezoso, sin ganas de hacer nada, llevó el cántaro al pozo y volvió con él hasta la casa, preguntándose si el príncipe regresaría. Fue al refectorio y, naturalmente, Errel no estaba allí. Probablemente estaría en el trigal. Amaranth se balanceaba colgada de un palo. Pensó en preguntarle si había visto al príncipe (correteaba por los campos y las colinas como el viento, observando a todo el mundo, y sospechaba que sabiendo dónde estaba todo el mundo), pero ella se deslizó silenciosamente por la puerta. La oyó gritar fuera: «¡Diktaaa!». Se dirigió al patio. Maranth no estaba en la gran extensión de terreno polvoriento. Ryke se buscó un rincón para él solo. Practicó las caídas que le había enseñado, observando a los demás con el rabllo del ojo para estar seguro de que colocaba el brazo en la posición adecuada. Empezó a encontrarse menos torpe. Cerca de él dos muchachos muy jóvenes, callados y serios como cachorros, rodaban por el polvo imitando a los adultos. Ryke rodó hacia delante y hacia atrás hasta que la cabeza le dio vueltas. Cuando se incorporaba, después de una caída hacia delante, se encontró a Van delante de él. El hombretón sostenía un cuchillo de madera.

Lo lanzó al aire, cogiéndolo al vuelo y con la punta hacia Ryke.

—¡Yai!

El sonido fue como un golpe. Desarmado, Ryke se agazapó, moviéndose en círculos, intentando convertirse en un blanco pequeño y difícil. Sabía que se hallaba en inferioridad de condiciones. De pronto volvió a tener quince años y estar en el patio de Tornor, oyendo en su cabeza cómo hablaban los adultos. Puedes saber dónde irán las manos fijándote en los pies, puedes saber lo que piensa la mente fijándote en los ojos. Intentó acordarse de cómo había actuado Van cuando era él quien tenía el cuchillo. No tenía ni idea de qué había hecho. Van le atacó con un golpe muy lento y él se echó a un lado y lo paró con el antebrazo, apartándolo. Van apareció a su espalda, rápido como el rayo. Él se volvió; el cuchillo cambió de mano y saltó buscando su cuello; retrocedió de un salto, alzando las manos, cruzándolas para coger el cuchillo. Era una finta; vio como bajaba la mano,

demasiado tarde. Como si fuese un diente, la punta del cuchillo le arañó el costado. Estaba muerto. Si el cuchillo hubiera sido de acero, estaría muerto.

—Hadril, ven aquí —dijo Van. El hombre así llamado acababa de cruzar la valla, entrando en el patio. Acudió inmediatamente y Van le entregó el cuchillo—. Atácame —le dijo.

El muchacho (no parecía tener más de diecisiete años) le obedeció, moviéndose con el paso ligero de un danzarín. Amagó un golpe y luego atacó de verdad. Van giró hacia el brazo con que sostenía el cuchillo, agarró con la diestra su muñeca y con la izquierda el cuello de Hadril y, echándose hacia atrás mientras volvía a girar, hizo caer al otro. Hadril rodó sobre sí mismo y se incorporó sobre sus pies, sosteniendo aún el cuchillo.

—¿Has visto?

—No del todo —repuso Ryke.

—Más despacio —dijo Van.

Hadril repitió lentamente el golpe, moviéndose como si fuese un sonámbulo. Van fue contando mientras se movía para enseñarle a Ryke los distintos pasos. Luego le indicó a Hadril que atacase a Ryke. Hadril sonrió. Cuando hubo dado el golpe Van le hizo detenerse, como si se hubiese vuelto de piedra, y le dijo a Ryke que empezase a moverse, contando. Uno-, apartarse hacia un lado; dos: echar el cuchillo hacia abajo, barriéndolo con la mano; tres: cogerle por el cuello o por la cabellera; cuatro: juntar las dos manos y girar. Cuando Ryke pudo ejecutar todos los pasos de memoria, Van le dijo a Hadril que le atacase con lentitud. Ryke se movió. Hadril cayó y el cuchillo se le escapó de la mano. Se puso en pie, frotándose el cuello. Uno de los chicos que había estado jugando fue corriendo a buscar el cuchillo.

—No tan fuerte —le reprendió Van—. Si no hubiese sabido cómo caer, podrías haberle partido el cuello.

—Lo siento —se excusó Ryke.

—Hazlo hasta que no necesites pensarlo —le instruyó Van.

Hadril, sonriendo, cogió el cuchillo que le alargaba el chico. Van fue a otro lugar del patio.

Repitieron los pasos una y otra vez hasta que el sol dio de lleno sobre ellos, obligándoles a detenerse. Cuando Ryke se olvidaba de los pasos Hadril los iba contando, su voz haciéndose más grave en una inconsciente imitación de Van. Van se les acercó de nuevo. Le cogió el cuchillo a Hadril y atacó a Ryke, lentamente, y dejó que éste le derribase.

—Bien —dijo, y le devolvió el cuchillo a Hadril—. Id a descansar.

Ryke fue al pozo para lavarse. Sorren estaba allí. Ella le sonrió.

—Te has estado entrenando.

Llevaba un saco marrón a la espalda. Olía a semillas de cebada.

—¿Has terminado la colada? Ella le golpeó levemente el brazo.

—Sí. ¿Crees que soy tan perezosa como para que me lleve dos días enteros? Me voy a buscar setas. —Agitó el saco vacío—. Por los riscos. ¿Quieres venir?

Ryke vaciló. Quería encontrar a Errel, pero eso era estúpido, carecía de sentido. Si el príncipe le necesitaba ya se lo dirían. No iba a correr detrás de Errel como un niño que necesita ser tranquilizado.

—Muy bien.

—Cojamos otro saco.

Fueron al almacén. Las grandes habitaciones blancas estaban abarrotadas de provisiones: madera, pieles, tela, cueros. En una habitación se hallaban los restos de las provisiones del invierno: harina, judías rancias, patatas secas como palos. Ryke se preguntó cómo sería el invierno en el valle. Destapó un recipiente metálico. Estaba vacío y apestaba a pescado en salazón. Se lo preguntó a Sorren.

—Es más llevadero que en Tornor —le dijo ella—. No nieva tanto. En los bosques siempre hay mucha caza.

Fueron trepando por las laderas del valle, pasando junto a los campos, hasta llegar al bosque. Los árboles eran casi todos de hoja perenne, con algunos alisos y abedules plateados. Crecían en hileras, igual que si hubiesen sido campos de trigo, y estaban cubiertos de pinas verdes que parecían diminutas manzanas amargas. El suelo era mullido a causa de las abundantes capas de agujas caídas. Sorren señaló un montón de setas con sus caperuzas rosadas y blancas, pegadas al oscuro tronco de un árbol.

—Ésas son buenas —dijo—. No cojas ninguna que sea verde o totalmente blanca. Son venenosas.

Ryke arrancó los blandos tallos de la corteza, con algo de nerviosismo. Los árboles crecían tan rectos como espadas. Toda una guarnición de ardillas le observaba desde un abeto, con las colas erizadas. Sorren se dirigió hacia otro grupo de setas. Sus dedos bailaban sobre el tronco del árbol. Era mucho más rápida que él.

Se encontró observándola a hurtadillas. El sol iluminaba su mejilla, en un ángulo tal que sus dorados cabellos parecían relucir bajo el polvillo de los pinos. La cicatriz que tenía bajo el ojo izquierdo era más pálida que la piel morena que la rodeaba. Se parecía a Errel. Jamás se había dado cuenta de ello, pero ahora lo veía. Ella volvió la cabeza en su dirección y él se apresuró a buscar una seta. Una ardilla invisible parloteaba en la copa del árbol.

Era como si dentro de ella hubiese un hombre. Quizá lo había; ésa podía ser la causa de que no se pareciese a ninguna de las mujeres que conocía. Se preguntó si habría un hombre escondido dentro de cada mujer. Pensó en Norres, en Maranth y en Becke. Pensó en su madre. Si había un hombre dentro de las mujeres, ¿había acaso también una mujer dentro de cada hombre?

—¡Ryke! —Se volvió. Sorren le sonreía. Levantó su saco; una cuarta parte ya estaba llena—. ¡Perezoso!

La ardilla reanudó su cháchara. La sonrisa de Sorren era ligera y tan impersonal como una corriente de agua. Ryke alargó la mano hacia otra seta.

Durante la cena Errel estuvo preocupado y con mala cara. Ryke trató de observarle disimuladamente. Pero de vez en cuando alzaba la cabeza para encontrar los ojos del príncipe clavados en él: una mirada extrañamente despojada de ira o de calor, como si Ryke fuese una mesa o un árbol. Le ponía la piel de gallina aún más que la luz lunar. Cerró los párpados, ocultando sus fríos ojos. Un instante después volvió a abrirlos, esta vez mirando a Sorren.

—Príncipe, ¿algo anda mal? —preguntó Ryke.

—No —dijo Errel—. Estoy pensando.

Volvieron a la casa. El valle dormitaba bajo la penumbra azulada del ocaso, sus casas de rojo tejado y sus hileras de campos tan ordenadas y rígidas como las figuras de un tapiz. Una vez dentro de la casa, Errel cerró los postigos. Ryke, con una yesca en la mano, se arrodilló para encender el fuego. La puerta se abrió.

—¡Están aquí! —dijo Sorren, y entró en la habitación—. Os vimos entrar; ¿por qué os fuisteis del refectorio?

—¿Por qué tendríamos que habernos quedado? —dijo Errel.

Sorren abrió un postigo. La luz penetró en la habitación, reflejándose en los herrajes de latón de la chimenea y convirtiéndolos en plata.

—Ya ha salido la luna. Es tiempo de sembrar.

Ryke permaneció inmóvil, con el pedernal entre los dedos. No quería ir. En la cabeza le bailaban mil historias de fantasmas. Miró a Errel. El rostro del príncipe tenía una expresión decidida, como si ya supiese qué fantasmas estaban aguardándole.

—Quitáoslas —dijo Norres.

Ryke dio un salto. Estaba detrás de Sorren, pero no la había oído cruzar el umbral.

—¿Qué?

—Quitaos las botas.

—Ésta es una costumbre del sur —dijo Errel —; ¿es necesario que asistamos?

—Sí —dijo Sorren—. En Vanima todos acuden a la siembra.

Ryke vio cómo el príncipe empezaba a quitarse las botas. Dejó la yesca y el pedernal y empezó a desatar los cordones de las suyas. Tenía las manos envaradas y torpes. Por fin, logró quitárselas.

Descalzo, siguió a Sorren hasta la calle. Errel iba detrás de ellos. El polvo estaba frío. La luna llena ardía sobre las estribaciones montañosas. El valle estaba lleno de luz, y tan inquieto como una mujer a punto de tener un hijo. Una multitud se había congregado en el gran edificio contiguo al refectorio: los almacenes de la aldea. Cuando Ryke llegó junto a la multitud, alguien le puso un saco en las manos. Estaba lleno de semillas de cebada. Se lo echó al hombro. Simmela le hizo un gesto a Van, iluminada por una antorcha que llevaba en la mano. Nadie hablaba, salvo el ocasional chillido de una aguda vocecita infantil, que era rápidamente acallada.

Ryke deseaba preguntar qué debía hacer, pero el denso silencio le obligaba a mantener cerrada la boca. Alguien le cogió la mano izquierda; una segunda mano le cogió la derecha. Estaba atrapado. Formando parte de la cadena, trepó hasta el campo que les aguardaba. Bajo los dedos de sus pies, le parecía notar como si la tierra le empujase a cada paso que daba. Se oían los gritos de las aves nocturnas. Cuando los habitantes de la aldea llegaron al campo, se soltaron de las manos. Sus sombras se extendían hacia el norte a medida que iban cruzando los surcos. Sus pasos eran como hilos que trazaban un dibujo de vida sobre la tierra. En el occidente, los picos de la montaña relucían como si fuesen de hueso; la nieve reflejaba la luz lunar. Van caminaba por delante de la hilera, sosteniendo la antorcha.

Cuando todas las semillas hubieron sido introducidas en el suelo, volvieron a cogerse de las manos. Simmela lanzó un grito gutural que despertó ecos entre las rocas más próximas, como si fuese la llamada del halcón. A Ryke se le erizó el vello en los brazos y se le puso la piel de gallina. El viento agitaba los trigales slush, slush. Se estremeció. Se dijo que no debía portarse como un tonto, que era el viento, sólo el viento, y sintió mucho frío... Van levantó la antorcha con las dos manos y la bajó trazando un gran arco, apagándola en el suelo. Ahora no había luz alguna salvo la de la luna y las estrellas.

Ryke hizo un esfuerzo para recobrar la calma y logró dejar de temblar. La hilera de figuras ondulaba nuevamente, ahora bajando hacia el valle. Ryke miró una vez hacia atrás. Contuvo el aliento. Negras figuras deformes se alzaban entre los campos, esqueléticos centinelas harapientos... Se acordó de los muñecos de tela y paja. Una carcajada se quebró en su garganta. Tenía miedo de reír en voz alta. Tosió. Los demás se le habían adelantado. Errel estaba sentado en la silla, con la jofaina llena de agua y los pies metidos en ella. Sorren encendía una vela en la chimenea.

—Ryke, ¿quieres echar el pestillo de la puerta? —dijo Errel, sin levantar la cabeza—. Con una visita esta noche ya es suficiente Ryke pasó el vástago de hierro a través de la arandela. Sorren subió la escalera, llevándose la vela. Mientras subía, la grasa del pábilo iba chisporroteando ruidosamente. Un último destello de luz pareció arder en la mejilla de Errel. El príncipe alzó la cabeza, con el ceño levemente fruncido. Ryke se estremeció. Nunca había encontrado a Errel tan parecido a Athor.

El día después de la siembra Ryke entró en la casa y se encontró a Errel sentado en el suelo con las piernas cruzadas, extendiendo las Cartas ante él. Errel alzó la vista.

—Vete —le dijo.

Ryke se marchó. Había visto brevemente las Cartas: el Ilusionista y el Demonio. No deseaba ver ninguna más.

Cuando llegó la mañana del tercer día una sombra inesperada bastaba para hacerle dar un salto. No podía creer que fuese el único que había notado el cambio. Errel permanecía en silencio; su rostro estaba ceñudo e impenetrable. Ryke, cumpliendo con sus rituales de la mañana, colgó las sábanas en la ventana y barrió el suelo. Tenía arena en la barba a causa de su entrenamiento en el patio. Notaba la piel irritada y el rostro le escocía. Decidió afeitarse. Rebuscó en el cofre hasta encontrar una navaja con mango de hueso y un espejo de color plateado. El marco del espejo tenía la forma de una cabeza de mujer; su rostro era el mango, y su cabellera suelta encuadraba el cristal. Afiló la hoja con un trozo de cuero y puso en un cuenco agua con unos pedazos de jabón. Se miró en el espejo, estirándose la piel.

Podía oír a Sorren y Errel hablando en el exterior. El techo crujió. Norres estaba en el piso de arriba. Cogió la navaja y empezó a afeitarse. La fría hoja le rascaba la piel. Limpió la navaja en el cuenco. Errel y Sorren entraron en la habitación. Sorren rió levemente.

—Fíjate en Ryke. ¡Se está convirtiendo en un hombre del sur!

Mientras subía la escalera con el orinal en la mano le siguió con los ojos, sonriendo.

A Ryke le entró un poco de jabón en la lengua, haciéndole escupir.

—Oh, maldición.

Allí donde la había cubierto la barba su piel estaba blanca como la tiza. Le pareció que todo el mundo iba a fijarse en él. Se limpió la cara y echó el agua jabonosa por la ventana.

—¿Irás esta mañana al patio? —le dijo Errel. Ryke se volvió.

—Sí —contestó.

Un poco de su malhumor había desaparecido del rostro de Errel, y su voz era bastante amable.

—Me gustaría acompañarte.

Sorren y Norres bajaron la escalera. Al pasar junto a él, Sorren le tocó el brazo.

—¿Qué tal te va con Van? —le preguntó.

—Muy bien —respondió Ryke.

—Te hará trabajar hasta que los pies no puedan sostenerte. Si quieres cambiar un poco, puedes luchar hoy conmigo.

Le sonrió. Llevaba el pelo recogido con un pedazo de tela roja. Una vena latía lentamente en el hueco bronceado de su garganta. Llevaba en la camisa, bordada con hilo marrón, la imagen de un caballo al galope.

—Me gustaría —le respondió él, sinceramente.

Fueron al patio. Sorren fue a coger un cuchillo de los que había colgados. Ryke se quedó mirando cómo Van se inclinaba sobre la valla para hablar con Errel. Esperó que el cheari llamase a Maranth. Pero Van estaba escuchando lo que le decía Errel y luego, con un gesto, le indicó que cruzase la valla y se dirigiese hacia el extremo del patio en el que estaban los danzarines.

Una mano le cogió por la muñeca y alguien le puso la zancadilla, derribándole. Cayó de costado en el polvo, con un respingo de sorpresa.

Sorren se alzaba sobre él, con los brazos en jarras y un cuchillo en la mano. Le golpeó suavemente la pierna.

—Procura estar atento.

Los siguientes tres días Ryke se entrenó con Sorren, y Errel trabajó con los danzarines, aprendiendo sus pasos.

—Lo hace muy bien —dijo una vez Sorren. Ryke se sorprendió. No se había dado cuenta de que estuviese observando al príncipe. Sin cambiar de tono, ella añadió:

—Supongo que es porque tiene mucha práctica en hacer piruetas.

Por las tardes Ryke, Sorren y Errel iban a los trigales. El trabajo ya no agotaba a Ryke. A Errel se le había vuelto el cabello blanco a causa del sol. Avanzaban por los surcos formando una sola unidad que se movía al mismo ritmo.

Cuando la luna entraba en cuarto menguante llovió. Se quedaron en la casa, sentados en la habitación que daba a la puerta. La lluvia goteaba de los aleros formando una cortina terrosa. Norres salió una vez, gruñendo, para ordeñar a sus cabras. Sorren remendaba camisas. Ryke arreglaba botas, usando hilo de tripas y una lezna para trabajar el cuero. Sus botas se habían desgastado por la punta.

Errel hurgaba en el cofre. Sacó de él la aljaba y las flechas que Berent el Tuerto le había entregado.

—¿Qué vas a hacer con eso? —dijo Sorren.

—Mira y lo sabrás —repuso Errel.

Dispuso las flechas en círculo, con las puntas hacia él, y sacó de su vaina de cuero el hacha. La hoja de acero brillaba con un destello azulado bajo el sol. Con golpes secos y precisos cercenó las puntas de todas las flechas, separándolas limpiamente. La hoja del hacha dejaba una delgada línea recta en las planchas rojizas del suelo.

—Llenarás el suelo de marcas —le advirtió Sorren.

—Ya lo frotaré con cera —dijo Errel.

A Ryke le dolían los hombros de tanto permanecer sentado. Se removió un poco para relajarlos. Errel puso a un lado, una a una, las puntas de flecha. Desprovistas de las puntas, las flechas truncadas tenían un aspecto deforme. El verlas hizo que Ryke notase un vacío en el estómago.

Errel guardó el hacha en su vaina.

—¿Te importa que use la navaja? —le dijo a Ryke. Fue hasta la chimenea y la cogió. Puso las flechas en su regazo, una por una, y les fue quitando las guías a las saetas.

—Supongo que acabarás contándonos lo que estás haciendo... —dijo Sorren.

—Oí que Maranth siempre se estaba quejando de sus pinceles —repuso Errel—. Había pensado darles éstos para que los usase.

Los dedos de Ryke resbalaron sobre la lezna. Se quedó muy quieto.

—¿Crees que ya no vas a necesitar nunca más las flechas? —inquirió.

Errel apretó los labios. Con el ceño fruncido, se inclinó sobre la navaja y las flechas. Movía la navaja con suavidad a lo largo de la varilla de madera y, con delicadeza, iba separándole las rugosidades que habían dejado las guías de la flecha al ser quitadas.

—Si necesito más, siempre puedo hacerlas. —Hizo girar la varilla entre sus dedos—. Las montañas están llenas de abedules.

La lluvia hizo que en apenas una noche los tallos de cebada brotasen del suelo empapado. El trigo se hizo más brillante, convirtiéndose prácticamente en oro. Y también las malas hierbas se habían hecho más abundantes. Los habitantes del valle se quejaban de ello.

—No es justo —dijo Simmela, blandiendo su azadón como si fuese una guadaña—. Siempre hay más malas hierbas que gente.

El segundo día después de la lluvia Ryke fue bastante tarde a los campos. Se hallaba en el centro del trigal, cortando las resistentes hierbas con su azada, cuando oyó resonar en el sendero los arreos de unos jinetes. Se incorporó para llamarles, dispuesto a darles la bienvenida.

Eran seis, en fila, y estaban descendiendo lentamente la cuesta. El sol, que declinaba ya hacia el occidente, derramaba una luz acuosa sobre los flancos de la montaña; al este, el cielo era de un plácido color azul oscuro. Los caballos parecían cansados.

—¿Este es el valle de Van? —le preguntó el primer jinete.

Era una pregunta extraña, mucho más que extraña. Ryke subió por la cuesta hacia ellos, apretando con más fuerza el mango de la azada.

Quien le había hecho la pregunta era una mujer. Alargó la mano hacia las bridas del caballo y ella pasó la pierna por encima de la silla de montar, dejándose resbalar hasta el suelo. Los dientes le brillaban como conchas en el rostro moreno. Tenía la piel tan oscura que parecía casi negra. Era alta, delgada y de cara estrecha; llevaba pantalones de montar y un sombrero gris de ala ancha. Por debajo del sombrero sus cabellos se retorcían en múltiples zarcillos.

—Me llamo Domio —dijo—. Este lugar es Vanima, ¿verdad?

—Debe de serlo —comentó uno de los que seguían a caballo—. Está donde dijo Osin que estaría.

—Cállate —ordenó ella—. Desmontad. Parecemos la vanguardia de un ejército, montados a caballo en lo alto de esta ladera.

Los demás la obedecieron de inmediato. Ryke sintió asombro ante la autoridad que poseía. El modo en que se movía y hablaba le recordó a Sorren. Su caballo intentó alcanzar las espigas de trigo y ella, sin inmutarse, lo hizo retroceder.

—Nos ha enviado Osin —dijo—. Es el encargado del patio en Mahita. Él nos entrenó y nos explicó cómo llegar hasta aquí. Os traemos saludos y mensajes destinados a... —Cerró los ojos y los abrió de nuevo—. Maranth, Simmela, Chaya y Van... —Se protegió el rostro con la mano—. ¿Podemos entrar?

Los caballos, cansados e inquietos, empezaban a removerse.

No podía dejar que se quedasen allí, en la cima de la colina, contemplando el crepúsculo.

—¿Qué sois? —les dijo.

—Somos un chearas.

Les indicó cómo seguir a lo largo de la colina hasta encontrar el sendero que llevaba a la aldea.

—Gracias —le dijo ella, volviendo a montar.

No esperó para ver cómo se las arreglaban con sus instrucciones. Con la azada en la mano, se apresuró a bajar por la ladera.

Encontró a Van cuando el danzarín estaba saliendo del patio.

—Llegan unos forasteros —dijo, señalando con el dedo en su dirección—. Dicen que alguien llamado Osin les ha enviado desde Mahita, y que nunca han estado aquí antes. Su jefe es una mujer llamada Domio. Dicen que son un chearas.

Todos los que estaban en el patio se habían acercado para escuchar.

—¡Osin! —dijo alguien—. Le vi en Mahita antes de irme.

—Si nunca han estado aquí, ¿cómo conocen el camino?

—¿Cuántos has dicho que eran? —le preguntó Sorren.

—Seis —respondió Ryke.

Van puso fin a las conversaciones.

—Basta ya. Vamos a recibirles. —Se limpió la arena que le cubría los antebrazos—. Hadril, ve a traerme una camisa y dile a Maranth que venga, si es que está en la casa. —Hadril se fue corriendo. Rodeado por sus danzarines, Van se dirigió al pozo—. Ryke, ya puedes dejar esa azada.

No parecía ni sorprendido ni preocupado. Ryke sonrió y dejó la azada apoyada en el muro de una casa. La había estado sosteniendo como si fuese una lanza.

Los jinetes aparecieron por la calle: los caballos apretaban el paso al haber oído el agua. Ryke se sacó una astilla de la palma de la mano. Van se puso la camisa que le había traído Hadril.

—¿Y Maranth? —inquirió.

El muchacho se encogió de hombros. El sol brillaba sobre los rostros de los jinetes convirtiéndolos en oro, y los grillos chirriaban en el trigal. En el pozo había mucha mas

gente de la que había estado en el patio. A Ryke empezó a latirle el corazón con más fuerza. Los jinetes desmontaron. Sus caballos tiraban de las riendas, intentando alcanzar los abrevaderos, cada vez más nerviosos. Sin saber muy bien qué hacer, los jinetes tiraban de las riendas para no dejarles avanzar.

—Dejadles beber —dijo Van.

Maranth salió del refectorio. Los extraños llevaban las capas cubiertas de polvo. Entre ellos había otra mujer, el resto eran hombres. Llevaban rígidos sombreros de fieltro y, en los brazos, a modo de enseñas, trozos de tela roja. Sus caballos habían sido criados en el sur y eran más altos y esbeltos que los de las estepas; muy pronto tuvieron las cabezas metidas en los abrevaderos, agitando las colas. Los jinetes los apartaron antes de que pudiesen llegar a beber demasiado.

—Osin nos ha enviado desde Mahita —dijo Domio—. Somos un chearas.

Sus negros ojos se movieron veloces de un rostro a otro.

—Bienvenidos a Vanima —dijo Van. Ella contuvo audiblemente la respiración.

—¿Tú eres Van? —Él asintió con la cabeza. Ella extendió las manos con las palmas juntas a la altura del pecho, los dedos hacia afuera, y le hizo una reverencia, un gesto que Ryke no había visto jamás—. Skayin —dijo. Sus ojos parecían arder—. Osin te envía sus saludos y espera que nos aceptarás como regalo y muestra de su respeto. Ahora es Maestro de patio en Mahita.

Los que la habían estado escuchando murmuraron entre sí.

—Cuando estuvimos en Mahita no había Maestro de patio —le dijo Sorren a Ryke en voz baja al oído.

Maranth, agachándose, pasó por debajo del brazo de Ryke y se reunió con Van. Sus brazaletes de plata brillaban. Van dijo su nombre y Domio le dio saludos de parte de Osin. Maranth sonrió ampliamente. Ryke logró distinguir a Errel, algo separado de los demás, al otro lado del pozo.

—¿De Osin? ¡Bienvenidos! Debéis de estar hambrientos; venid y comeréis. Dikta, Amaranth, coged sus caballos. ¿Se encuentra bien Osin? Tenéis que contárnoslo todo. ¿Qué hacéis todos ahí en la calle, parados como vacas?

Sin ningún esfuerzo aparente, les hizo ponerse en marcha hacia el salón.

Los recién llegados se distribuyeron entre las mesas. El que tomó asiento en la mesa de Ryke se llamaba Lyrith; era joven y corpulento, y se encontraba algo confuso al verse de pronto centro de toda la atención. Volvía la cabeza a un lado y a otro para contestar las preguntas que le hacían mientras iba engullendo grandes cantidades de comida. Tenía el apetito de un toro joven.

—Cabalgamos siguiendo el río hasta Tezera y cruzamos el Galbareth. Salimos de Mahita justo después de la luna llena.

—¿Tuvisteis problemas con los Asech?

—Nos andaron siguiendo un poco cuando abandonamos las puertas de la ciudad, pero cuando vieron que no llevábamos carros nos dejaron en paz.

—¿Quién gobierna la ciudad? —le preguntó Simmela.

—La familia Med.

Hundió ansiosamente los dedos en la marmita del estofado. Tenía el dorso de las manos cubierto de pecas.

—¿Dónde dormíais? —preguntó Orylis. Él sonrió.

—Cuando podíamos, en los establos. Pero la mayor parte del tiempo, en campo abierto.

—Mientras estabais en Tezera —dijo quedamente Sorren—, ¿os llegó alguna noticia del norte, de las Fortalezas? Ryke se inclinó hacia delante para oír la respuesta. Lyrith cogió el recipiente del agua.

—Que yo recuerde, ninguna.

Una mano se posó sobre el hombro de Ryke. Alzó la mirada y vio a Errel. Se arrimó un poco a Sorren para hacerle sitio al príncipe y, mientras tanto, Lyrith les fue explicando cómo Osin había llegado a ser nombrado Maestro de patio en Mahita.

—Desafió a cualquiera de la ciudad a que le venciese, y nadie pudo hacerlo. Cuando venció al jefe de la guardia de la ciudad le ofrecieron el puesto y se negó a aceptarlo. Tenían que hacer algo, así que le nombraron Maestro de patio.

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó Sorren. Lyrith se metió un dedo en la boca para sacarse una brizna de carne.

—Hace dos años.

El murmullo de las conversaciones subía y bajaba en las demás mesas a medida que las mismas preguntas eran hechas y contestadas. En la mesa que tenían más cerca estaba sentado Van, al lado de Domio, que se había quitado el sombrero gris. Ryke veía moverse sus labios. La mujer morena sonrió y se tocó el pedazo de tela roja que le rodeaba el brazo. Ryke se preguntó qué le estaría contando.

—¿Para qué sirve eso? —resonó la voz de Errel, casi en su oído.

Había alargado la mano por encima de la mesa para tocar la tela que Lyrith llevaba en el brazo.

—Osin dijo que, dado que éramos chearis, debíamos tener un emblema —le contestó con cierta timidez Lyrith—, al igual que los mercaderes, los eruditos y los mensajeros. Escogió que lleváramos el rojo porque dijo que Van usaba un pañuelo rojo.

Hubo un silencio. Las sombras se movían sobre rostros repentinamente pensativos.

—¿Nos convierte eso en el clan rojo? —preguntó Norres, sentada delante de Sorren.

—No lo sé —repuso Lyrith.

Después de cenar fueron al patio. El cielo era tan puro y límpido como el agua de un arroyo en la montaña. Las estrellas se tendían sobre los picachos formando un gran puente. Ryke pensó que, si fuese sólido, un hombre podría andar sobre él cruzando de un extremo del mundo hasta el otro. Los habitantes de Vanima colocaron antorchas en el patio. El aire estaba cargado con el olor de la madreselva. Domio hizo que su chearas se colocase en el centro de la extensión de terreno. Empezaron a bailar; la danza terminó con un vertiginoso círculo de figuras que golpeaban el suelo con los pies y un rugido que hizo ponerse en pie a la mitad de los espectadores.

A Ryke le recordó un grito de batalla.

—El clan rojo. —Era Sorren, junto a él—. Me gusta eso. Murmullos de asentimiento resonaban a lo largo de la oscura calle. La luna, en cuarto creciente, colgaba torcida sobre los picachos como si fuese un sombrero. Llevamos apenas un mes fuera de Tornor, pensó Ryke. Nos marchamos la noche de la luna nueva.

—A mí no —dijo Van, detrás de ellos.

—Pues a mí sí —replicó Maranth—. ¿Acaso no es lo que tú deseabas que llegasen a ser los chearis..., un clan? Ése es el significado de esas tiras de tela roja. Todos deberíamos llevarlas.

—¿Todos los del valle? —inquirió Hadril.

—No —dijo Maranth—. No todos los que viven aquí son chearis.

—Maranth tiene razón —comentó Ryke en voz alta, sorprendiéndose a sí mismo.

Sabía que él nunca sería un cheari. La danza le resultaba absolutamente incomprensible. Su cuerpo nunca aprendería a mezclarse y confundirse con los cuerpos de los demás. Pero sabía caer, pensó, y había aprendido cómo parar un golpe sin tener que recibirlo.

Al día siguiente Maranth sacó las piezas de tela roja del almacén. Sentadas al sol junto al refectorio, ella, Orilys y Sorren cortaron y cosieron tiras rojas para cada uno de los chearis del valle. Maranth intentó que Amaranth les ayudase, pero la niña no deseaba hacerlo y se marchó hacia el establo, llamando a gritos a su amiga.

Ryke, que había abandonado el patio al mediodía, las oyó hablar.

—No la riñas —aconsejó Sorren.

—¿Por qué no? —contestó Maranth—. No quiere coser y tampoco quiere escribir; me ayuda tanto como si fuese una cabra.

—El reñirla hará que se vuelva más tozuda —le hizo ver Sorren—. Espera. Ya vendrá. Maranth lanzó un bufido.

—¿Y qué la impulsará a ello?

—Alguien, o algo. Yo lo hice. —Sorren sonrió—. Me recuerda a mí misma cuando tenía su edad. Era una niña imposible. Por otro lado, piensa en quién es.

—Es mi hija desobediente —dijo Maranth.

—Es la hija de dos rebeldes —acotó Sorren.

Algo pareció removerse en la mente de Ryke. Se quedó junto al pozo y escuchó las voces que le llegaban claramente a lo largo de la calle. Apoyó ambos codos sobre las piedras mojadas.

—Yo no era rebelde —negó Maranth.

—Seguiste a Van al exilio. ¿No habría vuelto a aceptarte tu familia?

Maranth rió, dándole la vuelta a un trozo de tela.

—No se lo pregunté.

Bajaron la voz cuando Lyrith salió por la puerta del refectorio. Ryke se fue hacia la casa de los postigos azules. Los insectos zumbaban entre los largos tallos de hierba de la pradera. Desde un matorral lleno de arándanos le llegó el canto de un pájaro, unas notas breves, concisas y claras. Errel estaba sentado en la silla.

En la palma de la mano izquierda sostenía el anillo de Tornor.

Cuando vio a Ryke, sus dedos se cerraron sobre el anillo, sin apretarlo mucho.

—¿Todo va bien, amigo mío?

Ryke sentía escozor en el cuello. Quería decirle... Quería preguntarle...

—Estaba en el pozo —se limitó a replicar.

—¿Y?

Ryke repitió lo que había escuchado.

Errel se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, juntando las yemas de los dedos hasta formar un círculo. Era un gesto típico de Van.

—¿Qué crees que significa eso? —dijo. Ryke torció el gesto y se rascó el cuello.

—Encaja con algo que oí hace tiempo, pero no puedo recordar qué era.

Paseó la vista por la habitación, como si algo de lo que se encontraba en ella fuese capaz de recordárselo.

—¿Oíste alguna vez cómo fue puesto fuera de la ley Raven Batto? —preguntó Errel.

—Sí —contestó Ryke—. Hablé de eso una vez, con Col... —Se detuvo—. ¿Piensas que Van es Raven Batto?

—Podría serlo.

—Col le conocía. Me lo contó.

Parecía importante, pero no sabía el porqué. El pájaro cantó de nuevo. Errel apoyó otra vez la espalda en la silla. Ryke se estremeció. No tendría que haber mencionado a Col, pensó. Los ojos del príncipe eran tan fríos como dos piedras azules.

Ryke fue solo al campo. ¿Qué harás si decide quedarse en vez de irse?, pensó. Era posible. No había querido verlo, ni tan siquiera admitir la posibilidad. Podía ir al establo, coger un caballo y alejarse al galope del valle sin que nadie le acompañase..., y nadie le detendría. Y luego, ¿qué? El viento le acarició el rostro como si fuese una mano. Estaba tan atado a Errel como lo está un río a su lecho rocoso. Esa mañana no se había afeitado. Se tocó el mentón, sintiendo los pelos de su barba.

Todos los chearis que fueron a la cena procedentes del patio o de los campos llevaban tiras de tela roja alrededor de la cabeza, del brazo o del cuello. A causa de ello, o quizá por los recién llegados, la atmósfera del salón era festiva y ruidosa. Los dos muchachos

(Ryke sabía ahora que eran los hijos de Lamath y Simmela) se perseguían por los espacios que había entre las mesas. Hadril cantaba. Amaranth, para hacer enfadar a su madre, trepó a una viga y se instaló en ella, balanceando las piernas. Maranth no la riñó.

Después de la cena el valle se hundió en un perezoso silencio bajo las estrellas. Ryke y Errel se dirigieron hacia la casa, con Sorren y Norres precediéndoles. Las dos mujeres andaban con las cabezas juntas, rodeándose con los brazos. El aire era dulce y tan cálido como si fuese de lana. Ryke buscó la luna, pero no había salido aún. Norres cantaba en voz muy baja. Ryke conocía la canción. Le alegraba que se limitase a canturrear, sin pronunciar las palabras; no deseaba oírlas. Errel le seguía, a paso ligero y sonriendo. Ryke quería preguntarle cuánto tiempo más iban a permanecer en Vanima. Los dedos le picaban, ansiosos por sostener una espada auténtica y no una de madera. Por dos veces se aclaró la garganta para preguntárselo, pero tenía miedo de hacerlo. Tenía miedo de lo que Errel decidiese responderle.

Norres se detuvo en el umbral.

—Esperad aquí —les dijo, y entró en la casa.

Unos instantes después salió de ella llevando una manta en los brazos. En los campos se oía el agudo chirriar de las cigarras. Sorren y Norres colocaron la manta en el suelo, delante de la casa, y todos se sentaron en ella. Ryke se quitó las botas. Una luciérnaga se acercó a examinarles, volando en erráticas espirales.

Silenciosas como el humo, dos sombras se acercaron por la calle. Eran Van y Domio. La mujer de piel morena se había cambiado de ropa y ahora vestía como todos en Vanima: una camisa de algodón y pantalones atados con un cordón. Los pantalones le quedaban demasiado cortos y las perneras le llegaban prácticamente a la altura de las rodillas.

—Creo que esto va a gustarme —iba diciendo.

—No tropecéis con nosotros —les avisó Sorren.

—No tropezaremos —dijo Van.

En la oscuridad su voz sonaba aún más grave que de costumbre. Ryke forzó la vista, intentando distinguir su rostro. Se preguntó qué haría Van si de pronto le preguntasen: ¿Eres Raven Batto? Decidió que no sentía la apremiante necesidad de encontrar la respuesta.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —quiso saber Van.

—Disfrutamos de la primavera —le contestó Sorren.

—Ay, esta gente del norte... —dijo el danzarín, y tomó asiento en una esquina de la manta.

Sorren le golpeó el hombro levemente.

—Nunca has estado en el norte. ¿Qué sabes de él? Si quieres oír algo sobre el norte, pregúntame, o a Ryke, a Norres o a Errel. No, a Errel o Norres no se lo preguntes. No les gusta. Pregúntaselo a Ryke, o a mí.

—¿No te gustaba? —le preguntó Van a Norres.

—Lo odiaba —dijo ella—. Era frío, horrible, y todo el mundo decía siempre «no».

—Ésa no es una imagen muy ajustada... —dijo Errel. Norres rió.

—A ti nadie te decía que no.

Hubo un breve silencio. Sorren alargó la mano y acarició el hombro de Norres.

—Eso ya se acabó —le dijo.

Domio estiró sus largas piernas sobre el polvo y se tendió de espaldas, con las manos cruzadas detrás de la nuca. Sus dientes eran un destello blanco en su rostro moreno.

—En Tezera oímos decir que había guerra en el norte —comentó.

Errel alzó de golpe la cabeza. Sorren se volvió.

—Pero si Lyrith dijo que no había noticias del norte... —dijo.

—Lyrith no se enteraría de que hay guerra aunque la estuviesen librando debajo de sus narices —le contestó Domio despectivamente.

—¿Qué guerra? —preguntó Errel.

La mujer frunció el ceño y en su frente apareció una profunda V.

—Las Fortalezas estaban luchando. No me acuerdo de los nombres. ¿Hay alguna Fortaleza cuyo señor sea tuerto, un anciano?

—Sí —dijo Errel—. El señor de la Fortaleza de las Nubes es Berent el Tuerto.

—Bueno, pues ha muerto —dijo la danzarina—. El otro..., el que estaba peleando con él, le mató.

Ryke tragó saliva. Errel bajó la cabeza. Cada vez más osada, la luciérnaga se instaló sobre la blanca cascada de sus cabellos. —Me lo temía —dijo el príncipe, en voz muy baja.

Ryke se preguntó por qué no sentía pena. Se acordaba de Tav, uno de cuyos caballos se había llevado, y del otro hermano, cuyo nombre se le había ido de la memoria. Se acordaba de Ler, el chico, que había servido tan diestramente a su padre, llevando un cinturón en el que no había cuchillo alguno. Se preguntó si Col habría hecho matar al chico como pago por haber dejado con vida a Errel. No era una mujer y no podía llorar, pero tenía los ojos secos como el hueso.

—Col debió de atacar a Berent apenas abandonamos la Fortaleza de las Nubes. Probablemente usó como excusa el que Berent nos diese cobijo.

Errel tenía la voz ronca y a punto de quebrarse. Sí, pensó Ryke, buscando a tientas sus botas. Era un acto muy propio de Col.

Una mano surgió de la oscuridad y se cerró sobre la suya. Era fría y tenía los dedos largos; Ten calma, le decía. Se quedó sentado, sosteniendo una bota en la mano. La luciérnaga alzó el vuelo desde la cabellera de Errel.

—Podríais contarme de qué estáis hablando —dijo la grave voz de Van.

Errel se puso en pie. La mano apretó con más fuerza la de Ryke.

—Esperad —dijo el príncipe—. Os lo enseñaré.

Entró en la casa. Ryke oyó el ruido que hizo la tapa del cofre al golpear contra la pared. Algo cayó al suelo. Errel regresó, tendiéndole algo a Van.

—Mira..., ¿sabes qué es esto?

Era el anillo. Van lo cogió. Lo sostuvo en alto y la débil luz lunar le arrancó pálidos destellos.

—Sí —dijo—. Es el blasón de la Fortaleza de Tornor. ¿Cómo llegaste a conseguirlo?

—Es mío —repuso Errel.

A Ryke se le erizó el vello en los brazos.

—¿Eres el señor de Tornor? —dijo Van—. Que yo sepa, el señor de Tornor es un hombre llamado Athor, bastante mayor que tú.

—Athor ha muerto. Yo soy su hijo.

—Perdonadme —dijo Domio, y se retiró prudentemente.

Ryke sintió estrecharse en su corazón el familiar nudo de dolor. Intentó imaginarse a Athor tal como le recordaba mejor, enorme y dorado, lanzando su risa como un rugido, rodeado de hombres y perros. Pero la imagen estaba algo borrosa y callaba. Ryke sintió miedo. Había querido al viejo señor como a un padre, más de lo que había querido al suyo propio...; ¿por qué no podía recordarle?

Errel contempló las oscuras colinas como si sus ojos fuesen capaces de ver a través de ellas.

—Mi hogar está en manos de un hombre llamado Col Istor. Surgió del sur con un ejército a principios del invierno. Mató a mi padre. A mí me dejó con vida y me convirtió en su bufón. Llevaba el rostro cubierto de pintura y le hacía reír. Ryke se convirtió en su comandante. Huimos hasta la Fortaleza de las Nubes, el dominio de Berent el Tuerto, cuando Sorren y Norres llegaron a Tornor. Habían ido como mensajeras para acordar una tregua entre Berent y Col.

—Y tú piensas que Col usó esa huida para pretender que Berent rompió la tregua. Os he oído.

Van movió la mano, apartándose un mosquito del rostro. Hacia el norte destellaron los relámpagos de una tormenta de verano. Un halo luminoso recubría el contorno de las colinas. Van extendió la mano, sosteniendo el anillo en su palma.

—Y bien, Errel de Tornor, ¿qué vas a hacer?

—Hay otra Fortaleza —repuso Errel—, la Fortaleza de Pel, gobernada por Sironen. Es viejo y duro de roer. Tiene un buen ejército. Col tendrá que combatir con él. Puede que en estos momentos estén combatiendo. Debería unirme a él.

—Hay caballos en el establo —dijo Van.

Pero Errel seguía sin coger el anillo. ¿Por qué estamos sentados aquí?, pensó Ryke. Empezó a incorporarse y la mano se cerró con más fuerza sobre su muñeca. Una repentina ráfaga de viento le llenó la cara de polvo, haciéndole toser.

—No quiero ir —dijo Errel.

Tenía la frente, junto al nacimiento del cabello, perlada de sudor. La noche hacía que sus ojos pareciesen incoloros, y todo él recordaba a un fantasma.

—Tornor nunca fue mía —prosiguió con voz firme—. Era de mi padre, y luego de Col.

Ryke abrió la boca para hablar, para suplicar, para enfurecerse..., y la fulgurante mirada de Van pareció traspasarle. Las palabras murieron entre sus labios antes de nacer. El bailarín lanzó al aire el anillo y volvió a cogerlo.

—¿No lo quieres?

—No —dijo Errel.

—Entonces, ten. —Van le tendió el anillo—. Tómallo. ¡Tómallo! —Errel lo cogió con la punta de los dedos, como si fuese un carbón ardiendo—. Ahora, tíralo. Tíralo a la calle, o en ese arbusto.

Señaló con un dedo hacia los arbustos de arándanos que había detrás de la casa. El corazón de Ryke latía tan fuerte que le parecía estarse ahogando. Sentía como el sudor le corría por los costados. Era como si tuviese fiebre y, al mismo tiempo, un frío mortal.

Errel levantó el brazo y tensó los músculos. Y exhaló un gran suspiro.

—No puedo —dijo.

—¿Quieres que sea de Col Istor? Errel negó con la cabeza.

—Entonces, es tuyo —declaró Van.

Sorren soltó la muñeca de Ryke. Le dolía. Se preguntó si tendría una moradura. Tenía la camisa empapada y el olfato saturado de su propio olor. Los relámpagos se acercaban. El viento soplaba sobre la pradera, haciendo ondular la tierra con un ruido susurrante.

—Deberíamos entrar —dijo con voz tranquila Norres—. Habrá tormenta. Nadie se movió.

—Hace diez años, en otra vida, conocí a un hombre llamado Col —empezó Van—. Era un soldado, el hijo de un herrero, de una aldea cerca de Tezera. Era inteligente; ancho de hombros, las manos grandes, el pelo y los ojos negros.

—Es el mismo —aseguró Ryke.

—No me gustaría hacerle la guerra —dijo el danzarín—. No sin conocer uno o dos trucos.

—No lo entiendo —dijo Errel.

Van se golpeó lentamente, una y otra vez, las yemas de los dedos.

—He de hablar con Maranth —dijo. Iba a seguir hablando, pero el trueno le interrumpió y tuvo que esperar a que cesase—. Había pensado... ¿Tendrías algo en contra de que, cuando te fueses, algunos de nosotros te acompañásemos?

A Ryke se le había dormido la pierna izquierda. Se frotó el muslo con los pulgares. El trueno sonó nuevamente. Una mano le tocó el hombro, haciéndole mirar hacia arriba.

—No, no tendría nada en contra —afirmó Errel.

—Ryke —dijo Errel—. Lo siento. Tendría que habértelo dicho.

Aún parecía un espectro. Pero la mano sobre su hombro era cálida, fuerte y real.

—Príncipe, no tenéis que disculparos ante mí.

Todo se había arreglado, todo era como debía ser; no tendría que cabalgar en solitario hacia el norte. Errel no había roto su juramento.

12

A la mañana siguiente Amaranth apareció en el umbral cuando Errel estaba vaciando el orinal.

—¿Podríais venir a nuestra casa, por favor? —dijo sin aliento, para marcharse luego corriendo.

Ryke miró a Errel. El príncipe volvió a entrar, dejando el orinal junto a la cama y, sentándose en ella, se puso las botas.

—Supongo que debemos ir.

No había llovido durante la noche, pero justo antes de que cantase el gallo la tormenta se había desencadenado estruendosamente y torrentes de agua habían empapado el suelo, dejando cuentas de minúsculas gotas en cada brizna de hierba, cada hoja y cada telaraña. El valle parecía cubierto por una fina red luminosa.

Fueron andando hasta la casa de Van y le encontraron sentado en un taburete. Maranth estaba en el centro de la habitación, con los brazos en jarras. Sus brazaletes tintineaban levemente, y su revuelta cabellera le encuadraba el rostro como la cola de una ardilla. Cuando Ryke y Errel cruzaron el umbral, se volvió a mirarlos.

—Durante diez años no nos hemos alejado de Vanima a mayor distancia que el Bosquecillo de Gerde, y ahora vamos a irnos para librar una guerra que no es nuestra, en el norte.

—Señora, yo no pedí que me acompañaseis —dijo Errel.

Miró a Van y alzó levemente las cejas.

Maranth habló antes de que Van pudiese contestar.

—Iré con vosotros.

Ryke se apoyó en la pared. Había dormido pero no había podido descansar muy bien; había soñado cosas de las que no lograba acordarse. Sentía un gusto horrible en la boca. Errel miró a Van como si fuese a protestar. Van extendió las manos en un gesto de impotencia.

—Pensé que era mejor que lo oyeseis vosotros mismos.

—¿Estás de acuerdo? —inquirió Errel.

—Lo que yo piense no importa un ápice —repuso Van—. Si quieres puedes discutir tú con ella, pero no creo que te sirva de nada.

—No servirá de nada —dijo Maranth. Sus pantalones de seda eran tan anchos que parecían una falda. Instalado cómodamente sobre las tablillas de pizarra, el gato negro se lamía las patas—. Además, me necesitáis, ¿Sabes qué quiere hacer? —dijo, dirigiéndose a Errel.

—No —respondió éste—, salvo que se trate de alguna clase de truco.

—Lo es, desde luego —replicó Maranth—. Dejaré que sea él quien os cuente los detalles. Pero es necesario que un chearas vaya a Tornor y dance ante ese hombre, Col.

—Un chearas... —repitió Errel.

Van formó un puente con los dedos, las yemas tocándose.

—Por lo que me has dicho de Col Istor, acogerá bien a un grupo de danzarines. Necesitaremos un auténtico chearas, tres hombres y tres mujeres, y uno de ellos tendrás que ser tú. El éxito del truco depende de tu conocimiento de Tornor.

—Col me reconocerá —dijo Errel, frunciendo el ceño. Los sureños se miraron entre sí.

—Podemos disfrazarte de modo que no te reconozca —dijo Maranth, —Col tiene muy buena vista.

—Yo conozco Tornor —intervino Ryke.

—Sí —replicó Van—, pero no eres un cheari.

Ryke se preguntó cuál sería su plan. Incluso disfrazado y formando parte de un chearas, Errel estaría en peligro apenas entrase en Tornor. Maranth andaba alrededor del príncipe, midiéndole con los ojos, como si se tratase de un cerdo al que iba a sacrificar.

—¿Qué puede hacer un puñado de personas contra un ejército? —dijo.

—No estaremos solos —declaró Van. Parecía muy contento de sí mismo—. Dijiste que había un ejército en la Fortaleza de Pel, ¿verdad? Haremos que venga con nosotros.

Su confianza hizo que a Ryke le empezase a doler la espalda. Movi6 los músculos intentando aliviar el dolor, que iba en aumento. Quería discutir con él, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Y qué sucederá si a Sironen no le viene en gana prestaros su ejército?, pensó. Pero sentía miedo y no quería decirlo en voz alta, como si el articular tales palabras fuese a convertirlas en realidad. Estoy celoso de Van porque puede ayudar a Errel y yo no, pensó. Sintió vergüenza y resentimiento. La luz del sol se reflejaba en la inscripción que colgaba de la pared.

—¿Quién enseñará en el patio cuando te hayas ido? —quiso saber Maranth.

—Reohan —contestó Van. Reohan era uno de los mejores cheari, alguien que parecía desconocer lo que era el cansancio—. Los mercaderes estarán aquí pronto. ¿Quién tratará con ellos?

Maranth lanzó una risita.

—Puede ir Simmela. Y puede llevarse consigo a Amaranth. Ya es hora de que asuma algunos de mis deberes y le haga un poco más fácil la vida a su cansada y anciana madre. —Se encorvó, fingiendo los achaques de la vejez, y luego volvió a erguirse, tan flexible y llena de gracia como un joven árbol—. Voy a buscar nuestras ropas de montar en el cofre, chelito.

Abandonó la habitación, dirigiéndose hacia la parte trasera de la casa.

Errel se revolvió el pelo con las manos.

—Skayin —dijo —, ¿estás seguro de querer hacer todo esto?

—Tengo mis razones —aseguró Van.

Las palabras sonaron secas y cortantes, como una orden. Por un instante Ryke vio a Van tal como había sido cuando era Raven Batto, capitán de la guardia de Kendra-en-el-Delta. El danzarín se puso en pie y fue a una estancia de la parte trasera, para volver con un gran rollo de pergamino. Se arrodilló en el suelo y lo extendió sobre él. Era un mapa. Ryke sujetó con un dedo una de las esquinas. El pergamino estaba cubierto de polvo y le entraron ganas de estornudar. Errel cogió un plato de tinta del escritorio y lo puso sobre la tercera esquina del mapa, sujetando la cuarta con la mano izquierda.

Van fue golpeando suavemente las cuatro esquinas del mapa.

—Norte. Sur. Este. Oeste. —Posó un dedo sobre unos bultos que se suponía representaban las montañas—. Por lo que yo he podido determinar, nos encontramos aquí. —Deslizó el dedo hacia el norte, hacia Ryke—. Aquí está la Fortaleza de Pel. Cuatro días a vuelo de águila, pero a nosotros probablemente nos harán falta cinco. Hasta llegar a la estepa el terreno es montañoso.

Su voz estaba llena de autoridad, y Ryke se preguntó si habría estado allí. Pero Sorren había dicho que Van no conocía el norte. Jaret había hablado con idéntica autoridad sobre hechos históricos que habían ocurrido antes de que él naciese. Ryke pensó que quizá ese tipo de voz fuese parte del entrenamiento de un erudito.

Se inclinó sobre el pergamino. Era muy sencillo, sin ninguna tinta dorada. En algunos lugares las líneas se habían vuelto grises. Alrededor de las fronteras había frases trazadas con la escritura del sur.

—¿Maranth piensa realmente venir con nosotros? —inquirió Errel.

—Nunca dice nada que no piense hacer realmente —replicó Van.

—¿Quién más vendrá?

—Necesitaremos a seis —dijo Van.

—Sorren irá —aseguró Ryke.

Van y Errel le miraron sorprendidos. Ryke se ruborizó. No había pensado hablar..., el nombre había parecido salir por sí solo de su boca.

—¿Lo ha dicho? —preguntó el príncipe.

—No.

—Habla con ella —dijo Van.

—Lo haré —contestó Errel. Flexionó la mano derecha—. Es una buena idea. Ella conoce Tornor.

Se puso en pie y una esquina del pergamino se enrolló al haber dejado de sostenerla. Se acercó a la ventana y se acodó en el alféizar. Llevaba el anillo de Tornor en el dedo medio de la mano derecha.

—¿Cuánto tardaremos en partir? —le dijo a Van. El danzarín frunció el ceño.

—Nos hará falta algún tiempo para practicar como un chearas —afirmó—. Pongamos tres o cuatro días.

El gato negro decidió que deseaba salir y, de un salto, se encaramó en el alféizar. Su cola rozó la mejilla de Errel. Él intentó cogerlo, pero el gato se le escabulló entre los dedos.

—¿Hay alguien en Vanima que tenga un arco de caza? —preguntó.

Ryke se puso en tensión.

—No —dijo Van—. Tratamos de mantener las armas fuera de este valle.

Ryke se lamió los labios.

—Príncipe, en el almacén hay troncos viejos —dijo. Errel le miró. Sonrió levemente, frunciendo apenas las comisuras de la boca.

—¿De veras?

Van, Maranth, Ryke y Errel fueron al patio. Todos hablaban, y el zumbido de las conversaciones llenaba el aire.

—¡Escuchad! —gritó Van. Su profunda voz dominó todos los demás sonidos—. Callaos y escuchad.

Los murmullos se fueron apagando. Los danzarines y las parejas de combatientes les rodearon en silencio. Van les inspeccionó con la mirada, con las manos en las caderas.

—Dadme un momento —les pidió—. Deciros esto resulta difícil. —El silencio pareció hacerse más denso. Ryke deseó que hubiese alguna pared en la que apoyarse—. Me voy de Vanima —declaró.

Extendió las manos, con las palmas hacia afuera, como si se tratase de acallar sus gritos. Nadie habló. En el aire del patio flotaba el aroma de la madreselva, frágil como el primer copo de nieve del invierno.

—Me voy al norte. Maranth me acompaña, y algunos otros. No estaremos mucho tiempo fuera, dos meses como máximo. —Volvió la cabeza a un lado y a otro, buscando rostros entre la multitud—. El valle prospera. Ya estamos en primavera; no es mal tiempo para viajar. Si nos vamos pronto, regresaremos antes de la cosecha.

Su voz fue cobrando fuerza. Los que trabajaban en los campos se habían detenido y se volvían para mirar hacia el patio. Ryke tuvo una imagen repentina de Vanima, en el centro de las montañas, con todo el mundo extendiéndose a su alrededor, como un cuenco aplanado extendido sobre el terreno.

—¿Quién dirigirá el patio mientras no estés? —dijo alguien.

—Reohan —contestó Van.

Reohan alzó una mano para protestar. Van le miró con sus ojos llameantes y Reohan tragó saliva, quedándose quieto.

—¿Adonde vais? —quiso saber Hadril.

—Al norte. Eso es todo lo que os hace falta saber.

—¿Y si no regresas? —dijo Lamath.

Todos parecieron contener el aliento, con la boca abierta. Van puso los brazos en jarras, inclinando la cabeza a un lado.

—¿Acaso pensáis que no regresaré? —les dijo, desafiante. Nadie se atrevió a responderle. Su voz se hizo un poco más suave—. Puede que no regrese. Pero vine a Vanima para enseñar, y si no vuelvo ya sabéis lo suficiente como para enseñaros unos a otros. El arte que he creado vivirá. Ya ahora puede extenderse sin mí. —Dejó caer las manos a los costados—. Bueno, ya basta. Trabajemos un poco. Hadril, tráeme un cuchillo.

Hadril le obedeció mientras se formaba un círculo de danzarines. Se oyó la voz de Orilys, contando algo temblorosa los pasos. Ryke se escabulló rápidamente, saltando la valla antes de que alguien tuviese la idea de llamarle. No era un cheari; no formaba parte del sueño. Y no quería serlo. Su propio sueño era Errel, señor de Tornor, y Col Istor muerto. Se dirigió hacia el cobertizo de las herramientas en busca de una azada.

Permaneció todo el día en los campos. Descubrió que disfrutaba cada vez que la azada mordía el suelo, al igual que gozaba con el canto de los insectos entre el trigo, el calor, el sudor salado que le escocía en los labios, el polvo que parecía invadirlo todo. Cuando acabó de cenar se dio cuenta de que Errel no había aparecido por el refectorio y que, de hecho, el refectorio se encontraba vacío. Salió presuroso del salón. Un búho, absorto en su cacería, pasó casi rozándole la oreja. La luz brillaba a través de las rendijas de los postigos azules. Ryke abrió la puerta y el olor del fuego de turba asaltó su olfato. Errel estaba sentado junto a la chimenea, con las piernas cruzadas. En el dintel ardían dos velas. Sobre un taburete, un plato de aceite derramaba un círculo de luz amarillenta sobre el suelo. Las tablas estaban cubiertas de astillas y serrín. Errel, con el hacha en la mano, daba forma a una vara de madera. Se había recogido el pelo con una tira de cuero para impedir que se le metiese en los ojos. Sostenía el hacha con la mano derecha y el dedo lisiado no parecía estorbarle demasiado. Ryke vio que junto a los pies tenía una hebra de lino, retorcida como una serpiente, que formaría la cuerda del arco.

Errel sostuvo un instante la vara de madera entre los dedos, comprobando alguna imperfección con la yema del pulgar. Ryke distinguió el fino grano de la madera, allí donde la corteza dejaba paso al corazón del tronco; la corteza era blanca, la parte central de un color rojo oscuro semejante al del cobre.

—No sabía que hubiese madera de tejo en estos bosques -dijo.

—Pues debe de haberla —contestó Errel—. Encontré dos troncos en el almacén. El primero estaba deformado a causa del viento, pero éste es recto. Puede que no sirva de nada. Si se parte...

—Señaló hacia la cama. En el rincón había cuatro astas más—. Probaré con una de éstas. Es madera de cicuta.

Blandió el hacha con un silbido, cortando la madera con tal seguridad que la herramienta parecía moverse por voluntad propia.

Hizo falta un día más para terminar el arco. Errel lo tensó al máximo, pero no se partió. Le hizo una empuñadura con piel de gamo, reforzándola con vitela blanca, y pintando a cada lado la estrella roja de ocho puntas sobre un campo blanco que era la enseña de Tornor. Una vez frotada con aceite de semilla de lino hervida, la empuñadura brillaba, y era tan suave al tacto como si fuese de seda. Apoyado contra la pared, el arco brillaba como una serpiente. (Cuando se despertaba en la oscuridad a Ryke le parecía que se movía. Pero bastaba con abrir y cerrar los ojos para que lo viese tal como era en realidad, meramente una vara de madera pulida y recubierta de aceite.) Al día siguiente Errel trajo del almacén un tronco de abedul blanco e hizo diez flechas. Como guías usó plumas de urogallo. Le pidió prestado a Maranth un pincel de pelo duro y una barra de tinta y, sentado bajo el cálido sol del mediodía, pintó de negro una pluma en cada flecha.

—¿Me acompañas al establo? —dijo cuando el sol ya estaba ocultándose—. Quiero practicar un poco con un blanco.

Dikta preparó un carro al que unció uno de los caballos que se usaban para arar. Ryke y Errel colocaron en el carro cuatro balas de paja y Ryke se instaló en el pescante.

—¿Hacia dónde queréis que vaya?

—Sube por el sendero hasta el molino —le instruyó Errel.

Ryke chasqueó los labios para que el caballo empezase a moverse. El sendero estaba lleno de las rodadas que habían dejado en él otros carros antiguamente. Las balas de paja se movían cada vez que las ruedas del carro encontraban un bache. Antes de llegar al molino Errel le señaló dos grandes hayas cuyas hojas color cobre pendían inmóviles en la cálida atmósfera. Ryke aproximó el carro a los árboles y luego hizo caer las balas de paja al suelo, apoyándolas contra los troncos.

Errel retrocedió, midiendo cuidadosamente la distancia de tiro. Tomó el arco, puso una flecha en él, lo tensó y disparó. La saeta giró cruzando el aire para hundirse profundamente en el heno. Disparó las diez flechas. Ryke aguardó a que bajase el arco antes de acercarse a los blancos. Todas las flechas habían dado cerca del centro, aunque ninguna se había aproximado tanto como la primera. Ryke tiró de ellas hasta sacarlas. En tiempos pasados había visto cómo Errel disparaba seis flechas agrupando los blancos tan cerca el uno del otro que era imposible meter la mano entre ellas.

Chayatha llegó al valle.

Ryke y Sorren estaban tendidos en una hondonada junto a una ladera cubierta de trébol. La teñidora iba por el sendero montada sobre una yegua de variopintos colores, tan flaca que se le podían contar las costillas. La yegua estaba cubierta de manchas irregulares, negras, rojas y blancas, como si le hubiesen echado encima también tinta de varios colores.

—Los mercaderes ya deben de estar aquí —dijo Sorren, chupándose el dedo—. Malditas sean esas espinas.

Habían estado recogiendo moras y se había clavado una espina en el dedo. En venganza, se había comido una cuarta parte de las moras antes de llevar el saco a la cocina. Tenía los labios y las yemas de los dedos de color azul.

—¿Sigue sangrando?

—No, ya ha parado. —Volvió a tenderse sobre la hierba—. He comido tanto que no quiero moverme.

—¿Quién es ahora la perezosa? —dijo Ryke. Ella le miró de soslayo y le sonrió. Tenía una mejilla manchada de azul—. Ahora no debe de haber moras en el norte.

—Ya lo sé —dijo ella. (Esa mañana, en la parte trasera de la casa, le había dicho: «Errel me lo ha contado. Iremos contigo».) Alguien se acercaba a ellos. Ryke se apoyó sobre un codo para ver mejor. Era Norres. Sorren se incorporó y palmeó el suelo junto a ella.

—Ven a sentarte —la invitó. Norres meneó la cabeza.

—Pensé que quizá deseases venir conmigo para recibir a Chayatha.

Miró a Ryke. Tú no, decían sus ojos, y la mirada de aquellas pupilas grises le hizo sentirse incómodo y apartar la vista.

—Estoy repleta —gimió Sorren.

Sin decir ni una palabra más, Norres se dio la vuelta. Sorren se puso en pie de un salto.

—Eh... —exclamó, apretando el paso para alcanzarla—, que eso no era una negativa, amor.

Bajaron por la colina, Sorren rodeando con el brazo los hombros de Norres. Ryke volvió a tenderse. Había estado pensando toda la mañana en Tornor, intentando verlo con claridad, y había descubierto que le resultaba imposible. Se dijo que no debía permitir que

eso le inquietase. Tornor seguía allí. Pero su incapacidad para verlo le asustaba. Era como si la Fortaleza y el norte se hubiesen convertido de pronto en algo mítico.

Un guaco salió volando de la espesura, lanzando furiosos graznidos. Alguien más estaba subiendo por la colina. Era Hadril, saludándole con la mano. Van, por razones que no había aclarado o que por lo menos Ryke no había estado presente para oír, le había escogido para ser el sexto miembro del chearas. Iba descalzo, sin camisa, y chorreaba sudor.

Se dejó caer sobre la hierba con un gruñido de satisfacción.

—Uf.

Ryke no pudo evitar una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Hemos estado bailando. Y bailando. Hemos acabado ahora mismo. Me he tirado la mitad del pozo por encima de la cabeza. —Rodó sobre la espalda. Tenía la piel de gallina en los brazos y el pecho—. Ah, qué bien se está al sol...

Arqueó la espalda, tan inocente en su placer como si fuese un animal joven.

Ryke sintió un pequeño nudo de tensión formándose entre sus caderas. Apartó los ojos del muchacho.

—La verdad es que aún no me creo que vaya al norte —dijo la límpida voz de Hadril—. ¿Ryke? —Ryke volvió la cabeza. Hadril se había sentado sobre el suelo, con las rodillas pegadas al pecho—. Esto no podría decírselo a nadie aquí —le confesó con timidez—, pero a ti puedo contártelo. Ya sé que rompe el chea y que está mal, pero tengo muchas ganas de ver una guerra.

—Ya la verás.

—Ha llegado Chayatha.

—Sí. Ya la he visto.

—Le está tiñendo el pelo de rojo a Errel.

—¿Qué?

—Dijo que eso ayudaría a disfrazarle. Ryke dio un puñetazo en el suelo.

—Estúpidos sureños... —En Tornor nada resultaría más conspicuo que un pelirrojo—.

Mierda.

Se puso en pie de un salto y el guaco surgió nuevamente de su nido, graznándole irritado.

Corrió hacia la casa de Van y Maranth. Errel estaba sentado en una silla, vistiendo una camisa de un vivo color rojo. Le habían cortado bastante el pelo y el que le quedaba lo tenía erizado y grasiento. El polvo de herma parecía barro verde y olía igual que la alfalfa. Van, al que todo parecía interesarle, estaba observando el aromático proceso. Ryke se había olvidado de lo alta que era Chayatha. Eso hacía que discutir con ella fuese aún más difícil.

—Todos se quedarán mirándole —dijo.

—Cierto —asintió la teñidora—. Pero verán su pelo y sus ropas, no su cara. ¿Lo entiendes?

A regañadientes, Ryke acabó por decidir que eso tenía sentido.

—¿Y si Col te reconoce? —le dijo a Van—. ¿O a ti? —le dijo a Sorren.

—No lo hará —replicó Sorren—. Tengo el pelo mucho más largo. Además, seré una mujer, no un ghya. Norres no hablará mucho, para que no se acuerden de su voz. Yo seré la que hable.

—Siempre lo haces —dijo Chayatha. Amaranth entró en la casa y arrugó la nariz.

—Esto apesta. ¿Qué estáis haciendo? —Chayatha se lo contó y ella se echó a reír—. ¿De qué estáis intentando disfrazarle, de incendio?

Van, Maranth, Sorren, Norres, Hadril y Errel bailaron esa noche en el patio despidiéndose del valle. Las antorchas ardían, lanzando sus ascuas hacia el cielo carente de luna. La cabellera cobriza de Errel le convertía en un ser grotesco y exótico. Ryke

estaba nervioso y no paraba de moverse, andando de un lado a otro, demasiado inquieto para sentarse junto a los demás. El público estaba tan solemne como si alguien hubiese muerto.

—Leed las Cartas —le dijo a Errel cuando volvieron a la casa.

Había esperado que el príncipe le hiciese alguna objeción, que se riese de él, que dijese: Tú no crees en las Cartas... Pero Errel abrió el cofre, sacando de él la alforja que había traído desde Tornor y extrayendo las Cartas de su interior. Estaban envueltas en un pedazo de seda roja. Errel las barajó. El dorso de las cartas estaba algo descolorido a causa del uso. La imagen que había al dorso era la misma en cada Carta: una estrella roja sobre un campo blanco. Sobre algunas de las Cartas el color blanco se había vuelto grisáceo. Ryke se preguntó si serían muy viejas.

Errel las extendió sobre el suelo delante de la chimenea. Las llamas ardían en el hogar, saltando vivazmente. Ryke miró las imágenes. Nunca se había fijado con anterioridad en lo hermosas que eran. En la Carta del Mensajero el caballo casi parecía moverse. No tenía ninguna idea de qué deseaba que le dijese las Cartas. El Señor de la Carta tenía echado a los pies un perro lobo negro, igual que la perra de Athor. Estaba dibujado con mucho cuidado, con minuciosa precisión. Se preocupan de las cosas, había dicho Col refiriéndose a Sorren y Norres. Buscaría el rostro de Col en las Cartas.

—Las Cartas del pasado —dijo Errel—. El Señor, invertido. Eso significa rehenes o una herencia perdida, o ambas cosas a la vez. La Rueda significa el destino, la suerte o el azar. El Mensajero significa una nueva comprensión de las cosas, o nueva información, o ayuda de una fuente exterior. La Dama invertida quiere decir pobreza, inactividad y guerra.

Col estaba en todas esas Cartas, pensó Ryke.

—Seguid —dijo con voz hosca.

Errel tocó con los dedos la siguiente hilera de Cartas.

—La Observadora de Estrellas. Eso quiere decir planes, o la verdad. El Ilusionista significa que algo se ha entendido mal, la fantasía y el engañarse a uno mismo. El Sol significa que se cumplirán los deseos. Alguna parte de nuestro plan se basa en la fantasía, pero no es lo bastante grande como para hacer que vaya mal. El Arquero significa una decisión tomada y un desafío aceptado. —Tocó la última hilera de Cartas. El Lobo, con las fauces abiertas, parecía atisbar por debajo de su mano. Ahí, pensó Ryke, ahí está Col—. El Lobo. Los Amantes. El deseo o la pasión pueden llevar a uno de nosotros a una elección inesperada. El Águila. Uno de nosotros hará un sacrificio. La Torre. La destrucción del orden actual.

La imagen que había en la Carta era la de una gran torre fulminada por el rayo, derrumbándose hecha pedazos... Ryke se imaginó que era la Atalaya de Tornor, arrastrando consigo en su caída a Col Istor hacia una muerte segura entre sus ruinas. No quiero que muera de ese modo, pensó. Quiero matarle yo mismo, en persona —¿Significa todo eso que ganaremos la guerra? —preguntó. Errel reunió todas las Cartas en un montón y las envolvió nuevamente con la seda. El fuego arrancaba destellos al anillo de rubí.

—No dice eso —le respondió. Miró hacia el arco que reposaba en el rincón. Al hablar, había cierta ironía en su tono—. Las Cartas rara vez son tan... directas. Tampoco dicen que vayamos a perder.

Un ascua salió despedida a través de la rejilla de la chimenea y cayó junto a su mano. Se mojó el pulgar con la lengua y la apagó.

Abandonaron el valle al amanecer.

Van les despertó llamando dos veces a la puerta. Errel saltó inmediatamente de la cama. Ryke se preguntó si habría estado despierto, esperando la señal. Subió desnudo la

escalera hacia el altillo, llamando en voz no muy alta a Sorren y Norres. Una voz que no pudo reconocer le respondió.

—Estaremos abajo dentro de un momento.

Las palomas parloteaban satisfechas en los aleros. Ryke se frotó el rostro con las manos.

Sacó la ropa y las alforjas del cofre. Se vistieron de lana y cuero; la lana olía a cedro. La ropa estaba algo tiesa, caliente y rasposa al tacto. Ryke se sentó en el borde de la cama, luchando para ponerse las botas de montar. Cuando se puso en pie, como estaba poco acostumbrado a los tacones, le pareció que iba a perder el equilibrio; notaba como si fuese a caerse de bruces. Errel llevaba la camisa roja que le había dado Maranth. Le quedaba un poco grande. El cabello teñido de rojo, que le llegaba hasta los hombros después de habérselo cortado, le hacía parecer un extraño. Ryke se preguntó si a Col se lo parecería también.

Se echó agua en la cara. Tenía sueño. Había permanecido despierto toda la noche, dándole vueltas al plan una y otra vez en su mente, buscando la fantasía y el fallo que pudiese haber en él. No podía soportar la idea de que algo saliera mal. Abrió los postigos. Hacia el oeste, el cielo estaba negro. Por el este, la luz del alba teñía los picachos de un color dorado. En el norte ardía una estrella, como un faro solitario.

Norres y Sorren bajaron la escalera. Sorren sonreía. Norres guardaba silencio, más lejana y distante de lo que jamás la hubiese visto Ryke. En sus ojos había una expresión férrea y malhumorada. Ryke se acordó de aquella noche en la Fortaleza de Berent el Tuerto, cuando habló por primera vez de Vanima. Había dicho que era el hogar. Ventiló las ropas de la cama, sabiendo que lo hacía por última vez. Errel le ayudó a tenderlas delante del alféizar de la ventana. Norres, las manos metidas en los bolsillos, estaba de pie, inmóvil, junto a la chimenea. Sorren, con el ceño fruncido por la impaciencia, les observaba.

—No hace falta que hagáis eso —les dijo.

Fueron andando hacia el refectorio. Los pájaros cantaban en los aleros y entre la espesura. Las puertas de las demás casas estaban abiertas y la gente les miraba, apoyada en el umbral.

—Adiós —les decían en voz baja, en el silencio de la mañana—. Que tengáis suerte en vuestro viaje. Regresad.

Nadie lloraba, pero Ryke pudo oír las lágrimas severamente contenidas en algunas voces. El largo brazo de Dorian les saludó desde la ventana de un altillo. Las suelas de madera de sus botas mordían el polvo de la calle, dejando detrás de ellos pequeñas huellas en forma de media luna. El gato de Maranth se movía cauteloso, con las orejas echadas hacia atrás, persiguiendo a un lagarto, sin hacer ningún caso a las voces que les despedían con tonos apagados mientras iba naciendo el día.

Norres lo cogió en brazos. El gato se retorció un poco y luego se instaló cómodamente entre sus manos y se puso a ronronear. Ella frotó el rostro en su pelaje. El gato le lamió el mentón y ella lo dejó en el suelo. Chayatha estaba junto al pozo. Abrazó a Norres y luego a Sorren, y les murmuró algo que Ryke no pudo oír. Luego se volvió hacia Errel y le susurró algo. El príncipe asintió. Por último, se encaró con Ryke. Su túnica estaba llena de manchas multicolores y olía débilmente a tintes.

Ella le examinó lentamente. No llevaba puesto el sombrero. Su cabello, como el de Van, combinaba los tres colores: negro, rojo y rubio. Le golpeó el pecho con un dedo duro y huesudo.

—Al final del camino encontrarás lo que desea tu corazón —le dijo—. Ten cuidado con lo que hay en él.

Ryke sintió que se le erizaba el vello del dorso de las manos. De pronto, le recordó a la vieja Otha, la curandera, murmurando inclinada sobre sus pucheros.

—¡Vamos! —dijo Sorren.

Se apartaron del pozo y la siguieron hacia el refectorio. Ryke miró hacia atrás al cruzar el umbral. Chayatha seguía inmóvil junto al pozo, observándoles. Le alegró que estuviese demasiado oscuro para verle los ojos.

En la cocina les habían preparado provisiones: frutos secos, queso, carne curada, fruta recién cogida del árbol y odres bien llenos de agua. Maranth habló con Simmela en un rincón, moviendo mucho las manos. Amaranth estaba también allí, solemne y silenciosa. Ryke se preguntó si tendría miedo de quedarse sola. Oyó ruido de caballos y miró hacia la calle. Dikta se acercaba con una reata de siete caballos, ensillados y con las bridas ya puestas. Ryke reconoció el garañón castaño de Errel, removiéndose inquieto en el último lugar de la fila. Amaranth se lanzó a los brazos de su padre y él la sostuvo, hablándole en voz baja, acariciándole el pelo. Ryke se fue con los caballos, llevando un odre de agua en la mano. Su ropa de montar le daba la impresión de ir recubierta por un caparazón. Cogió las riendas del castrado gris que le ofrecía Dikta. Hadril salió del refectorio. Tenía el rostro radiante y excitado. Ryke montó. El garañón de Errel dio una corveta. El príncipe le golpeó sin mucha fuerza y el caballo piafó, sorprendido.

—Hijo de un pollino callejero —le dijo al caballo.

Van y Maranth salieron a la calle. Sus ropas de cuero estaban manchadas y llenas de remiendos, con todo el aspecto de no haber sido usadas durante mucho tiempo. Los dos montaron a caballo.

—Vámonos —dijo Van.

Hizo virar a su montura, un garañón de color pardo, para que enfilase el sendero. Los demás le siguieron, emprendiendo la marcha. Ryke miró una sola vez hacia los campos oscuros y dormidos. La única señal de vida era un halcón que caía en picado sobre su presa.

## 13

Van abría la marcha. El valle se perdía rápidamente a sus espaldas. En las alturas hacía bastante frío, y al atardecer ríos de niebla fluían sobre los picachos. Ryke agradeció el calor del tejido de lana sobre su piel.

El primer día cabalgaron a través de un agotador laberinto rocoso. Hicieron alto en un canal de arena que parecía haber sido tallado por algún viejo río, seco hacía ya mucho tiempo. Errel encontró un árbol muerto y logró sacarlo del suelo. Ryke descubrió un hueco del terreno y encendió una hoguera en él. Todos se apretujaron alrededor del fuego. La madera reseca ardía rápidamente, y la niebla caía sobre ellos como una mano opresiva.

Maranth temblaba pese al grueso forro de lana de su manto.

—¿Todo el c-c-camino al norte va a ser así? —quiso saber.

—No todo —contestó Errel—. Cuando abandonemos las tierras altas hará más calor.

—Menos mal.

A Ryke le dolía todo. Se preguntó si algo viviría en las rocas. Parecía como si las hubiesen construido, capa sobre capa, empezando por el fondo hasta llegar a la cima. Todas eran de colores distintos. Intenté conciliar el sueño contando las estrías del color. Perdió la cuenta dos veces y tuvo que volver a empezar. Sorren removía la hoguera con un palo.

—Hay un dicho en el norte: hace más frío en las montañas porque se acercan más a la noche —les contó.

Maranth se apretó bien el manto alrededor de los hombros.

Norres se puso en pie y desapareció en la dirección en que estaban los caballos. Cuando volvió llevaba los brazos cargados de pieles. Había sacado las capas de piel de las alforjas.

—Duerme con ellas —dijo—. Estarás caliente.

—Ponte una debajo y una encima —le aconsejó Sorren. Maranth se frotó el rostro con el largo y oscuro pelaje.

—Ah... —Empezó a extender las capas y se detuvo—. ¿No las queréis?

Sorren meneó la cabeza.

—No tengo frío. Nací en el norte.

Ryke se frotó los brazos. Él sí tenía frío. Vio como Sorren y Norres se envolvían en una capa de lana. En algún lugar entre las rocas sonó el grito de un gato montes. Hadril se estremeció.

—No pasa nada —dijo para que el muchacho se tranquilizase—. No se acercarán al fuego.

Como para burlarse de sus palabras, el gato volvió a gritar. Los caballos relincharon inquietos. Ryke miró a Errel.

—El invierno ha sido largo —dijo.

El príncipe asintió. Tenía el arco junto a él, sin cogerlo pero bien al alcance de la mano.

—Durmamos —dijo—. Si se acerca más los caballos nos avisarán. —Se envolvió un poco más con la capa—. Duérmete —le dijo a Hadril.

El muchacho metió la cabeza debajo de la capucha y estiró las piernas, acercándolas al fuego. La hoguera disipaba la niebla, de modo que se encontraban en un espacio despejado, pero por encima de sus cabezas los picachos eran invisibles. Ryke tuvo una imagen repentina del gato, atraído por el calor y el olor de los seres vivos, acercándose con su paso silencioso hacia ellos.

Se envolvió mejor con la capa y se dijo que no debía portarse como un idiota. No iba a permanecer despierto, imaginándose un desastre tras otro como un niño tonto. Contempló las capas de roca. Aquélla era roja, y aquélla tenía el color rosado del pescado recién sacado del río, y aquella otra era de un amarillo pálido, como el vientre de una rana...

Le despertó el estruendo. Un caballo lanzaba agudos relinchos. Una mujer gritó, dando una orden o un aviso. Oyó el rugido de un gato montes... Se incorporó de un salto, luchando por librarse de la capa de lana que se le había enredado, no sabía cómo, en los tobillos. Bajo la grisácea claridad que precede al amanecer vio encabritarse al garañón de Errel, luchando con la cuerda que le mantenía sujeto a una estaca, y un dardo de pelaje leonado que solamente podía ser el gato montes. Después de todo, había logrado encontrarles.

—¡No te muevas! —le gritó roncamente Van a Norres, que se dirigía hacia los caballos.

El arco resonó con un chasquido. El garañón, que había logrado romper la cuerda, se lanzó al galope por el sendero..., pero el gato, con una flecha traspasándole el pecho, cayó pesadamente al suelo. Se retorció una sola vez y luego quedó inmóvil. Ryke era el que estaba más cerca de él. Avanzó cautelosamente, pero el gato no se movió. Sus orejas (melladas, llenas de cicatrices y quemaduras) no giraron hacia él. Caminó alrededor del animal, examinándolo. La sangre fluía de la herida en el pecho y de la boca abierta. Estaba muy flaco a causa del hambre que había pasado durante el invierno, y apeataba.

—Tenía hambre —dijo Hadril en voz baja—. Parecía famélico.

—Mejor que lo estuviese —aseguró Errel detrás de él—, o quizá mi flecha no le hubiese matado. —Apoyó un pie sobre el cadáver del gato y sacó la flecha de un tirón, sosteniéndola en alto. La punta ahora embotada y la mitad de la varilla estaban manchadas, cubiertas de sangre y pelos—. Ninguna de las flechas tiene puntas adecuadas. No tuve tiempo de colocarlas. No creí que fuésemos a cazar nada mayor que un conejo o alguna marmota madrugadora.

Y, tranquilamente, se puso a buscar un manojo de hierba con el que limpiar la flecha.

Ryke regresó al lugar en el que habían estado durmiendo. Recogió la capa de donde la había tirado. Le temblaban las manos. Todo había sucedido tan aprisa que no había

tenido tiempo de reaccionar. Norres estaba calmando a los caballos, que seguían aterrados. Hadril, que había ido a buscar al garañón, regresó corriendo por el sendero.

—No hay forma de que vuelva —les informó.

—Déjale —dijo Norres—. Nos seguirá y volverá cuando se le despierte el hambre. Por aquí no tiene hierba suficiente. Tendréis que ir los dos en el mismo caballo —le dijo a Errel.

—No importa.

—Puedes montar conmigo —dijo Maranth—. Soy más ligera.

—No —rechazó Norres—. Alguien tendría que montar con Ryke. Su caballo es fuerte y puede aguantar el peso.

Sorren, acucillada en el suelo enrollando un manto de pieles, miró sonriente a Errel.

—Yo montaré con Ryke, hermano. Coge mi caballo.

Ryke vio como Van fruncía el ceño. El danzarín no dijo nada. Pero cuando estaban desatando los caballos de las estacas, murmuró:

—¿Hermano? Eso explica muchas cosas. Sorren le sonrió inexpresivamente.

—¿De veras?

Hadril daba vueltas alrededor del cuerpo del gato.

—¿No deberíamos coger un poco de su carne? —inquirió, empujándolo con la punta de la bota.

—Dudo que consigas subirlo a un caballo y llevártelo —dijo Norres.

Errel cogió las riendas de la yegua color castaño de Sorren. Ryke se inclinó un poco para ayudar a ésta a subir detrás de él. Ella sonrió y le cogió del codo. El caballo apenas si se movió bajo el peso extra.

—Échate un poco hacia delante —le dijo Sorren, y él se acercó un palmo más al cuello del animal. Sorren se apretó contra su cuerpo, haciéndole cosquillas en la nuca con el pelo—. Así está bien.

—Probablemente estaba enfermo y será demasiado correoso para masticarlo —dijo Errel, montando sobre la yegua—. Dejadlo. Ya se lo comerán.

—Parece un desperdicio inútil —dijo Maranth.

La neblina que les rodeaba estaba empezando a despejarse. Van ya se hallaba en el sendero. Maranth se encogió de hombros y con un chasquido de los labios hizo avanzar a su montura. Detrás de ella iba Norres, luego Errel y Hadril. Ryke y Sorren iban los últimos, para no retrasar a los demás cuando su montura empezase a ir más despacio a causa de su carga. Detrás de ellos, invisible, el garañón castaño lanzó un relincho. Ryke oyó resonar sus cascos entre las rocas, despertando un sinfín de ecos.

Hacia el mediodía ya habían salido de las montañas. Las nubes habían aclarado y el cielo no era azul, sino de un extraño color pastel parecido a la flor del espliego. Van sacó un mapa como el que había desenrollado sobre el suelo de la casa, pero más pequeño y no tan detallado, para explicarles dónde se encontraban. A Ryke le seguían doliendo los muslos, pero el resto de su cuerpo ya se había recuperado. Le preguntó a Van en qué lugar del mapa se hallaba la aldea de Chayatha.

—No está marcada —dijo éste—. Pero yo diría que por aquí.

—Señaló el pergamino con el pulgar—. Nos encontramos a unos dos días al oeste de ella.

Volvió a guardar el mapa en su alforja. Se encontraban sobre un pequeño promontorio; hacia el oeste y el sur se alzaban las colinas rojas. Hacia el norte, todo era gris. Por el este se distinguía una masa alargada de sombras; Ryke pensó que quizá se tratase de bosques.

La estepa estaba adornada con pequeñas manchas de verdor: eran grupos de pinos enanos. Una leve humareda se enroscaba en el aire, cobrando un tono marronáceo contra el extraño colorido del cielo.

—Debe de ser una aldea —dijo Errel—. Vayamos hacia allí. Sorren señaló con el dedo hacia el garañón.

—¿Crees que podrás coger ahora a ese animal? El caballo les contemplaba fijamente, golpeando con los cascos el duro suelo.

—Le cogeré —dijo Norres.

Se puso en pie y caminó hacia el caballo, hablándole con suavidad. La cola del garañón se enderezó como un estandarte. Dio dos envarados pasos hacia atrás, apartándose de ella, listo para lanzarse al galope con los ojos tan brillantes como los de un potrillo, pero ella siguió hablándole y un tiempo después el garañón bajó la cola y permitió que ella cogiese la cuerda que aún colgaba de su cuello.

Errel trajo la silla y las bridas.

—Gracias —le dijo, cogiendo la cuerda—. Saludos, monstruo miserable. Estáte quieto.

Le frotó el hocico y luego le puso el bocado.

El humo resultó no ser de una aldea sino de una granja aislada, compuesta por el edificio y un granero conectado a él. Los dos eran de piedra, vieja y grisácea. Los campos, ya arados, relucían como si fuesen pedazos de carbón cuidadosamente tallado; el suelo pedregoso, hendido por la reja del arado, había adquirido un brillo iridiscente. Al acercarse a la granja un perro apareció por la parte trasera del establo, ladrando y con la lengua fuera, pero se detuvo a respetuosa distancia de los cascos de los caballos.

Una mujer se les acercó rodeando la casa.

Andaba encorvada, en silencio, con el rostro pálido.

—Ven, Grip —dijo llamando al perro.

El animal fue corriendo a su lado. El traje y la capucha de la mujer eran de lana marrón y, como buena nortea, llevaba el pelo recogido en una larga trenza.

—Saludos —les dijo con el tranquilo acento del norte, echándose la capucha hacia atrás. Parecía joven, lo que significaba que apenas si sería una niña, pensó Ryke—. ¿Vais hacia el pueblo?

—Sí —respondió Sorren, pronunciando la palabra al áspero modo nortea, tan distinto de la melodiosa entonación del sur—. ¿Podemos llenar nuestros odres en vuestro pozo?

Ella señaló la granja, donde, al lado del gallinero, se alzaba el picudo tejadillo de un pozo. La mujer frunció los labios y acabó asintiendo. Ryke y Hadril desmontaron.

El perro lanzó un ronco gruñido, con el pelo del cuello erizado y amenazador.

—Calla —le dijo la mujer.

De los siete odres, cuatro estaban vacíos. Hadril contempló los solitarios edificios. Cuando se acercaron al pozo oyeron crujir un postigo y un rostro marcado por la edad les observó desde el interior de la granja. Ryke no pudo distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. A lo lejos oyeron balar a las ovejas.

—Oigo ovejas y las huelo pero no las veo —dijo el muchacho, probando el agua—. Es buena.

—Las ovejas deben de encontrarse en el granero.

Una vez llenos los odres pesaban bastante; los brazos de Ryke protestaron ante la carga. Cuando regresaron junto a los caballos, que les esperaban agrupados en el camino, Ryke oyó cómo el postigo se cerraba detrás de ellos, y al pasar al lado de Sorren y la mujer, oyó que ésta decía:

—¿Muerto? ¿Estás segura?

—Lo vi —dijo Sorren.

La mujer dio una palmada y echó a correr como un gamo hacia el granero.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Maranth.

—Ese gato montes estaba viviendo a costa de las ovejas —dijo Sorren—. Mató a tres de sus perros. Lo oyeron hace dos noches y encerraron a las ovejas. Su hombre salió a cazarlo y ella está esperando a que vuelva. Le dije que lo habíamos matado y que parecía famélico, así que, con toda seguridad, no había comido nada del tamaño de un hombre.

Ryke ató el odre a la grupa del caballo.

—¡Mirad! —exclamó Hadril.

Todos se volvieron para ver cómo las ovejas, liberadas de su encierro, corrían como un río blanco hacia la estepa, seguidas por el perro, que ladraba estrepitosamente.

Pasaron junto a más granjas. Había estado lloviendo; en algunos sitios los campos arados parecían cuadrados negros recortados en el fango. Los cuatro norteños y Van cabalgaban sin las capuchas, pero Maranth y Hadril, quejándose del frío, se habían cubierto con ellas. Allí donde la tierra no había sido arada tenía un color verdoso, no el verde vivo y brillante del verano sino la leve y evanescente tonalidad verde de la primavera. Ryke, montado sobre su caballo, lo contemplaba todo con alegría. Aquél era el aspecto que debía tener la primavera. Cuando la tarde tocaba a su fin llegaron a una aldea. Había en ella un herrero, un carnicero, un curtidor y un pequeño espacio de forma cuadrada que se usaba como patio. Dentro de él dos chicos se golpeaban entre sí con espadas de madera. Van se acercó inmediatamente a la puerta del patio para observarles.

El jefe de la aldea acudió para hablar con ellos. No dejaba de mirar a Maranth. Les preguntó cortésmente quiénes eran y hacia dónde iban. Estaba claro que no eran mercaderes, ya que no llevaban carros. Les explicó que en la aldea no había posada, pero sí un granero que se mantenía tradicionalmente vacío para los mercaderes, con sitio para los caballos, un agujero para encender fuego delante del edificio y un amplio altillo en el que dormir...

—Gracias —dijo Errel.

Llevaron los caballos al granero y una vez en él los restregaron con paja.

—¿Por qué no dejaba de mirarme ese hombre, maldita sea? —se quejó Maranth—. Me porté como una buena mujer del norte y ni siquiera abrí la boca.

Errel rió.

—Probablemente nunca ha visto a nadie con la piel tan morena, y menos a una mujer.

—¿Está muy lejos la Fortaleza de Pel? —preguntó Van.

—Tres días a caballo cruzando la estepa —dijo Errel.

Ryke ocultó una sonrisa pegando el rostro a las crines del caballo. No era demasiado lejos.

El granero era bastante húmedo. Norres encontró algunos ladrillos combustibles y encendieron fuego. Van preguntó de qué estaban hechos los ladrillos. Turba y excrementos, le contestó Ryke. Sorren pidió prestada una jofaina en una casa. La llenó de agua y todos se lavaron la cara, las manos y finalmente los pies en ella. El cielo se volvió de un color entre rosado y amelonado. Ryke, con la cabeza apoyada en las manos, miraba fijamente hacia el norte, intentando creer que distinguía en el horizonte vacío el borroso manchón de las montañas.

El viento cambió de dirección y una ráfaga le echó el humo a la cara. Tosió y tuvo que sentarse. Sorren le alargó un trozo de venado seco, duro como la corteza de un árbol.

—Ojalá hubiera camas aquí —dijo Van. Maranth rió.

—Me acuerdo de cuando abandonamos Kendra-en-el-Delta. Cabalgamos durante cuatro días cruzando el país de Asech hacia Shanan, y yo estaba tan cansada que tuviste que atarme al caballo. —Alargó un pie descalzo y golpeó suavemente a Van en las costillas—. Te has ablandado, amor mío.

—¿De veras? —dijo Van con una mueca, volviéndose luego hacia Errel—. ¿Qué le dijiste al jefe que haríamos para pagar su hospitalidad y la de la aldea?

—En el norte nunca negamos cobijo a los viajeros —dijo Errel.

Van se incorporó, con los ojos brillantes.

—Puede que no. Pero el clan rojo paga sus deudas. Poneos en pie.

El patio era demasiado pequeño para que cupieran en él los danzarines y su público. El jefe les llevó a la plaza de la aldea. Ryke se apoyó en el pozo. Tenía la sensación de ser

un centinela sin nada que vigilar. Los danzarines hablaron entre ellos y luego se quitaron las botas. Alguien encendió una tea. El cabello de Errel brillaba con un resplandor como el del crepúsculo. Los danzarines formaron el círculo. Hasta Hadril parecía agotado por la larga marcha a caballo, pero en ese instante Van golpeó el suelo con el pie y el golpe les despertó, haciéndoles erguirse, lanzándoles a una vivaz serie de giros. Medida con los patrones de Vanima la danza era sencilla, pero aquella gente nunca la había visto antes, así como tampoco habían oído la palabra chearas. Los danzarines giraban, agitando las cabezas, pateando el suelo y retorciendo sin cesar sus cuerpos flexibles. Asombrados murmullos de placer y sorpresa llenaron la penumbra de la plaza cuando los danzarines se detuvieron.

Luego volvieron hacia el granero. El jefe de la aldea se aproximó a la hoguera, pestañeando a causa del humo.

—Fue algo maravilloso —dijo.

—Siéntese con nosotros —le invitó Errel, golpeando el suelo levemente.

—No —rechazó el anciano—, no. Tenéis que descansar, estáis agotados. Pero quería decir..., quería decir..., no he visto nada parecido desde que era un niño, más pequeño que mis nietos ahora, y vi a los clanes de los caballos salvajes bailando bajo el sol en la estepa. —Se tiró suavemente de la barba—. Decídmelo otra vez, ¿cómo os hacéis llamar?

—Somos el clan rojo —dijo Van—. Somos chearis, lo que quiere decir danzarines..., y todos juntos formamos un chearas.

—Algo del sur. Pero os movéis como los caballos salvajes.

Y se fue, con su paso lento y mesurado, perdiéndose en la oscuridad.

Ryke se acercó al pozo. Estaba cansado del gusto a cuero y quería beber un trago de agua de manantial. Uno de los perros sin dueño de la aldea, oliendo a un extraño, le gruñó desde un umbral. Ryke se agachó a coger una piedra y el animal retrocedió buscando refugio, con las orejas pegadas a su flaca cabeza amarilla. Un guijarro chasqueó detrás de Ryke. Se volvió. A su lado apareció una sombra que, al quitarse la capucha, resultó ser Norres.

Él hizo funcionar la manivela del pozo mientras ella sujetaba la cuerda. Sus ojos, grises como el peltre, se encontraron con los suyos mientras bebía del cazo. Los olores de la aldea flotaban a su alrededor: la grasa, el sebo y el fuerte olor avinagrado del acuoso vino de la aldea. Ryke sabía cuál sería su gusto y la boca se le hacía agua.

Dejó el cubo y volvió a colgar el cazo en su gancho. La tierra que rodeaba el pozo se había convertido en fango; cada vez que se movía, sus pies creaban un ruido de succión sobre el barrizal.

—¿Estás enamorado de Sorren? —preguntó Norres.

El viento del oeste le removía el cabello. El agua helada le había hecho sentir frío y empezó a subirse la capucha. La mano de Norres saltó hacia delante como una flecha, tocándole la muñeca.

—Respóndeme —le dijo—. No te escondas. Él trató de ganar tiempo.

—No la he tocado. Ella rió.

—Sorren no te habría dejado hacerlo. Eso ya lo sé. Era una respuesta estúpida. Ni siquiera era lo que ella le había preguntado.

—Creo que sí. Sé que ella no me quiere.

Notaba la lengua torpe y pesada. No pensaba demasiado a menudo en lo que era amar. Nunca había aprendido a usar bien esa palabra.

Norres tenía apoyada la mano derecha en la empuñadura del cuchillo. Sus ojos le examinaron, midiéndole.

—Pero confía en ti —dijo—. Ryke, si le haces daño, juro que te mataré.

Él tenía las manos heladas y se las metió en los sobacos para calentárselas.

—No le haré daño —aseguró.

Volvieron caminando en silencio al granero. Los otros ya no estaban junto a la hoguera. Trepó por la escalera hasta el altillo y tropezó inmediatamente con alguien.

—Lo siento —dijo—, no veo.

Se arrastró por encima de piernas invisibles hasta encontrar un trozo de paja sin ocupantes. Un perro aulló en el exterior y Ryke se lo imaginó husmeando la hoguera a punto de apagarse. Se quitó las botas y metió los pies en el heno caliente. Sentía rigidez en la garganta y le escocían los ojos. Se preguntó qué andaría mal en su interior y, de pronto, sintió que las lágrimas empezaban a brotar bajo sus párpados. Avergonzado y sorprendido, se mordió el antebrazo. El gusto a lana le ahogó y sintió náuseas. Tragó saliva, sofocando todo sonido, esperando que nadie le oyese llorar en el pequeño espacio cerrado del altillo.

Al segundo día en la estepa Ryke vio las montañas al norte.

Aparecían en el horizonte, grises y diminutas. Parecían nubes, pero ninguna nube podía estar tan cerca del horizonte y permanecer tan quieta. El cielo era de un pálido color azul, claro como el cristal. Sintió un estremecimiento de puro deleite, y el caballo, notando su cambio de humor, se puso al trote. Ryke tiró de las riendas, haciéndole aflojar el paso. Entre ellos y el nacimiento de las montañas el terreno era tan plano como si fuese un lago. Hierba de un pálido color verde brotaba del suelo llano, y en los lugares más húmedos la hierba se espesaba, irrigada por las brucas avenidas de agua que los aldeanos llamaban escobas de niños.

Al tercer día estaban lo bastante cerca de la Fortaleza de Pel como para divisarla, alzándose contra las oscuras montañas como si fuese un puño. Era mayor que Tornor. Desde el inicio de los muros exteriores hasta la punta de las edificaciones del recinto interno era de color blanco, totalmente encalada. Parecía una escultura a la que la pintura daba el aspecto de haber sido tallada de una sola pieza. Cuando estuvieron lo bastante cerca como para distinguir a los centinelas en las murallas, un destacamento de jinetes se adelantó a recibirles. Los hombres iban vestidos con cuero y ligeras cotas de malla, listos para combatir, y en los cascos llevaban la enseña de Sironen, las tres lanzas plateadas sobre fondo negro.

Van habló con los centinelas. El capitán del destacamento no sabía lo que era un chearas.

—Distraemos a la gente —dijo Van—, como los acróbatas o los bufones.

—¿De dónde venís?

—Del sur —dijo Van.

Los soldados no dejaban de mirar a las tres mujeres, y uno hizo corveteear a su caballo para atraer la atención de Sorren. Ella no le hizo el menor caso. Ryke intentó distinguir el rostro del príncipe, pero el capuchón lo envolvía en sombras. Se fijó en los caballos de los centinelas, delgados y fuertes, y en su cuidado armamento, sintiendo una oleada de placer. La guerra podía nacer de hombres como aquéllos.

Un explorador les acompañó hasta la muralla y habló con los centinelas de la puerta. Maranth no despegaba los labios; tenía los ojos clavados en la enorme construcción. El sol se reflejaba con fuerza en la pintura blanca. Ryke olió a humo y al acre aroma del hierro recalentado. Su montura tenía los músculos tensos, y los músculos de Ryke le apretaron con fuerza los flancos. Aflojó la presión y le golpeó suavemente el cuello.

—Tranquilo.

Miró hacia arriba. Hombres con lanzas le devolvieron la mirada desde lo alto. Cerró los ojos, imaginándose por un momento que se encontraba en Tornor.

La poterna se abrió.

—Entrad —dijo el explorador.

Ryke dejó que los otros se le adelantasen. Sus sombras se movían, recortándose claramente sobre la piedra brillante. Hombres con alabardas montaban guardia en la

muralla, silenciosos, alrededor del patio interior. Cuatro soldados aburridos jugaban a los dados bajo la arcada. Los mozos de establo acudieron corriendo a encargarse de los caballos y un paje les indicó con un gesto que le siguiesen. Ryke oyó madera golpeada contra madera. Había hombres en el patio. El humo brotaba de la chimenea de las cocinas, y un hombre con un delantal de cuero, asomado a una ventana, estaba riñendo a gritos a dos niños.

Los viajeros dejaron sus pertenencias junto con los caballos, excepto el arco de Errel, que el mismo príncipe llevaba en la mano. Cruzaron la segunda puerta y entraron en el recinto interior. Los cuarteles parecían atestados de hombres, y el olor de la grasa para las armas flotaba por todo el ambiente. Un hombre que salía de los cuarteles vio a las mujeres y lanzó un grito. Una docena de soldados asomaron la cabeza por las ventanas de arriba.

—¡Hola, preciosas!

Los aposentos de la Fortaleza de Pel eran iguales a los de Tornor, pero los tapices estaban limpios. El cañizo del suelo había sido cambiado recientemente y había un jarrón con flores en la mesa. El olor de las hierbas y flores hizo que a Ryke le escociese la nariz. Maranth pasó la mano por las colgaduras.

—Un trabajo excelente —dijo, en un tono más bajo que de costumbre.

En la habitación había dos camas grandes. Ryke se sentó en una para quitarse las botas. Tres criados entraron una bañera con agua por la puerta. Maranth esperó a que se fuesen.

—¿Tornor es así? —dijo—. ¿Igual de oscuro, y todo hecho de piedra?

Se lavaron la cara, las manos y, por último, los pies. Una criada entró para llevarse las toallas sucias, con el rostro lleno de ávida curiosidad. El pelo rojo de Errel la fascinó, y le recorrió con los ojos de la cabeza a los pies. El paje les trajo una bandeja llena de fiambres y en la mesa había un recipiente de latón. Ryke olió el contenido: era vino blanco. No había probado el vino en un mes. Se sirvió una copa; era más amargo de lo que recordaba, y más fuerte. Hadril estaba mirando las imágenes de los tapices. En el muro oeste había una escena con un castillo e infantería de Anhard atacándolo, junto con hombres montados a caballo que blandían espadas y hacían retroceder a los asaltantes. Los del norte llevaban la enseña de la Fortaleza de Pel cuidadosamente reproducida. Tendría que ser Tornor, pensó. Será Tornor.

Se volvió para hablar con Sorren, pero ella estaba haciendo algo con Norres. Los perros, nerviosos, no paraban de moverse, ladrando por el patio. Un hombre les gritó. Ryke deseó que al chearas le hubiesen dado una habitación desde la que fuese posible ver el patio. Quería ver lo que estaba ocurriendo. Tomó un trago de vino.

—Ryke, no te limites a beber —aconsejó Van—. Come algo. Ryke se acercó a la bandeja. Hadril, de pie junto a ella, le ofreció tímidamente una costilla asada.

—Antes de que peleemos, ¿podré conseguir una espada? —preguntó en un susurro el muchacho, acercándose a él.

—Claro —dijo Ryke.

Alguien llamó a la puerta, abriéndola luego sin esperar apenas.

Era un hombre joven vestido de negro y plata, con un rostro severo y casi cruel. Durante un largo instante sus ojos se clavaron en Errel. Es el pelo rojo, se dijo Ryke, pero sus nervios se estremecieron.

—Bienvenidos a la Fortaleza de Pel —dijo. Llevaba la enseña de la Fortaleza en el costado derecho de su túnica—. Soy Arno, comandante del cuarto turno de guardia del señor. El señor me ha dicho que os preguntase si actuaréis para nosotros antes de la cena.

—Para eso hemos venido —asintió Van. Arno abandonó la estancia, mientras que Maranth iba de un lado a otro.

—Un niño mal criado —comentó luego.

—Vamos a danzar, así que no comáis demasiado —advirtió Van a los chearis.

Sentado en la otra cama, rodeó con un brazo a Maranth. Su cabellera, ahora sin ceñir, se rizaba rodeándole el rostro y los hombros. Sorren estaba sentada en una silla cubierta de almohadones, frotándose los ojos con los nudillos. Se dio cuenta de que Ryke la miraba y abrió las manos como disculpándose.

—Las flores me dan sueño —dijo.

El paje volvió a entrar, tambaleándose bajo el peso de las alforjas. Se llevó la bandeja y regresó para encender las velas. Llevaba un cuchillo colgando en la cadera izquierda, y a Ryke le hizo pensar en Ler. Se preguntó cuántos hombres tendría Sironen y si habría enviado algunos para ayudar a la Fortaleza de las Nubes. Incapaz de estarse quieto, empezó a caminar de un lado a otro de la estancia. Sentado sobre la cama, Errel hacía girar el anillo en su dedo. Ryke flexionó los hombros para relajarlos un poco. Oyó unos pasos apresurados junto a la puerta y se puso en pie antes de darse cuenta de que pasaban de largo.

Hadril hizo crujir los nudillos.

—Por favor, no hagas eso —pidió Norres. El aroma a cordero asado le estaba haciendo la boca agua a Ryke. Reemprendió sus paseos a lo largo del cuarto. Sorren le lanzó un almohadón.

—¡Siéntate y deja de moverte!

Se tendió en el suelo, sobre los fragantes cañizos, con el almohadón debajo de la cabeza.

Los muros del gran salón de la Fortaleza no habían sido pintados de blanco. Las antorchas ardían en abrazaderas de hierro, pero su luz se dirigía casi toda hacia el techo. Ryke, que iba en último lugar, tuvo la sensación de estar entrando en una caverna. Las voces de los hombres retumbaban, despertando ecos en el techo. Había cinco mesas en el salón; seis, contando la que estaba encima del estrado. Recorrió el salón con la mirada. Hombres altos y de tez pálida estaban recostados en los bancos, discutiendo, hablando, riéndose. Los perros iban y venían por entre sus piernas.

Sironen se hallaba sentado en la mesa del estrado, en una silla de madera tallada. Sobre su cabeza, colgadas del reluciente muro negro, había tres lanzas de oro. Ryke se preguntó si habrían fundido monedas para obtener el oro. Parecían sólidas, no una mera hoja o lámina dorada. Sironen vestía de negro y plata, igual que sus hombres. Tenía sentados a su lado, flanqueándole, a sus comandantes, y a la misma mesa estaban sentadas tres mujeres. Ryke supuso que la situada a la izquierda de Sironen sería su dama. Llevaba un vestido del mismo color rojo que la camisa de Errel y el pelo recogido en un complicado tocado sobre la nuca. Su rostro era blanco a causa de los polvos, y Ryke supuso que sería hermosa. Las otras dos mujeres eran más jóvenes y se le parecían bastante. Sironen era más viejo de lo que Ryke recordaba y tenía el pelo grisáceo. Pero no parecía haberse debilitado ni un ápice, y su espalda era tan recta como el tronco de un roble. Una larga cicatriz roja que parecía una herida de espada le cruzaba la mejilla derecha.

—Así pues —dijo—, vais a proporcionarme alguna diversión típica del sur. Adelante.

—Mi señor —dijo Van.

Ryke retrocedió un paso. Los chearis formaron su círculo en el espacio despejado que había ante el estrado. Van dio una patada en el suelo. Llevaba botas y los tacones resonaron sobre la piedra. Los soldados inclinaron las cabezas hacia adelante para ver mejor y unos cuantos dejaron las mesas. Empezaron a dar palmadas, siguiendo el ritmo. Van hizo girar a Maranth por encima de su cabeza y los hombres lanzaron un grito. Los danzarines se cogían de las manos, girando, saltando, dando vueltas; los dedos de Ryke tamborileaban siguiendo el ritmo. Los sirvientes salieron del pasillo de la cocina y se agruparon delante de ella para mirar. Los comandantes sonreían desde lo alto del

estrado. Las mejillas de los danzarines estaban rojas por el esfuerzo. Terminaron la danza con un fuerte grito y los soldados se pusieron de pie, golpeando las mesas con las manos. Una moneda resonó en el suelo, y luego otra, y después muchas más, hasta que a los pies de los danzarines se extendió una dispersa alfombra de monedas de plata. Sironen dio instrucciones a los sirvientes y dos de ellos bajaron del estrado. Recogieron las monedas del suelo y las pusieron en una bandeja de plata. Uno de ellos le entregó la bandeja a Van.

—Tomad —dijo Sironen, y arrojó un objeto desde la mesa.

Al cruzar el aire el disco brilló con un reflejo dorado, y Van lo cogió limpiamente. Los soldados lanzaron vítores y patearon el suelo.

—Hacedles sitio, gandules. —Manos ansiosas se extendieron hacia ellos desde las mesas—. Y traed vino; ese trabajo da mucha sed.

—Anda, amigo, siéntate —le dijo a Ryke un hombre gordo vestido con una camisa marrón, agitando la mano—. Tú viniste con ellos —añadió, empujando a los que tenía al lado, que se movieron para hacerle sitio—. Demonios, sólo con verles moverse ya me entra sed. —Miró a Ryke, sonriente—. Me llamo Torib. ¿Quién eres? Pareces del norte.

—Soy Ryke —repuso él.

—Hablas como uno del norte. ¿De dónde eres?

—De cerca de la Fortaleza de Tornor.

—Aja. —Torib alargó la mano y cogió a una criada por el delantal—. Amorcito, estoy sediento —le dijo en tono plañidero—. Tráenos un poco de vino. —Le frotó la cadera con la mano, como si fuese un caballo, y la apartó de un empujón—. ¿Cerca de Tornor? ¿Ya sabes lo que le ha ocurrido a Tornor?

—Lo he oído.

—Ya. Dicen que ese bastardo del sur ha intentado mantenerlo en secreto, pero las nuevas se esparcieron. ¿En qué parte del sur has estado viviendo?

Ryke no tenía ganas de contestar preguntas. Las respuestas serían en su mayor parte mentiras...

—En las montañas —dijo vagamente—. ¿Dónde naciste?

—A medio día a caballo de estas mismas puertas —respondió Torib—. ¿Dónde está esa condenada moza? Ah, por ahí viene. Mi madre proclamaba que me engendró un demonio del pantano, pero era hija de pastor y le gustaba darse aires de importancia. Gracias, amorcito —le dijo a la chica. Ella se apartó ágilmente, evitando sus manos, y puso sobre la mesa un jarro de vino y unos cuantos vasos—. Así que cerca de Tornor... ¿Has sido soldado alguna vez? Tienes aspecto de soldado.

Un criado colocó ante ellos una bandeja llena de cordero.

Ryke tragó saliva.

—Luché en las guerras de Anhard —dijo.

—¿De veras? A tu salud. —Los dos hicieron entrecuchar sus vasos—. Ah, fue una pelea de mil demonios. ¿Sabes?, yo estaba en el campo de batalla cuando matamos al bastardo de su jefe. Vi cómo Athor de Tornor le arrancaba de su caballo.

Y siguió narrando la historia con abundancia de muecas y efectos sonoros, deteniéndose apenas el tiempo necesario para ir mordiéndose el cordero.

Después de cenar volvieron a sus habitaciones. Sorren se instaló en la silla de los almohadones.

—Tuve que partirle la boca a uno que me pellizcó —dijo—. Hace tanto tiempo que no había sido públicamente mujer que ya no recordaba lo que era.

Ryke se acercó a la mesa. Arno entró cuando se estaba sirviendo un vaso de vino.

—Mi padre ha quedado muy complacido con vosotros —dijo—. Desea saber si os quedaréis algunos días más. Van y Errel intercambiaron una rápida mirada.

—Depende —dijo Errel.

Arno le miró, entrecerrando los ojos. Ryke dejó el vaso a un lado. Errel atravesó la estancia y le alargó un objeto a Arno. Ryke sabía que se trataba del anillo con el rubí.

—¿Podéis entregarle esto a vuestro señor y aseguráros de que nadie más lo vea?

El comandante de la guardia frunció el ceño.

—No estoy acostumbrado a ser el mozo de recados de un bufón —gruñó.

La voz de Errel era tan suave como la cera.

—Por favor, comandante, haced lo que os pido. Es muy importante.

Arno abandonó la estancia. Sorren, aún en la silla, lanzó un bufido.

—Ese pavo real... Imaginaos; si me hubiese quedado en Tornor como una buena hija, ¡podría haber acabado teniéndole por esposo!

Se desató el pañuelo que llevaba puesto (durante la danza todos los chearis, imitando a Van, se habían ceñido el pelo con alguna tela de color rojo; el único que no había podido hacerlo era Errel, que lo llevaba demasiado corto) y miró a Norres, al otro lado de la habitación, sonriéndole.

Un criado les trajo un cuenco de hierro colocado sobre un trípode, lleno de carbón. Usó pedernal y yesca para encenderlo y Maranth se estiró, alargando las manos hacia las llamas.

—Tengo los dedos helados —comentó. Norres inclinó la cabeza a un lado.

—Escuchad —les dijo. Oyeron resonar en el salón pies calzados con botas—. Más de uno —les avisó ella.

Arno entró en la habitación, y el criado se escabulló rápidamente hacia la puerta. El comandante de la guardia llevaba espada, al igual que los dos soldados que le seguían, vestidos con armadura ligera y casco. Ryke se arrodilló, pretendiendo arreglarse la bota que se le había desatado, tanteando en busca del cuchillo para desollar de Anhard.

—El señor Sironen quiere veros —le dijo Arno a Errel.

—Ya había pensado que desearía verme —respondió con calma Errel—. ¿Os importa que lleve conmigo a dos amigos, comandante? Me disgusta ir a cualquier parte sin compañía. Es una vieja costumbre mía.

14

Mientras atravesaban los salones el aroma de las flores era casi asfixiante.

Oyeron a lo lejos una voz femenina, grave y sonora. Doblaron una esquina y se tropezaron con ella: una mujer alta y huesuda con un traje rojo, su rostro vivaz cubierto de maquillaje. Tres doncellas la seguían; una iba cargada con platos y jarrones, las demás con ramos de hierbas y flores recién cortadas que iban dejando un reguero de pétalos detrás de ellas goteando sobre sus delantales empapados. Las doncellas se hicieron a un lado, pegándose a la pared para dejar que pasasen los hombres, pero la dama no. Sus ojos les recorrieron de la cabeza a los pies. Eran de un color castaño claro, no muy grandes pero dotados de una rara fuerza que a Ryke le hizo acordarse repentinamente de Chayatha. Bajo esa mirada, Arno se hizo varios años más joven.

—Disculpadnos, señora —dijo.

—Qué modo tan formal de hablarle a tu madre —comentó ella, y él se ruborizó. La dama le quitó un pétalo, blanco como la nieve, que le había caído en el hombro—. Dile a tu padre que le eche una mirada a las listas de ganado si es que desea mantener provisionado a su ejército —prosiguió—. ¿Adonde lleváis a esos hombres?

—A los aposentos del señor —dijo Arno.

Ryke se tapó disimuladamente la nariz para protegerse del aroma de las flores y una de las doncellas le sonrió. La dama de Sironen miró a Errel y Van, con un gesto de asentimiento.

—Sed bienvenidos al castillo —les dijo—. Bailáis bien, muy bien.

La estancia de Sironen era grande, silenciosa y casi desprovista de mobiliario. Una hoguera bastante miserable ardía detrás de un enrejado de aspecto amenazador. Sus reflejos iluminaban una cama cuyo colchón no parecía más mullido que el común en los cuarteles, aunque no estaba relleno de paja. Sironen se hallaba sentado en una silla desprovista de almohadones, sosteniendo en el regazo una espada desenvainada. Las paredes eran oscuras y de ellas colgaban multitud de armas: espadas, picas y jabalinas, algunas claramente procedentes de Anhard, otras no. Un mastín de pelaje atigrado dormitaba junto al fuego, tan cerca de él como le era posible sin quemarse. Pliegues de piel rodeaban sus enormes y ancianas fauces. Arno les precedió al interior de la estancia. Los soldados se quedaron fuera, montando guardia muy rígidos a cada lado de la puerta.

La voz de Sironen resonaba ásperamente en el espacio cerrado.

—Quería ver al del anillo —espetó.

Arno se dispuso a decir algo, pero Errel se le adelantó.

—Mi señor, espero que no os hayáis enfadado —dijo—. Yo insistí en que Van y Ryke me acompañasen.

—¿Insististe? —dijo el anciano.

Su rostro iracundo parecía arder, iluminando aquella habitación desprovista de toda comodidad. Ryke se preguntó si su dama dormiría con él. Si lo hacía no era desde luego en aquel cuarto, en el que no había ningún detalle amable o gracioso.

—¿Quién eres tú para insistir en algo?

Errel señaló el anillo que descansaba en la mano de Sironen.

—Soy el propietario de ese anillo —declaró.

—El hombre al que pertenecía ese anillo está muerto.

—Mi padre está muerto, mi señor. Pero yo no, os lo aseguro. La cicatriz que cruzaba el rostro de Sironen se volvió de un vivo color escarlata.

—¿Proclamas acaso ser Errel de Tornor?

—Soy Errel de Tornor —aseguró el príncipe—. ¿Quién si no poseería ese anillo?

—¿Y quiénes son ellos? —preguntó el viejo señor, mirando a Van y Ryke.

—Son enemigos de Col Istor.

La mano derecha de Sironen se cerró con fuerza sobre la empuñadura labrada en plata y bronce de su espada. Su voz vaciló un instante.

—Perdóname si dudo de ti. Hace un mes Col Istor acusó a Berent el Tuerto de dar refugio a sus enemigos y le atacó. Envié cien hombres en ayuda de Berent al mando de Ter, mi primogénito. Ha muerto. También han muerto Berent y sus hijos. Siento sospechas hacia los extraños que vienen a mi puerta diciendo que son enemigos de Col Istor.

—Yo también las sentiría —concedió Errel—. Lo siento, mi señor. Me acuerdo de Ter. Se parecía mucho a mi padre.

Ryke no se acordaba en lo más mínimo de Ter. Cuántos muertos, pensó... ¿Acaso es así como deben ser nuestras vidas? Combatimos con Anhard... y ahora luchamos entre nosotros. Se apoyó en la pared. Deseaba que Sironen les hiciese sentar. Aquella habitación en penumbra le ponía nervioso: los muros carentes de todo adorno y el destello de la luz sobre el metal le hacían pensar en una celda.

—Al menos, hablas como un hombre de alta estirpe —dijo Sironen.

—No te creo —rechazó Arno—. Yo conocí a Errel de Tornor. Tenía el pelo rubio.

—Y sigo teniéndolo —afirmó Errel—. ¿Nunca has oído hablar de la herma?

El mastín gruñó, tendido junto al fuego, moviendo convulsivamente las patas. Soñaba con presas y cacerías.

—Déjame ver el color de tu pelo —dijo Sironen.

Errel se acercó al viejo señor. Se arrodilló, inclinando la cabeza, descubriendo el cuello como un hombre a la espera del hacha. Sironen removió con los dedos los rizos de color rojo para poner al descubierto las raíces rubias.

—Es rubio —admitió—. Esa parte es cierta. —Apartó la mano de la cabeza de Errel y el príncipe se incorporó—. Si eres Errel de Tornor —añadió—, pruébame algo sobre tu padre que un extraño no pudiese saber.

—¿Qué voy a contaros, mi señor? ¿Que Athor era de temperamento iracundo o que amaba a los perros? Cualquier imbécil que le sirviese durante medio mes sabría eso. —Miró a Arno. Las comisuras de su boca se torcieron hacia arriba en un gesto que Ryke conocía muy bien—. Os daré una prueba. Hace nueve años, cuando el clan verde acudió a Tornor para concertar la tregua con Anhard, vos acudisteis también, junto con vuestros hijos. Ter se quedó con vos, pero Arno y yo nos aburríamos con tanta conversación, así que nos fuimos. Una mañana nos peleamos, como suelen hacer los niños, por una tontería de la que ya ni me acuerdo, aunque puede que Arno sí se acuerde. Ganó la pelea, así que quizá lo recuerde. Volvimos al salón cubiertos de excrementos del establo. —Ryke sonrió. Sabía que la historia era cierta porque ese día había estado montando guardia delante del establo. Había sido él quien separó a los dos combatientes.

Sironen miró a su hijo.

—¿Es cierto?

—Sí, mi señor —admitió Arno a regañadientes. Sironen acarició su espada.

—Entonces, supongo que debo creerte.

Se puso en pie, guardando la espada en su vaina. Le alargó el anillo y Errel lo cogió. Con gestos lentos y medidos, el anciano volvió a sentarse.

—Vino —le ordenó a Arno.

El comandante desapareció en las sombras detrás de la silla para volver con una copa de plata en cada mano. Le dio una a su padre y la otra a Errel. Sironen levantó su copa.

—Bienvenido, señor de Tornor —dijo.

—No parecéis demasiado complacido al verme, mi señor —repuso Errel.

—Oh, me alegro de que estéis vivo. Pero debo confesar que siento curiosidad por saber dónde habéis estado el último mes y por qué reaparecéis ahora acompañado de saltimbanquis... del sur.

Al pronunciar la palabra su boca se torció en una mueca de disgusto, como si tuviese mal sabor.

—El dónde he estado es asunto mío, mi señor —dijo Errel—. Pero dejadme que os presente a mis amigos. Éste es Ryke, que huyó conmigo de Tornor y sin cuya ayuda indudablemente habría muerto allí. —Ryke hizo una reverencia—. Y éste es Van. Nos trae un método con el que derrotar a Col Istor.

Sironen contempló malhumorado a Van.

—¿De veras? —La roja arruga de la cicatriz parecía retorcerle un lado de la cara—. Entonces, también debéis tomar vino. Sírvelos.

Arno, de mala gana, vertió vino en otras dos copas. Si el que le hiciesen cumplir con los deberes de un paje le molestaba, lo ocultaba bastante bien. Ryke rechazó el vino con un gesto. Junto a la pared vio algo que, por la forma, parecía un taburete. Fue a buscarlo. Lo era. Lo cogió y se lo trajo a Errel.

—Gracias —dijo el príncipe.

El perro se despertó con un resoplido. Levantó la cabeza, bostezando, y se enroscó sobre sí mismo formando una pelota aún más apretada que antes. Sironen le miró con algo parecido a la ternura. Luego, su rostro volvió a endurecerse.

—Desde la muerte de mi hijo —empezó con voz inexpresiva—, he pensado mucho en cómo matar a ese maldito sureño. Aún no he hallado el modo. No abandona las murallas de ese castillo. Por lo que sabemos tiene trescientos hombres, todos bien entrenados y habituados a combatir. Yo tengo cuatrocientos. Pero no pienso malgastarlos intentando romper muros de piedra. Un ejército necesita espacio para combatir. ¿Acaso tenéis algún medio para atraer al usurpador fuera de la Fortaleza?

—No —admitió Errel—, pero tenemos un medio para abrir sus puertas. Los chearis..., los danzarines que habéis visto esta noche, viajarán a Tornor. Al mismo tiempo, vos desplazaréis vuestro ejército hasta la Fortaleza de las Nubes. La tomaréis y os haréis fuerte en ella, de modo que no pueda llegar ningún aviso a Tornor para decirle a Col Istor que estáis de camino. Cuando eso haya sido hecho, iréis a Tornor. Los danzarines abrirán las puertas desde dentro para permitirle la entrada al ejército.

—Col Istor dejó cien hombres en la Fortaleza de las Nubes —dijo Arno.

—Vosotros tenéis más —replicó Errel.

—Si uno de ellos se escapa... Sironen interrumpió a su hijo.

—Eso es labor del ejército, ¿no? Asegurarse de que nadie se escape... —Sus labios se abrieron en una sonrisa salvaje y fugaz—. Me gusta. Es la clase de plan que se le habría ocurrido a Ter. ¿Cuánto tiempo necesitaréis?

Detrás de él, el delgado rostro de Arno no podía ocultar su disgusto.

—Ocho días —dijo Errel.

—Dadme un día para celebrar un consejo. Tengo que discutirlo con mis comandantes.

Voces femeninas tejían una leve red de risas a través de los corredores fríos y brillantes. Ryke se preguntó qué estaría haciendo su hermana, cómo le irían las cosas. Una vena del cuello le latía con fuerza. Pronto la vería de nuevo.

—Os daré armas y arreos de combate —dijo Sironen.

—No me serán necesarios —rechazó Errel—. Voy a Tornor con los chearis. Ryke cabalgará con vos. Conoce los ejércitos. Yo soy un cazador y el arco es mi arma.

—Correréis peligro.

—En realidad no —dijo Errel. Se pasó las manos por el pelo—. Col reconocerá a Errel el Bufón, su cautivo. No reconocerá a Errel el danzarín, que tiene el pelo del color de un haya en otoño.

Ryke no acudió al consejo de Sironen. Errel fue a participar en él. Cuando volvió a la habitación no dijo gran cosa, salvo para informarles de que los comandantes se habían mostrado de acuerdo.

—Bien —dijo Maranth—. No me gusta este sitio.

—Tornor aún te gustará menos —aseguró Norres. Sorren se apartó la cabellera del rostro.

—¿Cuándo nos marchamos?

Esa tarde Errel fue a la herrería a forjar puntas de flecha para sus saetas. Mientras el herrero de la Fortaleza observaba con aire de crítica todos sus actos, dio forma a martillazos a las pesadas puntas metálicas y él mismo las ató a las saetas con alambre.

Los chearis se fueron al día siguiente. Ryke fue con Sironen y los comandantes a verles partir. Hacía frío y el cielo estaba oscuro; aún faltaba un poco para el amanecer. Los viajeros iban cubiertos de pieles y tenían el aspecto algo solitario y desamparado. Ryke rozó brevemente la mejilla de Errel con la suya. El príncipe le había dado la aljaba, el arco y su funda para que cuidase de todo.

—Ocho días —murmuró Errel.

Ryke sintió el soplo cálido de su aliento en la oreja.

—Allí estaré.

Sorren ocupó su lugar. Tenía las mejillas rojas como manzanas. Rodeó con sus brazos a Ryke y le abrazó con fuerza.

—Ya nos veremos.

Detrás de ella, Hadril tenía problemas para impedir que le castañeteasen los dientes. Norres estaba junto a los caballos, su rostro delgado inexpresivo y austero. Sironen abrazó a Errel y alzó una mano despidiendo a los otros y dándoles ánimos. Los centinelas abrieron la poterna y los chearis salieron por ella. Durante un breve instante se les pudo

ver como siluetas recortadas contra el cielo del este, que iba iluminándose, pero después las tinieblas plomizas les rodearon, engulléndoles.

El recinto interno estaba lleno de animales, carros y hombres, todo el ejército de Sironen disponiéndose a marchar hacia la Fortaleza de las Nubes. Los olores de la herrería (grasa, hierro caliente, vapor, sudor de caballos) se cernían como una nube sobre el patio y los cuarteles. Cada poro del edificio encalado parecía exudar luz. Ryke cogió un trozo de pan de una bandeja. Estaba caliente y sabía a amapolas. Su estómago protestó. Se hizo el remolón, dejando que el señor y sus comandantes se le adelantasen. Hallarse entre ellos sin Errel le ponía nervioso.

Volver a llevar espada le producía una extraña sensación. Sironen se la había dado, una espada magníficamente equilibrada; artesanía de Tezera, mucho mejor que la que había dejado en Tor-nor. Buscó a Torib. Le había cogido afecto a aquel hombre gordo y de voz sonora. No le había sorprendido enterarse de que Torib era segundo guardia del tercer turno.

—Saludos —dijo Torib, supervisando la carga de los caballos—. ¿Listo para partir?

—Listo.

—¿Dónde tienes el caballo?

Su montura estaba en el establo. La habían cuidado bien; tenía el pelo lustroso y le habían repasado las herraduras, frotándolas con aceite. Ryke lo ensilló, le puso las bridas y lo sacó del establo. Un criado pasó junto a él, prácticamente oculto por el gran saco que transportaba..., mijo, trigo, avena, qué más daba. El caballo alargó el cuello y Ryke dio un tirón a la brida.

—Pórtate bien —le dijo—. Ya has engordado demasiado.

En un rincón oscuro del patio una muchacha y un soldado joven se besaban; sus manos recorrían desesperadamente el cuerpo del otro. Ryke les observó sin ninguna emoción. Él ya se había despedido.

Al mediodía partieron hacia la Fortaleza de las Nubes. Sironen envió un cuerpo de vanguardia por delante, un escuadrón de hombres callados de rostros inflexibles, con los caballos más rápidos y con órdenes de hacer que los leñadores y los pastores se metiesen en sus cabañas.

—¿Y los que no sean pastores ni anden haciendo carbón de leña? —preguntó Ryke.

Torib, que cabalgaba a su lado, se pasó expresivamente el pulgar por su ancho cuello.

—No queremos que nos preceda ningún aviso —le dijo.

El terreno empezó a volverse más escabroso. El camino se iba apartando de la llanura y ascendía serpenteando hacia las alturas. A los lados les iban rodeando rocas cubiertas de un musgo verde pálido. Ryke distinguió por un instante a Sironen a lo lejos, en una curva del camino. El señor montaba un gran caballo negro.

Era imposible que cuatrocientos nombres acamparan en terreno abierto. La orden, retorciéndose como una serpiente, partió del jinete que montaba el caballo negro: Seguid. A pie. Los hombres desmontaron y la niebla les envolvió. Ryke se apoyó en el flanco del castrado, compartiendo su calor, respirando su aliento. Siguieron caminando. Les llegó un nuevo aviso: El sendero sube. Estad alerta. Un gato montes maullaba a lo lejos, entre los barrancos. Los caballos se estremecían, nerviosos. Torib resbaló y cayó de bruces. Su caballo tropezó con él, coceándole, y Torib lanzó un juramento.

—¿Estás bien? —dijo Ryke.

El segundo de la guardia gruñó y se incorporó con esfuerzo.

Al mediodía llegaron a la estepa y acamparon allí. Nada de hogueras, dijeron las voces. Estaban demasiado lejos de la Fortaleza de las Nubes como para ser divisados desde sus muros, pero Sironen no quería correr riesgos. Comieron las provisiones frías. La vanguardia regresó y otra fue enviada en su lugar. Los caballos, alimentados y abrevados, rodaban sobre la hierba nueva y aún pálida, felices por haber salido al fin de entre las

rocas. Ryke durmió. Lo primero que hizo después de darle de comer a su montura fue quitarse las botas. Cuando se despertó notó que los pies le picaban ferozmente.

Llegaron a la Fortaleza de las Nubes envueltos en la oscuridad.

A Ryke le parecía que había estado cabalgando eternamente en la noche. Sironen les había impuesto un ritmo de marcha brutal. Habían hecho un breve alto y eso solamente porque los caballos necesitaban descansar. Hacia el noroeste veían un promontorio oscuro y rocoso de formas regulares que debía de ser la Fortaleza. Torib se había adelantado para recibir órdenes, pero no tardó en volver.

—Vamos hacia el oeste —dijo—. En fila. ¡No os separéis y mantened la lengua entre los dientes!

La vanguardia había hecho su trabajo. La estepa nunca había sido tan vasta y silenciosa. Ryke intentó distinguir algo. La luna se había ocultado... Ya casi era hora de que amaneciese. Durante la interminable cabalgada había perdido toda noción de tiempo y de lugar. Sintió que los flancos de su montura se estremecían con un profundo jadeo. Estaba cansado, aún más cansado que él. Notó un olor familiar y sintió escozor en el paladar. Algún animal nocturno había cazado una oveja extraviada. Sintió que se le hacía la boca agua y sonrió en la oscuridad.

Aún se encontraban bastante lejos del castillo. El cielo empezaba a teñirse de franjas luminosas. Las formas de los hombres y sus monturas iban haciéndose más claras. Ryke vio al fin lo que estaba haciendo Sironen. Hacía avanzar al ejército rodeando la Fortaleza de las Nubes, formando un enorme semicírculo, cortando el paso de la Fortaleza a la estepa y a los senderos, empujando a todo el que pudiese encontrarse en el espacio de ese semicírculo hacia el castillo. El turno de Torib formaba parte del ala oeste. Un pavo salió volando de la nada y agitó frenético sus alas prácticamente entre las patas del caballo de Ryke. El castrado lanzó un relincho y estuvo a punto de encabritarse. Ryke logró tranquilizarle.

—Calma —le susurró excitado—. Estáte quieto, ten calma.

El ejército pareció tardar mucho tiempo en ocupar sus posiciones alrededor del castillo. Los correos iban y venían de un ala a otra. Los hombres desmontaron para dar un descanso a sus caballos y estirar las piernas, acostumbrándose de nuevo a caminar. Ryke examinó el manchón de negrura que constituía la Fortaleza de las Nubes, al norte. De vez en cuando podía ver antorchas brillando en los muros; le parecían diminutos fuegos fatuos que oscilaban en la oscuridad. Pero no había ninguna señal de alarma, ningún súbito aumento de luces o de ruidos. Cogió su odre y bebió un sorbo de agua. Tuvo que repetirlo varias veces antes de notar el sabor; tenía la boca reseca.

—A caballo.

Sus nervios habían permanecido atentos y a la escucha; antes de que su cerebro captase lo que había oído, ya estaba encima del caballo. Le dolía la vejiga y tenía el estómago convertido en un tenso nudo de nervios. Ignoró las exigencias de su cuerpo y espoleó al caballo para que avanzase. Ahora ya podía ver a los hombres que le flanqueaban. Torib sonreía, con el largo cabello castaño encuadrándole el rechoncho rostro. Ryke buscó su escudo. Lo odiaba porque no hacía sino estorbarle, pero iba a necesitarlo si dentro de los muros del castillo había arqueros. Puede que no haya, pensó, acordándose de que los ocupantes del castillo ahora eran del sur. Se inclinó sobre el cuello de su montura. Un guijarro saltó, despedido por las patas del caballo, y le golpeó en la mejilla.

El impacto le dolió. Se limpió la herida con la mano, manchándose el guante. La primera sangre. Podía distinguir ya el anillo de hombres cerrándose en torno al castillo. Los hombres gritaban desde las murallas oscuras. Las antorchas florecieron por todo el edificio. Pero los hombres de Sironen seguían guardando silencio. Sus caballos avanzaban al galope, y Ryke tragó saliva. Ya casi habían entrado en el radio de tiro de los arqueros.

Pero también Sironen tenía arqueros. El anillo se cerró y los arqueros avanzaron detrás de él, disparando por encima de su propia gente hacia las cabezas de los sureños que asomaban por encima de las murallas.

—¡Desmontad!

Ryke aferró su espada y el escudo. Oyó un zumbido y levantó el escudo. Así que, después de todo, los sureños habían aprendido algo del norte. Una flecha, seguida de otra, rebotó sobre el resistente cuero.

Oyó a lo lejos el rítmico ruido de un ariete. Mientras corría se preguntó si acaso Sironen lo había hecho llevar todo el camino desde la Fortaleza de Pel y, de ser así, cómo habían conseguido llevarlo los hombres por entre las rocas... Era imposible. Tenían que haberlo construido mientras dormía.

—¡Toma!

Instintivamente, Ryke se protegió la cara con las manos y sintió en ellas el impacto de la madera. Era una escala de asalto. Gruñendo a causa del esfuerzo, los hombres fueron levantando las escalas hasta dejarlas verticales y luego las apoyaron sobre las piedras del muro exterior. Torib sonreía.

—Deséame suerte —le dijo gritando—. Sólo son un centenar; ¡no pueden estar en todas partes a la vez!

Empezó a trepar por la escala. Ryke agarró fuertemente el extremo. Los hombres le seguían, subiendo torpemente por los peldaños. Habían dejado de caer flechas. Ryke bajó el brazo dolorido con que sostenía el escudo y alguien le empujó por detrás. Llegó al final de la escala y un hombre con una hirsuta barba negra saltó gritando sobre él en lo alto de la muralla, agitando una pica. Ryke sacó su espada, sosteniéndola ante él. El sureño, sin poder frenar, se ensartó él mismo. Su boca se abrió en una mueca de sorpresa. Ryke liberó la espada de un tirón y le golpeó de plano con la hoja. Su enemigo cayó al suelo. Más allá del muro se oían gritos, y el ruido del ariete se había detenido. Ryke alzó su escudo para protegerse de las flechas de su propio bando y corrió protegiéndose lo mejor que pudo hacia la cima del edificio. Sentía una inmensa alegría. Blandió su espada trazando un amplio arco. Era invulnerable, nada podía herirle. En el recinto interno, debajo de Ryke, Torib daba gritos. Sonriendo, Ryke buscó una escalera para bajar.

Los sureños lucharon como demonios, pero su número no era el suficiente como para que eso alterara el resultado de la batalla. Sironen ordenó que les encadenasen y les llevasen, bien vigilados, al recinto exterior. No tenían un aspecto demasiado alegre. Ryke buscó entre ellos rostros familiares, pero no vio a nadie conocido. Y de un modo inexplicable, se alegró de ello.

No había sufrido daño alguno. La locura del combate le había abandonado y ahora sentía un gran cansancio. Le dolían los brazos. Torib había recibido un leve tajo en la cabeza, pero eso era todo.

—¡Me han desangrado como a un cerdo! —dijo explicando lo que le había ocurrido—. Y después estuvieron a punto de matarme... Apenas podía ver. ¡Tenía los ojos cubiertos de sangre!

—¡Pero eso no te impidió encontrar el camino hacia las mujeres! —gritó alguien. Torib sonrió.

—Yo encuentro a mis mujeres por el olfato.

—¿Y ella tenía muchas ganas?

—Después de todo un mes con esos malditos sureños, bien puedes apostar a que las tenía —afirmó el gordo Torib enfáticamente. Inició el gesto de rascarse la cabeza y apartó bruscamente la mano del vendaje al sentir el dolor—. Pero ya sabéis lo que suelo decir..., si no eres capaz de hacer que se rían, siempre puedes hacer que lloren.

Los hombres saludaron su chanza con grandes carcajadas. Sus risas se mezclaban con el graznido de los cuervos posados en las aspilleras, los ojos clavados en los

cadáveres, girando a un lado y a otro sus flacas cabezas para contemplarlos primero con un ojo y luego con otro. Los hombres de Sironen vagaban por los pasillos en busca de vino, comida y mujeres. Algunos dormían sobre los bancos del gran salón o se habían derrumbado bajo ellos. El vino y el olor de la sangre le revolvió el estómago a Ryke. Alzó la mano, despidiéndose de Torib.

—Ahora vuelvo.

—¡No te pierdas!

Ryke sonrió con una mueca vacía y salió del castillo en busca de su caballo.

Alguien había estado dando órdenes; los caballos habían sido atados y pacían junto a la muralla este. Los muertos habían sido colocados en pilas y tapados con capas para protegerlos de las voraces aves de carroña. Las capas habían sido aseguradas con piedras. Ryke se aseguró de que el caballo se encontraba bien y de que nadie había tocado sus cosas ni el arco de Errel, guardado en su funda. Todo estaba en orden. El cielo estaba brillante y despejado. El polvo que habían levantado los caballos ya había desaparecido. De las murallas colgaban aún los estandartes de Col Istor, que los hombres de Sironen no habían retirado todavía. Algunos caballos llevaban los arreos típicos del sur sobre sus grupas (cascos redondos sin púas y espadas de hoja corta) pero, por lo general, el saqueo no había sido muy abundante. En los aposentos de las mujeres se oían sollozos. Pero, a esa distancia, parecía como si casi nada hubiese ocurrido.

Ryke regresó al castillo.

Sironen y sus comandantes se encontraban en el recinto externo. Los arqueros recogían sus proyectiles. El olor de la sangre se había hecho aún más espeso. Ryke se detuvo un instante, tratando de respirar entre aquella pestilencia, y a sus oídos llegó el espantoso jadeo líquido de alguien ahogándose con su propia sangre. Miró hacia la puerta, esperando ver hombres con camillas. No había nadie.

—Perdón —dijo un arquero.

Ryke se hizo a un lado. Vio a Sironen andando por entre sus hombres y una hilera de cadáveres a lo largo de una muralla. Los cuerpos parecían llevar cadenas. La mente agotada de Ryke vaciló, horrorizada. ¿Qué razón podía tener Sironen para hacer que encadenasen a los cadáveres? Y entonces vio que de los cuerpos manaba sangre brillante y recién derramada. Recordó la sonrisa salvaje del viejo señor. Naturalmente, Sironen no quería dejar atrás soldados para que guardasen a sus prisioneros del sur. Necesitaba a todos los hombres que pudiese llevar consigo para Tor-nor. Lo más sencillo era cortarles el cuello.

Ryke, mareado, sin saber lo que hacía, extendió las manos. El tiempo corrió hacia atrás. Estaba temblando bajo un cielo indiferente y los cuerpos eran los de sus amigos, las cadenas rodeaban sus muñecas ensangrentadas... Luchó por recobrar la cordura. Estaba en la Fortaleza de las Nubes, en esta guerra se hallaba al lado de los vencedores. No estaba en Tornor.

Los ojos muertos le contemplaban, burlándose de su horror. Se dijo que no debía actuar como un estúpido, pero tenía la piel pegajosa a causa del sudor y no podía detener las náuseas que le invadían. Corrió hacia la puerta. Bajo la mirada carente de interés de los caballos que pacían se arrodilló en el suelo, vomitando sobre un matorral espinoso hasta que, agotado, fue incapaz de moverse.

Seis noches después estaba arrodillado junto a las murallas de Tornor.

Le dolían las rodillas y se encontraba en mitad de un charco fangoso. Sentía molestias en la espalda de tanto andar agachado, y tenía los pantalones empapados.

Sus dedos recorrieron la aljaba y la funda del arco para asegurarse de que seguían secos. Una luna llena en sus tres cuartas partes brillaba sobre su hombro. Casi podía imaginar que les oía, pero cada vez que escuchaba no había el más mínimo ruido. Estaba solo. Nada turbaba el silencio que precede al amanecer, ni una pisada, ni un relincho, ni

tan siquiera el crujido de un junco. No lograba creer que cuatrocientos hombres fueran capaces de permanecer en tal inmovilidad.

Fue contando las puertas en su mente. La poterna oeste. La tocó con una mano enguantada. La poterna este. Las dos poternas interiores. La puerta del recinto exterior con el edificio de la guardia, cerrada por el rastrillo. La puerta a la torre. ¿Cuántas puertas podrían abrir seis personas antes de ser descubiertas? Le temblaban las piernas. Se incorporó lentamente para dejar que descansasen un poco y se apoyó en la poterna, deseando con todas sus fuerzas que se abriese. No sucedió nada. Ryke volvió a inclinarse sobre el suelo fangoso.

Oyó un crujido de metal sobre madera. Puede que sea un guardia, se dijo, una lanza rozando el muro de piedra... Y la poterna se abrió. Ryke se quedó inmóvil, congelado. Errel asomó por la abertura. Sus dientes brillaron en la oscuridad mientras le hacía un gesto para que avanzase. Ryke se incorporó velozmente y se lanzó hacia delante, resbalando cada vez que sus botas hollaban el suelo mojado. Tropezó varias veces y estuvo a punto de caerse.

Errel le cogió por el brazo y le arrastró a través de la poterna al interior del recinto de guardia. La diminuta construcción apestaba a vino, vómitos y lana húmeda. Ryke sintió que la cabeza le daba vueltas de puro alivio. Durante seis días (dos en la Fortaleza de las Nubes, cuatro en el camino a través de las colinas) había estado viendo en su mente a Errel preso, encerrado, muerto. Abrazó con fuerza al príncipe. Ryke sintió el pinchazo de la barba en el rostro de Errel y supuso que, como parte de su disfraz, no se había afeitado.

—¿Todo bien? —dijo.

Tuvo que aclararse la garganta antes de poder hablar.

—Sí. Danzamos anoche y la noche anterior. Nos aprecia.

Sólo podía haber una persona que les apreciase en Tornor.

—Maldito sea.

Los ojos de Ryke se acostumbraron a la oscuridad del recinto de guardia y vio a los centinelas caídos en el suelo, y dos dados que parecían ojos blancos tirados junto a sus pies.

—¿Muertos? —preguntó.

—No. —Errel hizo el gesto de quien golpea una cabeza—. ¿Has traído mi arco? —Ryke le tendió el arco y la aljaba llena de flechas—. Gracias. Supongo que Sironen tomó la Fortaleza de las Nubes.

—Sí —asintió Ryke.

Sabía que Errel esperaba que sus explicaciones fuesen más extensas, pero no deseaba hablar de ello.

—Más tarde hablaremos —dijo el príncipe—. Venga, debemos llegar a la puerta principal del recinto interno. ¿Te acuerdas de cómo se levanta el rastrillo?

—Sí.

Sabía que debía de parecerle excesivamente lacónico, y notó que Errel le miraba. Pero era incapaz de decirle: Dame el tiempo necesario para creer que me encuentro realmente aquí. Pasó los dedos sobre la viga de roble que se usaba para asegurar la entrada al recinto de guardia. Dame tiempo para enterarme de que estoy en Tornor.

Errel se tocó los labios para indicarle que guardase silencio. Salieron por la puerta trasera del recinto de guardia. Un débil manchón de luz lunar brillaba entre la muralla interior y la exterior. El camino hasta el recinto interno estaba oscuro como la pez y olía a caballos. Ryke se repetía mentalmente que ya habían llegado al final, intentando convencerse de ello. Un perro ladró de pronto y el ruido hizo que sus tensos nervios pareciesen saltar. De repente, se encontró aplastado contra el muro. La luz destelló sobre la hoja de un cuchillo. Un antebrazo fuerte y duro se clavó como una amenaza inminente en su cuello.

—Somos nosotros —dijo Errel. El cuchillo se esfumó.

—Lo siento —se excusó una voz grave, y Van le soltó—. Llegas justo a tiempo. ¿Has traído al ejército?

—Está fuera —informó Ryke.

—Las poternas están abiertas —dijo Van—. Estamos listos para abrir la puerta principal. ¿Maranth?

Una mano se levantó entre las sombras. Ryke oyó una risa ronca pero suave y se mordió la mejilla. Normalmente había cuatro centinelas en el recinto interno de guardia. Sabía que Maranth era rápida, pero no podía creer que hubiera sido capaz de dominar a los cuatro ella sola. Inhaló hondamente, disponiéndose a hablar. Errel le tocó el hombro.

—Mira.

Ryke dejó escapar el aire lentamente. Maranth avanzó, entrando en la zona iluminada por la débil claridad lunar. Llevaba aquellos pantalones acampanados de tela suave que, a primera vista, parecían una falda.

Cruzó el patio con paso grácil y despreocupado, como si estuviese en Vanima. El edificio de la poterna era de formas cuadradas y macizas, con las aspilleras por única abertura. Hasta las puertas de entrada habían sido reforzadas con barras de hierro. Maranth llamó a la puerta.

—Hola.

Los ecos de su voz parecieron flotar en la creciente luminosidad del alba. Se oyó un crujido al descorrerse desde dentro el cerrojo de la mirilla.

—No consigo dormirme. Necesito alguien con quien hablar y todos mis amigos están roncando como unos bobos. ¿Puedo entrar y sentarme contigo? —Echó hacia atrás su espesa melena negra con un gesto cargado de sensualidad y balanceó las caderas—. He traído un poco de vino.

De los pliegues de sus pantalones sacó un odre lleno de vino. La puerta se abrió y dos hombres asomaron por el hueco. Ella retrocedió y hasta el más pequeño de sus gestos era como una muda invitación. Moviéndose como si estuvieran hechizados, tres hombres salieron del edificio. Dos alargaron sus manos hacia Maranth. El tercero, más prudente, le quitó el odre de vino que sostenía.

—¡Adelante! —gritó Van.

Norres, Sorren y Hadril surgieron como lobos entre las sombras. Maranth rodeaba con ambas manos la garganta de uno de los centinelas. Los otros apenas si tuvieron tiempo para poner cara de sorpresa. Sorren y Norres les recogieron al caer, antes de que llegasen al suelo. Hadril entró en el edificio.

—¡Vamos! —dijo Van.

Cruzó de un salto el espacio que había hasta la poterna y Ryke le siguió. Una luz ardía en el interior del mohoso recinto. El rostro de Hadril era pálido e inexpresivo. Estaba manchado de sangre. Detrás de él, un hombre yacía retorcido sobre un camastro.

—¿Estás herido? —quiso saber Van. El joven negó con la cabeza—. ¿Le has matado?

—Tuve que hacerlo.

—Ahora ya sabes lo que se siente —dijo Van. Golpeó sin mucha fuerza al muchacho en la cara y Hadril pestañeó—. No pierdas la calma.

—¿Qué está pasando ahí? —gritó una voz desde la muralla.

Parecía la de Held. Ryke se preguntó a quién le habría encomendado Col esa guardia. Puede que fuese Vargo. Sorren entró cautelosamente en el edificio y cerró la puerta tras de sí. Ryke oyó el golpe sordo del pestillo.

—De prisa —dijo Errel.

Ryke buscó a tientas la escalera que llevaba hasta el cuarto del torno para levantar el rastrillo. Su guante se enganchó con un clavo, rompiéndose.

Subió por la escalera. En el último peldaño miró hacia abajo y vio el cadáver tendido sobre el camastro. El casco había caído de su cabeza, rodando por el suelo. Tenía el

rostro extraordinariamente pálido, blanco como la leche, y sus ojos vidriosos se habían helado en una expresión de terror. La boca estaba abierta, pero el sonido que había intentado emitir había muerto con él. La daga de Hadril le había herido justo debajo del mentón, y los tendones de la garganta habían sido cortados por el golpe. Una sensación enfermiza y familiar invadió las entrañas de Ryke. Apretó los puños y siguió subiendo.

En la habitación del torno vaciló durante un segundo. Las dimensiones de la estancia no eran como él las recordaba. Dio media vuelta y se golpeó el tobillo con una polea. Pasó los dedos por encima del mecanismo y encontró la rueda para hacerlo girar. Trató de moverla y el mecanismo gruñó, sin obedecerle. Claro, pensó, está trabado con el seguro.

Oyó ruidos guturales y gritos. Parecían acercarse al edificio.

—¡Date prisa! —gritó alguien debajo de él. Ryke le quitó el seguro a la rueda y le dio un empujón. Estaba atascada. Una figura delgada apareció por el hueco de la escalera.

—¿A qué estás esperando? —dijo Sorren, poniendo las manos encima de las suyas.

Empujaron los dos a la vez y el rastrillo se levantó. El ruido fue espantoso, lo bastante fuerte como para despertar incluso a los muertos. Cuando se detuvo, Ryke pudo oír el estruendo del ariete en la puerta principal, y percibió claramente los chasquidos de las barras de hierro al ceder, como rocas cayendo desde una gran altura.

Y Sironen hizo entrar a su ejército por la puerta destrozada.

15

Fue un combate terrible.

Sironen hizo retroceder a los hombres de Col hacia los cuarteles, les rodeó con sus soldados y luego prendió fuego al edificio. Los muros de piedra no podían arder, pero las vigas y la techumbre prendieron rápidamente y al derrumbarse atraparon a los sureños en un llameante laberinto de madera. Las piedras se pusieron tan calientes como un horno. Para evitar que las llamas se propagasen a las cocinas, el viejo señor mantuvo junto a ellas un pelotón de hombres provistos con cubos de agua.

Los caballos, aterrados, relinchaban en los establos. Los hombres que habían estado de guardia corrían a lo largo de las murallas, perseguidos por los soldados de la Fortaleza de Pel. Ryke bajó por la escalera que llevaba a la habitación del torno, con Sorren siguiéndole. Habían estado luchando en el edificio de la poterna y ahora había más cadáveres en los camastros. Errel y los chearis se habían esfumado. Sorren se lanzó hacia la puerta y Ryke le cogió del brazo.

—Espera.

Rebuscó entre el cuarto atestado de muertos hasta encontrar una espada.

El suelo del recinto interior estaba cubierto de flechas. Un hombre se retorció ante la puerta del recinto de guardia, con los ojos enloquecidos por el dolor, agarrándose una enorme herida que había recibido en el vientre. Tenía las manos aplastadas. Ryke saltó por encima de sus piernas, pero Sorren se detuvo y Ryke vio cómo alzaba su espada, dispuesta a dar el golpe de gracia. Los ojos y la nariz de Ryke empezaron a lagrimear a causa del humo. Buscó con la mirada el estandarte de Sironen y le vio delante del gran salón.

—Ven —le dijo a Sorren.

Un soldado de la Fortaleza de Pel pasó corriendo junto a ellos, conduciendo una reata de caballos. Uno de los animales tenía una herida aún sangrante en el lomo. Una mujer con un vestido gris intentaba acercarse sin que la vieran a la puerta, su cabellera rubia ondeando al viento. Todos parecían gritar. Oyó un gran estruendo cerca de los cuarteles y un salvaje alarido procedente de los hombres de Sironen. Un pequeño grupo de soldados,

tan cubiertos de humo y suciedad que Ryke fue incapaz de reconocer sus insignias, combatían furiosamente en mitad del patio.

Un hombre de pelo negro cruzó a la carrera el patio dirigiéndose hacia la escalera de la torre. Era Held. Ryke le llamó con un grito inarticulado, pero él no pareció oírle. Tenía aspecto de no haber recibido ninguna herida.

—Luego iré a por ti —gritó Ryke.

El metal chocaba con el metal. Un sureño había surgido de la nada y atacaba a Sorren. La muchacha mantenía con calma su terreno, parando sus golpes, dejando que el otro se cansase. El del sur llevaba la armadura a medio poner y las piezas metálicas se agitaban como cortinas. Golpeaba agarrando la espada con ambas manos Ryke reconoció el modo de golpear; era Ephrem. Sorren se agachó y la estocada pasó silbando por encima de su cabeza. Luego se levantó de un salto y, con la precisión de un cirujano, su espada atravesó las costillas de Ephrem, con la inclinación justa hacia arriba para perforarle el corazón.

Ephrem se derrumbó. La hoja había quedado atrapada en su pecho. Sorren apoyó el pie en su cuerpo y la sacó de un tirón. La bandera de Sironen seguía ondeando por encima del salón. Ryke señaló hacia ella. Sorren limpió la espada y echó a correr precediéndole.

El estruendo metálico era tan fuerte que a Ryke le dolían los oídos. La gran estancia parecía zumbar a causa de los golpes. Los hombres se movían, formando filas siempre mudables que se atacaban entre sí con espadas y hachas, con largas lanzas y cuchillos que brillaban un instante fugaz en la penumbra... Muerte, eso decían. Ryke agarró con más fuerza su espada. Olió el humo de los incendios, la sangre. Le dolía el estómago. No quería entrar en ese lugar.

Un hacha pasó silbando junto a su oreja y Ryke se apartó de un salto, girando ciegamente en la dirección de la que había venido el golpe. La carne se hendió bajo su espada y un hombre aulló. Otro hombre con la insignia roja y negra de Col se lanzó sobre él, gritando maldiciones. Estaba atrapado; ya no podía irse. Se irguió sobre sus pies, sabiendo que estaba en Tornor y que no iba a morir allí. Tensó los hombros y tragó a grandes bocanadas el aire lleno de humo, haciendo girar su espada en un gran círculo resplandeciente.

Notó que alguien se apoyaba en su espalda. El torbellino de la batalla le había engullido.

—¿Dónde está Col Istor? —dijo una voz ronca en su oído.

Una marea de odio se alzó en su interior. Para eso había venido a Tornor, para matar a Col y a todos sus hombres, para liberar de él a esa tierra, para salvarla de sus actos, de sus planes y de su progenie.

—... En la Atalaya.

—¿Cómo podemos llegar hasta allí? —dijo Van. Ryke sonrió ferozmente, con los dientes al descubierto como un animal.

—Cruzando el recinto interno.

Sólo había una escalera hasta la torre. Sin duda Sironen la tendría vigilada... Vio en su mente a Col andando de uno a otro extremo de la minúscula estancia, furioso como una rata acorralada.

—Vamos.

Pestañeó para aclararse los ojos del sudor que los llenaba. Van asintió. Espalda contra espalda, se fueron abriendo paso hacia las puertas. De pronto el salón tembló, como si el suelo se hubiese movido. Una cuña de hombres se abrió paso a golpes en el salón, avanzando hacia Sironen. Col estaba en la punta de esa cuña. Sus hombres lanzaron un rugido. Ryke vio a Held detrás de su jefe, lanza en ristre. Ryke saltó hacia delante, intentando llegar hasta él, intentando matarle.

Van lanzó una maldición y cayó al suelo.

Con la espalda el descubierto, Ryke blandió su espada con las dos manos. Le ardían los pulmones. Tragó aire ansiosamente y cubrió con su cuerpo a Van. No podía agacharse para ver si el cheari seguía vivo, y tampoco podía abandonarle para llegar hasta Col. Algo le mordió en el flanco izquierdo. El olor de la sangre le hizo tambalearse. Pisó algo blando y esperó que no fuese Van. La cabeza le daba vueltas, llena de un zumbido ensordecedor. Lo único que deseaba era acostarse sobre algo blando y suave y dormir.

Volvió a sentir dolor en el costado y supo que le habían herido. Lo que olía era su propia sangre. Lleno de rabia, alzó la cabeza buscando la luz. Estaba tan cerca de Col que casi habría podido tocarle. Oyó a Sironen gritando órdenes. Miró al hombre vestido de negro y plata que había surgido ante él.

—¡Sal de mi camino! —rugió.

Tenía que matar a Col. Había prometido que lo haría. Las lanzas golpearon y el soldado que tenía delante cayó de rodillas.

De pronto Held alzó una mano y cayó como una piedra. De su cuerpo sobresalía una flecha. Las duras plumas blancas brillaban bajo la luz. Otro hombre cayó. Ryke miró por encima de su hombro y vio a Errel, subido a una mesa. Tenía el rostro lleno de hollín y sostenía en las manos su gran arco. Lo alzó de nuevo y disparó. Otro sureño cayó al suelo. Errel iba matando a los hombres que rodeaban a Col, uno a uno. Durante un instante en el gran salón reinó el silencio, y en esa breve calma, Ryke pudo oír el alegre discurrir del Rurian, crecido a causa del deshielo.

Protegiéndose los ojos con su ancha mano, Col miró a Errel. Movié los labios y Errel disparó dos flechas seguidas. Una hirió a Col en el vientre y la otra en el cuello. El sureño abrió la boca en un gesto indescifrable. La sangre corrió por su cota de malla, tiñéndola de rojo, y muy lentamente, Col cayó sobre sus propios hombres.

Van había sido herido por una pica en el muslo izquierdo. La estocada que Ryke había recibido en el costado no era muy honda. Cogió un trozo de tela y lo puso bien apretado sobre la herida, sostenido por su chaqueta de cuero. Le zumbaban los oídos. Mientras Ryke se inclinaba sobre él, Van intentó ponerse en pie, apartando la venda de su herida, maldiciendo.

—Ayúdame a levantarme —le dijo a Ryke.

—Será mejor que esperes al cirujano.

—Maldito seas.

Van intentó incorporarse y volvió a caer.

—No puedo ayudarte —dijo Ryke—. Estoy herido.

—Entonces, dame una lanza —dijo el cheari.

Ryke deseaba que se callase. Sironen daba órdenes a gritos a sus tropas y él quería oír lo que decía. Algo acerca de los establos. Quizá no habían podido sacar a todos los caballos, quizá se habían quemado. Se obligó a permanecer muy inmóvil. Si se inclinaba caería sobre los cadáveres. Los rayos del sol descendían lentamente sobre los muros polvorientos, volviendo más brillantes los borrosos colores de los tapices.

Maranth se abrió paso a través de la carnicería. Llevaba un odre de agua. Lo acercó primero a los labios de Van y luego a los de Ryke. Tenía las manos llenas de sangre.

—¿Estás herida? —inquirió Van.

—No —respondió ella, cruzando las piernas—. Estáte quieto —le dijo, posando una mano en la frente de su esposo.

—¿Y los demás están...?

—A salvo —dijo ella.

Van suspiró y apretó con la diestra las manos de Maranth.

El cirujano era un hombre gordo de expresión impasible. Ryke, siguiendo sus órdenes, se quitó la cota de malla y la camisa.

—No es una herida muy grave. Bebe esto. —Y le puso a Ryke un frasquito en la mano derecha—. Ten quieto el brazo. —El frasquito contenía vino con miel. Ryke sintió náuseas al beberlo—. Con cuidado. No vayas a vomitar.

Ryke sintió algo frío en el costado.

—¿Qué es eso?

—Un emplasto para ayudar a que cure la herida. Levanta también el otro brazo, por favor. —El cirujano rodeó con tiras de lino las costillas de Ryke mientras éste permanecía sentado con los brazos levantados por encima de la cabeza—. Gracias, ya puedes bajarlos. —Se volvió hacia Van—. ¿Y de qué se trata, hmmm?

Chasqueó los labios. Sus brillantes ropajes negros y plateados le recordaban a Ryke un escarabajo moviendo constantemente las alas. Ryke se frotó los labios con las manos para contener una carcajada. Cuando les acogen como aprendices, pensó, les enseñan a hacer ese ruidito con la lengua.

El cirujano emitió una variada gama de ruidos de apreciación profesional mientras trabajaba con la pierna de Van. La bañó con agua caliente y Van torció el gesto pero siguió callado. Maranth le acariciaba el pelo.

—Es una herida limpia —dijo el rechoncho cirujano—. Eres afortunado. Podrás caminar con ella.

—Soy un danzarín —dijo Van.

—También podrás bailar con ella si le das tiempo para que se cure. Si caminas demasiado pronto harás que se abra. Déjala reposar o se te infectará.

—No te preocupes —dijo Maranth, acariciando la cabeza de Van—. Si hace falta, lo ataré a una silla.

Ryke se puso en pie. El emplasto mitigaba el dolor que sentía en el costado y el vendaje le picaba. Buscó su espada, la encontró y la puso en su vaina.

—Os veré después —les dijo a los chearis.

—Seguiremos aquí —le contestó Maranth.

Van no dijo nada. Respiraba más de prisa que de costumbre y tenía el rostro bastante pálido. Ryke salió del salón. Un soldado pasó cojeando junto a él, con la bota hecha pedazos.

Los cuervos trazaban círculos cansinos sobre el castillo. Nubes de humo se alzaban desde las ruinas de los cuarteles. La mayor parte de las murallas se habían derrumbado. Hombres provistos de cubos formaban una hilera desde el pozo hasta una esquina del edificio en que las cenizas aún brillaban. El viento cambió de dirección y al olfato de Ryke llegó el olor dulzón de la carne quemada.

Se dirigió hacia la escalera de la Atalaya. Dos soldados vestidos de negro y plata estaban sentados en el último peldaño.

—Lo sentimos. Nadie puede subir.

—No soy un saqueador.

—Órdenes del príncipe.

Ryke se preguntó qué príncipe habría dado esas órdenes, si Errel o Sironen, pero se marchó. Era inútil decirles a esos hombres que sólo había querido mirar, no llevarse nada.

Se quitó el peto de cuero, que le hacía sudar. La espada colgada del cinto le pesaba mucho. Se la quitó también y la dejó apoyada contra una pared. Ya no le hacía falta. El viento cambió nuevamente de dirección, esta vez hacia el oeste. Oyó ruido de llantos. Con mucha cautela, abrió la puerta roja que daba a los aposentos.

Su pie golpeó algo metálico al entrar. Bajó los ojos, tratando de ver algo en la oscuridad de la estancia. El objeto con el que había tropezado brillaba. Se agachó lenta y cuidadosamente y lo recogió. Era un broche de mujer con la forma de una margarita. Le pareció que estaba hecho de plata. Lo hizo girar entre los dedos y luego lo dejó caer.

No habían apostado centinelas allí. Las habitaciones habían sido saqueadas a conciencia. Pedazos de seda y terciopelo manchados de barro estaban tirados en el

suelo. En las profundidades del edificio oyó una voz masculina. Una puerta colgaba con los goznes arrancados. Miró en el interior del cuarto. Una mujer estaba sentada en el centro de lo que había sido una cama con dosel. Los cortinajes yacían en un confuso montón sobre el suelo. La mujer llevaba los pechos desnudos. Su pálida cabellera le medio cubría el rostro. Tenía los ojos hinchados, pero en aquel momento no lloraba. Ryke tragó saliva. Había empezado a sentir nuevamente el zumbido en la cabeza.

—No te haré daño —dijo. Ella le miró con ojos inexpresivos como piedras—. Estoy buscando a mi hermana, Becke.

No parecía oírle. Después de mucho tiempo, la mujer se lamió los labios.

—La cuarta puerta —informó.

—Gracias —le dijo Ryke.

Volvió al salón y contó cuatro puertas. Detrás de la tercera oyó ruidos breves y entrecortados; no pudo distinguir si eran risas o gemidos.

Abrió la puerta de la cuarta habitación. El olor de la sangre invadió su olfato, haciéndole arrugar la nariz. Dio un paso entrando en el cuarto, y bajo el espeso olor a muerte pudo oler las leves fragancias entremezcladas del jazmín y la madreSelva. La habitación había sido totalmente destrozada. Becke yacía en el lecho, con un brazo extendido como si estuviese durmiendo. La habían tapado con una colcha, y sus cabellos asomaban por debajo de ella. Sus ojos le miraron sin verle. Los rizos castaños le llegaban hasta las rodillas. No sabía que se hubiese dejado crecer tanto el cabello. Podía adivinar lo que le habían hecho resiguiendo con los ojos las líneas de su cuerpo bajo la seda azul. Se preguntó si los soldados de la Fortaleza de Pel habrían sabido que era la mujer de Col Istor, propiedad personal suya, y si la habían matado precisamente por eso. Todo lo demás carecía de importancia. Les sucedía a todas las mujeres. En mitad de una guerra ni tan siquiera se podía decir que fuese una violación.

Salió de los aposentos y casi se tropezó con Errel.

Durante un breve instante no le reconoció. Echó a andar, apartándose de aquel extraño pelirrojo. Entonces vio el arco y la aljaba y se detuvo.

—Ryke... —El príncipe le tocó el hombro—. ¿Te han herido?

—En el costado. No es grave.

Un soldado vestido de negro y plata se acercó corriendo a Errel.

—Mi señor...

—¿Qué sucede? —dijo el príncipe.

—El señor Sironen desea que sepáis que siguen resistiendo en los establos. Su pregunta es: ¿Queréis que los hagamos arder?

—¡De ningún modo! —contestó secamente Errel—. Dile que ahora mismo voy. —Cogió a Ryke por el brazo—. Ven conmigo.

Llevaba el anillo con el rubí en la mano izquierda. Aún tenía manchas de hollín en el lado izquierdo de la cara, y la ceja izquierda estaba chamuscada.

Gam y algunos hombres de su turno se habían hecho fuertes en los establos. Sironen iba y venía ante las puertas. Una pulsación espasmódica latía en la roja e hinchada cicatriz de su mejilla. Sus hombres permanecían sentados como gatos hambrientos delante de las puertas y ventanas. Errel se acercó a Sironen y los dos hombres conversaron brevemente. Los demás aguardaban, esperando a que se les dijese lo que debían hacer. Algunos sostenían ya antorchas.

—No —dijo Errel, agitando enfáticamente la cabeza. Se acercó a las puertas cerradas y gritó, lo más alto que pudo—: ¡Oídme, soldados! Col Istor ha muerto. Los hombres de la Fortaleza de Pel tienen en su poder el castillo. Salid de ahí, rendios, y no se os hará ningún daño. De lo contrario, os tendremos ahí dentro hasta que os muráis de hambre.

Los soldados murmuraron entre sí. Estaba muy claro que deseaban prenderle ruego al refugio de sus enemigos. El viento removía briznas de paja en el patio desierto. Errel les

miró con ojos gélidos. Los murmullos se apagaron, y al otro lado de las puertas se oyó una breve discusión.

—¿A quién nos rendimos?

—Al señor de Tornor —contestó Errel.

Los que se hallaban dentro de los establos tardaron bastante en apartar los sacos y balas de paja que bloqueaban las puertas. Finalmente, Gam apareció por ellas. Llevaba un casco redondo del norte y, a modo de capa, una manta de caballo con un dibujo rayado. Tenía la barba revuelta y enmarañada.

—Si me matáis —dijo—, los otros volverán a cerrar las puertas. Errel se adelantó hacia él.

—Tira las armas.

Gam se le quedó mirando.

—Aja —dijo—, ya veo. Te conozco. El bufón. Errel sonrió, pero el resto de su cara era inflexible.

—El cheari.

—Toma.

El comandante de caballería dejó su espada y su cuchillo a los pies de Errel y, bañado por el sol, se puso de rodillas, apoyando las palmas de las manos sobre el polvo.

—Levanta —dijo Errel. El anciano se puso en pie. Tenía las piernas muy arqueadas—. Puedes marcharte.

Los soldados gruñeron. Gam se tiró de la barba.

—¿Nos dejas en libertad?

—¿Piensas acaso que os quiero aquí, para que andéis por todo el castillo? —repuso Errel—. La puerta está por ahí. Podéis marcharos. Llévate a tus hombres contigo.

Gam se le quedó mirando con incredulidad.

—¿Sin caballos?

Sironen rió, y su carcajada parecía más bien un seco ladrido. Los soldados empezaron a gritar. Gam volvió vacilante al establo, con todos los rasgos de su rostro proclamando su disgusto. Los sureños salieron del establo en medio de una explosión de risotadas, arrastrando sus armas sobre el suelo polvoriento. Con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa, contemplaban atónitos a quienes les habían vencido saliendo de la nada. Limpiándose los ojos, sofocando la risa, los soldados de la Fortaleza de Pel les rodearon.

Después de que los cadáveres hubiesen sido sacados de las murallas y se hubiesen encendido piras en el exterior del castillo, Sironen hizo acampar a sus hombres bajo el mando de los segundos de guardia. Errel, Ryke, los chearis, Sironen y sus comandantes, además de Gam y sus hombres, permanecieron en el interior de la Fortaleza. Sironen había convencido a Errel para que hiciese prisioneros a los sureños que habían sobrevivido.

—Si salen de estas murallas —dijo el anciano señor, con su acostumbrada sonrisa de lobo—, mis hombres les matarán.

Errel se lo dijo a los sureños y luego les ordenó que se pusiesen a trabajar. Fueron del pozo a los aposentos, arrastrando los pies, cargados con cubos y escobones, vigilados por algunos soldados aburridos. Los hombres de Sironen, previsores, le habían perdonado la vida al personal de la cocina. A medida que el estruendo de la batalla se había ido apagando, todos habían surgido cautelosamente de los almacenes, la despensa y los cuartos de la servidumbre.

La mayoría conocían a Errel. Los que eran del sur parecían asustados. Los que eran del norte se postraron a sus pies. Algunos lloraban. Errel les mandó a todos de vuelta a las cocinas.

—Evad, espera. —El pinche así llamado se dio la vuelta, retorciendo el delantal entre sus manos nerviosas—. Sabes montar a caballo, ¿no? —El muchacho asintió—.

Entonces, cabalga hasta la aldea. Dile a Sterret lo que ha sucedido y pídele que venga aquí a verme. Conque venga mañana habrá tiempo suficiente.

—Sería mejor que mandases algunos soldados con él —aconsejó Sironen.

—No, con él bastará. —Errel miró al chico, sonriéndole. Ryke pensó que aquél era el modo en que Athor sonreía a sus soldados y por eso le querían ellos—. Sterret es su tío. ¿Lo harás?

—Sí, mi señor.

Y el muchacho, lleno de orgullo, se sonrojó.

—Y llévate uno de los caballos lentos —añadió secamente Errel.

El muchacho hizo una reverencia y corrió hacia la parte de la muralla en que estaban sujetos los caballos, paciendo la hierba. Errel apoyó los codos sobre la mesa, descansando el mentón en las manos. Había logrado encontrar ropas limpias en algún sitio, pero le quedaban demasiado grandes. Ryke se preguntó si serían de Col. La túnica era de color púrpura. Col había tenido una túnica púrpura. Notó que se le nublaban los ojos y se los frotó con las manos. Estaba muy cansado.

Sironen y sus comandantes hablaban sobre el centenar de sureños que aún permanecían en la Fortaleza de Zilia. Una criada trajo de la cocina una jarra de vino y ellos se la fueron pasando a lo largo de la mesa, sin que nada en sus gestos indicase que acababan de ganar una guerra. El sol poniente teñía de color escarlata las armas de Anhard colgadas de las paredes. Los chearis estaban sentados un poco lejos de los demás, escuchando sin decir nada. Hadril había apoyado la cabeza en los brazos y Sorren la había reclinado sobre el hombro de Norres.

—Disculpadme, señores.

Tanto Errel como Sironen alzaron la vista. Era Torib. Había aparecido ante la mesa con una de sus manazas rodeando los hombros de un muchacho de aspecto delgado y frágil.

—Pensé que quizá deseaseis verle. Dice que es el hijo de Berent el Tuerto.

El muchacho estaba aún más delgado de lo que recordaba Ryke. Tenía la túnica sucia y convertida en harapos. Pero el color de su cabello era muy claro, y el pelo revuelto formaba remolinos sobre su cabeza; los ojos eran de un azul pálido, como los fuegos fatuos de las ciénagas... Errel le tendió la mano.

—Ven aquí. —El niño avanzó inseguro hacia él. Errel asintió—. Me acuerdo de ti. ¿Me recuerdas?

—Has cambiado de pelo —dijo el niño.

—Sí. Es fácil confundirme al principio, ¿verdad? —Ler asintió—. ¿Te asustaste mucho cuando empezó el combate?

—Sí. Pero estaba con él. Me dijo que fuera a las cocinas y que me escondiera en las marmitas, y que no saliera hasta que hubiese cesado el ruido. Y eso hice.

—Hiciste muy bien —acordó Errel—. ¿Tienes mucha hambre?

—Sí, señor.

—Vuelve a llevarle a la cocina —dijo Errel—, y dale de comer.

Torib hizo una reverencia. Puso nuevamente su mano sobre los hombros del chico y los dos se dispusieron a abandonar la habitación.

—¿No eres segundo de guardia? —le preguntó Sironen—. ¿Qué estás haciendo fuera del campamento?

La luna llena que parecía el rostro de Torib se hendió al sonreír éste con aire de haber sido pillado en falta.

—Estaba hablando con las mozas de la cocina, mi señor... —dijo—, sobre las provisiones.

Hizo otra reverencia y se fue hacia la cocina, agarrando aún al muchacho por el hombro. Ler caminaba muy envarado, con las manos planas y pegadas a los costados, sin el menor rastro de su antigua gracia.

Así que, después de todo, Col no había matado al chico... Errel había estado en lo cierto. El estandarte de Col ondeaba sobre las murallas como un trapo lavado y puesto a secar. Pero Becke estaba muerta. Los pensamientos de Ryke se apartaban aterrados de esa realidad como las ranas de la serpiente. Su madre tendría que saberlo, tarde o temprano. Se apretó los ojos con el borde de la mano. Tendría que decírselo él mismo; nadie más podía hacerlo.

Un sirviente les trajo una bandeja llena de carne todavía humeante, con la salsa burbujeante recubriendo las fibras marrones. Los hombres se apresuraron a servirse, cortando tajadas de carne con sus cuchillos.

—Quizá deberíamos mandar un aviso a los del clan verde —dijo Lune, el más viejo de los comandantes de Sironen—, para que trataran con esos nombres de la Fortaleza de Zilia.

Y agitó en el aire el trozo de cerdo que había pinchado para que se enfriase.

Los otros se burlaron de él.

—¿Ya estás cansado de luchar?

—¿Qué pensáis, mi señor? —dijo Lune, inclinando el cuerpo hacia Errel.

Gotas de salsa iban cayendo sobre la mesa. El príncipe alzó la mirada.

—Ésa es una decisión que os corresponde a vos —dijo—. No a mí.

—¿Qué? —exclamó Sironen.

Errel cruzó las manos sobre la madera.

—No voy a quedarme en Tornor.

Un perro negro abandonó cautelosamente la cocina y se metió en el salón. Los comandantes de Sironen miraron primero a su señor y luego se miraron entre ellos.

—Entonces, ¿para qué hemos librado esta guerra? —inquirió Arno.

—Para libraros de Col Istor —dijo el príncipe—. Habrías tenido que luchar con él más pronto o más tarde. Sironen adelantó belicosamente el mentón.

—Sois el señor de Tornor.

—No si renuncio a ello —repuso Errel.

—¿En favor de quién? —quiso saber Arno. Sorren alzó la cabeza del hombro de Norres. Errel hacía girar una y otra vez el anillo que llevaba en el dedo.

—Mi padre tuvo otro descendiente —dijo. Sironen lanzó una breve y feroz risotada, apoyando las manos en la mesa.

—Athor era un hombre. Probablemente engendró a una docena de hijos. ¿Y qué?

Ryke se estremeció. Estaba sudando a mares.

—Un descendiente hecho para gobernar —prosiguió Errel—. Será mucho mejor guerrero que yo. Había logrado atraer su atención.

—¿Quién? —preguntó Arno.

Errel miró a los chearis. Sorren estaba sentada con el cuerpo muy erguido. No había el menor rastro de color en su cara. A su lado, Norres permanecía tan inmóvil como una figura esculpida en piedra. Le brillaban los ojos, llenos de lágrimas.

—¿Quieres aceptarlo, hermana?

Sorren asintió. Errel dio la vuelta a la mesa y dejó caer el anillo en la palma de su mano.

Los comandantes de Sironen empezaron a hablar en voz alta todos a la vez. En el recinto interno los prisioneros del sur se volvieron a mirar, apoyándose en sus escobas y fregonas del mismo modo en que habían solido apoyarse antes en sus espadas. Arno se puso en pie. La plata de sus enseñas brillaba vivamente. Con los brazos en jarras, preguntó:

—¿Cómo puede una mujer gobernar una Fortaleza? Sorren inclinó la cabeza a un lado.

—Ya me habéis visto luchar —dijo.

Arno hizo un gesto despectivo con la mano.

—Puedes luchar. Los lobos también. Y los perros. ¿Sabes guiar a los hombres?

Era una pregunta muy adecuada, pensó Ryke. Sorren apretó el puño derecho sobre el anillo.

—He sido mensajera —repuso—, miembro del clan verde. Pregúntaselo a mi hermano, él te lo dirá. —Todas las cabezas se volvieron hacia él. Errel asintió—. ¿Quién eres tú para desafiarme si el clan verde me aceptó?

Lune frunció los labios.

Arno puso mala cara. De pronto, pareció muy joven.

—Las mujeres han sido hechas para joder y dar a luz a los hijos de los hombres —dijo tozudo—. No para dar órdenes.

Sorren se puso en pie. Tenía los ojos vidriosos y algo desenfocados.

—Muchachito —repuso—, por haber dicho eso te clavaré las orejas a la cabeza.

Saltó por encima del banco y empezó a avanzar lentamente hacia él. Arno se la quedó mirando, atónito, y de pronto se dio cuenta de que estaba hablando en serio. Se encogió en una postura a la defensiva, buscando con los dedos el largo cuchillo que llevaba al cinto. Las botas de ambos resonaban sobre el suelo de piedra mientras giraban uno alrededor del otro. Sorren tenía las manos vacías y el rostro tenso y vigilante. Arno sacó el cuchillo de la funda. Lo sostenía con torpeza, con la hoja muy recta, apretando fuertemente con los dedos la empuñadura de bronce. Lanzó un tajo hacia Sorren y ella eludió la hoja con un giro, moviéndose con tal gracia que casi parecía bailar, hasta ponerse a su espalda. Van lanzó un gruñido de aprobación. Arno giró en redondo para enfrentarse a ella, furioso. Ella le sonrió con dulzura y extendió las manos como diciendo: Puedo vencerte con las manos desnudas, chico. Él lanzó una profunda estocada con su arma, como si sostuviese una espada y no un cuchillo. Ella giró siguiendo la misma dirección que llevaba su golpe, saltó detrás de él y le hizo caer de bruces, manteniendo la rodilla sobre su columna vertebral y bloqueándole la mano derecha con el otro muslo. Empezó a echarle lentamente el cuerpo hacia atrás. Arno abrió la mano y el cuchillo cayó rodando de entre sus dedos. Ella le obligó a echar la cabeza hacia atrás y su cuerpo se arqueó. Los tacones de sus botas rascaban el suelo de piedra. Su mano izquierda, impotente, arañaba el brazo que le mantenía en una presa implacable. Sorren le soltó y Arno rodó de bruces, jadeando hondamente. Ella se puso en pie, inhalando profundas bocanadas de aire. Volvió a la mesa y se puso el anillo en el índice de la mano derecha. —Tornor es mía —dijo.

Al día siguiente Sterret acudió a la Fortaleza. No parecía distinto en nada. La contera de su bastón seguía golpeando el suelo, toe, toe. Su aspecto era tan parecido al de antes que, por primera vez, Ryke se dio cuenta del poco tiempo que había transcurrido desde que él y Errel abandonaran Tornor. Menos de un mes y medio... Y con todo, en ese tiempo había pasado del invierno al verano, para volver de nuevo al invierno, viajando incesantemente entre el norte y el sur... Y ahora, en Tornor, había llegado la primavera. Los pájaros anidaban en los parapetos, y los caballos jugaban en las praderas como si fuesen potrillos. Parecía irónico. Había ansiado tanto esta primavera en Vanima...

Recibió a Sterret junto a las puertas destrozadas. Uno de los soldados se llevó el caballo del anciano.

—Buenos días —le dijo éste, como si se hubieran encontrado ante la puerta de su casa. Evad le habrá dicho que sobreviví, pensó Ryke—. Tu madre te manda saludos.

Ryke tenía que preguntarlo.

—¿Está bien?

Sterret contemplaba las ruinas de los cuarteles.

—Sí —respondió distraído—. Muy bien. —Sin duda, ya estaba echando cuentas en su mente sobre la cantidad de madera que haría falta para reconstruir la Fortaleza—. ¿Se encuentra bien el príncipe?

—Sí —dijo Ryke. Señaló hacia el gran salón—. Vayamos allí.

Acortó su paso para acomodarse al de Sterret. No iba a ser él quien le dijese al viejo alcalde que Errel ya no era ni príncipe ni señor de Tornor.

Sorren y Errel estaban sentados en un banco bajo una gran alabarda resplandeciente. Por debajo de la hoja la cabeza del arma tenía la forma de las fauces de un dragón. Ryke acompañó a Sterret hasta el banco y éste les hizo una reverencia. Pero no pudo evitar que sus ojos se dirigiesen primero a Errel.

—Mi señora —dijo Ryke ceremoniosamente—, permitidme que os presente a Sterret, alcalde de la aldea de Tornor.

Sorren se puso en pie, pero Errel no. Ryke dejó que Sterret mirase primero a uno y luego a otro, cada vez más asombrado.

Ryke se sentó a la luz del sol. Al otro lado del recinto sonaba la voz de Gam, maldiciendo a los mozos de establo. Se dijo que muy pronto se acostumbraría a ver caras del sur llevando la insignia de Tornor. Sironen se había ofrecido a dejar una pequeña guarnición de hombres en la Fortaleza.

—Torib se ha ofrecido como voluntario para servir de comandante hasta que deseéis nombrar a otros hombres.

Los ojos de Sorren se habían clavado en el rostro de Torib y en su untuosa sonrisa.

—¿Se ha ido ya ese anciano? —inquirió—. ¿El maestro de caballería?

—¿Pensáis contratar sureños? —se asombró Torib—. Mi señora, limitaos a considerar...

Pero se calló al ver la expresión de su rostro.

—Pelea para quien le pague, ¿no? —dijo ella—. Si pudo luchar para Col Istor, puede hacerlo para mí.

Sironen dio instrucciones a uno de sus hombres para que buscase a Gam y le trajese a su presencia. Gam acudió, llevando aún una fregona en las manos, encorvado y con las piernas más arqueadas que nunca. Sorren se cruzó de brazos y se le quedó mirando. Gam se lamió los labios.

—Anciano —dijo ella—, me llamo Sorren. Soy la hija de Athor y la hermana de Errel, y este castillo y sus dominios ahora son míos. Necesito comandantes. ¿Serás uno de ellos?

El asombro le dejó boquiabierto. Tenía los dientes grandes y amarillos como los de una muía.

—¿Por qué ibais a querer que lo fuese?

—Nunca me hiciste daño alguno —contestó ella—, y entiendes de caballos.

Gam le hizo una torpe reverencia. La fregona iba mojando el suelo junto a sus pies.

—A vuestro servicio, mi señora.

—Ryke.

La suave voz atravesó como un cuchillo sus recuerdos, haciéndole dar un salto. Sorren estaba de pie ante él. Se movía tan silenciosamente que no la había oído. Se puso en pie. No sabía qué tratamiento darle.

—No querría molestarte —dijo ella.

—No sois ninguna molestia —respondió Ryke.

—¿Puedo sentarme?

La pregunta le pareció casi graciosa. No había lugar alguno en Tornor donde no pudiera sentarse. Hasta las mismísimas piedras le pertenecían.

—Por favor... —dijo.

Ella tomó asiento a su lado, su cabellera cayendo como un ala brillante sobre sus pómulos, doblando las rodillas hasta tocar el mentón. Vestía una túnica de seda con flores de un verde pálido bordadas en la tela, pantalones de hombre y la tira de tela roja de cheari en la frente. Se echó el pelo hacia atrás con una mano.

—Has escogido un sitio muy bonito para sentarte.

—Sí.

Sorren contempló el recinto interno, por el que en ese momento pasaba trotando el perro negro. Ryke se preguntó si sería la perra loba y silbó quedamente. El animal volvió la cabeza, pero no se le acercó, y siguió andando decidido hacia los aposentos.

—Me alegra que todo haya terminado —dijo ella, señalando con un gesto la maltrecha Fortaleza—. Tanto odio llenando un espacio tan pequeño...

—¿Ha terminado?

El rostro de Sorren se endureció.

—Para mí sí. —Se puso en pie—. Ryke, tengo que pedirte algo. —Él permaneció inmóvil, esperando—. Es algo difícil de pedir. Necesito hombres fuertes a mi alrededor. Habrá otros que sientan lo mismo que ese cachorrillo, Arno. Dudarán de mi habilidad para gobernar la Fortaleza y mantenerme en ella.

Quería que fuese su comandante. Él pasó los dedos sobre las piedras cálidas y rugosas y esperó a oírsele decir.

—Gam será comandante de un turno. El señor Sironen, muy amablemente, me ha ofrecido cualquiera de sus segundos, a mi elección, para que sea segundo de la guardia. No será Torib, puedes estar bien seguro de ello. —Sorren sonrió—. Norres será mi tercero. —Él alzó los ojos súbitamente y ella sostuvo su mirada un largo instante—. Me ha prometido que se quedará en Tornor un año como mínimo. —Sólo el tono férreamente controlado de su voz traicionaba la profunda emoción que había en el pedir esa promesa y el darla. Ryke se preguntó si Norres sería hombre o mujer para los que estuviesen bajo sus órdenes. Quizá volviese a convertirse en ghya...—. Van me enviará un Maestre de patio desde Vanima. Puedo arreglármelas con tres comandantes de turno. Van dice que ésa es la costumbre en el sur.

—Pero yo había pensado... —Dejó de hablar bruscamente. Tenía la espalda envarada y movió los músculos para aliviar la tensión—. ¿Qué quieres de mí?

Una sirvienta de pelo negro salió por la puerta de las cocinas y se dirigió hacia la poterna. Llevaba cogida de las patas una gallina decapitada y cantaba. La melodía llegó tenuemente a los oídos de Ryke, transportada por una fugaz ráfaga de viento. Sin darse cuenta, se encontró cantando mentalmente la letra. Soy un extraño en una tierra lejana...

—Quiero que vayas a la Fortaleza de las Nubes —dijo Sorren—. Quiero que seas el regente de Ler mientras sea un muchacho. Necesita a alguien fuerte, y yo necesito a alguien fuerte y leal que esté entre Tornor y la Fortaleza de Pel. No me fío totalmente de Sironen. Tendrás que reclutar tropas en las aldeas y granjas, y yo haré lo mismo; serán todos demasiado viejos o demasiado jóvenes, pero conseguirás arreglártelas. Lo primero que debemos hacer es llamar al clan verde para asegurar la paz entre todas las Fortalezas.

La sirvienta se metió en el callejón que había entre el recinto externo y el interno. Ryke se preguntó si la gallina sería para Torib. Acarició de nuevo las piedras con la mano. Suponía que ésa debía de haber sido una de las condiciones de la promesa arrancada a Norres, que Sorren le pidiese a él que se fuese... Podía negarse.

—He de hablar con Errel —dijo. La voz de Sorren era cálida y amable.

—Claro.

Al pasar junto a la puerta del aposento, Norres salió de éste. Se quedó inmóvil, con la mano en el cerrojo. No le dijo nada, y él fue incapaz de pensar en algo que decirle. El perro negro salió de la habitación y ella cerró la puerta detrás del animal. Ryke siguió andando y encontró a Errel con Hadril y Van, sentados en los peldaños de la torre como gatos dormitando al sol. Van estaba sentado en el primer peldaño, con la pierna extendida reposando sobre una tela doblada. Llevaba el pecho desnudo y en las mejillas la barba de un día. Hadril estaba sentado en el segundo peldaño, y Errel en el tercero. Llevaba la tira roja de los chearis alrededor del brazo.

—Saludos —dijo Van—. Siéntate, anda.

—Tenía entendido que Maranth te iba a atar a una silla.

—Se me está curando bastante bien. Además, llegamos a un compromiso. Ella me prometió que no me reñiría más y yo le prometí que andaría con mucho cuidado, a pequeños saltos. —Clavó un dedo en la pierna de Hadril—. Baja un escalón, chelito.

Hadril le obedeció, dejando libre un peldaño. Ryke ocupó el espacio que había quedado entre Hadril y Van.

Era demasiado consciente de la presencia de Errel, dormitando, un peldaño por encima de él. Una puerta resonó en los aposentos y Maranth salió de ellos. Se había lavado la cabeza y el pelo irradiaba como una aureola en todas direcciones. Ryke ascendió un peldaño y Hadril se desplazó también hacia arriba. Maranth se instaló junto a Van y contempló a su esposo, entrecerrando los ojos con una mueca dramática.

—Vine despacio, dando saltitos —protestó él. Maranth dulcificó su expresión.

—Entonces no gritaré.

Se apoyó en el costado de Van. Sus cuerpos encajaban de un modo tan perfecto... Ryke sintió una punzada de dolor que nada tenía que ver con la herida del flanco. Nunca había encontrado una persona en la que pudiese apoyarse de ese modo.

—Y ahora, ¿qué vais a hacer? —dijo por encima del hombro de Hadril.

—Esperar a que se cierre este maldito agujero —contestó Van, y rodeó con el brazo la cintura de Maranth.

—¿Y luego?

—Volver al valle, por supuesto. —Pareció sorprendido ante la pregunta—. ¿Qué habías pensado que haríamos?

Las vendas de lino que cubrían las costillas de Ryke le picaban cada vez más. Tendría que ir al cirujano para que las cambiase.

—Podrías ir al sur —sugirió—. Las Fortalezas hablarían en favor vuestro. Podrías desafiar el edicto de exilio. Podrías volver a casa.

Mientras pronunciaba tales palabras se preguntó si Van iba a enfadarse al ver divulgada su verdadera identidad tan a la ligera. Quizá Hadril no estuviese enterado. El sureño hizo girar su corpulenta figura hacia Ryke. No parecía enfadado.

—No me has entendido —dijo—. Vuelvo a casa. Hadril se quitó la camisa. Su hombro desnudo rozaba la rodilla de Ryke.

—¿Vuelves tú también? —inquirió Ryke.

—Sí —respondió el muchacho. Puso la camisa sobre sus rodillas y empezó a doblarla—. No me gusta el norte; es demasiado frío y, además, odio las guerras.

Había en su voz un temblor apasionado. Su vehemencia hizo que, de pronto, Ryke se sintiese viejo.

Tenía la boca seca. Se lamió los labios, humedeciéndolos.

—Príncipe...

Errel volvió la cabeza hacia él.

—No deberías llamarme así —le dijo amablemente.

—¿Os marcháis también?

—Sí —repuso Errel, apoyando los codos en las rodillas. Sus hombros y los de Ryke se tocaban.

—¿Porqué?

—Ya sabes el porqué, Ryke —dijo Errel—. Soy como Hadril. En Vanima era feliz. No soy feliz haciendo la guerra.

La brisa cambió de rumbo y Ryke sintió el olor de Errel, ese aroma único que cada ser humano lleva consigo desde el nacimiento, que nunca cambia y que es distinto para cada persona. Ryke lo había respirado muchas veces cuando compartían el lecho. Errel se había afeitado y el perfil de su mandíbula era ahora suave y liso. Tenía la piel de un tono aún más dorado que Sorren, y el pelo le llegaba hasta la camisa. Sus ojos eran de un azul más oscuro que los de ella. Era la semejanza con Errel lo que amaba Ryke en Sorren. Se le nublaron los ojos. Se preguntó si habría algún modo de explicarle eso a Norres.

—Sorren me ha pedido que vaya a la Fortaleza de las Nubes y que sea regente de Ler —dijo Ryke. Los chearis guardaron silencio.

—No habría podido encontrar un aliado ni un amigo más leal —dijo Errel en un tono desusadamente solemne. Y luego, con su voz de siempre, añadió—: Me gustaría que lo hicieras.

Hadril, con la cabeza inclinada, estaba muy ocupado sacándose una astilla de la palma de la mano. Van y Maranth sólo parecían tener ojos para sí mismos. Chayatha me lo dijo, pensó Ryke. Ten cuidado con lo que hay en tu corazón. Había tenido en las manos lo que su corazón deseaba... y lo había perdido. No había sido lo bastante cuidadoso.

Había creído que ella hacía magia. Una hormiga se arrastró sobre su antebrazo con una brizna de hierba entre las mandíbulas. La apartó con un leve gesto del dedo. Dos soldados salieron andando lentamente por la poterna y uno de ellos señaló hacia el patio.

A través de los gruesos muros del castillo Ryke pudo oír la vieja música del río, que trazaba una curva acercándose a la Fortaleza, henchido con la nieve derretida de las alturas. Se imaginó el curso del agua, serpenteando al abrirse paso entre las rocas. No puede elegir, pensó, y no lo necesita. Las rocas toman las decisiones por él. Escuchó absorto su límpido estruendo. Quizá el río pudiese decirle lo que debía hacer. Le parecía como si estuviese hablando, pero las palabras pertenecían a una lengua que él ignoraba.

Suplicó, del único modo que conocía.

—Podría acompañaros a Vanima.

—No eres un cheari. Le dolía la garganta.

—No.

—Hiciste un juramento a mi padre —dijo Errel—. Te libero de él.

Ryke miró hacia el norte por encima del muro del castillo. Los afilados bordes de las montañas cortaban el cielo, desgarrando las nubes hasta convertirlas en cintas blancas. Las nubes pasaban por encima de su cabeza, dirigiéndose hacia el sur. No puedes liberarme, pensó.

—Gracias, príncipe.

Se puso en pie. Los demás se apartaron para hacerle sitio y él pasó con cuidado por entre sus piernas. Sorren le estaba esperando.

Ryke fue hacia el gran salón para decirle que estaba dispuesto.

## Apéndice: Las Cartas de la Fortuna

0 El Danzarín: La Carta que carece de número. Descripción: Un joven vestido solamente con un taparrabos. Tiene levantado el pie izquierdo, que no toca el suelo. Su cabellera es dorada y muy larga. Los ojos son grises. No lleva barba. Detrás de su cabeza, el cielo es de color azul oscuro. Un cuarto de luna asciende en el cielo. Su expresión es alegre y despreocupada de las cosas mundanas.

1 La Hilandera: Una mujer con un vestido verde, sentada ante un telar. Tiene el cabello largo y oscuro y lo lleva suelto, cubriéndole la espalda. Aparece encuadrada por una ventana. Sostiene la lanzadera del telar en una mano. La imagen que hay en su tapiz es la de un árbol cubierto de flores.

2 La Soñadora: Una mujer dormida. Hay una ventana encima de su lecho; a través de ella se ven dos brillantes estrellas rojas. Está tendida de espaldas, con las manos cruzadas sobre el embozo de la cama. Su cabello es de un brillante color dorado y muy largo.

3 La Dama-. Una mujer de cabellos dorados que se encuentra al aire libre. Es de día. En la lejanía se ven campos, un granero y una huerta. Lleva un ramo de flores. Un esbelto lebre blanco se encuentra a su lado. Está sonriendo.

4 El Señor: Un hombre de rostro severo sentado sobre una silla de madera de respaldo alto. Viste con los colores rojo y plata. Tiene los ojos azules y el cabello rubio. Lleva un anillo con un rubí en la mano derecha. Un perro lobo de color negro está tendido junto a sus pies, calzado con botas.

5 El Erudito: Un hombre vestido con túnica y capucha negras ribeteadas de plata. Está de pie al lado de una mesa; una mano reposa sobre un rimerero de pergaminos. La mayor parte de su rostro está oculta por la sombra de su capucha.

6 Los Amantes: Un hombre y una mujer cogidos de la mano encima de un muro. El muro está cubierto de yedra y flores azules.

7 La Arquera: Una mujer vestida solamente con un taparrabos. Detrás de ella hay una luna en cuarto creciente. Está de perfil, tensando un arco. Su cabello suelto le cubre la espalda; es de color dorado.

8 El Mensajero: Una figura ataviada con capa y capucha de color verde, montada en un alazán que cruza un campo nevado. Es imposible distinguir si se trata de un hombre o de una mujer. El cielo está despejado y es de un color azul oscuro.

9 El Jinete: Un hombre que cabalga a través de la estepa montado en un caballo negro. El hombre tiene el pelo rubio y lo lleva suelto, moviéndose al viento, igual que las crines del caballo. La hierba de la estepa es de un color verde claro. El caballo no lleva riendas ni silla de montar.

10 La Observadora de Estrellas: Una mujer que está en un balcón. Tiene los ojos alzados hacia las estrellas y el cabello de color oscuro. Sus ojos son grises y viste un traje de color azul. En primer plano hay una mesa con algo encima que parece los dos extremos curvados de un rollo de pergamino. La expresión de su rostro es severa y llena de seriedad.

11 El Ilusionista: Un nombre joven vestido con los colores rojo y naranja y que se sostiene sobre un solo pie. Está sonriendo. Hace malabarismos con varias bolas de vivo colorido. Alrededor del cuello lleva una gorguera azul.

12 El Lobo: Muestra la cabeza y las patas delanteras de un lobo gris. Sus fauces están contorsionadas: gruñe. Tiene los colmillos largos y amarillentos. Sus ojos emiten destellos rojizos.

13 El Águila: Muestra un águila surcando el cielo por encima de un precipicio. Tiene las garras extendidas como para atacar. Las puntas de sus plumas son de un brillante color blanco. Detrás de ella el cielo es azul oscuro y las rocas están teñidas de rojo por la puesta de sol.

14 El Fénix: Muestra al fénix en medio de una hoguera, sin sufrir daño alguno. Está de perfil. Las alas y el plumaje son de múltiples colores.

15 El Espejo: Muestra un paisaje con una casa, árboles y un lago en el que se refleja perfectamente el paisaje, de modo que no puede decirse cuál es la escena real y cuál es la reflejada. En esta Carta no hay figuras humanas.

16 La Torre: Muestra una gran torre de piedra que se está partiendo en dos. Ha sido fulminada por el rayo. Debajo de ella, a lo lejos, hay gente que corre y caballos.

17 La Rueda: Muestra un gran círculo con ocho radios. En el interior de cada uno de los espacios entre los radios hay gente, toda distinta, unos hombres, otras mujeres, de todas las edades, desde el niño pequeño hasta el anciano, apretándose contra los radios como si quisiesen salir de ese espacio.

18 El Demonio: Una monstruosa forma semihumana. Tiene escamas y cuernos. Está desnudo; el color de su cuerpo es verde. Su cola es ganchuda. Tiene colmillos y está sonriendo.

19 La Muerte: Un esqueleto humano de pie en un campo de trigo. El esqueleto tiene los ojos de color rojo. El cielo está gris, como en la hora del crepúsculo.

20 La Luna: Muestra una luna llena alzándose por encima del agua. Una mujer está en pie a la orilla del agua, con las manos levantadas hacia la luna, que sube en el cielo. Se

halla de espaldas. Su cabellera es de color claro y muy larga. A sus pies está sentado un gato negro.

21 El Sol: Muestra un círculo de personas cogiéndose de las manos. El número varía: a veces hay seis, a veces más, pero siempre hay al menos tres hombres y tres mujeres, contando los niños de cada sexo. Detrás de ellos se ven un granero, un molino, un rebaño de cabras. Un sol brillante ilumina el paisaje. Los cabellos de las mujeres están enguirnaldados con flores.

**FIN**